LOS ALEMANES DEL VOLGA



TRAS LARGO PEREGRINAR POR EUROPA
HALLARON PATRIA DEFINITIVA EN AMERICA.

Víctor P. Popp - Nicolás Dening

Víctor Pedro Popp - Nicolás Dening

LOS ALEMANES DEL VOLGA

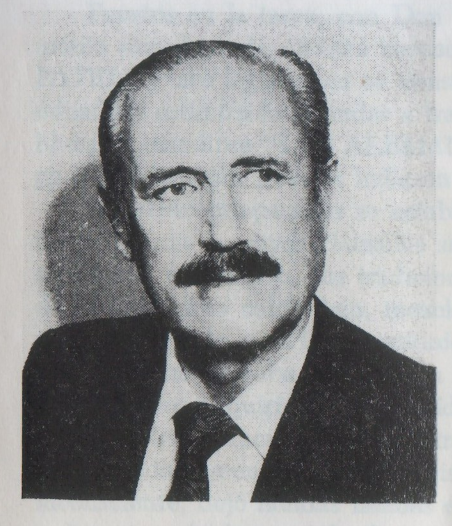
Tras largo peregrinar por Europa hallaron patria definitiva en América



Dedicado a:

Los mártires y héroes anónimos que yacen a lo largo del río Volga y a los 1.500 colonizadores llevados por las tribus nómadas para ser vendidos en la China como esclavos, cuyo destino nadie conoce.

LOS AUTORES





VICTOR PEDRO POPP

Nacido el 13 de julio de 1922, en la Colonia Santafesina, fundada por su abuelo, Federico Popp, en el Departamento Diamante, Entre Ríos. Hijo de colonos, investigó la historia de su pueblo Alemán del Volga, actuó en periodismo y gestó la fundación en 1975 de la Asociación Argentina de los Alemanes del Volga.

Fue premiado por el Gobierno de Alemania Federal con un viaje de información por su territorio en 1977.

Casado con Berta M. O. Feil, padre de 3 hijos, reside en Crespo, Entre Ríos.



NICOLAS DENING

Nacido en Valle María, Departamento Diamante, provincia de Entre Ríos; hijo de un colono cuyo padre dirigió un grupo de varios centenares de personas —desde el Volga hasta Buenos Aires—, que ingresó al país en enero de 1878 y se instaló en la Colonia General Alvear.

Realizó sus estudios de nivel terciario en el Profesorado Normal "Mariano Acosta", en la Escuela Superior del Magisterio del Consejo Nacional de Educación, en el Instituto de Filosofía de "El Salvador" y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; se desempeñó en la docencia en la Capital Federal, provincia de Buenos Aires y en la provincia de Entre Ríos. En la actualidad revista como Director y Profesor de la ENET Nº 2 "Pbro. José María Colombo" de la ciudad de Gualeguaychú, Entre Ríos.

Casado con Emma Barón, padre de una hija, reside en Paraná, Entre Ríos.

PROLOGO

Puestos en la tarea, con Don Víctor Pedro Popp, de dar un testimonio duradero de nuestro reconocimiento a quienes nos dieron esta PATRIA y nos legaron en su constante bregar un ejemplo que ha iluminado y estimulado el andar a través del sendero de nuestra vida, publicamos este libro "LOS ALEMANES DEL VOLGA" quienes tras largo peregrinar por Europa hallaron PATRIA definitiva en América.

Nuestros antepasados se establecieron en Rusia, firmando un Contrato, en una de cuyas cláusulas se determinaba que podían conservar su lengua, su religión, sus tradiciones y se les prohibía ser propietarios de la tierra que cultivaban, mezclarse con los rusos y se les obligaba para conseguirlo, a vivir en comunidades cerradas; al parecer, el Gobierno zarista no deseaba de ninguna manera que llegaran a integrarse al país y menos adquirir su nacionalidad, exigiendo en cambio, una contribución física extraordinaria para transformar sus eriales en un edén.

Indudablemente, ese error histórico cometido por una burocracia inconsciente, dejó hondas huellas en un pueblo que se sentía apátrida; y durante más de un siglo de permanencia se sintieron siempre extranjeros en la tierra de sus amores. Por ello, se consideraron ALEMANES, tanto en el año 1764 hasta 1877 cuando abandonaron el Volga definitivamente; por un destino providencial nuestras autoridades —a iniciativa del entonces Presidente de la República, doctor Nicolás Avellaneda—, repararon ese yerro; y basados en el realismo del "ius soli" de los viejos romanos, buscaron integrar a nuestros abuelos, padres y descendientes, definitivamente al país en el cual se radicaban. Así, nosotros usufructuamos esa PATRIA, por cuyo progreso, porvenir y vigencia, estamos dispuestos a dar nuestras vidas, reservando nuestro honor sólo a Dios, conforme al decir de los castellanos.

Sus descendientes, nos sentimos argentinos y anhelamos constituir un ciudadano que aúne las cualidades más salientes del germano —iniciativa, fuerza de voluntad y capacidad de realización—, con la fogosidad y espontaneidad del latino, para obtener un "prototipo de argentino", gestor de una Nación desarrollada y con un porvenir venturoso para el bienestar de la generación presente y las del futuro.

Este objetivo constituye nuestro más caro anhelo; y por ello, la actual generación ha mezclado generosamente su sangre con la latina, no habiendo ya prácticamente ningún hogar joven en el cual esta afirmación no sea una realidad; mas, no podemos olvidar lo que fuimos

porque también somos conscientes del apotegma feliz que nos dejara Avellaneda: "Los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos".

Así, integradas ambas razas en un "ser tipo", la Argentina afrontará confiada su porvenir; pero no nos contentemos con los laureles conquistados por nuestros antepasados. La Patria es una vivencia, en donde cada generación lleva la antorcha de su destino; por ello, debemos convencernos íntimamente que la concreción de ese "destino" es la obra nuestra de cada día, en la cual uno debe dar lo mejor de sí, en esfuerzos, en un accionar continuado e inteligente, dentro de la esfera de sus funciones, para hacer permanentemente a esta Argentina que soñamos.

Nicolás Dening
Profesor en Letras

INTRODUCCION

Como argentino nativo, descendiente directo de alemanes del Volga, quienes llegaron a esta tierra americana a fines del siglo pasado, en el marco benévolo de la ley 817 de Inmigración y Colonización, para contribuir a la grandeza de esta nueva patria, vengo a contar nuestra historia y poner de manifiesto el pensamiento de mi pueblo.

Como nieto de abuelo inmigrante quien dedicó su vida a la producción de noble cereal en este suelo entrerriano, y de otro, que transcurrió sus días entre la fragua y el yunque, dando filo a las rejas de arado o preparando una llanta para carro, pretendo interpretar al agricultor y al artesano de mi gente.

Nuestra historia no puede ser expresada en fechas simplemente, en lugares y acontecimientos; para introducirse en la ''filosofía de mi pueblo'' y conocer sus sentimientos más íntimos, es preciso llegar hasta sus orígenes e interpretar sus terribles luchas y sacrificios; si bien somos de un total origen alemán, nuestra peregrinación bicentenaria por el mundo nos señaló con características muy importantes. El camino recorrido en los dos últimos siglos fue muy duro y a veces, terrible; no obstante la suerte corrida por los alemanes del Volga que emigraron hacia las Américas no fue siempre la misma.

Me detengo en esta obra únicamente en todo lo concerniente al grupo humano que desde enero de 1878 y hasta 1913 ingresó a la República Argentina por el puerto de Buenos Aires; sin dejar de reconocer que por las fronteras con el Brasil, y con posterioridad a la primera guerra mundial, siguieron llegando al país familias rezagadas pertenecientes al mismo grupo étnico.

Este libro no está destinado a una clase social en particular, ni es patrimonio de ningún grupo confesional o ideológico; su autor es un hombre de pueblo que ha dedicado los mejores momentos de su vida a la observación, mediante el contacto directo con las gentes que habitan las aldeas y colonias de alemanes del Volga. Desde mi in-

fancia me cautivaban los relatos del abuelo y de otros parientes que me referían sus experiencias en Rusia y sus comienzos en la Argentina.

Así aprendí la lengua materna junto al idioma nacional; el conocimiento del alemán me posibilitó el estudio —en profundidad— de muchos libros que se referían a la historia de mi pueblo y a sus tradiciones. Después de observar durante varios años y de haber examinado la conducta y el pensamiento de los alemanes del Volga, como integrante de tal comunidad, pienso que es indispensable presentar —con motivo del Centenario de la Inmigración— una obra ecuménica que contemple la vida y evolución de todas las corrientes confesionales existentes en la Argentina, todas las cuales sin excepción, son expresión de una profunda fe cristiana; aspiro lograr un texto que pueda ser consultado y fácilmente asimilado por el estudiante y por el etnólogo, por el agricultor como por el periodista. Deseo lograr un libro amplio que dé respuesta a todas las preguntas que sobre nuestro pueblo quiere formular el hombre de la calle en la Argentina.

En las postrimerías de este primer siglo de la presencia de los alemanes del Volga en el país, su evolución e integración es admirable; en 1977 mi pueblo de labriegos ha incursionado en muchos campos del quehacer argentino. Hoy ya emprendimos el camino de las ciencias, el arte, la industria, el cooperativismo y toda actividad lícita de un pueblo fuerte y normal que se lanza a la integración racial, para producir el tipo o prototipo del argentino del mañana. Un hombre muy peculiar revestido de cualidades excepcionales

Víctor Pedro Popp

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

LOS PREPARATIVOS

LOS LEJANOS ANTECEDENTES HISTORICOS DE NUESTRO PUEBLO

Hay que situar el comienzo de nuestra historia en una Europa conflictuada por las ambiciones de las Casas reinantes: las luchas entre príncipes, condes o duques y durante la existencia de María Teresa de Austria, emperatriz de Alemania (1717-1780), en cuyo transcurso, la tierra de nuestros antepasados fue arrasada por dos guerras destructivas y de grandes proporciones; la primera, ocurrida entre los años 1618 y 1648, conocida por la Guerra de los Treinta Años y la otra, La Guerra de los Siete Años (1756-1763) que concluyó cuando nuestro pueblo inició la emigración hacia el bajo Volga.

Para lograr una justa comprensión de la situación imperante en las regiones de Hessen y Palatinado en el año 1763, cuando aún no existía la unidad alemana lograda un siglo después por Bismarck (18-1-1871), debemos tener en cuenta que tales zonas sufrieron largos años de guerra en que estuvieron envueltos en alguna manera, las cuales no sólo diezmaron a la población apta para llevar armas, sino que también provocaron el empobrecimiento de los labriegos.

Fue una época en la cual existieron notables personalidades cuyos nombres han perdurado en la historia por su acción decisiva en las letras y en la orientación del pensamiento y de la acción; citaremos a Göethe, Voltaire, Schiller, Rousseau y Washington entre muchos otros.

La humanidad había llegado a una encrucijada y era menester hallar un camino para seguir adelante produciendo profundas transformaciones, con las luchas sangrientas que siempre traen aparejadas.

Cabe agregar que los habitantes del centro de Europa ostentaban la mayor evolución y mostraban mayor capacidad como artesanos, maestros en las ciencias y la tecnología, así como en el comercio y en las nacientes industrias, frente a los países eslavos o latinos; todo ello juega también una función primordial en nuestra historia.

EL ANTIGUO IMPERIO RUSO

Después de haberse liberado de las frecuentes incursiones tártaro-mongólicas, Rusia surgía como estado moderno y ordenado; huérfana en hombres capacitados para impulsar las ciencias y las artes, recurrió a especialistas extranjeros —especialmente alemanes—; durante el gobierno de Iván IV, el Terrible, fueron contratados, oficiales, técnicos y estudiosos para residir en la región de Moscú con el fin de dirigir las construcciones oficiales; años después Alejo I (1645-1676), padre de Pedro el Grande, apeló nuevamente a Alemania a fin de obtener gente experta en artes y ciencias.

La presencia de hombres de ciencia, literatos y profesionales del arte de la guerra es de muy antigua data en Rusia; en Moscú se agruparon los extranjeros en el llamado barrio alemán, llegando a haber más de 50.000 de ellos. Allí pasó los mejores momentos de su infancia el zar Pedro el Grande, aprendiendo en su incansable afán de saber 14 oficios distintos; una vez en el trono, la cantidad de extranjeros contratados aumentó en forma permanente, llegando los alemanes a ocupar más del 40 % de los más altos cargos de la administración y estado mayor del ejército. En la Escuela de Matemáticas que él fundara, prácticamente todos los cargos docentes les fueron adjudicados y otro tanto sucedió más tarde en la Academia de Ciencias

Una vez destruidas las huestes del Gran Mogol (1707), quedaron las periódicas incursiones de las tribus nómadas de Kirguizios, Calmucos y Baschkirios que crearon serios problemas a la colonización en la zona del bajo Volga; esa permanente hostilidad conspiraba contra la actividad de posibles colonizadores que quisieran radicarse en la región, aunque se tratara de tierras ricas y productivas. Por ello los gobernantes rusos, para afirmar la soberanía del imperio y brindar la tranquilidad necesaria al desarrollo agrícola, tan necesario a su país, fundaron las ciudades de Samara, Saratov, Kamyachín y Zarisyn, en las cuales fueron apostadas fuerzas militares en forma permanente

que brindarían protección a los "valientes y esforzados" que decidían radicarse allí.

Estas poblaciones, a manera de fuertes, debían cumplir la misión y función de puntos de apoyo para contener a los semisalvajes errantes; no obstante, la corona rusa no logró el objetivo propuesto de colonizar las estepas del Volga con sus propios agricultores porque las incursiones sorpresivas de los asiáticos, desbordaron a colonizadores y tropas defensoras y se consideraron verdaderos dueños de la región de la cual eran injustamente desposeídos por los colonos rusos. Al multiplicar sus ataques cada vez con furia mayor y feroz crueldad nuevamente señorearon la región como únicos amos y dueños del bajo Volga; no obstante la insistencia del gobierno, nadie se aventuraba a establecerse, salvo algunos siervos fugitivos de sus amos, soldados, desertores o marginados de la ley.

CATALINA II, LA GRANDE

Después de la dudosa muerte del zar Pedro III en 1762, su esposa Catalina, de singular belleza y firme carácter, ocupó el trono vacante en el imperio de todas las Rusias.

La hermosa princesa de la Casa Alemana Anhalt-Zerbet, había nacido en Stettin y contraído matrimonio con Pedro III a los dieciséis años de edad, se halló así a los 33 años, frente a la honrosa responsabilidad –como primera princesa imperial y primera alemana en el trono ruso– de continuar y completar la obra de Pedro el Grande; tal vez nunca la vanidosa y turbulenta nobleza rusa hubiera sospechado que esa estupenda mujer alemana permanecería en el trono 34 largos años y llegaría a ser considerada la mayor estadista que conociera el mundo hasta 1800.

Difícil le resultó ganarse las simpatías y la adhesión de los rusos en su condición de alemana, pero su temperamento especial y decidido, su jerarquía intelectual junto con el ojo avizor alemán, le dieron la preeminencia que necesitaba; buscó la compañía de los progresistas liberales de entonces, conocidos en la historia como filósofos o amigos de la ciencia. Revestida con esa aureola y pese a su origen alemán, gobernó como "rusa" y para la grandeza del imperio ruso, exclusivamente

Utilizó en plenitud sus poderes y condujo los asuntos del Estado con hábil sagacidad e inteligencia superior; para ella sólo existían los intereses de su país. Logró dominar y atraerse a la nobleza, precisamente porque no pertenecía a ella. Su origen, le proporcionó las cualidades y el vigor necesario para imponer sus propios métodos con aleccionadora claridad hasta llegar a un total dominio de la situación.

Es idea errónea creer que favorecía a los alemanes radicados en Rusia; todos los extranjeros, de cualquier procedencia, a su servicio fueron utilizados inescrupulosamente y siempre para la causa nacional. Actuaba por decisión propia, era optimista e irradiaba una rica y enérgica personalidad; fue la soberana fuerte y sensual que reflejaba las más adelantadas corrientes del pensamiento y acción de su época.

Era astuta y anulaba fácilmente a sus enemigos de la nobleza zarista; no obstante su carácter fuerte y firmeza de espíritu, es indudable que también abrigaba sentimientos nobles y hasta una honda comprensión humana.

Cuando tomó en sus manos las riendas del poder en Rusia, existía aún el ''estado de servidumbre'' o servicio personal del campesinado a favor de un amo noble, sometido y obligado a trabajar por un mísero sustento en los extensos campos de los poseedores; era una esclavitud mitigada o atenuada: ''el siervo obedece a su mano, sin ser libre aunque no padece esclavitud, rezaba su estatuto legal'' (Leibeigenschaft). Catalina II se propuso cambiar dicha situación y suprimir la ''servidumbre''; pero tropezó con los numerosos estratos de la nobleza, dispuesta a una obstinada resistencia lo que le impidió atender los consejos de sus admiradores filósofos e implantar el estado de igualdad.

Durante su reinado los límites del imperio moscovita se extendieron en más de diez mil millas cuadradas, los ingresos del tesoro se duplicaron, los colonos libres aumentaron en 450.000 personas, la flota de alta mar llegó a 45 buques de línea y se fundaron numerosas ciudades; así como se ocupó de la nobleza y de los sabios –imprimiendo gran actividad a la Academia de Ciencias Rusa– de su época, también prodigó atención a los ciudadanos comunes y pobres de su imperio.

Bajo su mano fuerte se estableció el ''orden y la cultura'' en Rusia; pero en lo que concierne a nuestro pueblo que se estableció en el Volga a su llamado, no debe olvidarse que a la emperatriz sólo le interesaba el proyecto de Rusia y para ello apuntaba toda su obra.

Cuando falleció en 1796, contaba sólo 67 años, y nuestra comunidad del bajo Volga comenzaba recién a entrar en un período de cierta prosperidad, aunque las tribus salvajes continuaban sus esporádicas y violentas incursiones; una vez iniciada la colonización, la zarina dejó de ocuparse por ellos, quedando librados a su propia suerte e ingenio, sin prestarles atención especial. Por ello nuestro pueblo no está en deuda con el gobierno de dicha princesa; estimamos que el imperio ruso fue quien sacó la mayor ventaja con su presencia y trabajo en regiones tan inhóspitas.

MOTIVACIONES PARA SALIR DE ALEMANIA

La Guerra de los Siete Años (1756-1763) fue causal decisiva en nuestra historia temeraria; sus consecuencias funestas quebraron la resistencia física y moral de nuestros antepasados. Cuando la lucha aún estaba encendida, ya los nuestros iban dejando su querido suelo y buscaban la paz en otra alejada región el orbe; casi toda Europa estaba invadida por la fiebre de la imigración.

Existían varias causas más para ello; muchos deseaban y soñaban trasladarse a Hungría, por ser país más conocido. Fue en esa época, cuando apareció la talentosa y visionaria emperatriz, Catalina II de Rusia, con un claro concepto de sus deberes de gobernante y de estadista, en un Imperio con grandes extensiones semipobladas y con fértiles tierras sin cultivar; apenas en el trono, produjo con fecha 4 de diciembre de 1762 un primer Manifiesto, llamando a los colonos europeos a poblar las estepas rusas.

Ante la intensidad de la corriente migratoria hacia Hungría, los gobiernos estatales alemanes lanzaron una orden de prohibición en tal sentido, la cual coincidió con el "segundo Manifiesto" de Catalina, fechado el 22 de julio de 1763, que obtuvo un gran éxito; este Edicto de invitación es más amplio y preciso que el primero y estaba dirigido, en especial, a los colonos alemanes.

Algunos historiadores sostienen que de no haber interferido la prohibición alemana de la migración hacia Hungría, la colonización del bajo Volga por alemanes no se hubiera producido; en prueba de ello, exhiben numerosos pasaportes aparecidos luego en las Colonias Alemanas del Volga, expedidos con la autorización para emigrar a Hungría.

Volviendo a las razones por las cuales nuestro pueblo buscó otras tierras más alejadas de su Patria, podemos mencionar las largas guerras que soportaron como la de los Treinta Años (1618-1648) y la subsiguiente ocupación de la Renania por 50 años por las tropas francesas de Luis XIV, por las cuales la población de Alemania se redujo de 25 millones de habitantes a sólo cuatro millones con la miseria que trajeron consigo, no nos debe sorprender el deseo de buscar una paz duradera.

Podemos citar en tales circunstancias, cuatro grupos de razones que provocaron el éxodo masivo de Alemania, a saber:

1) Políticas. a) Servicio militar obligatorio. b) Sufrir la ocupación extranjera. c) Padecer largas guerras. d) Opresión de la nobleza reinante (príncipes, condes, duques, etc.).

2) Económicas. a) Malas cosechas. b) Impuestos elevados, para afrontar los gastos de guerra. c) Hambre. d) Falta de espacio vital en algunos lugares (minifundios).

3) Intolerancia entre sectas y separatistas.

4) Pactos entre Casas reales de Europa y otras naciones.

Nos detendremos en un más amplio análisis de este aspecto del pasado, donde los historiadores no siempre coinciden; pensamos, con fundamento, que hubo motivaciones concurrentes que provocaron la salida de Alemania.

Entre 1756 hasta 1763 Europa central fue asolada por una guerra devastadora, conocida con el nombre de Guerra de los Siete Años; y desde 1755 hasta 1763 el conflicto entre Inglaterra y Francia por el dominio de América del Norte, produjo serias consecuencias entre los habitantes de las regiones de donde proceden los antepasados de los Alemanes del Volga. La presencia devastadora de tropas extranjeras: sólo bastar citar que en Hessen, las ciudades de Kassel y Marburgo fueron tomadas cinco veces en muy poco tiempo y otras tantas veces reconquistadas; recordemos también que en las guerras de entonces —y también en las de ahora—, las tropas se mantenían con lo que arrebataban a los moradores y los saqueos casi siempre fueron su único medio de sustento.

Aparte de estos males locales y sus secuelas —hambre, muertes, miseria—, muchos nobles entregaban, o mejor dicho, arrendaban a sus súbditos como soldados a potencias extranjeras, cobrando pingües emolumentos; sólo de Hessen salieron y combatieron bajo bandera británica 17000 hombres en América, por los años de la emigración.

Siempre las guerras provocan los mayores desastres económicos de todos los tiempos; si agregamos a ello, las cargas de guerra que fueron enormes para los ya empobrecidos colonos, es fácil deducir que la vida se hacía insostenible. Nuestros antepasados ya en Alemania perdieron a sus mejores hijos en los campos de batalla de dos continentes; empobrecidos y huérfanos, soñaban con tierras en donde hallar remansos de paz para su trabajo. El hambre venció los sentimientos patrióticos y las muertes produjeron una repulsión invencible hacia esas luchas estériles siempre para beneficio de terceros.

También existían las razones religiosas para influir en la decisión de abandonar el terruño natal; nadie ignora que Europa central fue el lugar del surgimiento de muchas innovaciones religiosas que provocaron separaciones y conflictos, los cuales –para la época–, resultaron siempre muy serios en sus consecuencias y derivaciones. Uno de los tantos casos, el de los Menonitas, que pocos citan, seguidores del reformador holandés Simón Meno (1492-1561), cuyos adeptos se niegan a prestar servicio militar ni van a las guerras como puritanos del Cristianismo; en una Europa convulsionada por casi doscientos años de conflictos bélicos, eran considerados como "parias" y como a tales se los trataba,

Otro tanto podemos afirmar de los Waldenses, sobrevivientes de una secta fundada en el siglo XII y la congregación de los Herrnschuter; en algunos lugares el pietismo logró una gran penetración, constituyéndose grupos, que al sostener la necesidad de salir de la "fría iglesia o templo hacia las horas cálidas", provocaban divisionismos muy significativos, que distorsionaban los planes de los Gobiernos.

Las medidas estatales coercitivas contra tales innovadores "revolucionarios" –aunque no violentos y pacíficos–, sólo lograban aumentar su resistencia; era una época en la cual, los asuntos temporales estaban íntimamente enlazados con los espirituales o religiosos. Así muchos de estos iluminados consideraban al Zar Alejandro I de Rusia, influenciado por estas doctrinas, y por ello lo denominaban el "Aguila Blanca", de origen divino; en cambio a Napoleón se lo calificaba como "Aguila Negra", verdadera encarnación del Anticristo. Aunque bien sabemos que ambos fueron autócratas y ninguno pecó en su vida por exceso de santidad.

Toda esta gama de movimientos religiosos provocaban gran alarma entre las naciones en guerra que buscababn extender sus fronteras a costa del vecino, por cuanto muchos de sus ciudadanos no se

prestaban para defender lo terrenal y sólo obedecían al Dios de su concepción privada; la total libertad religiosa siempre fue motivo de gran atracción para nuestros antepasados emigrantes. Por ello, en las Colonias del Volga aparecieron muchas de las sectas perseguidas en Europa y cuyos integrantes —tanto hombres como mujeres, fanatizados en sus convicciones—, se consideraban consubstanciados con el "orden y el trabajo productivo", llegando a fundar aldeas o colonias que fueron un verdadero "ejemplo" para los miembros de las Iglesias tradicionales. Volvemos a citar a los Menonitas cuya acción civilizadora y progresista fue reconocida por muchos estadistas.

Hoy día nos es sumamente difícil comprender la "motivación religiosa"; pero insistimos en la misma porque todos los historiadores coinciden plenamente en su enorme influencia y trascendental importancia para esa época.

Finalmente también cabe mencionar una activación que llamaremos "personal" con base en la prestancia, belleza y origen alemán de la princesa Catalina, emperatriz de Rusia, hija de príncipe Cristián von Anhalt-Zerbet, primera alemana en el trono imperial ruso; nuestros antepasados veían en ella, a la Soberana Salvadora, mientras coincidentemente su hijo, Alejandro, abría las puertas de Rusia para recibir a los sectarios separatistas perseguidos y repudiados por los gobiernos de sus respectivos países de origen.

Hubo arreglos entre las Casas reinantes a título personal que influyeron en la decisión de emigrar a Rusia; no es difícil comprender a nuestros antepasados, después de compenetrarnos de las razones políticas, religiosas, económicas y personales imperantes en su medio natal: Europa tan conflictuada en muchos aspectos, habitada por agricultores, artesanos y soldados hambrientos, quienes buscaban una paz duradera; y al no encontrarla, se refugiaban en grupos humanos cuyos integrantes anhelaban un oasis de paz celestial, considerando la crueldad mundana como resabio de tiempos lejanos, oponiéndola o enfrentándola con doctrinas de avanzada, sectarias, consideradas entonces como heréticas. Sufrían persecuciones que sólo vigorizaban —como en todas las épocas— su fe religiosa privada.

Las razones señaladas, influían sobre las mentes de muchos, en distinta manera, considerando que se trataba de un pueblo integrado no sólo por colonos, sino también de oficiales, artesanos, orfebres, peones, maestros, soldados con todo tipo de profesiones u oficios lícitos en tal época.

EL OFRECIMIENTO DE CATALINA II, LA "GRANDE"

Al ascender al trono imperial ruso en 1762, como emperatriz y soberana de todos los rusos de Moscú, Kiev, Vladimir, Novgorod, Zarina de Kazán, de Astracán y de Siberia, Señora de Plekau y Gran Duquesa de Smolensko, Princesa de Estlandia y Liflandia, Carelia, Twer, Jugornia, Permia, Wjatka y Bolgoria y otros más; Señora y Gran Duquesa de Novgorod y de los Bajos de Tchering, Resan, Rostov Jarosav, Belovseria, Udoria, Codoria, Condinia y todo el lado Norte, Soberana y Señora de Jurischia, Cartalinia, Grusinia y la zona de Gabardina de los príncipes de Tschekenia y Goria y otros más, Heredera y Dueña, tuvo la inmediata visión de civilizar aquellas regiones de sus dominios que aún eran tierras incultas y resultaban ser el refugio de tribus errantes, desertores del ejército y "siervos" fugitivos que vivían al margen de la ley. Para ello lanzó un llamado a todas las personas interesadas de Europa, con fecha de 4 de diciembre de 1762 como Primer Edicto, en plena Guerra de los Siete Años, el cual no tuvo éxito.

Un segundo Edicto, ampliado y dirigido a los colonos de Alemania expresamente, fechado en San Petersburgo (Leningrado), el 22 de julio de 1763, obtuvo todo el resultado feliz esperado y "fue el comienzo de nuestra historia".

Debe tenerse presente que muchos años antes, los Soberanos de Rusia, apelaron a los alemanes y promovieron el ingreso de especialistas en profesiones liberales, quienes invariablemente cumplieron su cometido en las ciudades principales; en cambio, el "Manifiesto de Julio", fue especialmente dirigido a los agricultores quienes debían radicarse en el campo. En consecuencia, se establecían en Rusia dos tipos de colectividades de alemanes desconectadas entre sí por la dificultad de entablar relaciones entre la ciudad y el campo.

El segundo "Edicto" suscripto por la Emperatriz, encerraba con claridad siete puntos sobresalientes, que pueden ser sintetizados en la siguiente forma:

1º Permitiremos a todos los extranjeros que llegaran a nuestro Imperio, practicar libremente su religión, de acuerdo a los usos y estatutos de sus Iglesias.

2º Todos aquellos inmigrantes que ingresaren a Rusia para establecerse no pagarán impuestos ni prestarán servicios comunes ni extraordinarios al Estado.

3º Mientras durare su radicación en Rusia, ningún inmigrante podrá ser obligado a prestar servicio militar ni civil alguno.

4º Todos los campos y terrenos asignados a los inmigrantes lo serán como posesión intocable, a perpetuidad, transmitido por herencia, sin llegar a ser propiedad individual de nadie, sino un bien común de cada Colonia.

5º Se permitirá a los colonos, para expandir y mejorar sus posesiones, comprar campos privados como propiedad particular.

6º Los campos asignados por la Corona, generalmente hereda el hijo menor del poseedor.

7º Finalmente, cuantos llegaren a nuestro Imperio para radicarse y posteriormente desearen alejarse del mismo, les concederemos la libertad para ello; pero con la condición de que una parte de los bienes producidos en nuestros dominios sean entregados a nuestra Tesorería. Luego se permitirá a todos viajar libremente hacia el lugar de su predilección.

Si bien este resumen del doctor Carlos Stumpp es importante, cabe agregar que el Manifiesto aludido contenía, además, las promesas del libre ejercicio y uso de su idioma natal, la organización escolar propia y la dirección administrativa y judicial de sus colonias y aldeas por Estatutos propios.

Las ventajas ofrecidas eran enormes a nuestros desheredados y menesterosos antepasados, ya que les ofrecía total autonomía; cuando ellos sólo buscaban pan, trabajo y paz a toda costa y a cualquier sacrificio.

CAPITULO II

INICIAN SU PEREGRINACION

CAMINO A LA TIERRA PROMETIDA

La Guerra de los Siete Años llegaba a su fin; sus consecuencias no podían ser menos deplorables para nuestro pueblo residente al este del Rin. Catalina II, con admirable sagacidad envió emisarios, con plenos poderes. Dichos promotores hallaron serias dificultades para cumplir su cometido en Alemania; en primer lugar, las tensiones de la guerra y los conflictos entre la nobleza del lugar, hacían desconfiar de todo extranjero que no justificara convincentemente el motivo de su presencia en el lugar. En segundo término, siendo extranjeros casi todos los emisarios, fácilmente podía ser denunciado como enemigo, en el momento menos pensado, por alguna de las numerosas testas coronadas que abundaban en la región.

Corría el año 1763 y apenas conocido el Edicto del 22 de julio, los emisarios imperiales iniciaron la búsqueda afanosa de candidatos dispuestos a seguirlos a Rusia; traían el dinero necesario para solventar todos los gastos del largo viaje. No olvidemos que Rusia era un inmenso territorio muy poco conocido por entonces; en cambio, Hungría, siempre ejercía una mágica atracción para quienes quisieran abandonar a su país.

La elección era difícil, aun para un pueblo inteligente y culto; nadie había arriesgado la aventura y los conocimientos que se poseían sobre el interior de Rusia eran muy elementales. En consecuencia, el primer contingente reunido estaba formado por personas muy pobres, viudos o solteros; las mujeres se marginaban y muy pocas estaban dispuestas a emprender la odisea; los promotores tropezaron con el escepticismo de la población, luego con la oposición de las autoridades y finalmente con una formal prohibición de actuar.

Ello los obligó a proceder y actuar en forma oculta, repartiendo

volantes anónimos en las calles que contenían el ofrecimiento que emanaba del Manifiesto de Catalina II; fue un movimiento emigratorio algo oculto, velado como el misterio del incógnito lejano, que no les permitía seleccionar a los candidatos. Se ofrecía individualmente el dinero necesario en forma regular —a ambos sexos y de cualquier edad—, en concepto de viáticos; el transporte era libre, así como el adecuado alojamiento. Se invitaba a los novios a casarse para obviar futuras e inesperadas desavenencias.

Los volantes indicaban los lugares de reunión y la fecha en la cual el ''emisario'' saldría frente a su grupo con rumbo a San Petersburgo.

Para los labradores empobrecidos, los soldados cansados de la guerra, los obreros explotados y los artesanos sin trabajo, el alejamiento del lugar de su nacimiento significaba ''su salvación''; destacamos aquí que el llamamiento hacia la emigración no sólo se cumplió entre los alemanes, sino que se extendió por Holanda, Polonia, Suecia, Yugoslavia, Suiza y Francia. Pero por ser Alemania la más arruinada por las guerras, sus habitantes aceptaron en mayor proporción dicha invitación.

Aquí viene bien una explicación: se estima que el 80 % de los 30.000 europeos que se dirigieron a Rusia eran alemanes entre los años 1763 y 1767; por su escaso número, los de las otras nacionalidades fueron fácilmente absorbidos y germanizados por los teutones, salvo los franceses, quienes se aislaron en sus propias colonias en el Volga, y poco a poco, se disolvieron entre los rusos o regresaron a su país de origen. Aquí se encuentra la explicación, de algunos apellidos muy poco alemanes que ostentan algunos integrantes de nuestro pueblo.

Existen historiadores que pretenden enrostrar a nuestros antepasados ''ser la escoria de Alemania'' como elementos indeseables y despreciables que no podían subsistir en una sociedad superior; hoy afirmamos lo contrario, pues hemos estudiado la colonización americana en sus dos hemisferios: sólo los hombres de coraje y de iniciativa, los hombres de fe en el futuro —no importa su solvencia económica o cultural—, se lanzaron siempre y en todos los tiempos a lo ignoto, dispuestos a abrirse un camino y a labrarse un destino con sus propias fuerzas y a vivir su vida de acuerdo a sus inclinaciones y convicciones Por ello, la maléfica afirmación carece de asidero y fue vertida sin conocer la realidad histórica en la cual se debatían.

Reconocemos que nuestros antepasados no eran gentes de recursos porque les habían sido arrebatados por la rapacidad de la guerra; pero ello no implica carencia de carácter y férrea voluntad, pues supieron

abrir su propio horizonte en el Volga y hasta llegaron a una situación próspera y desahogada, arrancando frutos del seno de la tierra que durante más de 150 años abastecieron a un gran Imperio. El temple de nuestro pueblo, forjado entre sinsabores y hambre, a consecuencia de una guerra cruel y despiadada, fue de excepción; sólo así se explica su sobrevivencia y una colonización exitosa de las salvajes estepas del bajo Volga.

Es necesario aclarar que no todos los promotores dedicados a la búsqueda de colonos eran "emisarios" de la Corona rusa; había también particulares, que si bien tenían autorización oficial de colaborar en esa campaña, apetecían sólo sus pingües beneficios. Catalina II, desplegó una intensa campaña y apeló a todos los medios a su alcance, incluso empresas privadas, para alcanzar el objetivo propuesto.

Cuando se inició la campaña en 1763 de reclutar voluntarios para radicarse en Rusia, los gobiernos afectados parecían no darle mayor importancia; pero a medida que la corriente aumentaba en número, las autoridades procedieron a prohibir terminantemente la salida de sus súbditos. Así aparecieron numerosos edictos con serias amenazas de confiscación de bienes para los inculpados, reemplazados por castigos corporales para quienes carecían de ellos, siempre que fuesen sorprendidos en actitud de abandonar su tierra; los agentes imperiales quedaron así expuestos a peligros extremos y trataron de actuar como espías para luego desaparecer sin rastros.

Los lugares de reunión se fijaron en las localidades de Freiburg, Regensburg, Rosslan y otras ciudades, desde las cuales salían en grupos --previa elección de un Director—, de entre ellos, que asumía la responsabilidad de mantener el orden y la justicia durante la larga peregrinación; repetimos que en general, se tropezaba con la falta de interés o entusiasmo por parte de las mujeres para emigrar.

Los emisarios oficiales o privados de la Corona rusa suscribían invariablemente con cada uno de los emigrados un contrato —y cuando se trataba de una familia, con el jefe del hogar— que señalaba las obligaciones y derechos de éstos frente al Gobierno de Catalina. Tales privilegios o compromisos se convinieron en los siguientes puntos: 1º Para cubrir los gastos ocasionados por el viaje, desde el domicilio de cada emigrante hasta el puerto de Lübeck cada hombre percibía por día 15 cruceros, la esposa y los hijos varones 10 cruceros y los hijos menores 6 cruceros; igual suma correspondía por cada día de viaje en barco, desde Lübeck hasta San Petersburgo, por el Mar Báltico.

2º Cada colono –a su pedido– recibía un adelanto de dinero en efectivo –al llegar a destino en Rusia– para la construcción de su vivienda, galpones, corrales, adquisición de herramientas, carros, caballos ganado vacuno, ovino, porcino, aves y semillas para las primeras siembras, de acuerdo al tamaño de la parcela de terreno asignada.

3º Se construirán escuelas por el Estado, equipadas de acuerdo a lo que cada confesión religiosa determine; también tendrían en su nuevo destino, los servicios médicos y quirúrgicos necesarios.

4º Cada cabeza de grupo familiar recibirá tanto campo, praderas, bosque, para que su producto alcance a un decoroso sostén –conforme a edad y sexo–; todo lo cual será heredado por el hijo menor como bien de familia.

En cambio, las ''obligaciones'' a las cuales se sometía cada inmigrante pueden resumirse en la siguiente forma: 1º Prometer, en solidaridad con la esposa e hijos, de trabajar y cultivar un mínimo de 30 desjatinen (32,70 has.) de campo que se les asignará.

2º Comprometerse a no abandonar los campos asignados, sin la autorización debida, y someterse a las leyes del Imperio ruso.

3º Obligarse formalmente a devolver, sin intereses, el importe de todos los gastos ocasionados por el viaje y subsistencia hasta San Petersburgo, por sí y por cada miembro del grupo familiar respectivo, como también todos los adelantos en dinero para la vivienda, instalaciones y medios de trabajo, durante los diez primeros años de radicación, en tres cuotas iguales.

4º Contraer la obligación de amortizar las deudas y compromisos anuales, con la entrega del 10 % de la producción propia al jefe de la Colonia; asimismo, dichos jefes tendrán prioridad en la adquisición de toda la producción rural, siempre que abonen el mismo precio que el competidor privado.

5º Cada familia o inmigrante a Rusia, participará de los derechos y obligaciones contraídas por la comunidad, aldea o colonia a la cual pertenece, en la medida y proporción de los anticipos y campo recibido de la Corona y se constituirá en parte de la misma, conforme a las normas distributivas y societarias establecidas.

6º Contraer el compromiso de disfrutar de todos los privilegios otorgados por la Corona Imperial y ejercer todos los derechos asignados por su Graciosa Majestad, en forma individual y/o en comunidad; comprometer la colaboración con los jefes de las colonias para obtener la debida protección ante la Escribanía Tutelar Imperial, a fin de lograr

los objetivos de la Colonización trazados por Su Majestad, en beneficio propio, de los participantes y de la Corona.

7º Prestar la debida colaboración con las autoridades en circunstancias de tener que abandonar —por razones de servicios o por propia determinación— los dominios rusos, a fin de poder llevar los efectos y enseres propios y el valor de la participación en la comunidad; todo ello, de acuerdo a normas y límites permitidos por el Edicto Imperial y previo cumplimiento de todas las obligaciones contraídas. Ello no incluye la restitución del dinero adelantado para la subsistencia en San Petersburgo y posterior transporte a las Colonias del Volga, en vista que será otorgado por la "GRACIA" de Su Majestad Catalina II.

En el examen del contenido de este contrato, advertimos que sus disposiciones son serias y normales para la época; fueron suscriptos entre los "emisarios" o promotores rusos y cada cabeza de familia o emigrante individual, en los lugares de concentración y antes de salir de sus respectivos países. Esta circunstancia prueba que no se obró con ligereza ni en forma irresponsable.

Pobres y esperanzados se concentraban en los lugares prefijados, en forma un tanto oculta y disimulada, dejando a sus bienes principales, sus afectos y familiares para emprender y correr un albur.

Las corrientes migratorias desde Alemania —y en general de Europa— para colonizar tierras rusas, comenzaron en 1763 y se prolongaron —con períodos de interrupción— hasta 1861, incluidas las Colonias al Sur, en la zona del Mar Negro; pero debemos advertir algo muy saliente: nuestros antepasados fueron los "primeros" que en 1763 comenzaron dicha migración estableciendo la inmensa Colonia del Volga en el breve lapso de cinco años, hasta 1767. En consecuencia, los nuestros abrieron el camino y tuvieron que soportar las más duras dificultades y contratiempos en Rusia.

Los contingentes de emigrados provenían de todos los estratos sociales; ello generó la aparición de los "Directores o Alcaldes" de las Colonias, por gravitación de su propia cultura y conocimientos. En muchas ocasiones dichos personajes legaban sus nombres a las Colonias o Aldeas que habían dirigido primitivamente.

Al iniciarse el movimiento migratorio, casi todos se dirigieron por tierra hacia Lübeck, sobre el Mar Báltico y muy pocos lo hicieron hacia Danzig; primero en rústicos y primitivos carruajes y luego en naves inglesas o hanseáticas por el Báltico —con una duración de nueve a once días, prolongados a veces por los capitanes por motivos inconfesables—

para desembarcar en la ciudad rusa de Cronstad —ubicada en la isla de Kotlin en el Golfo de Finlandia, a las puertas de la Capital del Imperio, donde tomaron contacto por primera vez con los nativos.

Pasaron algunos días allí, en forma muy precaria; los enfermos eran tratados y los hombres la pasaban a la intemperie. Luego fueron llevados más cerca de San Petersburgo, a un lugar denominado entonces, Oraniembaum y hoy Lomosovo, como primer destino importante dentro de los dominios rusos; Oraniembaum fue lugar de concentración, en el cual les fueron quitadas a nuestros antepasados las vendas que aún mantenían en su esperanza.

Los campamentos de recepción de los alemanes en Oraniembaum son un hito importante en nuestra historia; generalmente, los contingentes que desde 1763 y por cinco años sucesivos llegaban allí, se internaban desde dos hasta nueve semanas. En dicha localidad se organizaban las columnas de colonos que continuarían su viaje por tierra y/o por agua hacia el sur, hasta caer en los eriales del bajo Volga, cabe el río de ese nombre; de acuerdo a los mapas confeccionados por el Doctor Stumpp, los primeros en llegar, efectuaron el viaje por tierra, vía Twer, Moscú, Rjasan y Pensa. Pero otros grupos embarcaron en el lago Ladoga, por el curso del río Volchov hasta Novgorod; allí dejaron a los enfermos y ancianos durante el invierno para continuar por tierra en busca de la vía fluvial del gran Volga. Muchos quedaron sepultados a la vera de los caminos pantanosos o polvorientos o en las orillas de los ríos; las cruces de palos que los deudos improvisaban, fueron los mudos testigos de una epopeya de sacrificios que apenas registra la historia.

Los caminos a través de la inmensidad de Rusia, quedaron marcados con los despojos de los engañados alemanes, que buscaban y añoraban crear un nuevo estilo de vida signado por la paz, el trabajo y el progreso; pero Oraniembaum aún debe ocupar más nuestra atención: allí la Corona Imperial Rusa hizo saber a los inmigrantes que, a diferencia de lo prometido en el Edicto o Manifiesto del 22 de julio de 1763, el cual aseguraba plena libertad para elegir la profesión u oficio deseable en todo el territorio ruso y "que todos podían aplicar sus conocimientos y especialidades, tanto un oficial de ejército como un herrero, un agricultor, un comerciante, un deshollinador".... Mas, una vez impedidos de retroceder, se les hizo saber, en forma amable, y persuasivamente que todos, sin excepción, debían dedicarse a la colonización de las zonas del bajo Volga como agricultores.

Hubo muchas protestas por parte de quienes desconocían ese menester; pero de nada valían porque la decisión del gobierno ruso fue terminante. Oranienbaum fue el primer desengaño, aunque faltaba otro peor; a todos les fue tomado en dicho lugar un juramento de fidelidad a Su Majestad Imperial, cumpliéndose la ceremonia en las iglesias y en ayunas. De inmediato, todos los contingentes organizados, al mando de un oficial de la Corona, salieron hacia sus destinos, en la estepa inmensa del bajo Volga.

Aquí interrumpimos nuestro relato para insertar un relato novelado —aunque suponemos bastante realista y fiel—, sobre el primer viaje en territorio ruso, ajustado a las descripciones de los historiadores José Penten y Gottlieb Beratz, para tener una clara imagen de los sacrificios y vicisitudes que soportaron los fundadores de las primeras aldeas alemanas en Rusia, que en este caso no tiene nombre definido pero que fue la representación de todas sus similares.

EL VIAJE DE LOS FUNDADORES

Fueron casi 400 almas que a principios de año se congregaron silenciosas, con humildad y amargura, en la iglesia de Oranienbaum para prestar juramento de fidelidad a la Corona rusa; no todos repitieron la fórmula en voz alta. Algunos sólo movieron los labios para no perder "su libertad ante su conciencia"; tal era la moral de aquellos pioneros sin nombres, que buscando un nuevo horizonte en libertad, encontraron la opresión. Así nuestros alemanes tuvieron su primera experiencia desencantadora en suelo ruso.

Terminaban de pasar el invierno en una aldea cercana de nativos; sin ánimo de exagerar, nuestros antepasados quedaron atónitos al contemplar sus pares rusos. Los campesinos lugareños tenían un aspecto deplorable, con sus largas melenas y barbas enmarañadas que nunca conocieron navaja y que inspiraban temor y curiosidad a la vez.

Aquellos primitivos ciudadanos rusos eran, no obstante, gentes de nobleza de sentimientos y muy hospitalarios; con ellos pasaron el invierno riguroso durante varios interminables meses. El frío era intenso, los ríos y arroyos permanecían congelados y los animales sobrevivían gracias a su encierro en galpones o establos.

Con frecuencia, los miembros de una misma familia eran separados por causa de enfermedad o ancianidad; mientras algunos conti-

nuaron el viaje, otros quedaban en aldeas a causa del insoportable frío; nuestro grupo de viajeros —sobre trineos tirados por caballitos (ponis kirgunsios) soportaron innumerables imprevisiones e improvisaciones durante este viaje de 3.000 km., recorridos en el largo tiempo de un año entero. En el extenso trayecto tomaron contacto directo con los nativos, conocieron sus costumbres y se compenetraron de sus formas de vida.

Aún estaban lejos del Volga; pasaban el invierno como en familia con los rusos de las aldeas rurales: constataron así, con expectante sorpresa que los dueños de casa convivían con sus animales, en un mísero gran cuarto, en cuyo centro se encendía una fogata para calefaccionar el ambiente; sorprendidos o no, nuestros alemanes no podían exponerse a sucumbir en la nieve y sólo les quedaba aceptar el hospedaje, acomodándose entre personas, ovejas, vacas, cerdos, dentro de ese recinto sin ventilación y sin instalaciones para ahuyentar el vaho y el humo. Al renovar el fuego por la mañana, semiasfixiados, salían a la intemperie para aspirar el oxígeno salvador a pesar del gélido ambiente.

Fue una experiencia risueña, pero difícil; la familia del colono ruso junto a sus inesperados huéspedes alemanes, dentro de una pieza grande con animales domésticos de todo tipo. Allí soportaron el humo, el vapor y pestilentes olores, con el jocoso agravante de no entenderse entre sí.

Los primitivos y escasos alimentos que consumían los campesinos rusos, consistían en una sopa de repollo, puré de mijo y algo de carne; la bebida era invariablemente el conocido kwass (cerveza de malta, más débil que la cerveza común). Pero la Providencia quiso ofrecer algo mejor; pues los rusos desconocían el uso como alimento de los derivados de la leche de vaca. Fue así, que nuestros antepasados dejaron como recuerdo de su paso —con gran satisfacción de los rusos—, la elaboración de manteca y queso que luego se consumiría ávidamente en la zona.

Muchos de los nuestros, para abreviar o acortar el tiempo de permanencia, se conchabaron como peones de los rusos para allegar algún dinero; así transcurrió el crudo invierno y nuestros peregrinos —ya impacientes—, estaban ansiosos de proseguir su inacabable viaje hacia su destino desconocido. Después del deshielo, se alistaron carros sin elásticos, agrupándose por familias o por amistades y se acomodaban en el carruaje de su preferencia, cargando las pocas cosas que

traían, algunos enseres personales y tal vez algún maltratado baúl con la ropa que les quedaba.

El espacio libre fue ocupado por las mujeres, ancianos y niños; los hombres y los jóvenes caminaban detrás de su carruaje. Así formaron las largas columnas de colonizadores que se dirigían rumbo al sur, en busca de la tierra prometida. En verano, el polvo y la temperatura elevada disminuían el ritmo de marcha; en Rusia las temperaturas son altamente contrastantes, e invariablemente a un corto verano sigue un largo invierno.

La columna siempre tenía como jefe a un oficial ruso, estricto pero amable, quien era asistido por los alcaldes —elegidos por y entre los viajeros—, subordinados a él en su acción; en alguna manera las confesiones religiosas procuraban la asistencia espiritual mediante el periódico envío de clérigos, quienes administraban el bautismo, la confirmación, la comunión y demás sacramentos de acuerdo a las respectivas creencias en los campamentos improvisados.

La rudeza del clima y la alimentación insuficiente y desconocida, provocaron numerosas enfermedades y fallecimientos; las cruces latinas de dos palos atravesados, como hitos señalaron el derrotero de los fundadores como silenciosos mojones de un pueblo formado por esperanzados peregrinos.

Finalmente, el río Volga estaba a su vista; emocionados admiraban su inmensidad y ya sentían una extraña atracción por él ya que procedían del Rin.

Abandonaron aquí sus maltrechos carruajes y abordaron pequeñas embarcaciones fluviales, navegando a favor de la corriente, río abajo: los rusos llamaban a su gran río (Matuschka, que significa "Abuelita"), con respeto y cariño. Así surcaron una nueva vía desconocida en esas primitivas embarcaciones, sin comodidad alguna, sometidos al oleaje en molestos movimientos.

La nueva alteración del régimen alimentario trajo consigo consecuencias inevitables: nuevas enfermedades y más vidas que se extinguían; en esas tristes circunstancias los veleros se arrimaban a las costas para permitir a los deudos enterrar en las riberas a sus niños y ancianos. No había tiempo para ceremonias y lamentos; el grupo de forzados colonizadores mantenía la recóndita esperanza de que el paraíso prometido, mitigase tanto desconsuelo e incesante penar. Estoicamente avanzaban por el camino fluvial sin rebelarse; en su fe ardiente y vívida clamaban constantemente a Dios implorando su socorro y fortaleza. Acumulaban así experiencia en ese suelo de Cata-

lina II, para sobrellevar la dura tarea que aún les esperaba especialmente quienes desconocían el oficio de agricultores, ya que los había de toda profesión, rango y estrato social.

Allí conocieron el río Volga, cuando sus aguas comenzaban a congelarse desde el norte e inmovilizaban esta ruta vital, transformándose en una pista de plata para los trineos; algo inusitado: un río inmóvil, endurecido, congelado. Luego vendría el espectáculo mayor: la primavera... para ir debilitando la solidez del hielo, ver resquebrajarse esa ruta helada, con estrepitosos estruendos como truenos... Y la vida comenzaba a resurgir.

Cuando se asoma la primavera y el sol avanza aparentemente sobre el hemisferio norte comienza el proceso del deshielo y la nieve se transforma en agua, mucha agua; el río se moviliza y la inmensa masa acuática invernal se encamina hacia el río rumbo al mar, previo abundante riego, la nieve licuada se dirige hacia los cauces de los arroyos y aumenta peligrosamente el caudal del Volga, hasta que desborda por su ribera izquierda, muy baja y cubre extensas zonas muy alejadas de sus riberas naturales, impidiendo divisar ambas orillas.

Al llegar al muelle de Saratov, –virtual capital de las Colonias Alemanas del Volga–, todos descendieron en su puerto; en Lübeck se habían embarcado 400 personas y allí ya faltaban 50 que habían fallecido. Un año antes se habían embarcado llenos de esperanzas; pero las sorpresas y desengaños se fueron sucediendo sin término y las privaciones los habían diezmado. Quedaba todavía por ver y llegar al lugar donde recibirían aquellos campos productivos, con frutos silvestres comestibles, y flores y pastos abundantes; casas precarias, pero con suficientes materiales para construir su aldea definitiva.

A medida que se acercaban a su destino, sus expectativas crecían... mientras avanzaban con moderado y lento paso por esa región desértica e inhóspita, sin árboles, sin pastos, sin flores; esperaban ansiosamente la aparición de bosques, de vertientes de cristalinas aguas, que les describieron poéticamente los ''emisarios'' en Alemania...; pero paulatinamente se acostumbraron a una realidad negra. Sólo, ante sus ojos, veían un cielo azul que se cortaba en un horizonte de estepa.

De pronto, el teniente como oficial de la Corona, dio la voz de ¡Alto!, ¡a desmontar!... Habían llegado al fin, a su DESTINO.

¡Qué decepción! Una llanura sin vegetación, sin valles ni lomadas, nada de lo prometido. Muchos hubieran querido volver de inmediato a su Alemania lejana, mientras otros planearon, con estoicismo, la in-

mediata acción; algunos consideraban que el teniente había incurrido en un error. Pero la tangible realidad estaba a la vista: Tierra árida con rala vegetación de matas bajas. Aquí debían establecer su nueva Aldea, su nueva Patria.

No obstante el mal humor desatado ante la grave injusticia, la acción era urgente; la proximidad del invierno exigía techo abrigado porque el invierno ruso significaba la muerte blanca. Ya corría setiembre y los primeros fríos los visitaban; conociendo la realidad que se les venía encima, preguntaron al oficial Jefe por la llegada de los constructores de las casas y por la ubicación de los materiales para erigir las nuevas viviendas para protegerse de la intemperie y esconder sus desilusiones.

El delegado imperial, sólo se limitaba a repetir severamente que esa era la tierra cedida por la Gracia Real a la comunidad alemana de colonizadores; allí quedarían para siempre y tendrían que habituarse a ella. Hubo lágrimas y muchos reproches, mientras se buscaba a los responsables. Al reiterar alguien la pregunta por los constructores, el Jefe con cierta ironía, les contestó: "Es mejor no confiarse demasiado en ellos, pues llegarían probablemente recién en la próxima primavera; sería mejor poner manos a la obra para evitar mayores males".

Como las voces de protesta se perdían en el vacío, se tramó una tentativa secreta de regreso a la Patria nativa; el grupo de cosacos que acompañó al teniente los rodeó y sofocó fácilmente el intento, obligándoles a cumplir por la fuerza las órdenes del Jefe. Así pasaron su primera noche otoñal en su nueva tierra prometida; por la mañana, al iluminar el sol la estepa, muchos comprendieron su desventura y buscaron los medios para sobreponerse a la contrariedad y salir airosos de la situación.

Los nativos de la zona poseían la solución inmediata a sus proble- quienes no quedaba otra alternativa que comenzar una nueva forma de vivir; como primera medida y conforme a los derechos otorgados, debían designar su propio alcalde o Jefe de aldea. Nuestra gente así lo hizo al recobrar su fe en la propia capacidad; ya con su propio conductor, todos escucharon los consejos de éste y recapacitaron a tiempo para resolver el problema habitacional. El fantasma del invierno se hallaba por delante y aunque todavía no habían experimentado el rigor de su intensidad, ni sus funestas consecuencias, era urgente instalarse para recibirlo con alguna posibilidad de supervivencia.

¿Qué hacer? ¿Sin casa, galpón o refugio y sin materiales para cons-

truirlos? Situación difícil para enfrentar y resolver; la segunda noche otoñal resultó intensamente fría. Cerca de nuestro grupo acampaba una tribu de Calmucos semi-salvajes, que miraban con desconfianza a los intrusos; el lugar asignado a nuestro contingente de colonizadores se hallaba ubicado del lado derecho del Volga. (Bergseite).

Aunque no se había realizado hasta entonces allí ningún intento de colonización organizada y masiva, se encontraban de cuando en cuando agricultores aislados, distanciados y solitarios, que vivían primitivamente; de ordinario eran gente con cuentas pendientes con la policía o siervos evadidos de las fincas de sus amos. Pronto se acercaron a los alemanes para asesorarlos en lo relativo a construcciones en zonas tan desamparadas; sabían de viviendas de emergencia, pues habían pasado por una situación similar al establecerse en esos páramos.

El oficial de la Corona obtuvo algunas maderas y ramas de árboles para nuestros colonizadores y el castigado grupo necesitaba urgente protección; las enfermedades y deficiente alimentación raleaban y hacían estragos en sus filas.

Los nativos de la zona poseían la solución inmediata a sus problemas; más su asesoramiento no fue gratuito porque aprovecharon el fácil medio de lograr dinero sin trabajo. Por supuesto estos aprovechados no eran de la misma calidad que aquellos con quienes habían convivido el invierno anterior, en el norte: de gran corazón y muy hospitalarios. Eran dignos representantes de un pueblo espiritual y místico, con gran sentido del arte en sus dos aspectos de música y de poesía.

En semejante adversidad la solución del problema para superar la amenaza latente del frío con sus trágicas consecuencias, era meterse dentro del vientre de la tierra; como faltaban las cuevas naturales en la llanura, usadas por los más remotos antepasados del hombre o al estilo de los animales, resolvieron cavarlas en la tierra. Era el modo más primitivo pero también el más seguro para superar la emergencia como solución provisoria; fue así como los rusos les indicaron la forma y el tamaño a dar a las construcciones subterráneas, como si fueran simples sótanos.

Las ochenta familias que integraban el grupo, comenzaron enseguida la excavación del suelo y en pocos días ya tenían lista su casa bajo tierra, que los nativos llamaban ''zemlyanky''; experiencia singular totalmente desconocida ni soñada por los nuestros. Dichas cuevas eran rectangulares de ($8 \times 4\,m^2$) y por tres de profundidad; más de 90 m3 de tierra debieron ser extraídos a fuerza de brazo y con una

simple pala. Como techo fueron empleados troncos y ramas de árboles, cubiertas después con parte de la tierra extraída de acuerdo al peso que podía soportar la ramazón; esa cobertura aislaba el interior del frío dejándose, por supuesto, una abertura para la salida del humo y la ventilación necesaria.

Como puerta se aprovechaba el fondo de un carro colocado de manera que podía facilitar el acceso; los problemas técnicos fueron solucionados por las indicaciones de los rusos y el ingenio de los nuestros suplió hábilmente sus fallas.

Para entrar en la habitación desde el exterior debían arrastrarse incómodamente, así como para salir; pero reparemos en lo que esto significó durante los cuatro o cinco meses de nieve como resguardo seguro para un seguro refugio en que sólo los hombres podían salir al exterior unos instantes cada día para detectar posibles fallas en el techo y desplazar la nieve para evitar que hundiera la frágil techumbre. Reconocemos, sin embargo, que era un claustro infrahumano sólo apto como vivienda para seres irracionales.

El principal problema para la improvisada habitación era la falta de luz; por la noche, un simple candil suplía la deficiencia, pero no suministraba la iluminación necesaria durante el día para los menesteres a realizar. El vidrio no existía en la región; apelaron entonces a la traslúcida vejiga de cerdo extendida sobre el marco de madera que serviría de ventana. Así los oblicuos y mitigados rayos solares penetraron por algunas horas en el interior de la caverna expandiendo luz y calor.

Fue un invierno terrible; cuando las tormentas de nieve cerraban el orificio destinado a ventilación y tiraje del humo, la permanencia en dicho infierno se hacía insoportable; niños hubo que murieron al inspirar o aspirar ese aire viciado. Salir de una región de Europa con las mayores comodidades relativas para la época, para sepultarse en un lejano y despoblado yermo; sin experiencia para ello, se consideraban abandonados del mundo y por la Emperatriz Catalina II, no obstante su altisonante título de ''La Grande'' y su procedencia alemana.

¡Cuántos reproches se hacía cada uno...!; pero con singular empecinamiento y sin darse tregua buscaron y lograron sobrevivir; después de las primeras heladas intensas, cuando los arroyos se endurecían y congelaban totalmente y la tierra se cubría con espeso manto de nieve, un comarcano, viendo las difíciles circunstancias en que se debatían los recién llegados, les dio una muy útil sugerencia, indicándo-

les que debían cortar de la superficie congelada del arroyo, un trozo con el tamaño de la ventana improvisada que tenían sobre sus techos y al colocarla sobre el molde echarle agua para que soldara con el marco al congelarse. Así el hielo reemplazó al vidrio y con su transparencia se iluminaba mejor la casa subterránea.

Corrían así los días en la ignota región y los pobladores absorbidos por la tierra denotaban su presencia por las pequeñas elevaciones o montículos de tierra amontonada sobre los techos; mas, todo llega a un fin y para los nuestros, el término del infierno blanco era significado por el goteo de la ventana de hielo y su inesperada caída, por la acción del añorado sol de la primavera. Cuando sus primeros rayos penetraban por el reducido espacio de la ventanilla era señal que la vida comenzaba en el exterior; por fin, también los ancianos y los niños podían salir al exterior y sacudir su cansada espera en su mísero encierro.

En el exterior les esperaba el trabajo duro y hasta los rayos de un sol abrasador; porque en Rusia las variaciones climáticas son extremas; mucho frío invernal y abrasador estío, pero ya no pasarían otro invierno enterrados vivos en medio de esos inaguantables sacrificios; su iniciativa y diligencia pronto superarían el problema.

CAPITULO III

LAS FUNDACIONES

FUNDACION DE LAS COLONIAS MADRES

Volvamos nuevamente la mirada hacia Su Alteza Catalina II, la "Grande", quien a los 33 años ciñó la corona imperial e inició un brillante reinado de progreso durante un período de 34 años; esta mujer alemana supo rodearse de los más afamados pensadores liberales de Francia —Voltaire entre ellos— y adornar su corte con el refinamiento y la galantería de París. Recurría así a la élite de la sociedad europea para escoger sus consejeros y Directores de Colonización. Por esta razón, aparecen los Directores franceses en nuestra historia inicial.

El equipo gobernante ruso carecía de experiencias en colonización; desconocían la naturaleza de sus tierras y sus características más o menos apropiadas para los cultivos. Si bien ya se habían realizado experiencias anteriores, todas ellas fracasaron y en muy limitados espacios; por ende, la nuestra fue la "iniciadora" de un plan serio y en vasta escala.

El proyecto de la margen derecha e izquierda del Volga Sur, abarcaba unos 45.000 km2, que fue ampliado a una superficie equivalente a toda la extensión de la Provincia de Entre Ríos; los franceses contratados por Catalina fueron, al principio, los únicos a cargo del "operativo", especialmente de la emigración de Alemania y de la instalación de las aldeas y colonias. Cobraron por ello, elevados estipendios, aunque desconocedores de la idiosincrasia de los inmigrantes y más aún de conocimientos agrarios apropiados, fracasaron ruidosamente defenestrados por las quejas de los colonizadores, siendo reemplazados por funcionarios de la Corona, aunque no en su totalidad; así se generaron dos tipos de colonias: Privadas, las primeras y de la Corona, las subsiguientes.

El primer proyecto sólo comprendía la colonización de la margen derecha del Volga (Bergseite), por una motivación que nuestra gente comprendió bien después de la primera década de instalados allí; el propósito primordial de Catalina II era terminar con las incursiones depredadoras de los Quirquizios, Calmucos y Tártaros mongólicos y otros tribeños de raza amarilla, resabios de la Horda de Oro del Gran Mongol que por siglos habían dominado a la región y a la mayor parte de Rusia antes de Iván, el Terrible. Estos se consideraban todavía dueños del territorio ubicado al este del Volga (Wiesenseite) e incursionaban salvajemente contra quienes se aventuraban a establecerse allí; por lo tanto, al establecer colonias en la parte del oeste del río, construía una frontera viva que significaría un bloque humano civilizado y naturalmente una barrera contra esos indeseables invasionarios.

Nuestros ingenuos alemanes, que ni lo sospechaban, fueron utilizados hábilmente en pro de la estrategia real; en el Volga, unido a las colonias sería el obstáculo infranqueable, que ahorraría al Gobierno ruso cuantiosas sumas en armamentos y hombres para la defensa de la zona; nuestros pioneros ignoraban esta circunstancia amenazante e insegura y los promotores franceses y rusos se cuidaron bien de mencionarla. Esta triste realidad, compendiada en la fría táctica de Catalina contra la amenazadora horda, a costa de los inmigrantes, sería luego motivo durante medio siglo de sangrientas luchas —con muertes y raptos—, de nuestros antepasados contra ellos, hasta superar la situación mediante la liquidación del peligro amarillo.

En el lado alto de la Bergseite (lado derecho del Volga) se establecieron inicialmente los colonizadores, en núcleos no mayores de mil familias, sobre los campos extendidos en un perímetro circular de 70 km; cada grupo, convenientemente delimitado, se consideraba como un distrito de colonización, dirigiéndose su administración desde las ciudades cabeceras de Saratov y Samara. Por ello, la parte occidental del Volga (Bergseite) fue la más antigua, ubicada a unos 40 kilómetros de Saratov, siendo Dobrinka, fundada el 29 de junio de 1764 —de confesión evangélica—, la primera radicación de alemanes en Rusia, motivo de esta obra.

Las aldeas o colonias madres, fundadas entre 1764 y 1767, fueron 104, de todas las confesiones cristianas; tales fueron nuestros antepasados que comenzaron a protagonizar una historia pletórica de sacrificios, privaciones y de una inmensa y trascendente utilidad para Rusia.

Una vez ocupadas las principales zonas de colonización del lado occidental del Volga, se resolvió la extensión por el este, extensa llanura conocida por los alemanes como Wiesenseite, para seguir radicando a la gente que seguía llegando de la Madre Patria; esta región es muy distinta de la anterior, por cuanto, con la llegada de la primavera se produce el derretimiento de la nieve y las enormes masas de agua buscan el cauce del río Volga, y este aumento del volumen de su caudal provoca grandes inundaciones en la zona. Esta particularidad del gran río hace que las tierras sean de distinta formación y también resulten aptas para cultivos diversificados.

Los terratenientes rusos tenían sus propiedades, preferentemente ubicadas al oeste, al lado derecho de las márgenes de esta gran vía de comunicación de la época; en consecuencia, los alemanes debían contentarse con establecer sus aldeas y campos en lugares más alejados del río y en zonas menos cotizadas. Elegían para ello, las riberas de los afluentes que afluían al Volga. Inicialmente fueron planificadas cuatro grandes colonizaciones en el bajo Volga, las cuales nunca llegaron a concretarse totalmente.

El lado derecho constituía la provincia de Saratov y el opuesto, la provincia de Samara, aunque Saratov fue considerada siempre de hecho y de derecho como la verdadera Capital de los Alemanes del Volga. Un caso especial lo constituye la aldea "Franzosen", una de las 104 aldeas madres, única fundación realizada por franceses, que lentamente fue disolviéndose por absorción de los rusos porque las exigencias de la nueva vida fueron tan insoportables para ellos que no las toleraron y lentamente fueron desplazándose del lugar, ocupando los alemanes, de ambos credos, la zona que les fue asignada en la fundación.

La mayoría de las aldeas ubicadas en la margen derecha del Volga pertenecían a la Corona; en la colonización privada –por derecho de fundación– sobresalieron los Directores franceses Le Roy, Pictet, Beauregard y otros. Conviene mencionar que un grupo de nuestros inmigrantes –de los más hábiles en oficios o por su cultura– se afincaron desde los comienzos, en Saratov, formando el barrio de los alemanes de esa ciudad, quedando con el crecimiento de la misma, muy bien ubicados en sus límites urbanos.

A medida que la colonización fue cobrando importancia, el gobierno ruso fue nombrando personal administrativo, recayendo generalmente esas designaciones en oficiales retirados del Ejército ruso, ca-

racterizados casi siempre por su total desconocimiento de las funciones asumidas; la planificación de la tarea colonizadora corría por cuenta exclusiva de los rusos; pero la ubicación de las aldeas era elegida por los colonizadores.

Por escasez de forestación natural o artificial y la consiguiente falta de madera, a menudo se debía recurrir en los inicios, a las habitaciones subterráneas cuando la falta material de tiempo, por la vecindad del invierno, apremiaba; en un principio, las casas se construían de madera y posteriormente, con adobes o piedra natural.

Cerca de Zaryizin (Volgogrado) fue fundada una colonia muy particular, llamada Sarepta —nombre bíblico—, poblada por una comunidad religiosa de hermanos, denominados "Herrnhütern Brüdergemeinde", situada sobre el arroyo Sarpa, que fue cobrando gran importancia desde 1765, año de su fundación; Sarepta tuvo una administración religiosa comunitaria, independiente, régimen aprobado por el gobierno ruso.

También es necesario mencionar que una vez dejadas Lübeck y Danzig por nuestros antepasados, presintieron que su alejamiento sería definitivo; su nostalgia (Heimweh) por el distanciamiento de la Madre Patria, apuró el fin de muchos ancianos en tierra tan adusta y extraña. Aquellos 30.000 pioneros que abandonaron sus tierras, perdieron en el viaje más de 3.000 personas, y después de diez años de ausencia, sólo quedaban 23.000; los fundadores pagaron un precio muy alto en esa aventura.

CASAS HABITACIONES E INSTALACIONES

La zona del bajo Volga presentaba un medio ambiente muy distinto en todos los aspectos al del lugar de origen; el cambio fue enorme. Si observamos el mapa de Europa, veremos que la latitud de ambas regiones en el hemisferio norte corresponde al paralelo 50º, aproximadamente, la que corresponde al sur de Santa Cruz, Estrecho de Magallanes y norte de Tierra del Fuego en nuestro hemisferio opuesto; mas, el clima de Alemania es marítimo y bastante influenciado por la corriente del Golfo. En cambio, el de Rusia es totalmente continental con variantes extremas entre máxima y mínima.

En la primera, había abundante vegetación, árboles, flores y todo tipo de materiales de construcción; el Volga Sur era una estepa vir-

gen, despoblada de árboles. Sin experiencia en un medio semisalvaje y hostil, este pueblo alemán debía sobrevivir y aún progresar satisfactoriamente; tarea difícil y dura, pero su voluntad indomable y su profunda fe cristiana les dieron fuerzas para vencer todos los obstáculos que se les opusieron.

De ordinario, al llegar a la zona elegida, ya encontraban planificada la urbanización —salvo los primeros— y delimitada la extensión a cultivar; el estilo aplicado en el Volga y transplantado luego a la Argentina, fue trazar —para las aldeas— una calle o avenida central, como eje de edificación, y luego se marcaban calles paralelas y transversales más angostas.

Sobre la calle más importante se construía la iglesia y la escuela.

El material de construcción empleado, por lo común fue la madera, suplantada, a veces, por piedra caliza obtenida de la naturaleza.

Antes de ampliar detalles, analizaremos el tipo de construcciones que necesitaban nuestros colonizadores y explicaremos el por qué de su establecimiento en aldeas. Entre los inmigrantes, la familia era la piedra angular de su organización; núcleos familiares de diez y hasta veinte personas eran comunes Por ello, necesitaban viviendas espaciosas; la actividad principal que iban a desarrollar, el cultivo del trigo y otros cereales, demandaba depósitos apropiados para los granos cosechados y el forraje para el invierno, Necesitaban para el trabajo, de animales y procreaban ganado para el consumo familiar y vestimenta; todo ello requería imperiosamente la instalación de establos cubiertos para los caballos, vacas, ovejas y cerdos para preservarlos del frío invernal, manteniéndolos encerrados durante cinco meses cada año.

Asimismo, dentro del complejo habitacional en Rusia, era menester contar con un gran sótano para almacenar los alimentos durante el verano para los períodos de nieve; a menudo en un sótano contiguo, se amontonaba nieve para que sirviera de cámara frigorífica durante el verano. En la estación invernal, los alimentos se conservaban fácilmente en los sótanos o altillos de las casas; en cambio, la conservadora de hielo mencionada —ya conocida y empleada por romanos y griegos— cumplía esa función en el estío.

Casi todos los países europeos necesitaban una adecuada calefacción en las casas cuando apremia el frío; con mayor razón en Rusia, con sus gélidos inviernos y temperatura media entre los diez y

hasta veinte grados bajo cero. Ello demandaba la construcción de un horno que permanecía encendido durante todo el día, aprovechado también para coccionar los alimentos; a su vez esa estufa funcional debía contar con las convenientes instalaciones para ventilación y el tiraje necesario para la eliminación del humo.

Las ventanas que miraban al exterior tenían doble ventana o postigo para preservar las habitaciones del frío exterior; también se construía un galpón amplio para guardar herramientas, arreos, pasto y adobes para la construcción, y que era utilizado como lugar de trabajo por los hombres durante el invierno. Un establecimiento de colonos volguenses era algo muy especial y sumamente espacioso, que contrastaba con las primitivas "chacras" de los nativos, con una sola pieza, sin árboles ni huertas, y que aún vivían en servidumbre.

Naturalmente describimos aquí una vivienda tipo o standard en el Volga alemán; pero, en muchos casos, las costumbres de los pobladores y las variantes de producción, imponían cambios en las construcciones; aunque las diferencias no eran muy importantes, ya que las exigencias eran similares en la extensa zona colonizada. Todas ellas, como es común en Europa, poseían techos de dos o cuatro aguas para evitar su hundimiento por el peso de la nieve acumulada en invierno.

El sistema de agruparse en "aldeas" era usual en la Europa en aquella época y en Rusia, poderosas razones lo justificaban; en primer término, facilitaba la defensa en casos de ataque por los merodeadores que los acechaban permanentemente en los primeros años de su instalación en lugares tan inhóspitos y salvajes, fueran hombres o lobos.

En nuestro caso especial, los factores que obligaban a residir en pequeños núcleos comunales de cinco a diez mil pobladores, pueden esquematizarse en los siguientes: a) Desconocimiento del medio; b) Inviernos muy crudos; c) Excesivas nevadas; d) Necesaria solidaridad frente a los animales feroces o tribus nómades hostiles de la zona; e) Unica posibilidad para concurrir a la escuela y a la iglesia, en las largas y nevadas jornadas invernales, por destinarse el verano al trabajo del campo únicamente; f) Mejor y más conveniente utilización de los servicios comunitarios que podía ofrecer una aldea poblada por personas del mismo origen étnico, bajo las mismas reglamentaciones e idéntica confesión religiosa.

Gracias a ese modo de convivencia, sobrevivieron y vencieron a los tribeños que los consideraban "intrusos", aniquilaron a las mana-

das de lobos y lograron conservar su unidad idiomática, sus costumbres y cultura.

No sólo necesitaban los colonizadores habitación cómoda para la familia, sino que su ocupación especial exigía amplias instalaciones para sus actividades agropecuarias, que a menudo pasaba de los quinientos metros cuadrados cubiertos, para almacenaje de los productos y demás necesidades de un agricultor modelo, en Rusia.

das de lobos y lograron conservar su unidad idiomática, sus costumbres y cultura.

No sólo necesitaban los colonizadores habitación cómoda para la familia, sino que su ocupación especial exigía amplias instalaciones para sus actividades agropecuarias, que a menudo pasaba de los quinientos metros cuadrados cubiertos, para almacenaje de los productos y demás necesidades de un agricultor modelo, en Rusia.

CAPITULO IV
LOS PRIMEROS AÑOS

DIFICULTADES IMPREVISTAS Y SUS SOLUCIONES

El pueblo alemán emigrado a Rusia no estaba preparado para afrontar la rudeza del frío, la hostilidad permanente de las tribus salvajes y la carencia de los materiales imprescindibles para instalar e inaugurar una buena colonización en el Volga; pero una vez allá, no había posibilidad de retroceso y ni siquiera ocasión de cambiar de actividad. Por ello, todos los problemas surgieron imprevistamente y debían solucionarse satisfactoriamente allí mismo, válidos de sus propios medios y utilizando su ductilidad para acomodarse a esas circunstancias.

Para una mejor comprensión, elegiremos una decena de casos, que analizaremos en sus detalles:

1º *Combustibles.* La calefacción en el Volga es primordial para sobrevivir del crudo invierno; el combustible es tan importante como el alimento. Pero en la estepa a colonizar por nuestras gentes no existían montes naturales y menos forestación artificial; no había leña y se carecía de cualquier combustible vegetal y no se tenía conocimiento de la existencia de carbón o petróleo.

Las colonias se enfrentaron así al primer problema vital para no zozobrar en sus designios; la Corona rusa no había previsto la solución... y aunque no era absolutamente imposible obtener leña, que se hallaba a centenares de kilómetros de distancia, el costo de su flete estaba fuera de sus medios económicos.

Una vez más el ingenio alemán logró la solución satisfactoria: a uno de los colonos se le ocurrió juntar el estiércol de los animales de su establo, escurrirlo, desecarlo y desodorizarlo en el verano, lentamente; convenientemente prensado y luego cortado en panes del tamaño de un ladrillo, era estibado, en espera de su uso en el invierno.

Había partido de la simple observación de que los animales se alimentaban de vegetales. Fue un verdadero invento y la Soberana lo distinguió con significativo premio; así fue solucionado un grave aprieto sin costo alguno y los alemanes dispusieron de todo el combustible requerido para no sucumbir. Por supuesto, esto acaeció en los primeros quinquenios, pues rápidamente aclimataron numerosas especies arbóreas de sombra y frutales; en alemán se denominó al nuevo producto "mistholz", y lo siguieron fabricando hasta principios de este siglo.

2º *Viviendas subterráneas.* El apremio del tiempo y la falta de materiales para la construcción obligaron a muchos de los primeros colonizadores a construir y refugiarse en viviendas excavadas en tierra; aparte del problema sanitario, el decaimiento físico y moral que provocaron esas zemlyanky en el lado izquierdo del Volga (Wiesenseite) fue muy nocivo para los niños, ancianos y mujeres. Pero aún les esperaba una sorpresa mucho más desagradable; sea por desconocimiento, imprevisión o simplemente engaño por parte de los nativos de la zona, no advirtieron a tiempo el peligro que significaba el repentino derretimiento de las nieves y el deshielo en la primavera.

Nada hacía prever que el Volga y sus afluentes saldrían de su cauce al confluir las voluminosas masas de agua allegadas por el deshielo, especialmente en la llanura del este; no obstante las ventajas de la ubicación cercana al río para un más fácil desplazamiento, por navegación o en trineo, muchos apenas lograron salvar sus vidas, huyendo del avance de las aguas desbordadas que a raudales y en forma repentina venían del río, inundando las cuevas que los albergaban con enseres y bastimentos.

Los sufrimientos iniciales fueron tremendos, acrecentando la nostalgia de la Patria nativa y lejana, en donde habían residido en confortables casas; el romántico Volga, tan apacible, presentaba anualmente un furioso hinchamiento de lomo, sembrando la devastación y la muerte entre los desprevenidos de su lado izquierdo, con ruidos semejantes a truenos provocados por el resquebrajar de los hielos, que luego puestos en movimiento por la corriente eran conducidos hacia el Sur. Mientras tanto, llegaban por los afluentes, los acrecentados caudales de agua, provenientes de las nieves derretidas en los campos.

3º *La tracción a sangre.* La única manera de arrimar los materiales para la construcción era cargarlos en sus carros tirados por caballos en 1764; mas los caballos entregados por el gobierno eran chúcaros, sin domar y su utilización inmediata para el acarreo o para montar

fue imposible. Esto provocó el retraso en la construcción de sus casas porque la distancia a recorrer para hallar los materiales era considerable; los potros debían ser amansados, lo que insumía un invalorable tiempo, ya que los domadores no abundaban y la construcción de las viviendas se demoraba.

4º *Adelantos en dinero.* Otro motivo de aflicción fue la carencia de dinero; al principio el tesoro imperial les adelantaba cierta cantidad que debían destinar exclusivamente a la adquisición de materiales para la construcción de sus casas; los valores asignados siempre fueron insuficientes, ya que nunca sobrepasaron los cien rublos como suma global; en 1768 fue interrumpida la entrega so pretexto de que habían sido malversados esos dineros del Estado. Para el tipo de viviendas que requería la zona, esos préstamos eran insignificantes y muy a menudo el hambre justificaba sobradamente su utilización para mantener la vida; es indudable que el equipo ruso no estaba a la altura de las circunstancias, incapaz de proveer las necesidades de un pueblo extraño al medio que tenía el compromiso de aclimatarse rápidamente. No obstante la acusación echada a rodar de que se habían enriquecido con las dádivas de la Corona, su permanencia en la "pobreza" fue el más rotundo desmentido

5º *Pestes y enfermedades.* El desconocimiento del clima, la extenuación del interminable viaje de un año, una alimentación poco variada y muy reducida, sin asistencia médica e incontables incomodidades en las viviendas, sepultados en el vientre de la tierra y ahogados por el humo y los malos olores, nuestros antepasados sufrieron todo tipo de pestes, contagios y enfermedades y un elevado número no logró sobrevivir; el tifus hizo estragos. ¿Cómo no iban a añorar la vuelta a la Patria? Mas, todo lamento era inútil y debían extraer fuerzas en donde no las había para sobrellevar sus miserias; sólo en la zona de Tarlyk de un grupo de 157 personas –recién llegado– fallecieron 26 y entre ellos, cinco padres de familia. Así fueron esos comienzos.

6º *Casas precarias.* La insuficiente cantidad de materiales para la construcción, indujo a los desarraigados alemanes a proyectar casas dobles en un solo block, con capacidad para dos familias; este método, aún usado en nuestros días, se aplicó como solución extrema y en forma precaria. Había entre ellos sobradas personas capaces de proyectar y dirigir cualquier clase de construcción; pero la carencia de la materia prima necesaria anulaba todos sus conocimientos técnicos.

Las primeras viviendas sólo poseían las comodidades más indispensables, eran insalubres y no ofrecían mucha seguridad para

casos de incendio; incluso se empleaban elementos circunstanciales como el follaje de los árboles y ramas, para hacer un entretejido a manera de pared, que luego se cubría con barro adobado. Era un tipo de "rancho" que al mejorarse la situación económica se destinaba a establo.

7º *El peligro del fuego.* Una aldea de casas encimadas, dobles, construidas en madera, con la estufa de calefacción encendida permanentemente en todas ellas, constituía una amenaza latente para los incendios; en cada aldea siempre, de 300 a 600 posibles focos podían transformarla en una hoguera en cualquier instante durante varios meses al año. El frío se combatía con la calefacción en cada grupo familiar; la única manera de evitar las catástrofes era mantener una permanente vigilancia sobre las casas, depósitos, etc., para alertar a la población en caso de incendio. El reglamento interno de cada aldea incluía la obligación de no dejar solas las viviendas, manteniendo siempre una persona responsable en las mismas, para prevenir cualquier posibilidad de incendio, especialmente cuando toda la población acudía a la iglesia en los días festivos.

Gracias al calor del fuego lograron sobrevivir en Rusia, pero también constituía un gran peligro; los hechos desgraciados fueron muy numerosos.

8º *La semilla.* Es indispensable para un agricultor y por lo tanto, fue preocupación permanente obtenerlas a tiempo y de buena calidad; para arraigar la civilización en la estepa que afirmara el dominio de la Corona, los cultivos y las cosechas abundantes y rendidoras, fruto de métodos modernos, constituían una prioridad. Pero la máquina administrativa de la burocracia que dirigía dicha colonización, atentaba permanentemente contra esa exigencia básica; ya dijimos que los Directores eran oficiales del ejército, retirados del servicio activo, quienes recibían en gracia esos cargos en compensación por los servicios prestados, sin importar su idoneidad o conocimientos.

Mucho daño causaron —involuntariamente— dichos militares tanto a la Corona como al pueblo colonizador; las semillas a menudo llegaban tarde y ello significaba su siembra con retardo y las consiguientes pérdidas en las cosechas. Desde sus comienzos nuestro pueblo padeció esa plaga burocrática que permanentemente se interponía y obstaculizaba su trabajo; sólo su inalterable paciencia soportaba la llegada a destiempo del trigo, avena, cebada, etc. a la bolsa del sembrador en las tierras del Volga.

9º *La hostilidad de los nativos.* Los residentes anteriores o los

nómades, los consideraban "intrusos y usurpadores" de su habitat; en cierta manera lo fueron desde el punto de vista de los lugareños. Los nuestros se establecieron con la protección imperial, pagando eso sí las tierras y con ciertos privilegios sobre ellos: aunque sin la ciudadanía rusa, eran súbditos "LIBRES".

En Rusia imperaba el estado de "servidumbre", abolida un siglo después de la llegada de nuestros inmigrantes; ello generaba un clima de hostilidad, algo disfrazada para no chocar con las autoridades rusas. El hostigamiento fue continuo y avieso consistiendo en el robo de caballada, ganado y todo tipo de enseres, generalmente por la noche, en cortarles el pasto y revendérselo por otra vía, incendio de campos a punto de cosechar, etc.; los nuestros se veían impotentes, frente a la astucia y a las artimañas que usaban los rusos para perjudicarlos. Para los alemanes esos procederes eran extraños porque ni siquiera hubieran supuesto la posibilidad de la existencia de esas maneras de obrar, pero los ataques —suaves si se quiere aunque permanentes— fueron una realidad cotidiana hasta acostumbrarse a los mismos por considerarlo el aspecto más llevadero para la convivencia con los rusos.

10º *Defensas en las aldeas.* Los primeros colonizadores no sólo tenían el problema de los incendios en las aldeas, sino que por su ubicación en un medio hostil, los obligaba a construir verdaderas defensas, cual poblaciones asediadas, por las tribus errantes que con fines de robo, saqueo y raptos, solían aparecer de improviso en las colonias; los atemorizados colonos empleaban todos los medios imaginarios para su defensa. Los merodeadores —especialmente Calmucos— acampaban a menudo meses enteros, como gitanos, ante las poblaciones; para su defensa construían cercas como resguardos alrededor de las aldeas y hasta imaginaron primitivos sistemas de alarma. Excavaron fosos perimetrales para impedir el paso de los asaltantes y saqueadores, transformando, especialmente a las ciudades del Este, en verdaderas localidades fortificadas; nuestro pueblo, con los gastos y peligros consiguientes, libró una larga y dura batalla contra los malvivientes y semisalvajes en Rusia por espacio de medio siglo. Este aspecto de la colonización fue el más terrible y afligente y la vigilancia en ciertas zonas fue constante para prevenir las sorpresas.

Esta enumeración no agota los problemas graves surgidos en Rusia y que debieron ser superados por nuestros antepasados con tremendos sacrificios; sólo la unión en su fe en Dios y su gran espíritu de solidaridad en el trabajo y la responsabilidad, les dieron la forta-

leza necesaria para triunfar. Catalina II, la Grande, los había olvidado y los lazos con la vieja Alemania quedaban definitivamente cortados.

AMPLIACION DE LAS COLONIAS DEL VOLGA

Aunque desconozcamos cifras fidedignas referidas a las dimensiones exactas de las colonias alemanas, establecidas desde 1764, en ambas márgenes del Volga, resumiremos los datos disponibles hasta la fecha; es importante tener una imagen clara acerca de la magnitud de la primera colonización, objetivo de este libro.

Algunas fuentes históricas sostienen que Catalina II proyectó colonizar una región de unos 250 km de largo por 350 km de ancho, superficie superior a la de la Pcia de Entre Ríos, sobre ambas márgenes del Volga, entre los paralelos 51º y 53'3' de latitud Norte, los meridianos 44º y 50º de longitud Este, con una superficie de 45.000 kilómetros cuadrados que supera en mucho a la Pcia. de Tucumán e incluso Suiza. En nuestro país esta latitud corresponde al Sur de Santa Cruz, Estrecho de Magallanes y Norte de Tierra del Fuego, del hemisferio opuesto, pero de clima marítimo.

Esta colonización cumplida por nuestros antepasados fue la más antigua y la más cerrada de Rusia; si bien el proyecto original otorgó a cada familia 32 has. de campo útil, después del generoso reparto de tierras durante la instalación de las 104 colonias madres el campo asignado a las 8.000 familias alemanas fue de 458.000 has., equivalente a 62 has. para cada una.

Los arroyos, las lagunas y todo campo inepto para cultivo, era un bien de toda la comunidad; de Europa salieron 30.000 personas con destino al Volga y durante el camino y la fundación fallecieron 3.000 iniciando la colonización 27.000. Pero la inclemencia del clima, la exigua alimentación y el inadecuado medio habitacional redujeron esa cantidad a 23.109 para febrero de 1769.

Cuando lograron aclimatarse y se rodearon de ciertas comodidades, el crecimiento vegetativo de la pobación fue en constante aumento, hasta llegar a un promedio de ocho hijos por familia; ello ocasionó otro tipo de problemas sumamente agudos en nuestra historia. Mas, volviendo a nuestro tema del título, dijimos que Catalina II otorgó solidariamente a los inmigrantes 498.000 has de campo útil, en ambas márgenes del Volga y después de pasado medio siglo, la Corona rea-

lizó la primera ampliación de las tierras, cediendo a los alemanes otras 498.000 has de campo de pan llevar.

Pese a dicha ampliación y seguir el crecimiento rápido de la población, otro medio millón de has. fueron cedidas por el gobierno en 1848; en consecuencia, en el lapso de 80 años nuestros antepasados obtuvieron tres repartos de tierras, hasta totalizar 1.496.000 has. en 1914 se limitaba sólo a 1,9 has., no obstante las dos ampliaciones mencionadas, tendremos una idea clara de la situación imperante.

Las implicancias de la sucesión y el derecho de herencia, generaron muchos problemas sociales en esta primera colonización alemana en Rusia; otra fuente histórica sostiene, que nuestro pueblo llegó a tener, entre lo cedido por el Gobierno y las adquisiciones privadas en total 2.725.000 has. de campo útil en 1919. Al concluir la primera radicación en 1767 la población alcanzaba sólo a 27.000 almas, llegando ochenta años después, en ambas márgenes del Volga, aproximadamente a unos 200.000 individuos; comparativamente el Dr. Stumpp sostiene que en un período de 140 años —los alemanes en Rusia, incluida la zona del Mar Negro— y en 1914, al comienzo de la primera guerra mundial, totalizaron 1.700.000 has.

Las aldeas madres muy pronto acusaron una superpoblación, lo que motivó soluciones heroicas; las nuevas generaciones no querían ir a las ciudades ni cambiar su ocupación habitual. Ello es fácilmente comprensible si tenemos en cuenta que vivían en comunidades muy cerradas y en total aislamiento respecto a los otros pueblos; de manera que la única salida consistía en hallar nuevas zonas alejadas del gran río. Así los jóvenes pertenecientes a familias numerosas y desheredadas forzozamente por el Edicto de Catalina II, solidariamente designaban apoderados que trataban de adquirir en compra para todos ellos campos aptos para los cultivos en las regiones exteriores a las colonias existentes.

Generalmente se dirigían hacia el este del Volga (Wiesenseite), internándose para tratar con las tribus de procedencia asiática, de las cuales adquirían tierras a precio reducido o en canje de materiales y armas de diversas clases; los fundadores de las aldeas nuevas, en su mayoría poseían recursos limitados y se veían obligados a comprar tierras de bajo costo. Asimismo es sabido que las aldeas nuevas fueron pobladas por desprendimientos humanos de las antiguas y que a menudo, les daban las mismas denominaciones, precedidas por el término "nueva"; por ejemplo: Neu-Balzer, Neu-Galka, Neu-Mariental,

Neu-Weimar, etc. Beratz detalla en su libro 51 nuevas colonias o aldeas fundadas entre 1772 y 1809.

De las 300 aldeas alemanas de colonizadores que originalmente se fundaron en Rusia, tanto en el Volga como en el Mar Negro, se llegó a un total de 3.300 en 1940; cabe agregar que entre los años 1853 y 1874, fueron establecidas al este del Volga (Wiesenseite), unas diez colonias de Menonitas, vale decir alemanes seguidores del reformador religioso Simón Menno. Estos llegaros con el tiempo a ser la gente más acaudalada y progresista en los cultivos agrícolas que se realizaban en Rusia; introdujeron nuevos métodos en la agricultura que rápidamente fueron asimilados por los restantes ruralistas. También se les debe el establecimiento de los primeros seguros contra incendios, la fundación de Cajas de Ahorro y Préstamos, denominadas "Cajas Regionales".

Volviendo al tema de la "ampliación" de las Colonias del Volga, recordamos que Catalina II "la Protectora", falleció en 1796 —en plena Revolución Francesa—, y las nuevas fundaciones se cumplieron durante los reinados de Pablo I, Alejandro I y Nicolás I, zares que ciñeron la corona imperial hasta 1855; durante ese período siguió subsistiendo en Rusia el estado de "servidumbre", abolido luego por el zar Alejandro II. El historiador Hummel hizo un análisis del crecimiento comparativo de las colonias en ambas márgenes del Volga, dando las siguientes cifras: en 1767, la población inicial fue de 27.000 almas que alcanzaron en 1816 al número de 60.746 para llegar en 1919 a 750.000 personas. En lo concerniente a la cesión de tierras y adquisiciones privadas, teniendo en cuenta que nuestro pueblo se multiplicó 28 veces en un período de 130 años, las tierras logradas sólo se quintuplicaron en el mismo lapso de tiempo.

Originalmente, el promedio por cada varón arrojaba 16 hectáreas y a principios de este siglo, se había reducido a 2,5 has. en el Volga; en el lado derecho del Volga (Bergseite), este promedio descendió a 1,6 has. por cada varón, siendo, en consecuencia, mucho más elevado en el lado opuesto (Wiesenseite). Esto explica la nueva emigración y su dispersión por el mundo; el crecimiento vegetativo elevado y constante, ya no permitía —después de 150 años de sembradíos—, la subsistencia, al no hallarse ya las tierras propicias en las zonas aledañas por su empobrecimiento, y las exigencias imperativas del "vivir" significó apelar a una nueva solución heroica.

CAPITULO V

LA LEGISLACION RUSA

LA ADMINISTRACION Y LA JUSTICIA EN EL VOLGA

Este complejo aspecto de nuestra historia ha merecido muy poca atención de los expertos en el derecho de herencia y de las sucesiones, y el particular sistema de las redistribuciones periódicas de las tierras en el Volga, es generalmente poco conocido por sus descendientes; las promesas de Catalina II quedaron en el papel, y desde la llegada a Rusia, el engaño fue la norma, debiéndose someter, —hasta con un juramento de fidelidad inmediato—, a los omnímodos planes de la Soberana; desde ese instante, comenzó una lucha desigual, que todavía hoy perdura, con similares o variantes matices.

Nuestro pueblo fue obligado a ejercer únicamente la agricultura, habiendo entre ellos muchos que desconocían sus secretos; siendo esta colonización la primera que ensayaba el Gobierno ruso, en un medio climático y humano tremendamente hostil e incivilizado; con desconocimiento, —por falta de estudios apropiados de la naturaleza de las tierras y de sus posibilidades productivas por los rusos—, y en la imposibilidad de retroceder y regresar hacia el oeste por su salida ilegal de Alemania, la inexistencia de caminos y el desconocimiento del país y del idioma, la carencia de dinero, trato duro y no cordial de la autoridad rusa, etc; todo ello significó la iniciación de un verdadero Viacrucis que duró cinco largas décadas.

Este cuadro realista debe ser tenido en cuenta para entender la compleja administración de una colonización que cubría un área superior a la Confederación Helvética; no pretendemos reproducir todos los Códigos y Reglamentaciones aplicadas, sino resumir los sistemas básicos empleados durante el primer siglo de la residencia de nuestros antepasados en Rusia.

Apenas emitido el Manifiesto de 22 de julio de 1763, Catalina II

creó —con visión de estadista—, una Institución denominada "Canci-llería Tutelar" para extranjeros, con rango de Ministerio; su primer titular fue un preferido o favorito de la Emperatriz, llamado conde Grigory Orlov. Las facultades del ministro fueron: "Planificar, administrar, urbanizar, interceder" ante los Gobernadores, "proteger" a los colonizadores, etc. y su autoridad se extendía sobre todas las colonizaciones en curso, en la inmensa extensión del Imperio zarista.

Orlov y sus sucesores, designaban a los Oficiales que acompañaban a las caravanas de fundadores y las dirigían hacia el lugar de la instalación de las Colonias, tanto de la Corona como Privadas; éstos recibían el título de "Direktions Offiziren" (Directores) y los que estaban al frente de un grupo de Colonias, se denominaban "Kreis Offizier". Había entre ellos también oficiales de origen alemán con designación real, llamados generalmente "Comisarios"; todo el conjunto de métodos y reglamentaciones fue un engendro de la burocracia rusa, muy numerosa, lenta e inepta, que llevó paulatinamente a nuestra gente a la pobreza, al sufrimiento y a la ignorancia.

Al fracasar el plan inicial, por hallarse el poder de decisión y solución de los problemas demasiado lejos, en San Petersburgo (Leningrado), vióse la Corona en la necesidad de crear una Delegación Oficial en el centro de la Colonización que recibió el nombre de "Kontor", representante directo del Ministerio para extranjeros; la sede fue Saratov (única ciudad de entonces que hoy mantiene su nombre original en la zona), que se convirtió en la Capital de nuestro pueblo en Rusia. Tanto la administración común como el ejercicio de la justicia, el aspecto legal y técnico de la colonización volguense, dependía de la autoridad del Kontor.

Saratov, ubicado en la Bergseite, era la Capital de la Provincia del mismo nombre y fue el centro político y económico de las Colonias; hoy en día es un centro de gran relevancia en Rusia, por su industria. Pero nuestros colonos no residían en ella sino que se hallaban radicados en aldeas o dispersados por el campo. El Kontor, como virtual poder decisorio en la Colonización, debía permanecer en funciones hasta que los extranjeros se adaptaran a las costumbres de los nativos y pudieran ser asimilados como ciudadanos rusos; vale decir, que sus funciones terminarían al quedar totalmente "incorporados" los alemanes, al régimen jurídico y al idioma oficial del Imperio zarista.

Su jefe siempre fue designado por la Corona, y además lo integraban dos vocales, un secretario, un tenedor de libros, un traductor,

un agrimensor, un médico y empleados auxiliares; todos los funcionarios con jurisdicción y residencia en las colonias, estaban sujetos al Kontor. En cambio, los acaldes o directores de cada aldea, designados por los residentes, quedaban fuera de su órbita.

La creación de la institución ''Kontor'', tuvo lugar el 28 de abril de 1763 y representó el alma, –aunque sin mucha vitalidad inteligente en el desenvolvimiento de la colonización en el Volga; su jurisdicción se extendía sobre ambas márgenes del río, quedando excluida únicamente la comunidad de Sarepta, aunque sí en el aspecto judicial–, que conservó su administración propia regido por un Convenio especial con la Corona.

El historiador Hummel señala como atribuciones del Kontor: ''Derecho, como igual, de presentarse ante Gobernaciones y Cámaras en los dominios imperiales. Responsable del ingreso de los impuestos, asuntos policiales, ordenamiento, inspecciones y recaudaciones fiscales en las Colonias. Designación de Inspectores en las aldeas con la obligación de procurar el bienestar general de los colonos.

En cambio, Beratz, a principios de este siglo, se refirió en forma más severa y trágica a las funciones de dicha central administrativa de nuestro pueblo; recalca las funciones judiciales del Kontor y llama a su Jefe ''Juez Supremo''. En determinadas ocasiones, dice, se arrogaba facultades para entender y sentenciar en delitos comunes de los colonos; sus fallos eran inapelables hasta que se produjo su extinción definitiva a mediados del sigo pasado, permitiéndose apelar, desde entonces, al Senado del Imperio.

El primer Director o Juez Supremo fue el general de brigada Iván Garrilovitsch Resanov; a fin de ubicar un hecho histórico de tal naturaleza y comprender sus formas de proceder, no olvidemos que en el período comprendido entre 1764 y hasta 1871, –denominado por los historiadores el ''despotismo ilustrado'', por el abuso del poder de las casas reinantes, principados, ducados, condados, imperios, etc., imponían sus intereses y ambiciones en sus dominios; el puebo era el convidado de piedra y por lo general, carecía de derechos primando los más fuertes En Rusia, la situación era peor, manteniéndose el ' estado de 'servidumbre', verdadera lacra social que se extendía sobre el 80 % de la población, lo cual tendía a crear un ambiente muy difícil y proclive a la arbitrariedad aún con las personas libres, como lo eran los de nuestro pueblo, y los condenaba a la impotencia frente a la prepotencia de los representantes de la Corona.

Las promesas de Catalina II fueron un llamado a la ''libertad''

para los castigados alemanes: administración propia, tierras en cesión gratuita, eximición de impuestos abusivos y del servicio militar, libertad de conciencia, de culto y de enseñanza, etc; fue una verdadera proclama de "independencia" para nuestros antepasados; mas al escuchar estos dictados, no advirtieron que ingresaban voluntariamente en algo mucho peor de lo que antes habían sufrido.

El personal del Kontor, estructuralmente mentalizado con el "estado de servidumbre", difícilmente se sobrepondría a esa inveterada costumbre e involucrarían paulatinamente y fatalmente en el mismo, a nuestros colonos que ya eran "libres"; ello implicó llanamente el desconocimiento de los derechos adquiridos y legalizados en el Edicto Imperial; y todo "acto libre" o iniciativa importante emanados de la íntima convicción de su libertad, sería mal visto y calificado de desobediencia o rebelión por el funcionario.

Constituía ya una ironía por parte de la Corona Imperial introducir a los alemanes en Rusia para que enseñaran también a los nativos semisalvajes de la zona, los conocimientos más avanzados de las técnicas agrícolas y oficios propios del hombre de campo; querían un modelo de colonización que fuera imitado por hombres serviles que sufrían un atraso social y cultural de más de mil años con respecto a los teutones; tal despropósito resulta inexplicable.

Nuestra realidad histórica comprueba fehacientemente que todos nuestros inmigrantes, de cualquier profesión u ocupación especializada, fueron obligados a ejercer la agricultura y que sus instructores ocasionales fueron oficiales rusos que nada entendían de los menesteres rurales: una ironía del destino. Esta frustración inicial debe ser tenida muy en cuenta para conocer la idiosincrasia de los Alemanes del Volga.

La ciudad de Saratov está muy alejada de la Capital rusa y en aquel entonces, la falta de comunicaciones y de supervisión del Gobierno central, hacía que los funcionarios del Kontor obraran despótica y arbitrariamente frente a los colonos; el poco adelanto, el estancamiento, la pobreza, el desaliento y el retroceso cultural de las colonias en los primeros años, fue consecuencia forzada de las reglamentaciones incongruentes y estrafalarias, y de la ineptitud de los funcionarios de Saratov.

Nuestro pueblo, ante la falta de semilla adecuada, las malas cosechas y desatinos, quiso dedicarse a sus oficios originales para mejorar su situación económica como hombres libres y responsables; pero los funcionarios lo impidieron y no se les permitió siquiera ejercer temporariamente el comercio o prestar servicios extras para superar

la pobreza reinante. Quedaron solos en su desesperanza y resignación forzada y con su espíritu de lucha, hallando consuelo en sus principios cristianos y su fe en Dios a quien recurrían en sus penurias.

La oficina del Kontor, que funcionó desde el año 1766 hasta el 30 de abril de 1782, fue reemplazada por una nueva estructuración del inmenso Imperio, dividiéndose los dominios en Gobernaciones. En ese período de la historia rusa aparece en escena el príncipe Potemkin, quien arteramente y a espaldas de Catalina II, crea la Dirección de Economía (Ministerio de Economía) en Rusia, y ello llevaba implícito, la supresión legal de la autonomía administrativa de las aldeas alemanas en el Volga; al parecer, le molestaban los privilegios otorgados a los colonizadores. Por espacio de otros quince años nuestro pueblo padeció la opresión, sin posibilidad siquiera de quejarse; pero la noticia de la pobreza y la disminución de la producción llegó hasta la Corte y el hijo de Catalina, Pablo I —quien ocupó el trono al morir la emperatriz—, reimplantó el sistema suprimido en 1782, e instaló nuevamente el Kontor en Saratov y su sistema, algo mejorado, de administración.

De esa manera quedaron cesantes los "Comisarios de Sector" (Kreiscomissare) y ocuparon su lugar los antiguos "Directores" (Oberversteher), quienes devolvieron a cada aldea su administración propia interna; si bien, ello fue un alivio para las Colonias, también volvieron los viejos vicios de los funcionarios.

Si ampliamos el horizonte hacia el mundo de entonces, observaremos que ya Estados Unidos había logrado su independencia y Jorge Washington había cumplido sus dos períodos presidenciales; los Derechos del Hombre y del Ciudadano habían sido proclamados en Francia y los destellos del intelecto de Juan Wolfango Göethe, Schiller, Haydn y Kant, iluminaban ya el mundo, con su arte y su saber La humanidad hacía sorprendentes progresos.

Mientras tanto, los labriegos del Volga se debatían en un Imperio estancado y lejano, donde los nativos en su inmensa mayoría yacían en "estado de servidumbre" y donde el Jefe o Juez Supremo del Kontor, ordenaba castigos corporales, degradantes y arbitrarios para nuestros colonos; el aplicar, por cualquier pretexto, el castigo de cadenas a los pies era algo corriente hasta que la aldea oblaba el rescate en dinero. La cárcel y los trabajos forzados también eran comunes y los azotes con el Knut (látigo) era el castigo más leve por cualquier error insignificante.

Se respetaba la justicia por el terror que sembraba. Beratz nos

cuenta que "entre las colonias de Dehler y Brabander había surgido una causa litis por un trazado de límites; el Juez Kropotov invitó a un grupo de venerables ancianos en representación de ambas partes para conciliar ante él sus diferencias. Los comitentes (23) lograron el acuerdo en paz y a satisfacción de todos; mas, al Juez (Oberrichter) le desagradó que los de Brabander cedieran. —en acto conciliatorio sus derechos a los oponentes—, y por ello, los hizo azotar hasta que todos aceptaron las condiciones impuestas por él". Este tipo de justicia sufrió nuestro pueblo en Rusia.

Para una mayor ilustración daremos un resumen del "Código Instruktion" que el Kontor aplicaba en todas las Colonias del Volga; era un compendio de leyes y procedimientos en lo civil, comercial y penal. De acuerdo a la calificación del delito o falta, intervenía la Cancillería Tutelar, el Kontor o el Director de la aldea; cuando en 1769 se puso en vigencia dicho Código, unas doce aldeas lo objetaron invocando las promesas iniciales de la Emperatriz relacionadas con la libre administración de las Colonias alemanas contenidas en el Manifiesto del 22 de julio de 1763, que había originado su establecimiento en Rusia. Pero el Ukase (Decreto del Zar) del 25 de febrero de 1770 fue terminante: no se tomarían en consideración las observaciones formuladas por los colonos y sólo se exigía una incondicional obediencia; la misma princesa que tanto había deslumbrado a los alemanes, entonces en el trono zarista, firmó ese Decreto.

Tales "Instrucciones" comprendían siete apartados, a saber: 1º Del servicio religioso y obligaciones comunes (6 artículos). 2º De las obligaciones de los clérigos (8 art.) 3º De los delitos penales que no correspondían al fuero de los colonos (1 art.) 4º De la elección de los dirigentes, su competencia, sus retribuciones. (16 art.). 5º De la policía territorial (26 art.). 6º De la agricultura (17 art.). 7º De las penalidades de los delitos (15 art.).

Para tener una idea somera de lo que acontecía por entonces en el Volga y la reacción de los colonos ante esa legislación, resumiremos el relato de Beratz al respecto: 1º Se objetó por parte de los colonos, la carga de oblar el producido de tres has. y reunir tres parvas de pasto por cada colonia, como retribución al Director de cada aldea; además, la donación del producto de 1/8 de ha. por cada campo, con destino a los pobres, por resultar una pesada carga que no guardaba relación con la realidad. Como transacción se estableció finalmente, que los haberes de los Directores y de sus ayudantes, serían iguales a los beneficios dejados de percibir mientras duraba su man-

dato en la función pública y los pobres serían atendidos en la medida de sus necesidades, sin reglamentación especial, fija. 2º Para los colonos el empleo de caballos era indispensable para el cultivo del campo y realizar el transporte de sus productos y personal; los vacunos producían un alimento básico: la leche y sus derivados, tan necesarios para el consumo, así como su carne. Las ovejas entregaban su codiciada lana para protegerse del terrible frío invernal en Rusia; en todos los aspectos razonables, dicho ganado fue factor básico en la colonización; pero aquí la ley también introdujo la traba limitativa. El ganado también generaba un crecido comercio con las tribus nómades, especialmente con los calmucos.

Por razones injustificables el gobierno lo obstruyó con registros de la hacienda y estableció como únicos mercados para dichas transacciones a las ciudades de Saratov y Kanysschin; así quedó ahogado un intercambio ágil y productivo, que hubiera beneficiado singularmente a los colonos. Al fijar a dichas ciudades como único lugar para realizar las compraventas de ganado, nuestra gente tropezó con el engorroso trámite de los permisos de traslado y con la incertidumbre y falta de seguridad para que las compras llegaran a destino, en razón de los asaltos y robos que a menudo sufrían en el camino; por lo cual tuvieron que abstenerse de irrumpir en el comercio de ganado, perdiendo una legítima fuente de recursos, sustentadas en medidas burocráticas que conducían sólo al atraso y a la pobreza de todos los colonos.

3º La tercera objeción que los colonos formularon a las Instrucciones, se refería a las trabas con que la Cancilería Tutelar obstaculizaba el libre tránsito; el objetivo primario e inicial de la llegada de los colonos a Rusia, fue introducir la agricultura moderna y enseñar a los "primitivos" rusos los nuevos métodos de cultivo. Todo lo cual presuponía y exigía libre tránsito y desplazamiento; pero precisamente, esto se les impidió en forma ridícula. Para alejarse 32 km de sus aldeas, necesitaban autorización expresa del Director de la Colonia; si el viaje se extendía a 53 km, intervenía el Comisario de Sector y para distancias mayores el pase debía solicitarse al Kontor. Este contralor absurdo generaba muchas dificultades y entorpecía el progreso de la colonización y, a veces, contribuía a aumentar el hambre al impedir el aprovisionamiento.

4º Los alemanes también se sentían menoscabados en su dignidad porque las Instrucciones incluían insidiosas alusiones a sus desconocimientos en la fabricación del pan y del kawss (cerveza casera); con tal motivo establecieron absurdas prohibiciones para la libre concu-

rrencia a locales de expendio de bebidas. Los rusos buscaban en toda forma ridiculizarlos y disminuirlos en su personalidad y modos de saber hacer las cosas; seguramente que el pobre pan de mijo fabricado por los rusos no era inferior al ''raspabuche'' de nuestros criollos, aunque éstos, como en general todo el mundo, siempre vio en los alemanes a los maestros de la panificación y de la ¡¡¡cerveza!!! porqué hablar; sus modos o niveles de vida suscitaban la envidia de esos eslavos.

5º La simple ''desobediencia'' constituía delito y era penada con dos días de arresto con supresión de todo alimento; ello, aparte de ser inhumano, era cruel y fue protestado por los alemanes; el Kontor admitió los argumentos y suprimió la disposición alimentaria lesiva; mas debía ser reemplazada por otra pena compensatoria. Fue ésta, la única mitigación penal admitida.

Un verdadero temor cundía entre los germanos por la mengua sufrida en su libertad; Catalina II había prometido en su tantas veces recordado Manifiesto, ''total independencia en lo relativo a la administración de las Colonias''; el Gobierno no cumplió su promesa y el avance del autocratismo fue progresivo pero continuo. Tendía a la absorción de los ''extranjeros'' para reducirlos a la condición de ''siervos''; esto fue un peligro latente y siempre en acecho y ellos se defendían para no sucumbir con todos los medios legales a su alcance.

La casi totalidad de los funcionarios ocupados en la adminstración de las Colonias fueron ''militares''; motivo éste que regimentó en exceso las Reglamentaciones entre jefes y colonos; las Instrucciones eran demasiado minuciosas como hechas para infantes, restringiendo excesivamente la iniciativa individual. No podían pensar ya por ellos mismos, sólo debían obedecer.

El Código cubría todos los aspectos en lo espiritual, social, económico y político de las Colonias; la inexistencia de Derecho entre los nativos rusos al promediar el siglo XVIII y el desorden del Estado, hacía que los redactores de las Leyes pusiesen demasiado énfasis en la obediencia (obligaciones de los subordinados y el derecho de los superiores). Recordamos que el título más popularizado y conocido en occidente del zar era: ''Autócrata de todas las Rusias''; en cambio, nuestros colonos provenientes de lugares de Europa más adelantados y organizados, se encontraban incómodos y molestos en un régimen retrógrado y primitivo. Los delitos considerados mayores, quedaban en la órbita jurisdiccional de los tribunales rusos.

Los Directores de las aldeas (Vorsteher) tan mentados por su actuación correcta y comprensiva y sus dos vocales asistentes, debían elegirse popularmente entre los mejores y más sobresalientes colonos, entre los 30 y 40 años de edad; los primeros duraban un año en sus funciones y seis meses los vocales. Estos últimos eran dos como mínimo y desempeñaban funciones policiales; también eran los "escribientes", asignándose a cada uno un sector para una rigurosa vigilancia de la limpieza en las casas, funcionamiento de las chimeneas e instalaciones para prevenir incendios.

El director debía presidir todos los actos importantes de la aldea, o hacer al menos acto de presencia; como ser, casamientos, bautismos, ceremonias, procurando que no ocurrieran derroches ni desmanes. A los casamientos sólo podía invitarse hasta un máximo de diez personas y se prohibían los regalos mientras las Colonias fueran deudoras de la Corona; asimismo controlaban la presencia de haraganes y vagabundos en los hogares, los cuales no eran tolerados bajo ningún pretexto. Era inconcebible que personas sanas y normales no participaran activamente en la Colonización del Volga.

El Director y los Vocales también debían vigilar la economía hogareña; nadie podía sacrificar animales para su consumo privado sin autorización. El Director, de acuerdo a la efectividad del desempeño de sus funciones, recibía del Konthar un sueldo "extra"; siendo su retribución ordinaria por mes de 30 rublos y los vocales apenas un (1) rublo. Pero, en caso de que cualquiera de ellos fuera deudor del fisco por préstamos anticipados, dicho importe les era descontado.

En cuanto a las faltas cuyo castigo era de incumbencia del Director, se introdujo la variante de que la pena de azotes sólo podía ser aplicada cuando existía total acuerdo con los vocales; en cambio los trabajos forzados o multas podían aplicarse sin consulta. Los azotes con látigo se aplicaban conforme a la gravedad de las faltas y estaban minuciosamente reglamentados por un índice: robo o daño intencional, 24 azotes; por desobediencia al vocal, 6; por ofensa al vocal, 12; y por agresión al vocal, 18 azotes; si dicha agresión había sido con arma, 40; máximo permitido.

En cuanto a la desobediencia o agresión al Director el castigo era aplicado por el Comisario de Sector o el Kontor.

Las indemnizaciones por la eliminación o muerte culposa de animales fueron: por una vaca, 7 rublos; una oveja, 1,20 rublos; un cerdo, 1 rublo; una cabra, 0,50 rublos; un perro, 2 rublos; si era de caza, 5 rublos y un buen caballo 12 rublos; un pavo, 0,20; un pato, 0,06 y una

gallina, 0,04 rublos; quien derribaba un árbo frutal debía oblar 3 rublos. La mendicidad estaba totalmente prohibida.

Este cuerpo legal, tan minucioso, denominado Instrucciones, preparado especialmente para los colonos europeos, en ningún momento tuvo en cuenta la calidad e idiosincrasia de los colonizadores a los cuales debía regir; su contenido intrínseco fue extraño a los alemanes que provenían de una región de alto nivel cultural y espiritual amamantada ya por la lejana Roma. Primaba en él la mentalidad autocrática que sólo sabía legislar para siervos; fue un grave error, pues impidió la expansión de las doscientas aldeas con sus colonias y también fue lesiva para la economía rusa.

El pueblo germano, con semejante constitución se sentía disminuido espiritualmente y aplastado; de nada valían sus sacrificios por abandonar su tierra natal y perder sus derechos ciudadanos, morir de hambre y frío durante el año de peregrinación hacia un edén que sólo existía en los sueños de Catalina... y ahora, un Código primitivo y extraño, en una tierra de siervos los condujo al borde de la desesperación; los sufrimientos morales y espirituales estaban en consonancia con los físicos.

EL DERECHO DE SUCESION

El antiguo Imperio Ruso, sea por su dimensión o por los distintos, variados y numerosos pueblos que lo habitaban, siempre tuvo un complejo sistema jurídico y con muy complicados métodos de aplicación; los colonizadores alemanes que se radicaron en las provincias de Saratov y Samara, sufrieron en carne propia la experiencia de la aplicación del sistema "MIR" en la sucesión por la pertenencia de bienes raíces en Rusia. Para una correcta comprensión de la situación, siempre tengamos en cuenta que el pueblo común en Rusia recién obtuvo su libertad bajo el reinado de Alejandro II; así, 23 millones de siervos adquirieron el ejercicio de sus derechos ciudadanos.

Ello sucedía un siglo después de la llegada de los alemanes al Imperio; en consecuencia, nada más fácil en ese período que aplicar a toda la colonización dicho sistema sin discriminación. Según el historiador Hummel, dicho sistema jurídico consuetudinario consistía en "el derecho de participación en común en el mercado de tierras"; deriva, al parecer, del régimen de las antiguas organizaciones triba-

les, que poseían comunitariamente las tierras que ocupaban en su instalación.

Para nuestros alemanes el comienzo fue normal y en los primeros años todo parecía favorable; pero sin experiencia anterior, no advirtieron las consecuencias que traería aparejada la posesión por la comunidad aldeana de las tierras asignadas desde el principio. El gobierno recién les informó a los 10 ó 12 años de instalados su vigencia y el MIR fue aplicado, anulando toda asignación anterior de tierras, iniciándose una redistribución de las mismas, conforme al número de varones que había en cada familia en las aldeas; en ese momento, todos perdían el campo que cultivaban, quedando el nuevo loteo en manos del azar, ya que el sorteo decidía al nuevo adjudicatario.

Cada decenio, las parcelas se reducían notablemente; vale decir, que inicialmente cada varón recibió 15,5 has de campo laborable y en el año 1914 —no obstante la cuantiosa emigración— la cantidad se redujo a sólo 1,9 has, pese a las ampliaciones concedidas. El MIR fue un conjunto legal que paralizaba y desalentaba a los agricultores jóvenes y emprendedores, fomentando la desidia y negligencia en el trabajo rural; ¿qué interés podía tener un colono en introducir mejoras en su parcela, si en pocos años debía entregarla? Sujetos al azar y sin continuidad, contrajeron hábitos negativos que se observaban aún después en sus establecimientos rurales de la Argentina.

En honor a la verdad, debemos decir que sólo a los pobladores de ambas márgenes del Volga se les aplicó este deprimente sistema; los radicados en la zona del Mar Negro fueron regidos por un derecho de sucesión más moderno.

Señalaremos otras consecuencias marginales del MIR: 1) Desconocía todo derecho al usufructo de las tierras por parte del sexo femenino. 2) Significaba una injusta asignación de las tierras al grupo familiar con hijos de sexo desproporcionado; así un padre con hijas mujeres solamente recibía muy poca tierra y en cambio quien tenía muchos varones las recibía en exceso. 3) Permanente disminución de las superficies laborales, lo cual provocaba el empobrecimiento de la comunidad, no obstante la laboriosidad personal; debemos mencionar —como ya aclaramos— que la exclusión de las mujeres en los repartos del campo, provocaba una situación bastante violenta, al disminuir su rango en la sociedad. Podemos agregar, que el nacimiento de una mujer en el hogar de un colono no fue considerado como un "regalo", sino como carga; en cambio, la aparición de un varón significaba por ese mero hecho, el aumento de la riqueza material. Di-

cha modalidad prevaleció en el pensamiento de nuestro pueblo por mucho tiempo aún en América.

Así encontramos la explicación de la permanencia de costumbres extrañas a nuestra legislación; al quedar excluída la "mujer" de los derechos y ventajas comunes a los hombres y como no podía ser abandonada a un destino incierto, el Código MIR establecía que el hijo menor de cada familia asumiría la responsabilidad de "mantener" a su madre viuda y a las hermanas solteras. En caso de minoridad o impedimento, el padre podía designar en vida, otro hijo reemplazante o un tutor y cuando no había podido cumplir con dicho requisito legal, lo realizaban las autoridades competentes.

Cuando el único hijo varón era "incapaz", la ley preveía que un pariente cercano pobre asumiría dicha responsabilidad; y siendo varios, se sortearía un candidato. Por último, cuando todos los hijos eran del sexo femenino, continuarían con la chacra hasta tanto que la madre o alguna de las hijas contrajera matrimonio. Naturalmente, que esta responsabilidad involucraba un "premio" o ventaja material, ya que el varón "obligado o responsable", era único y total heredero de la casa habitación, patio, huerta y galpones de almacenaje de la explotación rural o granja; vale decir, que el hijo "varón menor o sustituto" legal, a cambio del mantenimiento de su madre y/o hermanas solteras durante su viudez o soltería, heredaba el casco de la chacra asignada a la familia, no así el campo laborable.

Independientemente, todos los varones participaban — en común — de la distribución del campo disponible; este aspecto fue lo único normal y positivo del MIR, ya que impedía el ingreso y radicación de extraños a la aldea. En cambio, en las Colonias del Mar Negro, Ucrania y en Caucasia, el régimen legal de la sucesión estaba a la altura de los sistemas en boga, para entonces, en el resto de Europa. A fin de tener una idea comparativa con el MIR, diremos que las colonizaciones nombradas en segundo lugar, todas posteriores a la del Volga, se regían por una extensa Ley de Colonización, sospechosamente semejante a lo estudiado por el derecho germano de tales años.

En consecuencia, dichas Colonias recibían de la Corona las tierras como bien común de cada una, asignándose a los jefes de familia el campo necesario, como unidad económica; la tierra cultivable, entregada a cada colono alemán, lo fue con carácter permanente y jamás sería redistribuida en la comunidad. Todas las mejoras que podían introducirse en las mismas, inmuebles, plantaciones, quedaban para los sucesores familiares definitivamente; era un bien de familia.

En cambio, los bosques, campos de pastoreo y lugares improductivos, quedaban para uso indistinto de toda la comunidad colonial; el hijo o su sustituto legal, siempre era el heredero forzoso y ello obligaba a los padres de varios varones, a buscar nuevos campos para los hijos que legalmente quedaban excluidos como sucesores.

Primitivamente la unidad económica era tenida muy en cuenta; no se permitía la división ni la aplicación de ningún gravamen sobre ella y mucho menos su venta; era tierra fiscal cedida a los colonizadores. Pero con la modernización de la agricultura y el empleo de abonos, se llegó al momento en que un campo de ese tipo integraba suficiente extensión para satisfacer las necesidades de dos familias; entonces fue autorizado por el Gobierno la admisión de ''medieros'' o ''aparceros'' en los mismos. A diferencia de los alemanes del Volga, estos colonizadores aumentaron permanentemente sus tierras y sus bienes.

Gozaban de la tranquilidad porque sus campos les pertenecían para siempre y podían aplicar en ellos plenamente sus conocimientos y sacrificios, convencidos de que eran un bien de familia, inembargable, que quedaría eternamente para sus herederos; en esta forma también se prevenía la introducción de razas y elementos extraños.

CAPITULO VI

EXITOS Y CONTRARIEDADES

PRODUCCION AGROPECUARIA E INDUSTRIAS

La Corona rusa tenía sumo interés en que los nuevos colonizadores —además de su función estratégica frente a los salvajes— produjeran el preciado trigo mediante el empleo de nuevos métodos en la agricultura; los alemanes, como hemos visto, llegaron empobrecidos al bajo Volga y ni siquiera todos eran agricultores, pero el Gobierno así lo exigía. El mismo proporcionaba las semillas, aunque el burocrático Kontor de Saratov era tan lerdo en su distribución con el agravante, de que los funcionarios militares desconocían la técnica rural, que generalmente las simientes llegaban tarde a manos de los agricultores; téngase en cuenta que por la latitud y el clima continental, el tiempo del cual se disponía entre la siembra y la posible cosecha, era mucho menor que en nuestro país y demorar la siembra significaba un fracaso seguro.

Tal vez haya sido esta la causa —entrega tardía de la semilla y siembra en tiempo inadecuado— del fracaso de todas las cosechas en los diez primeros años y que la primera cosecha ''buena'' fuera obtenida en 1775. ¡El destino se cobró muy caro la invasión extranjera del Volga!; mal preparados para afrontar las inclemencias del tiempo, moralmente deprimidos y físicamente agotados por el interminable viaje, los alimentos reducidos e inadecuados y decepcionados por los sucesivos y continuados fracasos de sus cosechas, muchos estaban decididos a abandonar sus tareas rurales y dedicarse a otros oficios o conchabarse como peones.

También había fenecido el período durante el cual la Corona se había comprometido a mantener a los colonos; por todo ello Catalina resolvió prorrogarlo para evitar el fracaso total de la colonización. ¡Todo comienzo es difícil; pero éste fue el peor...! Con caballos sin

domar, con arados primitivos y casi inservibles, semillas que no llegaban a tiempo, la sequía interminable, los salvajes siempre en acecho que les llenaban de temor; así perdieron diez largos años y sin poder avizorar siquiera el término de la miseria.

Si agregamos a esto una legislación pésima con reglamentaciones similares a las aplicadas a los "siervos", ridículas e ingenuas que nada les enseñaban de nuevo; aunque pobres al llegar a Rusia venían con un contrato firmado en la mano por los representantes de la Soberana; esto significaba que se los consideraba como personas. El "siervo" jamás tuvo esa característica ante la ley. Los alemanes tenían un estado civil muy peculiar; no pertenecían a la nobleza rusa, aunque eran "hombres libres", eran una "clase media" desconocida hasta entonces en Rusia. Eran agricultores y colonos distintos a los rusos por privilegio real, aunque nunca apelaron al trabajo fácil y barato del "siervo" campesino.

En razón del sistema social imperante en Rusia –más de veinte millones de seres humanos formaban la clase servil– fue muy difícil para los funcionarios rusos modificar su mentalidad y concebir una clase distinta de las existentes y menos reconocerles los derechos inherentes a su calidad humana; como la mayoría de los burócratas eran militares retirados que tenían en sus manos la administración civil y judicial, no encontraron mejor arbitrio que sujetarlos a un régimen de unidad militar más que a algo que semejara una colonización.

Frenados un tanto por ese código y sin las herramientas de labranza necesarias, más un clima extraño, sólo podían aplicar en parte sus conocimientos traídos de Alemania y cabe el sistema de los nativos, constituyeron un tipo único de agricultores, adaptados especialmente al medio en el cual vivían; fueron producto de situaciones extremas en un medio deprimente, donde no contaba un progreso nacional buscado, sino la forzosa adecuación a un sistema existente y a un Gobierno burocrático dentro de un gran Imperio en formación.

Si bien el trigo fue el cultivo principal, las ambiciones del estado se extendían mucho más allá; se les ordenó la siembra del lino y del cáñamo para lograr la fibra necesaria de una industria textil casera. El Gobierno pretendió, con un inexperto equipo de funcionarios, convertir a la zona del Volga en una fábrica de trigo y de otros cereales; confiaba lograrlo más con la disciplina militar que por la difusión de las técnicas agrarias.

Beratz nos relata lo acontecido durante los primeros años de la radicación en el Volga, cuando una gran parte de los inmigrantes –

que no habían sido labradores de profesión — fueron obligados a ejercer las tareas rurales en todas sus formas; imaginémonos, dice, a un sastre, a un fabricante de pelucas o de sombreros, a un tintorero, a un cerrajero o a un relojero, caminando detrás del arado o segando con la hoz la mies. Debía ser un hecho pintoresco, en realidad, pero muy difícil de realizar bien y con probable éxito.

El caballo era el único medio de tracción y movilidad disponible; pero se lo entregaban indómito y la tarea de amansarlo y acostumbrarlo al trabajo en el arado, trineo o carro, no era tarea fácil. En campos abiertos y no alambrados, los caballos ariscos y redomones se perdían en todas direcciones, o simplemente eran robados por calmucos o kirquizios.

Comenzaban arando los campos cercanos a sus viviendas, permaneciendo fuera de la casa durante el día; la comida les era llevada al lugar de trabajo. Por la noche quedaban en sus hogares bajo la permanente tensión de un posible asalto de las tribus nómades que aparecían furtivamente en las inmediaciones con fines de robo o de saqueo; así transcurrieron los primeros cincuenta años, en un agobiante estado de inseguridad, especialmente en la Wiesenseite.

La distribución de las regiones o grupos de aldeas con sus campos, la realizaron Directores o funcionarios profanos en esos menesteres; se desconocía el régimen de las lluvias y no se habían estudiado los efectos de los cambios climáticos a que estaban expuestos. Por lo tanto, una vez cumplidas las radicaciones, se comprobó que ciertas regiones quedaban expuestas a largos períodos de sequía con la consiguiente condena a pobreza y con frecuencia al hambre para los allí radicados, especialmente en la orilla izquierda del Volga; aunque en la Bergseite algunas zonas eran rocosas y existía una cadena de sierras, no obstante presentaba la mejor tierra para los cultivos en toda la colonización; en cambio, en la Wiesenseite, en el lado opuesto, los suelos eran arenosos y en parte salitrosos. La zona del bajo Volga presentaba sus grandes contrastes de clima: inviernos gélidos y veranos abrasadores; ello obligaba a los colonos durante el escaso medio año sin hielo a sembrar con ritmo rápido y procurar por todos los medios levantar la cosecha antes del comienzo de las nevadas.

La actividad agrícola normal de una familia tipo comenzaba aproximadamente a principios de abril, cuando ya la nieve se deslizaba cautamente hacia el gran Volga; el deshielo se iniciaba con lentitud en marzo y el río aumentaba su caudal hasta desbordar su cauce, en el lado oriental, anegando las zonas bajas de la Wiesenseite. La fa-

milia volguense, al llegar abril, abría todas las ventanas de la casa para aspirar la pura vida de la primavera que llegaba; los hombres alistaban máquinas y herramientas de labranza y las mujeres realizaban la limpieza general de la casa. Cuando el deshielo y el estado de humedad de la tierra lo permitía, todos se lanzaban a sus campos a fin de acondicionar la tierra para una inmediata siembra.

Hay semillas que deben quedar en la tierra durante el invierno, tapadas por la nieve, como ser el centeno y ciertas variedades de trigo; pero las otras se esparcían a mano y se tapaban, tan pronto la desaparición del hielo y la disminución de la humedad lo permitían. Así el grupo familiar comenzaba su vida al aire libre a mediados de abril y la concluía a mediados de noviembre; mas, el trabajo más intenso se realizaba entre mayo y octubre de cada año. Durante ese semestre se cumplía el ciclo completo: arar, sembrar, segar, trillar.

La supervivencia dependía en mucho de la intensa actividad que se desplegaba en dicho período; sólo se dormía de tres a cuatro horas diarias —excepto los domingos— para dedicar todo el tiempo a la labranza. No sólo la familia del agricultor se preocupaba por el centeno, el trigo o el lino, sino que era tan importante como lo anterior, la siembra de papas, sandías, pepinos, cebollas, girasol y la plantación de frutales, como ser manzanos, frambuesas, etc.; como es de suponer, a medida que avanzaban las técnicas agrarias, nuestros antepasados incorporaban también nuevas herramientas de trabajo.

Hasta fines del siglo XIX todos los trabajos rurales se hacían con herramientas manuales, salvo el arado; a principios de junio cosechaban el heno o forraje para los animales y poco después el centeno, cereal básico en la alimentación de los alemanes del Volga. El corte del cereal o pasto se hacía con la hoz o a guadaña, la cual tenía incorporados algunos dientes recolectores de lo que cortaba; aun después de la llegada de las máquinas cortadoras, a principios de este siglo, siempre las gavillas se ataban a mano, generalmente a cargo de las mujeres con la ayuda de los niños.

Después aparecieron las máquinas cortadoras con tracción equina, conducidas por dos hombres: un conductor y un ayudante, que al estar ubicado algo más atrás, expedía con ciertos intervalos el cereal o pasto cortado, tirándolo al campo en montones. Venían después los atadores manuales que hacían gavillas uniformes que luego asentaban en montones, en cruz, con las espigas al centro —de diez a doce atados— donde se secaban; la última operación de la siega era la emparvada

conduciendo las gavillas a un solo lugar del campo para construir la parva respectiva.

Tan pronto como el deshielo lo permitía —abril—, se preparaba la tierra para la siembra de verano; y en setiembre otra vez para la del invierno con semilla especial para soportar la nieve. El heno, o sea el pasto, después de secado, se amontonaba en la parte superior —entretecho— del establo o se amontonaba en el granero para alimentar a los animales durante el invierno.

Una de las ocupaciones más comunes de los colonos en Rusia era la de segar el cereal o el pasto con la hoz o la guadaña; hasta antes de la primera guerra mundial la trilla del cereal se hacía en forma muy rudimentaria, sin emplear máquinas para ello. Nuestra familia tipo, para obtener los granos de trigo, centeno, avena, lino, cebada, mijo, etc., después de segar la mies y formados los montones de gavillas y luego de emparvada, separando los distintos productos en sus respectivas parvas y en lugar no muy cercano a las casas, por el peligro de los incendios, aunque cabe a la pista (Denn) para la trilla.

Este era un terreno un tanto circular, de 20 m a 30 m de diámetro, sobre el cual se preparaba un piso especial para la trilla; para ello se empleaba el barro y la paja que se mojaba y se lo hacía mezclar y apisonar con ruedas de carro y caballos, hasta convertirlo en adobe tan usado en las viejas construcciones. Una vez lograda esa base firme, se volvía a mojar y luego se alisaba con piedras rodantes; finalmente se barría la pista y el trabajo quedaba concluido.

La trilla terminaba antes de los fríos (setiembre-octubre) y se procedía así; una vez seca y limpia la pista, se colocaban las gavillas o atados en forma circular, en doble hilera en la parte exterior, en forma tal que quedaran las respectivas espigas superpuestas. Ello representaba la primera camada para ser trillada; el acto de la trilla misma, consistía en pasar por la camada de cereal así expuesto, de uno a tres rolos dentados de piedra natural labrada. Dichas piedras tenían un ancho de 75 cm por 40 cm de diámetro, con un orificio transversal en el centro —o simplemente en los extremos— para aplicar el armazón que sostenía el balancín de donde tiraba la yunta de caballos.

La gran piedra circular tenía seis o más ranuras en forma longitudinal en el sentido de su eje, labradas por especialistas en dicho menester; la operación consistía en atar a cada piedra de "trillar" una yunta de caballos enseñados para tal fin, y hacerlos girar en círculo por sobre el cereal, hasta tanto que los granos se desprendían totalmente de su planta. Los ayudantes removían periódicamente la

paja y con largas horquillas la sacaban al exterior, de donde era llevada por niños y mujeres a un determinado lugar para emparvarla y utilizarla en variados usos.

Los granos así obtenidos eran llevados al centro de la pista para su última limpieza del tamo o granza, mediante máquinas limpiadoras manuales, que utilizaban el aire y las zarandas para la limpieza; mientras no se disponía de dichas máquinas, se recurría al sencillo procedimiento de "tirar al viento" esa mezcla de granza y restos de paja con los granos, para que la brisa o viento suave se llevara lo más liviano, cayendo el grano limpio en lugar aparte.

También en épocas primitivas, en vez de las piedras rodantes, se procedía a golpear el cereal hasta separar los granos de la paja; era una forma más manual de obtener el trigo, cebada, avena, centeno, maíz o mijo, con mayor sacrificio y en menor escala. Las piedras rodantes fueron modernizadas después con la aplicación de metal; generalmente se trillaba hasta entrar la noche y luego toda la familia se dedicaba a la limpieza del cereal así obtenido hasta avanzada la noche.

Los granos ya limpios se colocaban en bolsas para ser llevados a depósitos de las casas aldeanas; dichas bolsas rústicas, da cáñamo o lona, no se cosían sino que se ataban para utilizarlas muchas veces. La trilla era la tarea más hermosa entre los trabajos rurales.

Como sabemos, la piedra cilíndrica ramurada la sustituye hoy otro elemento similar y con el mismo fin, que es el cilindro de las máquinas trilladoras o cosechadoras; los depósitos, en cada establecimiento rural de las aldeas se llamaban "ámbar" y consistían en un recinto o galpón, bien cerrado, con compartimentos, para volcar los granos a granel. El "ámbar" fue el antepasado del actual silo, con algunas ventajas; en América aún se continuaba con dicho sistema y el tamaño de los depósitos "ámbar" delataba la importancia económica de cada colono.

En ciertas épocas, cada productor debía entregar un porcentaje de su cosecha al "depósito oficial", llamado magazin, con fines de prevención de falta de trigo, semillas o años sin cosecha; cada aldea constituía en cierta forma, una gran "cooperativa rural".

También se cultivaba el maíz, del cual una vez seco se llevaban las mazorcas o espigas sin deschalar en carros cerrados a un depósito, para luego reunir a familiares o amigos para separar en forma manual, la chala del maíz con más comodidad; máquinas desgranadoras sencillas separaban el grano del marlo y producían el maíz limpio.

Tanto el tallo como el marlo y las hojas del maíz servían de combustible; todo se aprovechaba en Rusia.

Naturalmente que en todo el ámbito de la colonización en el Volga, el trigo fue el principal cultivo y, en segundo lugar, el centeno; merece una mención especial, la papa y su cultivo en el Volga. Su importancia fue tan significativa que su venta se extendió a otras regiones rusas. Aunque Pedro el Grande fue el introductor de ese producto de origen americano en el país, los primeros productores en gran escala y quienes difundieron su consumo masivo fueron los alemanes.

Cabe agregar que también fueron producidos en menor escala el girasol, la remolacha azucarera, el lino y el cáñamo; la Corona también procuró que dedicaran su atención a la apicultura y plantación de tabaco. Este último, con óptimos resultados; se hizo famoso el tabaco en sus dos variedades, de la zona volguense, en todo el Imperio, siendo cultivado en 14 colonias de la Wiesenseite. En Sarepta se instaló la primera fábrica en Rusia, para el tratamiento y elaboración comercial del tabaco.

Algunos plantaron moreras para la cría del gusano de seda a fin de producir este preciado hilo; a principios del presente siglo, los alemanes habían llegado a un desarrollo económico muy elevado y si no hubiese sido por una serie de factores negativos convergentes, jamás hubiesen abandonado nuestros antepasados dichas regiones. Cuando comenzaron a disfrutar los beneficios de su trabajo y sacrificio, después de más de un siglo de instalados en Rusia, llegaron los imprevistos y los obligaron de nuevo a comenzar en América.

En cuanto a su dedicación a pequeñas industrias, debemos tener en cuenta que dicho pueblo debía producirse todos sus tejidos para su vestimenta; para ello fueron proveyéndose de telares familiares para uso doméstico. Tanto se especializaron los colonos en sus tejedurías ''caseras'' que de ella surgió una floreciente industria de producción de telas de lana, algodón o mixto; dicha industria sobrepasó en mucho las necesidades propias. Citemos, como dato ilustrativo, que las colonias del lado alto (Bergseite), contaban con más de diez mil telares, que estaban en actividad, de seis a ocho meses por año, incluido todo el invierno.

Los historiadores mencionan una tela muy especial llamada ''sarpinka'' de gran aceptación en Rusia; se fabricaban máquinas limpiadoras de cereal, cardadoras, ruecas, carros rurales, botas de fieltro y ropa para la nieve. Hummel, en su libro, también cita, que dicho pue-

blo tenía en funcionamiento, antes de la primera guerra mundial, dos fábricas de arados, dos de otros implementos agrícolas, dos fábricas textiles y diez para fabricar fieltro

No obstante, la industria más antigua y de mayor envergadura fue la molienda de trigo; se registraron 55 molinos a motor y 25 a vapor en cuanto a propulsión –independientemente de los molinos harineros primitivos a viento o agua–, teniendo cada aldea su molino propio. Cabe citar que en la última época de grandeza, surgieron en muchos lugares las "Cooperativas" con sentido social y moderno; los colonos se agrupaban en sociedades de consumo, en un gran despegue, que luego quebró la guerra y su inmediata consecuencia en Rusia, el comunismo, con sus desmanes iniciales.

En cambio, en lo pecuario, sólo podemos decir que los colonizadores mantenían el ganado necesario para el trabajo y el consumo; de una a tres vacas por familia tipo, algunas pocas ovejas, tres o cuatro caballos, algunos cerdos y cabras y pocos bueyes para tracción. Un colono acaudalado podía mantener el doble de animales; la escasez de campo y los imperativos del crudo invierno para preservarlos del frío en establos costosos, impedían que la ganadería alcanzase cifras significativas.

El zar Alejandro I propició en 1845 la cría de ovejas en forma comunitaria; pero el intento no prosperó, quedando anulado.

La producción de trigo fue siempre el orgullo de los alemanes del Volga, alcanzando a moler 425.000 toneladas, para proporcionar los mejores tipos de harina a toda Rusia; por ello, la industria molinera siempre despertó interés especial entre los descendientes de este pueblo y aún en América, dentro de sus limitadas posibilidades económicas, muchas veces arriesgaron todos sus bienes para instalar un "molino harinero". Producir trigo, extraer la harina y fabricar el pan, es el mandato histórico que han recibido los alemanes del Volga.

SUFRIMIENTOS POR LAS TRIBUS SALVAJES Y PUGACHEV

Pocos historiadores se detienen en este "aspecto terrible" de la primera época en las Colonias Alemanas de ambos lados del Volga; la excepción, la constituye el P. Beratz, quien analizó los múltiples aspectos de lo sucedido desde la fundación en 1764 hasta principios del siglo diecinueve. Ya analizamos varios de los diversos factores ne-

gativos que atentaron contra la economía y la moral de los colonizadores.

Sujetos a una administración burocrática e incompetente, con una libertad cercenada, con desconocimiento de la región, sus malas cosechas por su clima extremo y su suelo inapropiado, ya tenían causales suficientes para desalentarse; pero aún faltaba lo peor. Faltaba la "cuota de sangre" como tributo por el atrevimiento de hender una tierra virgen; en un Imperio tan extendido como Rusia, atrasado en dos siglos sobre el resto de Europa, con un deprimente estado de "servidumbre" en el cual yacían más de veinte millones de personas que recién fue abolido por Alejandro II en 1863. Ello significaba una gran masa de población nativa inmersa en una semiesclavitud, con sus funestas consecuencias.

La región ocupada por los colonizadores era precisamente el lugar del refugio del malandrinaje, de siervos expulsados por sus amos, de bandas de ladrones y desertores militares; residían incluso agricultores que abandonaron a los terratenientes o nobles que los explotaron inhumanamente. Los abusos de los poderosos y regentes, hacían que el bajo Volga resultase un adecuado escondrijo para vivir con cierta libertad, en un estado semisalvaje; el pueblo oprimido en Rusia, no hallaba mejor forma para buscarse justicia que agruparse en bandas marginadas de la ley, esperando el surgimiento de líderes rebeldes.

Allí ya había hecho leyenda "Stenka Razin" y "Pugachev" no tardaría en surgir; otros de menos nombradía, también conquistaron el favor de las masas populares y aun, en algunos casos, la tolerancia de los alemanes, que también soportaron opresiones injustas. Dichas personas —de distintas procedencias, sin pertenecer a ninguna clase social determinada— eran llamados "Gassen Buben" o "Ausgerissene" por los alemanes, designación usada todavía en América.

Independientes y nunca sometidos al Imperio residían en la estepa oriental del Volga, tribus de origen asiático, que realizaban periódicas incursiones en las aldeas; con excepción de esas tribus, los demás elementos semiproscriptos, formaban también sus aldeas y se abastecían del robo y del saqueo. Ello ya sucedía antes de la llegada de los colonizadores; ahora se incrementaron doblemente esos malvivientes, porque pensaban que las aldeas serían fácil presa de sus intenciones de robo y de saqueo.

Recordemos que Catalina II llamó a colonizar la región del Volga con el avieso propósito de oponer una muralla humana a los invasores que merodeaban por la estepa; naturalmente que los alemanes des-

conocían estos objetivos poco nobles y cuando lo comprobaron en carne propia fue demasiado tarde. Por tal motivo, inicialmente la Corona sólo pensaba poblar la Bergseite (el Oeste del Volga), a fin de oponer una valla o límite natural de contención; lamentablemente, los alemanes, al ignorar esos peligros, se aventuraron a poblar la Wiesenseite (lado oriental del Volga), lo cual significó un precio excesivo.

Si bien los nómades e irregulares provenían del Este, debemos aclarar que la parte occidental ofrecía mejores escondrijos, tenía árboles, arroyos y algunos cerros.

Las bandas de ladrones preferían acechar a los viajeros y transportistas de harina o de alimentos, a fin de robar las mercaderías, eliminando en muchos casos a los testigos, para mayor seguridad; los colonizadores, organizaron con el tiempo, semicaravanas armadas para enfrentar unidos a los merodeadores. Era algo similar al Far West norteamericano algún tiempo después; al incrementarse los asaltos, organizaron disciplinadamente verdaderas batidas que escarmentaron ejemplarmente a los bandidos e inclusive construyeron verdaderos sistemas de alarma, a causa del continuo aumento de esos delincuentes que vivían de lo ajeno.

Los historiadores citan varios jefes de bandas armadas que sembraron un verdadero terror en la zona; uno de los más conocidos fue Dogtjarenko, desertor de un regimiento de húsares, quien realizó una larga campaña de latrocinios, aunque a veces, a sueldo de personas importantes que se enriquecían con un porcentaje en los robos y saqueos. También recurría al crimen para eliminar a quienes consideraba sospechosos o posibles testigos.

Otro personaje legendario en el Volga, fue "Schagala", cuyo verdadero nombre era Vassily Poljakow; tenía especial habilidad para trasponer arroyos y su preferente campo de acción fue la Bergseite con más fáciles refugios. Las bandas de ladrones tuvieron sobre ascuas a nuestros predecesores durante casi un siglo; el robo más frecuente era el de caballos, lo que duró hasta 1853.

Es imposible omitir el nombre de Jemelian Pugachev, uno de los jefes de banda más sanguinarios, surgidos en la primera época, en el Sur de Rusia; su nombre aterrorizó a nuestros colonos aún después de que el Gobierno lo ahorcara en Moscú el 15 de enero de 1775. Su nombre halló popularidad en las creencias del místico pueblo, era la encarnación del alma del zar Pedro III, asesinado misteriosamente por algún noble –lo que permitió a Catalina II acceder al trono imperial–, el cual había vuelto a la vida para tomar venganza de sus asesinos.

En tal ambiente, Pugachev aspiraba a crear una fuerza de húsares para imponer su dominio en la región del Volga; salió a campaña con la proclama de un ideal: "por los derechos sociales y legales del pueblo desposeído en Rusia". Así, una gran parte de los que estaban al margen de la ley u oprimidos, se plegaron a su bandera, con la esperanza de lograr justicia o reubicarse en la sociedad.

Los alemanes, en su mayoría, desconfiaban del rebelde y no siguieron sus pasos; salvo un pequeño número, muy disconformes con el régimen imperante. Pugachev se estableció en la Bergseite y sus actividades delictuosas se extendieron desde Kamyschin hasta Saratov; diez años después de la primera fundación alemana, el 6 de agosto de 1773, tomó por asalto a la ciudad de Saratov y abrió las cárceles para que los reclusos saquearan la ciudad. Los depósitos de cereal y de sal también fueron abiertos, lo que significaba a los ojos de todo el mundo algo así como si hoy se asaltara al Banco Central de la República; hizo colgar a toda la nobleza que no huyó a tiempo, sin miramiento alguno y hasta prohibió que los cadáveres de los nobles ajusticiados recibieran sepultura.

Pugachev, no tenía intención de agredir a las aldeas alemanas e incluso algunos colonos que por error fueron incorporados a sus huestes, fueron devueltos a sus colonias; reinaba enorme confusión en la zona y los aldeanos lo temían en tal forma, que al tener noticias de su cercanía, escondían sus dineros en la arena o los arrojaban a los pozos de agua y conducían la hacienda a los montes, arroyos y escondites seguros.

La pésima calidad humana de los integrantes del ejército rebelde, los hacía agrupar por afinidad malévola para saquear y matar con mayor saña; las hordas de Pugachev sembraban el terror y una de sus formas habituales, al llegar a una población, era erigir una horca para colgar a cuatro inocentes como "muestra" de sus atrocidades y proceders inhumanos.

Los seguidores de Pugachev, que en muchos casos operaban separados de su jefe, asolaron a las aldeas con saqueos, violencias, depredaciones y crímenes, y luego les prendían fuego.

Esta rebelión preocupó seriamente al Gobierno Imperial, por lo cual destinó fuerzas militares para contener su avance y destruirlo; para los colonizadores alemanes esta intentona agresiva, les significó desprestigio y sufrieron sus consecuencias legales y morales por mucho tiempo. Algunos de ellos se habían plegado a Pugachev en su desesperación, siendo algunos de ellos tomados prisioneros por los sol-

dados imperiales; por lo tanto, los germanófobos rusos aprovecharon la ocasión para desacreditar a toda la colonización.

Beratz, reunió diversos testimonios de "actos de terror" y matanzas de crueldad diabólica nunca superada; la colonia de Sarepta, fundada y constituida por una hermandad religiosa, fue la que más padeció materialmente bajo la aludida rebelión. Eran tiempos duros y crueles donde los pobladores de la Bergseite pagaron alto tributo; y una vez eliminado Pugachev, tuvieron que colaborar con las fuerzas oficiales, suministrar caballos y otros medios para mantener el ritmo de la persecución de los fugitivos. Pero todo terminó el 10 de enero de 1775; para reponer las pérdidas sufridas por los colonizadores, nuevamente tuvieron que acudir a la Corona en demanda de préstamos, aumentando así sus abultadas deudas.

También mencionaremos aquí, a otro aspecto de asedio por obra de la persecución de los asiáticos, cuya existencia en Rusia perdura hasta hoy en día; se trata de los Calmucos, de origen mongol y de los quirkisios, de raza tártara. El primero fue un grupo racial, de costumbres nómades o vida trashumante, semejante a los gitanos; a diferencia de los ladrones ocasionales y el rebelde Pugachev, los Calmucos no estaban considerados fuera de la ley, sino que sus costumbres y tradiciones eran más antiguas que el mismo Imperio ruso; fueron algo así como un mal que todos toleraban. Para nuestros antepasados eran como una mala sombra que aparecía cuando menos se la esperaba, instalándose a la vera de las aldeas —a cierta distancia—, con sus sistemas de carpas, de las cuales salían a mendigar durante el día y espiar la ubicación de cuanto pudieran apetecer.

Los Calmucos fueron considerados los ladrones más expertos conocidos, aunque de procederes pacíficos; de día trataban de hurtar todo lo posible y por la noche cometían los robos mayores; su hábito negativo mayor, era el de apoderarse de los caballos y del ganado. Se sabe que su objetivo final era destruir a todas las colonias alemanas de la Bergseite; pero una fortuita intervención de un colono alemán de Sarepta, quien curó de la vista a un cacique calmuco, les hizo desistir de tal propósito en acto de agradecimiento.

Aunque no fueron sanguinarios, resultaron muy dañinos por su gran habilidad en hurtar cualquier elemento al alcance de su mano; los robos de animales por la noche no era lo más grave. Pues si bien ello podía paralizar a los colonos por privarlos de su medios de tracción y movilidad, es voz común que robaban criaturas pequeñas, lo

cual se transformaba en verdadero cuadro de horror familiar; pues los niños desaparecían sin dejar rastros.

Otra variante eran las tribus tártaras, también oriundas del Asia Central, descendientes y sobrevivientes de la Horda de Oro del Gran Imperio Mongol; sus costumbres primitivas se remontaban a la época precristiana. Nos referimos a los Quirkisios, verdadero azote y la pesadilla más terrorífica de las Colonias Alemanas; sus hechos de rapiña, saqueos, raptos y destrucciones se han mantenido en las leyendas populares y denostados en el folklore de la región que se ha conservado hasta nuestros días. Su asedio, que duró casi un siglo, fue el recuerdo más funesto para nuestros colonizadores; descendientes de los tártaros del Asia Central, además de practicar el robo, eran sanguinarios y de bajos instintos.

Si bien, según Beratz asaltaron sólo 17 aldeas de la Wiesenseite, tuvieron en vilo, durante casi un siglo, y en permanente zozobra a toda la zona colonizada; su primera incursión tuvo lugar en agosto de 1771, a dos aldeas ubicadas en el extremo oriental: Chasselots y Louis. Tenían la costumbre de atacar en grupos de 50 ó 100 hombres y bien montados, aparecían como en malón lanzando gritos salvajes; mientras unos se dedicaban al saqueo, los demás secuestraban a los hombres útiles para el trabajo, y los ataban entre sí, con lazos trenzados, de cerda o cuero, a fin de llevarlos prisioneros. A los ancianos y niños no les prestaban atención o simplemente los mataban a lanzazos.

Dichos prisioneros, eran conducidos luego a través de la estepa ruso turquestánica hasta la frontera con China, para ser vendidos, a buen precio, en el mercado de esclavos de Buchara; los Quirkisios destruyeron totalmente Kaiserfield, Keller y Leitsinger de la Wiesenseite. Otras aldeas también sufrieron asaltos repetidos; aunque estos salvajes no perseguían o abrigaban ningún plan guerrero o de dominio porque su objetivo era lo ajeno, desde el simple robo de cosas hasta el rapto de personas, aun a costa del asesinato si era necesario. Al estilo oriental tenían un jefe absoluto: el kan o chan.

Durante la rebelión de Pugachev, los quirkisios aprovecharon en gran forma la confusión reinante; sin intención de omitir otros hechos también importantes, nos detendremos en el relato de lo acontecido a Mariental, actualmente llamada Tonkoshurowka por los rusos y en los primeros tiempos Pfannenstiel, que fue asaltada dos veces por estos salvajes.

El primer asalto ocurrió el día de la Asunción de la Virgen, el 15 de agosto de 1774, mientras los fieles estaban todos en la iglesia

concelebrando la santa Misa; y al salir, apareció un grupo de quirkisios, no muy numeroso, a la puerta de la iglesia esperando la salida individual de los feligreses.

El primero en aparecer fue el sacerdote Johannes, quien saludó amablemente a los visitantes, recibiendo como respuesta un "lazo" al cuello; así fueron enlazando cómodamente a cuantos fueron saliendo del templo. Los llevaron a pleno día y ante la desesperación de los demás; pronto desde las otras aldeas se presentaron muchos voluntarios para formar un grupo armado de rescate de los hermanos secuestrados. Mariental, era católica en su totalidad.

El entusiasmo para salir en busca de los prisioneros, acicateado por la suerte que les esperaba, fue grande y decidieron reunirse en Phillipsfeld, que era de confesión protestante; allí por voluntad de todos, no obstante los reparos interpuestos, se eligió al Pastor Evangélico Ludovico Baltasar Vernborner como jefe de los expedicionarios. Se alistaron, con su jefe al frente y marcharon a través de las estepas del este, en busca de los hermanos en poder de los salvajes; en un día lluvioso los divisaron y ya los quirkisios se les venían encima. Probaron disparar sobre ellos sus armas; mas, la pólvora se les había mojado, e indefensos, fueron batidos fácilmente por los bárbaros que habían advertido la perplejidad e indecisión de los alemanes.

Caía la noche y el desastre fue completo; todos hubieran sido apresados. La oscuridad salvó a unos cuantos que regresaron con la triste noticia de la prisión de su jefe y de un buen grupo de voluntarios; los numerosos capturados fueron atados con cuerdas de cerda o cáñamo. Como se defendieron con uñas y pies, fueron torturados hasta el paroxismo y bárbaramente asesinados, desparramados sus huesos por la inculta estepa después de servir sus carnes de alimento a las aves rapaces.

No satisfechos con su botín, los quirkisios siguieron merodeando, arrastrando en pos de sí, atados con lazos a las monturas, a sus víctimas; una mañana de niebla hicieron alto en sus cabalgaduras para requerir de los cautivos la correcta orientación para dirigirse a la más cercana aldea. Naturalmente, Wernborner y demás prisioneros trataron de alejarlos lo más posible de la misma, que era precisamente otra vez Mariental; para ello indicaron a sus captores una dirección contraria.

En ese preciso instante, la mala suerte quiso que fueran echadas a vuelo las campanas de la iglesia; los bárbaros se dieron cuenta del engaño y tomaron cruel venganza. Dando rienda suelta a su ira y ba-

jos instintos, martirizaron en toda forma a quienes los engañaron, hasta quedar muchos de ellos sin vida; al Pastor le cortaron la lengua y los miembros y lo torturaron hasta que se le salió el ánima del cuerpo.

Así el tañido de aquellas campanas de la iglesia de Mariental en su repique, fue la música fúnebre y terrible para aquellos colonos y su jefe inocentes, masacrados cruel y cobardemente en la estepa; mientras esto sucedía los habitantes de Mariental, elevaban sus plegarias al cielo clamando por la vuelta de los prisioneros. Pronto cundió la noticia de que un gran número de jinetes, —más de un millar—, se acercaban a la aldea y todos suponían que era el grupo de expedicionarios que regresaban victoriosos con los prisioneros.

¡Craso error!... y pronto advirtieron la terrible situación...; lograron armarse precariamente para intentar una fugaz resistencia. Destruyeron el puente sobre el arroyo Karaman, para obstaculizar el paso de los atacantes y se alistaron con horquillas, hachas, garrotes y cuanto elemento contundente tenían a mano y sobre la margen derecha del arroyo, esperaron el ataque. Pero el aspecto salvaje de los tártaros y los aullidos ensordecedores de mil gargantas de forajidos amedrentaron en tal forma a los marientalienses que, al pánico siguió la dispersión desordenada en busca de los escondites más insólitos.

En ese mismo día, los quirguizes, además de saquear nuevamente Mariental, cayeron en grupos sobre Herzog, Graf, Rohleder, Schäeffer, Urbach, Reinhard, Schulz y Reinwald; los prisioneros atados según acostumbraban, debían caminar o correr al paso de los caballos y quienes se quejaban eran acallados a azotes feroces. Este segundo asalto de Mariental y ocho aldeas más, reportó un botín tan cuantioso a la horda que ya no podía cargarlo todo en sus cabalgaduras; más, ha quedado como fecha indeleble y fatídica en la mente de quienes descienden de aquelos mártires de los colonos del Caraman.

En los días subsiguientes al saqueo vandálico de la horda salvaje, fue extendiéndose el pavor por toda la región; pero ante la inoperancia de la autoridad militar de la zona y el terror de algunos cuerpos armados de luchar contra los bárbaros, apareció el héroe que todos esperaban, llamado mayor GOGOL, quien al frente de una reducida partida de húsares, bien montados, valientes y mejor armados, más la incorporación de algunos colonos voluntarios en las mismas condiciones —no más de 80 hombres—, y utilizando tácticas parecidas a las de Rommel, sorprendió y liquidó a toda la horda de 1000 salvajes y pudo rescatar así a los prisioneros que aún quedaban con vida

Muy emotivo fue aquel regreso; pocas palabras surgían de los la-

bios de los liberados... las lágrimas que corrían por sus mejillas y barbas, fue el mejor testimonio de sus sufrimientos soportados estoicamente, al par que la manifestación de su agradecimiento por volver a sus lares; así regresó la columna victoriosa a Mariental. Allí; se repitieron los alborozados momentos del reencuentro y también la pesadilla y la desesperación por la ausencia definitiva del ser amado.

De inmediato, las autoridades dispusieron lo necesario para dar cristiana sepultura a los restos del Pastor Wernborner y demás compañeros muertos de la primera partida de rescate; un cortejo de seis carros condujo los cadáveres de los infortunados hacia el cementerio de Mariental y allí, ante los consternados aldeanos, fueron colocados en dos fosas. El informante Schneider, a quien debemos estos datos, decía que "aún hoy (1845), podía verse el lugar en donde descansaban aquellos héroes, que jamás tuvieron una losa identificatoria, pero sí la plegaria constante de sus copoblanos".

Los quirguizes, aparte de ser ladrones, tenían instintos muy sanguinarios; tanto es así que cuando capturaban a un colono alemán, lo primero que hacían era revisarle los bolsillos en busca de dinero y en caso de encontrar algún papel, lo traspasaban de inmediato con la lanza, por considerarlo jefe de los alemanes. También le cortaban todos los botones de la ropa por considerarlos elementos de valor.

Beratz también nos informa en otra parte de su obra que el 24 de octubre de 1774 fueron asaltadas las colonias de Seelmann, Leitsinger, Keller, Hölzel y Preuss, llevándose los incursores 317 personas a la esclavitud hacia los mercados humanos de Bujara; aquí cabe mencionar, que aquel sacerdote Johannes capturado en oportunidad del primer asalto a Mariental, fue vendido como los otros y destinado a cuidar ovejas. Compadecido un rico comerciante ruso por su situación, lo rescató y pudo regresar a su grey de Mariental después de tres años de cautiverio; este es un informe del colono Felipe Guillermo Asmus.

En consecuencia, el martirizado Pastor Wernborner y el sacerdote Johannes, serán los símbolos eternos de unión racial y humana que se sobrepone a las diferencias religiosas y nos señalan desde una ya lejana época en que la tolerancia y la colaboración entre Católicos y Protestantes, siempre ha producido opimos frutos de sobrevivencia, en aquella época, y de bienestar y progreso en la actualidad.

Se estima que unos mil doscientos (1200) colonos de ambos sexos, fueron conducidos hacia los mercados orientales de esclavos y pasaron sus días en cautividad, sin que el mundo tuviese conocimiento de su destino; excepto, dos o tres de ellos, que con el tiempo y por

medios diversos, retornaron a sus colonias. Los quirguizes hostilizaron a los colonos durante el primer siglo de instalación en Rusia en forma salvaje y violenta; pero únicamente en la Wiesenseite, por ello los colonos siempre alentaron la idea de abandonar la zona o simplemente retornar a Alemania. Todo esto obligó a las autoridades a instalar una cadena de "fuertes" desde los cuales fuerzas militares lograron contener a los asaltantes y exterminarlos poco a poco en la zona; también se había ordenado la organización de defensas civiles, mediante la designación de grupos de colonos hábiles en cada aldea, equipados con armas y municiones y se les asignaba un jefe. Quien llegó a conquistar así gran relevancia fue el colono Gerstner, de Mariental.

El pueblo alemán del Volga, no sólo debía soportar las insidias de los ladrones, Calmucos y sanguinarios Quirguizes, sino también a la burocracia imperial, encarnada en el Kontor, el cual les exigió el 3 de diciembre de 1843, que todas las deudas que mantenían las personas desaparecidas, ya sea por muerte en lucha o por secuestro hacia la esclavitud, debían ser absorbidas por los demás colonos que seguían viviendo; así Su Imperial Majestad, les aseguró sus bienes, sus vidas y tranquilidad –poniendo a la vista la debilidad de su enorme aparato militar–, y ni siquiera se hizo cargo de las deudas de las infortunadas víctimas que pagaron el tributo de sus vidas en aras de la incapacidad de la burocracia rusa.

Los alemanes que fueron engañados al Volga, vieron trabado su progreso en todos los aspectos por innúmeras dificultades que los aferraban a la pobreza; sólo una raza como la germánica pudo resistir por muchos años las dificultades que se presentaron imprevistamente en su destino. Separados del mundo, sin asistencia técnica ni económica, se mantuvieron unidos a toda costa; el único recurso para mantener su moral fue su confianza en Dios que todavía conservan sus descendientes muy ostensiblemente aún en nuestros días. La iglesia fue siempre el refugio en los momentos de tribulación para este pueblo silencioso, cuyo objetivo fue crear su familia en paz y consolidarla en el trabajo honesto.

CAPITULO VII

CULTURA

LA INSTRUCCION Y LA CULTURA EN LAS COLONIAS

Hemos dicho que los Alemanes llevaron consigo a Rusia y lo enseñaron a los naturales la fabricación de manteca y queso, la forma de consumir la papa, el uso o empleo del hierro galvanizado y lo más notable y pocas veces reconocido, la escuela común o primaria, no laica, sino confesional; en el siglo dieciocho la instrucción elemental no estaba al alcance de toda la población de un país. Los gobiernos de los Estados aún no habían asumido la carga pública de la alfabetización universal de sus súbditos en Europa ni en ningún otro país del mundo; recordemos que nuestro país, según la Constitución de 1853, impuso a las Provincias esa carga, sesenta años después de que la había implantado, aunque sea en teoría, la Revolución Francesa y un poco antes la Norteamericana. Por eso no debe extrañarnos que los alemanes del Volga continuaran aferrados al uso europeo de que correspondía a las respectivas Congregaciones religiosas (Iglesias) esa responsabilidad: al lado de la religión se enseñaban los rudimentos de la lectura y escritura y las operaciones aritméticas de uso corriente, de acuerdo y con los sistemas de la tradición medieval desde Carlomagno, cuando la Iglesia asumió esa misión y las escuelas conventuales, palaciegas o parroquiales se encargaban de cumplirla.

Por otra parte, al producirse la Reforma, Lutero puso especial énfasis en la enseñanza de los principios religiosos que sustentaba, a través de la escuela como medio más seguro de mantener a sus adeptos en la fidelidad a sus principios; otro tanto había hecho la Iglesia Católica a partir del Concilio de Trento, y la aparición de la Compañía de Jesús y de tantas congregaciones docentes, es la mejor prueba de ello. También lo hacen actualmente en grado sumo los países to-

talitarios; en cambio, los democráticos, en su mayor parte, la consideran una inversión no rentable.

Quienes emigraron al Volga, llevaban consigo ese inveterado concepto y como había entre ellos, nobles arruinados, profesionales, maestros, militares, etc...., fácil les resultó poner prestamente en marcha, desde 1767/68, en el centenar de aldeas que surgían en la estepa, el funcionamiento de la escuela de primeras letras y enseñanza religiosa, prácticamente obligatoria, por costumbre, aunque el maestro era sostenido por los colonos.

El ciclo para la enseñanza primaria se cumplía desde noviembre hasta marzo, o sea en invierno; siempre dentro del modelo que ofrecía Alemania en lo tocante a educación popular. Ningún país, por entonces, tenía su Ministerio de Educación, integrando su Gabinete y la potestad religiosa se consideraba con el exclusivo derecho de educar en la fe a sus adeptos; en Rusia, si bien la Iglesia Ortodoxa algo había hecho desde los conventos en cuanto a instrucción primaria con los hijos de la nobleza, recién desde Pedro, el Grande, el Estado, con la fundación de la Academia de Ciencias, hizo algo con respecto a la enseñanza en los otros niveles.

Sólo la nobleza tenía un cierto reducido interés en culturizarse, aunque los potentados, hasta mediados del siglo pasado, se reían de un Pushkin —el Cervantes ruso— y lo sometían a toda clase de humillaciones; toda la enorme masa de siervos yacía en el analfabetismo que abarcaba más del 80 % de la población. Por ello la subestimación del saber era general y no se le asignaba ninguna función trascendente a la educación campeando la ignorancia en todos los estratos sociales; todavía después de la última guerra, cuando los soldados entraban en los salones en donde se hallaban expuestos cuadros de los grandes maestros del arte, su diversión mayor era bajarlos a balazos. Es decir, que no obstante los empeños de los regímenes comunistas en todo cuanto se refiere a difundir los conocimientos, llevará mucho tiempo y cuesta enorme trabajo desligarse de esa herencia de incultura milenaria y alcanzar los niveles de los pueblos que ya la alcanzaron hace siglos.

En cuanto a nuestro pueblo, el Código llamado Instruktion nada contenía al respecto; no obstante estar condenado a sobrevivir en condiciones infrahumanas y librado a su suerte, tenía muy pocos medios para normalizar el funcionamiento de la instrucción sistemática y era inútil presentarse a las autoridades rusas para reclamar solución a ese problema. No obstante, las minucias que reglamentaba el Código, como

por ejemplo, su libre traslado estrictamente legislado, el confinamiento en las aldeas que debían ser hasta de una misma confesión religiosa, la instrucción pública quedaba totalmente olvidada.

La ilustración que atribuían los filósofos de aquella época a Catalina II, desparramaba sus destellos sobre un círculo muy limitado y reducido en San Petersburgo; pero sus reflejos se perdían rápidamente no alcanzando su centelleo siquiera a los confines del Imperio ruso. Las buenas intenciones de la Emperatriz nunca fueron aplicadas en favor de los alemanes; de manera que aún en este aspecto quedaron relegados a su suerte, corriendo por su cuenta el riesgo de toda iniciativa...

Pero así como supieron organizar y sostener los servicios religiosos en sus comunidades, también lograron poner en marcha sus escuelas primarias parroquiales; de esta manera, muchos inmigrantes que no habían sido agricultores, encontraron una forma de ocupación honorable y más en consonancia con su ocupación habitual. Beratz y Hummel estudiaron el aspecto educacional y lo transmitieron con suficiente claridad en sus escritos; en consecuencia, aquel grupo inicial de 27.000 personas que iniciaron la colonización en el Volga, contaban entre ellos a un núcleo de individuos muy capaces para impartir a la niñez todo el ciclo de la enseñanza primaria.

La formación psicopedagógica que imparten las Escuelas Normales y que todo maestro debe poseer hoy en día, era ignorada por aquel entonces a su salida de Alemania; los maestros de escuela o "lehrer" parroquiales, que dependían de las iglesias, no escaseaban en el Volga en los comienzos. Cada comunidad ha sabido guardar los nombres de sus maestros de escuela en la memoria de sus habitantes por mucho tiempo; para mayor ilustración citamos los nombres de algunos de ellos: Ludwig Kamann, Konrad Eberhardt, Johann Nikolaus Heinz, Dominik Deprat, Gothelf Kaltenbeck, Georg Muller, Johann Zwikau, Johann Neise, Andreas Jung, Georg Friedricht, Benedikt, Johann Kühne, Heinrich Gottfried Erfurt, Gottlieb Leimann, Thomas Berth, etc.; al estar la instrucción y educación tan ligadas a las iglesias, tengamos en cuenta que el 70 % de las colonias eran evangélicas —en sus distintas confesiones— y algo menos del 30 % católicas. Todo ello incidió en la formación de los hijos de los colonos que organizaron y costearon un sistema popular y propio a través de sus parroquias, sin ningún tipo de aporte o ayuda económica de la Corona, ni siquiera para abonar estipendios de maestros y menos para edificaciones escolares.

En los primeros tiempos los "lehrer" que habían llegado todavía

de Alemania, alcanzaban para cubrir los puestos docentes; el número de estudiantes aún eran reducido, las comodidades pocas y no obstante, tanto la enseñanza como el aprendizaje tenían un nivel ejemplar. Por motivos que analizaremos, ese nivel obtenido fue decayendo paulatinamente hasta una situación precaria, en perjuicio de los alemanes; al instalarse las aldeas, entre 1764 y 1767, el escaso número de su población y la falta de medios económicos, obligaron a combinar y unir las funciones de "sacristán y lehrer" en una sola persona.

Como la instrucción y educación de los niños prácticamente dependía de las iglesias, fue naciendo la figura de un personaje típico que aún perdura en el recuerdo de las aldeas y colonias de alemanes en la Argentina: el "Schulmeister"; dicho personaje originalmente fue simple ayudante (sacristán) en el culto religioso y enseñaba a su vez a los niños de la escuela primaria. Beratz sostiene —con todo fundamento— que el sistema nació de las necesidades comunitarias en el aspecto religioso o "Kirchenspiel", cuya determinación final escapaba a la decisión de los clérigos —ya que era un problema económico— y sólo intervenían para someter a los candidatos a un examen de religión, música y cultura general, de cuyo resultado salía el sacristán-maestro.

También algunos maestros se presentaban como candidatos a la doble función para aumentar su jerarquía y sus emolumentos, tanto entre protestantes como entre católicos.

Los programas consuetudinarios abarcaban un mínimo de conocimientos en lectura, escritura, aritmética y religión; como privaba el sistema "paternalista", a los varones se les exigía más que a las mujeres, quienes con saber leer y escribir y asimilar los rudimentos de la religión, debían contentarse En los comienzos de la colonización, la asistencia a la escuela primaria era libre y voluntaria, aunque fue escaso el número que no la tomara como obligatoria; la obligatoriedad se estableció en 1840.

Nuevamente conviene insistir en la total despreocupación de las autoridades rusas por la cultura...; el Código Instruktion, tan meticulosos en cuanto a obligaciones y derechos, se caracteriza por una total ausencia de interés por la educación básica de los hijos de los colonos; en cambio, los colonos ponían de manifiesto esa preocupación superior de la cual la Cancillería Tutelar carecía. Si bien los alemanes supieron en sus propias escuelas instruir y educar a sus hijos, al cabo de medio siglo el sistema desembocó en lo que cabía esperar; la paulatina desaparición de la gente de mayor cultura venida de Alemania y la

falta de preocupación por la autoridad rusa para fundar en la región Escuelas Normales, hizo caer muy bajo el nivel de conocimientos de nuestros antepasados; la solución improvisada del "Schulmeister" pronto agotó sus posibilidades, ya que sus conocimientos se limitaban al conocimiento del idioma alemán, religión, lectura, escritura y aritmética elemental y de la forma de transmitir los conocimientos a los alumnos es mejor no hablar. El problema se agudizaba y correspondía al Gobierno arbitrar la solución.

La colonización había ganado la batalla a los errantes de la estepa y se expandía hacia el Este; su supervivencia estaba asegurada y la Corona debía prestarles mayor atención: con urgencia se necesitaban "maestros y funcionarios" llamados entonces "escribientes" para administrar las colonias. Aunque ya la inmensa mayoría había nacido en Rusia, no se consideraban rusos ni hablaban el idioma ruso; esto último era un problema capital, tanto para los colonizadores como para las autoridades. Así este pueblo pionero en la explotación rural, sufrió su decadencia que perdura hasta hoy en América; quien en la tercera generación aún sabía leer y escribir en el Volga, fue considerado un "privilegiado". Incluso el cargo de Schulmeister fue considerado una carga intolerable para la comunidad; cabe recordar que ya en 1770 los colonos solicitaron la instalación de una Escuela Secundaria Normal para la preparación de sus maestros, pero la burocracia oficial siempre hizo oídos sordos a tan justo reclamo.

En 1800 el magisterio había caído en tal descreimiento y decadencia, que nadie aspiraba a vivir de esa profesión; poco a poco las escuelas se fueron cerrando y con el tiempo ya casi nadie extrañaba su desaparición hasta que también se acostumbraron a ser hombres de trabajo sin instrucción. Si bien mantenían su fe religiosa y su lealtad a su Iglesia, nadie consideraba provechoso dedicar su tiempo al estudio y hasta llegó a hacer carne en ellos la idea de que no tenían condiciones para el estudio porque su destino era "labrar la tierra" por determinación de la Providencia, error funesto que trajo perdurables consecuencias.

Pero este grupo humano que sobrevivió a tantas dificultades no era responsable de tan decadente situación; hasta 1887, o sea durante 123 años, las escuelas en el Volga eran privadas y patrimonio de las distintas confesiones religiosas dirigidas por clérigos; luego pasaron a depender del Estado, pero ello no mejoró la situación porque igualmente fueron los colonos quienes debían mantenerlas y no tenían en sus manos los medios para invertir en mejoras. Los maestros, en

aquel entonces como ahora, no recibían sueldos adecuados; sólo se enseñaba a leer y escribir y cuando el Gobierno exigió el aprendizaje del ruso, debieron contratar instructores especiales, aunque el ruso siempre figuró como idioma secundario, siendo el principal, el alemán. Algunos de nuestros antepasados venidos al país, recordaban esa enseñanza bilingüe y también la indiferencia y antipatía de los alemanes por el ruso, de manera que casi nadie lo aprendió con el suficiente dominio para un uso sistemático.

Viendo y palpando los magros resultados y después de muchos años, el Gobierno imperial resolvió la creación de dos Escuelas Centrales Superiores en Katharinenstadt, hoy Baronsk (Wiesenseite) y en Grimm (Bergseite), que otorgaban el título de "maestro y escribano de la Comunidad"; desde varias décadas anteriores funcionó en Saratov una Escuela Normal Superior, de la cual egresaron en 1808 los primeros cuatro maestros, hijos de alemanes del Volga, de apellido: Eifert, Maybach, Debaptist y Bécker. En cambio, las Escuelas Centrales Superiores comenzaron su primer período lectivo en otoño de 1834.

A la creación del obispado católico de Saratov y varios más, según lo estipulado en el Concordato firmado entre la Santa Sede y el Gobierno Zarista en 1848, siguió la instalación del Seminario Conciliar en 1857, del cual salieron ordenados más de 240 sacerdotes y se recibieron numerosos "Maestros y Escribientes".

Cabe también recordar el alto nivel educativo logrado por los Menonitas y la Hermandad de Sarepta, comunidades muy cerradas y de severo régimen religioso; Sarepta, al no lograr el establecimiento de una Escuela Superior, convirtió su escuela primaria pública en un centro de altos estudios; así lograron burlar las trabas burocráticas imperantes y dar una educación especial a sus hijos.

El cargo de Kreisschreiber era una función muy especial para los colonos; era el Escribiente de Sector o Escribano de Distrito, encargado del aspecto legal de la administración en cada colonia El primer hijo de colonos que obtuvo ese nombramiento fue Jacob Becker, aunque su remuneración fue tan escasa que tuvo que esperar cinco años para ser compensado con un sueldo acorde con su función; también en ese aspecto la burocracia rusa ahogaba las colonias.

Debemos hacer notar que tanto los sacerdotes como los pastores buscaron de dotar a las colonias de escuelas secundarias para la formación cultural de las personas en condiciones de solucionar los agudos problemas planteados; pero sus gestiones generalmente fracasaron por falta de medios económicos. No se podía pretender que los colo-

nos asumieran la carga de la financiación de edificios, personal y medios didácticos; y el Estado, representado por el Kontor, no tenía ningún interés en que surgieran alemanes con los títulos necesarios para ocupar los cargos de maestros y escribientes. Como en el resto de Rusia, los funcionarios veían en ellos también "siervos" que jamás debían aspirar a salir de ese estado.

Cuando el nivel de instrucción cayó tan bajo que dificultaba la comunicación normal con las autoridades, por ignorancia del idioma ruso, recién se despertó el interés gubernamental por el reclutamiento de jóvenes, candidatos a los estudios superiores; al principio el llamado fracasó y tuvieron que apelar a los huérfanos. Pensaban los rusos que con una simple orden solucionarían el problema "educación"; como nunca este problema había figurado entre los objetivos de gobierno, los funcionarios ignoraban totalmente la forma de elaborar un "plan educativo" coherente.

Pese a la incapacidad de las autoridades y a la falta de medios entre los colonos, podemos citar una larga lista de personalidades, hijos de colonos, que se destacaron:

Isaak Schmidt, investigador de las costumbres de los Calmucos, obtuvo el título académico de más alto nivel. Joseph Hamel, médico de renombre, miembro de la Academia Rusa de Ciencias. Doctor Wir, cirujano notable, descubridor de las fuentes curativas de Sarepta. K. Weiss, importante misionero entre los Calmucos, "inventor de la mostaza de mesa". G. Mokke y Langenfeld, constructor de pianos, químico famoso, compuso fármacos-bálsamo. G A. Zwick, investigador del dialecto Calmuco y autor de su primera gramática. Konstantin Glitsch, zoólogo y arqueólogo famoso, miembro de la Academia Rusa de Ciencias. Alexander Bäcker, etnólogo importante y muy consciente investigador. Adolf Knobloch, distinguido General del Ejército Imperial. Alexander Klaus, vicedirector del Ministerio de Transportes ruso; conocido historiador. Heinrich Ley, médico de la familia real y miembro del Consejo del Imperio. Gottlieb Bauer y Eduard Huber, historiador renombrado el primero y traductor al ruso, de Göethe, el segundo. Jacob Schreiner, entomólogo, muy conocido por sus publicaciones científicas. J. Graf y Velz, pintores importantes en su época. Jacob Weber, pintor de la Casa Real. K. F. Keller, conocido actor teatral. Oscar Knaub, compositor y músico afamado. F. Valberg, A. Lonsinger, F. Bach, A. Rothermel y Paul Rau, escritores de renombre. R. Staub, químico; A. Busik, geólogo; G. Dinges, literato; P. Rau, arqueólogo;

Rüger, agrónomo; B. Jost, cirujano; Schmidt y Keller, agrónomos; estos últimos de la generación joven.

La simple enumeración de esta lista con la variedad de especialidades en que se distinguieron, es prueba acabada del digno y elevado nivel cultural que supieron mantener, no obstante la opresión, la adversidad y el sacrificio; surgidos de hogares sumidos en la pobreza o huérfanos ignorados, adquirieron renombre en el Imperio de los Zares. La estirpe germana se sobrepuso y aprovechó las reducidas posibilidades de educación e instrucción que les ofrecía Rusia y aunque no fueron muchos los que llegaron a las cumbres del saber, a quienes se dieron facilidades para estudiar, llegaron a ser notables en literatura, en ciencias y en artes; y ese es su mérito.

CAPITULO VIII

RELIGIOSIDAD POPULAR

EL ASPECTO RELIGIOSO EN EL VOLGA

La fe cristiana y la confianza en Dios, como ya dijéramos varias veces, constituyeron los sólidos cimientos de la unión y de la fortaleza de los alemanes en el Volga; ellos soportaron hambre y frío, lucharon con desigual fortuna contra los salvajes, viendo indefensos cómo llevaban a sus seres queridos a la esclavitud. Contemplaron el saqueo de sus viviendas y las llamas incendiarias que devoraban sus hogares; ofrecieron el holocausto de sus cuerpos en defensa de sus iglesias, de sus familias, de sus tradiciones. ¿Por qué? Simplemente porque creían en Dios.

La construcción de la "Casa de Dios" siempre fue preocupación principal y a través de los siglos, los alemanes del Volga, dedicaron, en forma preferente, su tiempo y sus bienes en favor de la religión y de sus prácticas caritativas; entre las ventajas que ofrecía Catalina II, figuraba el libre ejercicio de su religión, pero algo condicionada: todos los integrantes de una radicación, debían pertenecer a la misma confesión religiosa. Quedaba prohibido el proselitismo religioso y se vedaba expresamente la instalación o fundación de conventos y monasterios.

Son cristianos, para nosotros, todos aquellos que aceptan a Jesucristo como Hijo de Dios; esta denominación incluye tanto a los Católicos Romanos, como a los Protestantes Luteranos, Calvinistas, Menonitas o Bautistas, con sus distintas Congregaciones de Hermanos; pretendemos ajustar nuestro relato a la verdad histórica. Por ello seguimos los testimonios de historiadores de distintas procedencias confesionales, para transmitir el más verídico panorama que existió en las colonias, en ambas márgenes del Volga hasta 1914.

Transcribimos literalmente las cifras dadas por los historiadores,

Rdo. Padre Gottlieb Beratz, George J. Eisenach, Theodor Hummel y Dr. Karl Stumpp, quienes, con pequeñas variantes, nos ilustran referente a los credos de los Alemanes del Volga.

Autor	Período comprendido	Ald. Evang.	Ald. Catól.	Total
Beratz	1764-1767	74	30	104
	1772-1909 (ampliación)	81	10	91
				195
Eisenach	1764-1767	72	32	104
	1772-1909 (ampliación)	80	10	90
				194
Stumpp	1764-1914 (total)	147	48	195
Hummel	1764-1926 (total)	170	31	201

Surge del cuadro precedente, que la gran mayoría de las Colonias eran Evangélicas, tanto del rito Luterano como Calvinista y en menor cantidad los Menonitas y Bautistas; aclaramos que —a diferencia del Volga— la mayoría de los que inmigraron a la Argentina, fueron católicos. No obstante, debido al divisionismo existente entre los reformados en el Volga, existía casi un perfecto equilibrio entre las tres confesiones, de lo cual resultaba una ventajosa unidad; en general, nunca se produjeron conflictos de carácter religioso y las legendarias figuras del padre Johannes y del pastor Wernborner, mártires de la colonización, sellaron la solidaridad y amistad entre católicos y protestantes.

La religión fue el factor principal de supervivencia y educación en la colonización, durante el primer siglo; no existía la dualidad de creyente-ateo. Todos eran firmes creyentes y las prácticas religiosas en las iglesias eran un deber; tanto es así que el Código Instruktion establecía que en forma rotativa los domingos y días festivos, una sola persona debía quedar en la casa para prevenir los incendios y cuidar los niños pequeños. De buena gana toda la población concurría a los templos para oir misa o participar del culto.

La Iglesia era un refugio espiritual, el único que les quedaba en un ámbito tan hostil y salvaje como la estepa del Volga.

Aunque entre los colonos del bajo Volga solamente profesaban la fe católica alrededor del 30 % de los pobladores, en atención a que en nuestro país constituyen la mayoría, sintetizamos lo que el Padre Beratz y otros historiadores nos han relatado sobre la vida religiosa de los mismos.

En la época de la fundación de las colonias, la mayor parte de los Estados Alemanes —más de trescientos— mantenían una dependencia nominal del Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, cuya antigüedad se remontaba a los tiempos de Carlomagno, año 800 de la era cristiana; ocupaba a la sazón el trono imperial José II, con capital en Viena, hijo de María Teresa. Como los soberanos contemporáneos, Federico II, de Prusia, Catalina II de Rusia, Carlos III de España, Luis XV de Francia, José II se vanagloriaba de sus conocimientos y se creía por ello infalible en todas sus determinaciones, aunque a menudo descabelladas. Se conoce ese período en la historia con el nombre de Despotismo Ilustrado.

Al Emperador se le antojó legislar hasta en materia de liturgia y en formalidades del culto que hasta entonces siempre habían sido función exclusiva del Papa y de los obispos; así, por razones de economía, reglamentó el uso de la cantidad de candelabros con sus respectivas velas a usar en la celebración de la misa. Prohibió el empleo de ataúdes de madera en los entierros, ordenando envolver los cadáveres en tela y coserlas y muchas otras nimiedades ridículas.

Rusia no podía ni quería ser menos y las Instruktion reglamentaron minuciosamente los actos religiosos, permitiéndose los funcionarios del Kontor suplantar los derechos y acciones inherentes a los clérigos en sus iglesias; los resultados de esa ingerencia estatal durante un siglo, fueron negativos por cuanto cercenaban la libertad de acción e iniciativa del clero en favor de sus respectivos feligreses.

Tanto Católicos como Evangélicos habían dividido la colonización alemana en el Volga en diversas "circunscripciones eclesiásticas" que abarcaban espacios dentro de cuyos límites se hallaban enclavadas entre ocho y doce aldeas, que representaban unidades de atención religiosa, comparables a "parroquias"; en alemán se decía "Kirchspiel". Desde 1767, prácticamente desde los comienzos, los Comisarios rusos trataron de obtener sacerdotes para la feligresía católica, logrando la presencia —en calidad de misioneros apostólicos— de capuchinos, franciscanos y de dominicos; las aldeas —más de ochenta— con los kuter eran muchas y los sacerdotes un número reducido. No obstante los sacrificios que debían hacer para desplazarse de un lugar a otro,

su celo apostólico para visitar los enfermos y celebrar los oficios divinos...; poco a poco y con los años, al no llegar relevo, la situación desembocó, a partir de 1782, en un abandono casi total de la asistencia religiosa.

Para paliar la extrema urgencia, el gobierno recurrió a la arquidiócesis de Mohilev, a cuya jurisdicción pertenecían las colonias católicas del Volga; el arzobispo envió varios sacerdotes seglares de su clero —polacos y rusos blancos—, quienes desconociendo el idioma alemán se limitaban estrictamente a las celebraciones litúrgicas, sin entrar en contacto directo con los feligreses por no entender su lengua. En vez de esforzarse ellos para aprender el idioma de su feligresía, pretendían lo contrario; esto sucedía en 1783 y la situación espiritual se fue deteriorando día a día y el fervor religioso que habían sabido transmitir los sacerdotes pertenecientes a las órdenes de regulares se iba perdiendo, la moral menguaba y la ignorancia en las cosas de la fe crecía. Estos sacerdotes daban la impresión de permanecer indiferentes ante la apatía y el decaimiento de la fe, heredada de sus mayores.

En marzo de 1803, el senador protestante de origen alemán Karl Hablitz, obtuvo la autorización del Gobierno ruso para que los Padres de la Compañía de Jesús (Jesuítas), asumieran la dirección de la vida espiritual en las Colonias Católicas; la Orden de los Jesuítas fue suprimida por disposición del Papa Gregorio XIV, a pedido de varios gobiernos europeos influenciados por la masonería, habiendo sido expulsados de España y de sus Colonias, Portugal, Francia y Austria. Sus integrantes fueron incorporados al clero secular. Los gobiernos de Prusia y Rusia permitieron que continuaran en su labor sacerdotal, especialmente regenteando colegios secundarios en ambos países y el Zar Alejandro I les encomendó la atención espiritual de los Católicos del Volga.

Con su conocido dinamismo, su profunda versación teológica, pastoral y científica, diez sacerdotes —seis de los cuales hablaban alemán— lograron en pocos años restablecer el florecimiento cultural y espiritual, mediante una hábil dirección de las escuelas parroquiales, iniciativas sociales y económicas; cuando Pío VII restableció la Orden, el zar marchando contra la corriente, los expulsó del país en 1820. Los resultados que obtuvieron fueron muy apreciados por los colonos y fue general el pesar producido por la forzada ausencia; al llegar nuestros antepasados a Entre Ríos se pusieron de inmediato en contacto con los Padres de la Orden que regenteaban el Colegio de la Inmaculada en Santa Fe, quienes por un tiempo se hicieron cargo de la atención

de las primeras iglesias. Varios hijos de colonos siguieron estudios en dicho Colegio.

La obra parroquial de los Padres Jesuítas fue loada por varias generaciones en Rusia y su recuerdo fue indeleble entre los Católicos; a partir de 1821, los sacerdotes diocesanos volvieron a hacerse cargo de las parroquias, algunos de los cuales bastante envejecidos y cansados. Así quedó en evidencia un contraste chocante entre la vitalidad y el dinamismo de los primeros y la inoperancia de los segundos; en 1876, el obispo católico de Saratov, abrió su propio Seminario y a los pocos años, los hijos de los colonos, ya ordenados sacerdotes, asumieron la dirección de los curatos parroquiales, resolviendo definitivamente los problemas existentes en forma satisfactoria e independiente.

También en el año 1876 las iglesias quedaron liberadas a su propio destino, al quedar anulada la subvención gubernamental para el sostenimiento de los Pastores y Sacerdotes, como también la ingerencia de las autoridades civiles en la supervisión de la vida espiritual de los colonos; cuando nuestros alemanes llegaron a Rusia, entendían que la Corona se haría cargo por un tiempo prolongado, tanto del suministro de Pastores y Sacerdotes, como de sus estipendios. Pero la preocupación gubernamental sólo duró dos años, no obstante las claras prescripciones de las Instruktion; de inmediato se aplicó un impuesto sobre las familias, tanto Católicas como Evangélicas, cuyo abono se efectuaría en los meses de enero, marzo y setiembre de cada año y cuyo monto se entregaría al Kontor con destino al fondo con el cual se pagarían los sueldos de los clérigos. Este impuesto era obligatorio, y en caso de no ser oblado, el Kontor podía aplicar multas e incluso castigos.

Desde el principio y hasta 1804, los clérigos percibían 142 rublos —nos referimos a los sacerdotes— anuales, que luego fue aumentado, aunque muy resistido con una asignación anual de 205 rublos desde 1805 hasta 1820; luego fue nuevamente reducido al sueldo inicial por razones no muy claras. La cuestión de la retribución a los clérigos causó muchas polémicas y problemas, por cuanto la interpretación de la competencia estatal nunca dejó satisfechos a los colonos; salta a la vista que los sueldos eran muy reducidos, y por ello, se agregaban ciertas retribuciones en especies e incluso se permitía a los clérigos la tenencia de cierta cantidad de campo para su cultivo propio.

De acuerdo al Código Instruktion, los clérigos debían intervenir en las sesiones importantes de la administración de la justicia en cada aldea; por otra parte, les quedaba estrictamente vedado intervenir en las "cuestiones mundanas". Así, en el transcurso de los años, éstos

veían cercenados cada vez más sus derechos legales reconocidos de intervención en la administración de las Colonias y no se les permitió la creación de Sociedades Juveniles con fines sociales o de instrucción; el padre Beratz dice en págs. 238/239 que las Instruktion prescribían que todos los habitantes de las aldeas debían someterse al máximo a los reglamentos de sus iglesias; debían asistir a Misa o al Culto, todos los domingos y días festivos, rezar sus plegarias, escuchar el sermón y participar activamente en los ritos sagrados. Si alguno, sin causa justificada, no participaba en las ceremonias, será amonestado por dos veces y luego "multado" con dinero; y si ello ocurriera por tres veces al año sin que el inculpado se "enmiende", podía duplicarse la multa cada vez y ser obligado a realizar trabajos forzados para la comunidad. Los dineros provenientes de dichas multas ingresarían al tesoro comunitario.

En cambio, se permitía que un mínimo de personas quedaran al cuidado de los niños y de los hogares durante el invierno, sin concurrir a los oficios religiosos, quedando exentos de tales puniciones; pero debían permanecer en sus domicilios y turnarse cada vez. La vida religiosa en el Volga, más que guiada o conducida fue "comandada manu militari" por la Corona; estos datos fueron recogidos de las obras históricas de los Padres Beratz y Seitz.

Ahora, entraremos a la narración de lo acontecido entre los Protestantes, tanto Luteranos como Calvinistas, Menonitas, Hermandades seglares u otras agrupaciones; estas ramas englobaban el 70 % de la población colonial. Si bien se imponía la mayoría por el peso del número de adeptos, no existía "religión oficial" y todas estaban sujetas a la misma reglamentación, con la sola diferencia de que los Pastores Evangélicos, por el hecho de estar casados, recibían un sueldo mayor y algunos privilegios para sus hijos; ello era justo y no significaba protección especial para determinado credo.

Hay un aspecto en la vida religiosa volguense que merece ser destacado: el sentido de "unión" y recíproca y cristiana comprensión entre todas las confesiones; se prestaban mutua colaboración, concordando en ello todos los historiadores. En caso de falta de Pastores, los Protestantes recurrían a los Sacerdotes Católicos para la administración de los Sacramentos; inclusive, queda registrado que los Calvinistas, en esos casos, preferían acudir a algún Sacerdote en los lugares más alejados, en vez de los Luteranos, para sus bautismos o ceremonias íntimas religiosas. Ello indudablemente constituye un ejemplo de comprensión para nuestros días.

Si bien la feligresía Católica padecía la escasez de ministros, ella era aún mayor para los Evangélicos; la causa estaba en la dificultad mayor de la instalación de un Pastor casado, Luterano o Reformado, que la de un sacerdote célibe. De manera que el lector comprenderá fácilmente esa escasez, máxime si su acostumbrado standard de vida no se avenía a la pobreza reinante en el Volga; diferente fue con los Franciscanos, Capuchinos o Jesuítas, acostumbrados a una vida frugal y comunitaria.

La falta de colegios para los hijos de los Pastores fue otro problema insoluble; hemos dicho que los Pastores percibían una remuneración mayor: Hasta 1804, 171 rublos anuales y desde 1805 hasta 1820, dicha suma fue elevada a 350 rubros; volviéndose desde 1821, a 171 rublos por decisión gubernamental. Desde 1876 quedaron abolidas dichas reglamentaciones en la zona.

Para una mayor comprensión de la situación espiritual entre los Evangélicos en el Volga, tendremos en cuenta que para un pueblo tradicionalmente acostumbrado a una vida religiosa plena y propia, que de pronto es llevado al límite de la civilización, abandonados y dependiendo sólo de su propio esfuerzo la asistencia religiosa les era más necesaria que en la culta Europa; el aislamiento y las penurias acercan a Dios: era un pueblo engañado por los rusos, creían encontrar un "Paraíso" en el Volga y sólo hallaron estepas plagadas de malezas, animales salvajes y lo que es peor aún, sufrían el asedio permanente de las tribus nómades de Calmucos, Tártaros o Quirquizes. Todo era distinto, sólo Dios era para ellos el mismo, quien los comprendía.

La muerte natural o violenta era muy frecuente, ya sea por epidemias (malaria, tifus, viruela) o por enfermedades que no podían ser superadas por la carencia de medicinas o por la incompetencia de los médicos de la época; aparte, en los diez primeros años tuvieron cosechas fallidas y en el mismo tiempo y hasta cuarenta años después 1200 colonos fueron conducidos al mercado de esclavos de donde sólo dos o tres regresaron. Las estadísticas comprueban que entre 1768 y 1775, los grupos familiares descendieron de 6.435 a 5.502, ello es atribuible a los Quirquizes y a Pugachev; los mismos nativos despreciaban a los intrusos. Todo ello sensibilizaba a los colonos, preparando un campo fértil para el pietismo o un mayor acercamiento a Dios.

Es importante detenerse en el desarrollo de la vida religiosa entre los Protestantes del Volga; pese a ser la Iglesia Luterana el organismo religioso más numeroso e importante en las Colonias, las circunstancias de frustración, aislamiento y la lucha por la supervivencia dieron

nacimiento a una situación religiosa especial. Si a ello agregamos la deficiente atención espiritual por la falta de Pastores comprenderemos fácilmente lo acontecido; las condiciones duras de vida y la exigua retribución no atraían a los Pastores y los pocos que se aventuraban para ir al Volga, generalmente no tenían otra opción por su conducta irregular y negativa, salvo aquellos idealistas de gran celo y fervor cristiano. Basta decir que, para la atención de 73 aldeas se contaba sólo con 17 Pastores en 1820.

El Gobierno creyó solucionar el problema, instituyendo en Saratov un Organismo Religioso Directivo, con el nombre de "Consistorio Evangélico Luterano", que asumiría la organización de la vida religiosa —excepto de los Católicos— en el Volga; su inspirador y primer Presidente fue un ex sacerdote católico, el doctor Aurelio Fessler. Poseía sólidos conocimientos teológicos, gran formación humanística y asignaba máxima importancia a la liturgia, ritos y sacramentos: un Presidente culto, formal, amante de la disciplina, pero insensible.

El doctor Fessler fue un activo organizador de la vida religiosa, pero jamás comprendió las reales necesidades espirituales de aquel pueblo, sumido en la pobreza, aislado y sacrificado; el Consistorio decretó la "unión administrativa" de los Luteranos y Calvinistas con la intención de que los primeros absorbieran a los segundos, manteniendo cada uno su individualidad dogmática y ritual. Esta situación quedó subsistente por un tiempo largo.

Ambas Confesiones, de acuerdo a las enseñanzas de sus fundadores, mantuvieron sólo dos Sacramentos —dándoles sólo valor de signos de justificación—, el Bautismo y la Cena; esta última es simplemente un recuerdo de la Cena del Señor con sus discípulos. Calvino, en desacuerdo con Lutero, admitía una "presencia virtual" de Cristo en el pan y en el vino. Además, los Calvinistas o Reformados, llevaban una vida de más acentuada e íntima religiosidad que sus hermanos luteranos.

Para evitar confusiones, digamos que para un católico, la esencia de la Eucaristía (del griego: buena gracia) está en la transformación substancial del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor, en virtud de las palabras que pronuncia el sacerdote en la Consagración, durante la misa: es la "transubstanciación" o presencia real de Cristo). El doctor Fessler dispuso también que la recepción de ese Sacramento debía realizarse después de un adecuado adoctrinamiento del interesado y la "Primera Comunión", sólo se permitiría después de haber cumplido 14 años de edad; este período de la vida, equivale entre los

Protestantes, hasta hoy, a algo así como la "mayoría de edad", o la emancipación de la patria potestad. Perdura la idea entre los jóvenes, de que después de haber tomado la Primera Comunión, a los 14 años de edad, adquieren la soltería (Ledig) y no están ya más sujetos físicamente a los padres; así el fervor religioso de los Protestantes se transformó en un formalismo frío, llegando la espiritualidad casi a extinguirse.

El Consistorio de Saratov, no obstante la buena organización establecida, no advirtió que el alma de los Evangélicos también necesitaba el alimento espiritual de la palabra bíblica que ya los Pastores no brindaban en sus Sermones; por aquel entonces llegaron al Volga, algunos Pastores —en reducido número— formados en el Instituto Misionero de Basilea, de sólidos conocimientos doctrinarios y que lograron rápida ascendencia entre la feligresía.

Los Luteranos, en su condición de Religión Mayoritaria, se comportaban como oficialistas, un tanto convencidos de "poseedores Exclusivos" de la verdad; descuidando, sin embargo, de suministrar a sus adeptos la esencia de su doctrina en forma sistemática para conservarlos en su verdad y fe. Así fue decayendo la espiritualidad, suplantada por formas mundanas con adherentes desprejuiciados que sólo mantenían un barniz religioso "por tradición". Fessler no advirtió el proceso o no tenía autoridad para reencauzarlo.

Estas situaciones tan comunes en los seres humanos, no quedaron sin respuesta; en Alemania surgieron movimientos de Hermandades Espirituales (Brüderschaft) con gran fuerza de captación de personas sencillas, necesitadas de algún consuelo o asistencia espiritual; los más activos fueron los Herrnhüter, cuyo jefe u obispo, fue un teólogo y jurista, Nicolás Ludovico, conde de Zinzendorf, quien logró gran difusión para sus enseñanzas.

En esencia, criticaban en el Luteranismo: 1º) Su falta de solidez y autoridad dogmática. 2º) Falta de moralidad. 3º) Excesiva frialdad y rigidez doctrinaria. Defendía y sostenían, a) Que las criaturas eran emanaciones de Dios; b) Que el estado de gracia era una participación real de los atributos divinos. c) Que se puede tener fe sin auxilio sobrenatural. d) Ningún error perjudica al alma con tal que la voluntad obre rectamente. e) El efecto de los Sacramentos depende de la virtud del Ministro. Sus dirigentes recomendaban, además, la restauración del sacerdocio, la entrega diaria a una oración fervorosa, gran diligencia en la investigación de la Biblia y la reforma de los es-

tudios académicos para quienes se dedicarían al ejercicio de la predicación.

Zinzendorf buscó la unión de los Luteranos con los Calvinistas y los Hermanos Moravos, utilizando como aglutinante sus enseñanzas.

Estas doctrinas también llegaron al bajo Volga y expandieron la necesidad de un "reavivamiento espiritual" que ofreciera al pueblo un Evangelio prístino, sencillo al alcance de todos; las Iglesias tradicionales rechazaron estas doctrinas, conocidas como "Pietismo", nombre derivado de las reuniones devotas organizadas en residencias, llamadas "collegia pietatis". Esta difusión doctrinaria fue iniciada en 1765 con la fundación de Sarepta, en donde la Brüdergemeinde von Sarepta, organizada como entidad religiosa y cooperativista, cerrada, autoabastecedora, operaba hasta con sistemas propios de educación y administración, independiente del Kontor y con dependencia directa de la Corona, y venía con la misión específica de difundir el Cristianismo entre los Calmucos que practicaban el Budismo Lamaísta. Al fracasar en su intento por desconocer ese idioma y sus dialectos, dedicaron su atención proselitista a las Colonias Germanas, mediante un adoctrinamiento individual constante, llegando a conquistar muchas personas sinceras, disconformes con sus Iglesias tradicionales; agregaron a su accionar espiritual una obra social activa y beneficiosa entre los menesterosos.

Su penetración fue intensa y muy extensa en la Bergseite; estos movimientos de "despertar espiritual" comenzaban después de una serie de reuniones familiares en alguna aldea y luego se esparcían y multiplicaban en las demás. Tales actividades fueron resistidas y combatidas por los Pastores, quienes al percibir el ataque directo a su doctrina, en cuanto dogma, moral, disciplina e instituciones, y de acuerdo a las instrucciones de los doctores Luteranos de Wittemberg y Leipzig, los denunciaron ante las autoridades del Kontor, exigiendo el cumplimiento de lo estatuido en el Contrato Manifiesto de Catalina II.

Pero los Hermanos no cesaron en su empeño y disfrazados de obreros, se infiltraban en las aldeas para avivar y mantener las convicciones religiosas de sus adherentes; el Presidente del Consistorio de Saratov, Dr. Fessler, continuó la persecución de los innovadores hasta lograr el repliegue de los Herrnhuter Gemeinde de Sarepta en 1821. Con ello concluyó una obra misionera que duró 57 años; pero su prédica no cayó en el vacío ni quedó trunca: sus enseñanzas impregnadas de caridad y de fe, continuaron bajo otras formas.

Los Protestantes que aceptaron el fervor de los hermanos, se agru-

paron en sociedades con rígidos principios morales y de vida muy activa; se formaron coros y se realizaban asambleas de confraternidad espiritual, pero no se invadía ya el terreno reservado a los Pastores. La administración de los Sacramentos quedó reservada a un clérigo ordenado y no se combatía ya a las Confesiones tradicionales ni se propiciaba la separación de ellas, sino que se buscaba subsanar sus falencias.

El recuerdo de la obra social a favor de los necesitados, instituida y realizada por los hermanos de Sarepta hasta 1821, no fue olvidada por los colonos; de las 73 aldeas protestantes, 20 de ellas entraron definitivamente en la corriente de las hermandades y otras 30 tenían ya gran participación en el ''movimiento'' y las demás eran principiantes. Los Pastores Protestantes, conocedores del pseudomisticismo generado que llegaba a los umbrales del panteísmo ya que anteponía la vida interna al estudio de los textos bíblicos conforme a las enseñanzas de Lutero y de Calvino, buscaron destruir a las Hermandades y el Consistorio de Saratov denunciaba a sus reuniones como perniciosas a las autoridades y para el Estado ruso; mas sólo lograron con la persecución, activar la difusión.

De la zona alemana de Würtenberg procedieron los ''Stundisten'', otra línea más simple de Hermandad Espiritual, distintos de los Herrnhuten, que recibieron su nombre por realizar reuniones familiares religiosas de una hora de duración; estos Hermanos horarios (Stunden brüder), tampoco buscaban la separación de sus Iglesias, sino que frecuentaban, —al margen de sus Congregaciones—, mantener reuniones privadas de edificación espiritual (Häusliche Erbaungeversamenlingen). Estos fueron tolerados y alcanzaron bastante difusión; algunos de sus líderes pretendieron transformarse en intérpretes de las profecías bíblicas, creando la Escuela del Apocalipsis, para establecer —basados en los escritos del profeta Daniel—, una doctrina del Milenio, determinando como fecha de iniciación el año 1836.

Eran épocas en que el mundo asistía a inventos y descubrimientos espectaculares y muchos hombres se agrupaban en favor de determinadas doctrinas teológicas y doctrinarias novedosas; los colonos del Volga, un tanto abandonados a su suerte, con escasa asistencia por parte de los Pastores, ofrecían un campo de acción propicia a los movimientos de Hermandades que llegaban a sus casas y les permitían una participación directa en su desarrollo.

El mensaje de la cercana ''segunda venida de Cristo'' al mundo, también trastornó a nuestra gente y hasta a notables de la época,

—incluyendo gobernantes—, que se integraban a esas teorías extremas; dejamos aclarado que estas doctrinas no se difundieron entre los Católicos. Y mientras las Iglesias Protestantes se mantenían y continuaban en su obra habitual, los colonos conservaban con ellas su adhesión formal como mera tradición.

Es conveniente señalar que en los lugares por donde cundía el espíritu de los Hermanos de Sarepta —los Herrnhuter o Stunden Brüder—, la pureza de la vida cristiana se incrementaba, los vicios desaparecían y la producción rural aumentaba espectacularmente.

A partir de 1845, se introdujo en las Colonias otro movimiento de alcances mucho más vastos: era el "Separatismo" que propugnaba una inmediata y total separación de las Iglesias establecidas y enseñaba y se distinguía por una fanática y radical concepción religiosa; pretendía una renovación completa y rechazaba hasta el más mínimo contacto con las Congregaciones existentes. Tuvieron mucho éxito y centraban su prédica en el comienzo del Milenio con la pronta segunda venida de Cristo; fue un movimiento de preparación para recibir al Hijo de Dios, mediante un bautismo en "espíritu".

El Pastor renegado, Eduard Wüst, fue el principal misionero y difusor de tal doctrina en las Colonias, fundado en un texto de Isaías LXV, 17-25), en ciertas palabras del Evangelio y particularmente en un pasaje del Apocalipsis (XX, 1-3); al fallecer en 1859, después de 14 años de intensa actividad, la posición de los "separatistas", perdió empuje y sus numerosos adictos —al no querer regresar a sus Iglesias de origen—, permitieron a Johannes Gerhardt Oncken, fundar la Iglesia Evangélica Bautista en Rusia.

Los Bautistas tenían ya gran expansión en Europa y sus doctrinas son moderadas y comprensibles para quienes buscan una vida religiosa más activa dentro de una moral elevada; así un grupo numeroso se alineó en esa Congregación, caracterizada por sus teorías moderadas, sin exigencias extemporáneas extrañas a la Biblia; aún mantiene vigencia en la actualidad.

No debemos pasar por alto la presencia de los Menonitas, también establecidos en el Volga, quienes practicaban el bautismo por inmersión, se distinguían por su fervor religioso y se niegan a participar en cualquier guerra; fueron fundados por Simons Menno. Sus teorías no tuvieron mayor aceptación y sus colonias fueron pocas.

Esta es una somera y objetiva reseña de lo que aconteció en el campo religioso Protestante en el Volga; en especial, del movimiento

de las Hermandades, en el pasado y que continúan en el presente desperdigados por Siberia, Mongolia y Turquestán.

En el transcurso de los años, esos movimientos signados, como diríamos hoy ''carismáticos'' adquirieron expresión normalizada y fueron mejor tolerados por los Pastores; Wilhelm Stärkel, Pastor nacido en el Volga, logró poco a poco la unidad entre las Hermandades, sellada en el año 1871. La primera Convención (Brüderschaftkonferenz), elaboró un Reglamento Interno que, a grandes rasgos establecía, a) Cada Convención estaría a cargo de ancianos. b) Las reuniones se realizarían regularmente. c) Se practicarían las exhortaciones espirituales. d) Los miembros de cada grupo se integrarían a alguna Iglesia, oficialmente reconocida. e) Los sectarios y avanzados quedaban excluidos de las Asambleas. f) Se fomentarían las escuelas públicas. g) Las reuniones se caracterizarían por su sentido devocional. h) Los hermanos se comprometían a conducirse como ciudadanos ejemplares del país.

Observamos aquí el cambio operado; ya no se toleraba a los ''separatistas'' ni se interfería la acción pastoral de las Iglesias; se colaboraba con las autoridades imperiales. Desde 1872, el movimiento aludido había cobrado importancia y ya no existía aldea Protestante que no aceptara ingresar en esa corriente renovadora, durando ese fervor religioso –según nuestros datos–, hasta principios del siglo XX, iniciándose luego su decadencia

Cuando salieron nuestros antepasados de Rusia, desde 1876 en adelante, el movimiento se hallaba en pleno auge, continuando su práctica en América; en la Repúbica Argentina, pese a que los Evangélicos fueron minoría, también se reflejan las características peculiares de las Hermandades. No obstante, las Iglesias Protestantes tradicionales mantienen su apego a las prácticas rituales y carecen de espiritualidad.

Ese sentimiento religioso, la práctica de cánticos fáciles y emotivos, la posibilidad de tomar la palabra –como laicos–, en las reuniones y la costumbre de realizar oraciones informales (self made) llenas de vehemencia, ejercen especial atractivo sobre los alemanes procedentes de Rusia; encuentran en tales manifestaciones del espíritu, la forma más sencilla y comprensible de ponerse en contacto con Dios, a quien veneran y respetan. Las circunstancias difíciles vividas en el Volga y la incomprensión de sus Pastores formalistas, los hizo buscar un medio más sencillo para acercarse a Dios, tanto en sus alabanzas o acciones de gracias como en sus ruegos.

También los Padres Jesuitas, de profunda versación teológica y científica y con renovadas iniciativas tuvieron, –dentro de las aldeas Católicas–, una aceptación mayor que los otros sacerdotes, por su comprensión y su dedicación para solucionar los problemas de todo orden entre su feligresía, en grado tal que su paso por la zona se hizo legendario. No obstante, sólo fueron diez, de los cuales, seis hablaban el alemán.

Los colonizadores, siempre hallaron en su religión y en sus Iglesias, el sostén espiritual y el consuelo en sus tribulaciones para no desesperarse ante tanta adversidad e injusticia; desde 1764 hasta nuestros días, las Asociaciones Religiosas –fueran Católicas o Evangélicas–, siempre fueron el refugio de este pueblo de peregrinos y labradores, y las que sostuvieron la tradición y la unidad lingüística del idioma materno.

El Pbro. José Brendel, al referirse en su libro: "Hombres Rubios en el Surco" a las "Campanas" de los Alemanes del Volga, dice: ..."su misión de ángeles de bronce, que llaman al pueblo cristiano a la oración", para luego agregar:... "Su mensaje es cifrado, y hay que poseer la clave y esa clave es la fe". Desde los tiempos más remotos las "campanas" de las iglesias emitían mensajes de vida y de muerte... Es la voz celestial que llama a participar en los actos solemnes de la oración y del regocijo; mas, también anuncia la partida de quien Dios llama para sí. Las campanas de las Iglesias siempre tenían un mensaje supremo; su voz venía de lo alto.

Mencionamos también la preocupación y emulación entre las aldeas y colonias, en la construcción de sus templos, caracterizados por sus grandes dimensiones y formas arquitectónicas esbeltas, de acuerdo a los usos en Europa Occidental; la cruz latina siempre coronaba la cima de sus torres en contraposición de la griega, característica de las iglesias rusas. Su capacidad estaba de acuerdo a la cantidad de población de cada aldea; por ello casi todas podían contener entre 500 y 1000 personas, cómodamente instaladas. Las de mayores dimensiones fueron las de Grimm y Katharinenstadt, con capacidad para 1200 fieles.

CAPITULO IX

COSTUMBRISMO

COSTUMBRES, TRADICIONES GERMANAS Y EXPRESIONES CULTURALES EN LAS COLONIAS

En el desarrollo de los temas de esta primera parte, es fácil advertir las formas de vida de los colonizadores; la gran mayoría procedía de la zona alemana de Hesse y el Palatinado, es decir, de la Renania; no todos habían sido agricultores sino que los había de diferentes profesiones liberales, maestros e inclusive militares. Mas, en Rusia todos fueron obligados a ejercer la agricultura; el caudal de tradiciones y costumbres llevadas al Volga, se mantuvo inalterable, dentro de las posibilidades que ofrecía el medio climático y las reglamentaciones gubernamentales. En todos los aspectos, pretendióse mantener fielmente los modos de vida del lugar de origen y en gran parte, lo consiguieron.

La conservación del idioma vernáculo y de las tradiciones por espacio de dos siglos, ha motivado serios estudios entre etnólogos y antropólogos; la permanencia en Rusia —casi incomunicados con la madre patria y en colonias cerradas de un mismo credo—, también tuvo gran influencia en la formación de este pueblo. Comencemos por el idioma: todos sabemos que Europa es el Continente de centenares de "dialectos".

En cuanto al alemán académico debemos advertir que su formación se origina precisamente en la evolución de los dialectos del alto alemán (hochdeutschen dialekten) y no al revés; para ello es necesario comprender en qué se diferencia del alemán "llano" (Plattdeutsch) y los dialectos que dieron la base del alemán actual, literario o académico.

El alemán "llano" (Plattdeutch), no se habla entre los alemanes del Volga, excepción hecha de los Menonitas, por cuanto su eti-

mología y fonética son muy diferentes; por lo general, los alemanes del Volga nunca escucharon hablar el Plattdeutsch, ni tienen noción de su composición. En ello existe un error de concepto, en razón de que los dialectos de Hesse y Palatinado, pertenecen al grupo del occidente medio alemán y sin ninguna duda corresponden a la línea del alemán académico (Hochdeutsch).

Aún hoy en día los alemanes utilizan sus antiguos dialectos para entenderse en la calle y en la intimidad de sus hogares; naturalmente entre los distintos grupos de dialectos de Alemania central existen variantes y diferencias regionales. Pero, es de hacer notar que los que practican habitualmente dichos dialectos, aparte de entenderse entre sí, también entienden correctamente el alemán literario o académico.

En las colonias del Volga, las diferencias entre los dialectos procedían del lugar de origen en Alemania; así los del Palatinado (Pfälz), aplicaban una fonética distinta a los de Hesse (Hessen); siempre y en cualquier parte del mundo, los dialectos estuvieron expuestos a ciertos cambios o mezclas con expresiones diferentes de aldeas vecinas. Aunque en el Volga, las colonias se formaron, por lo común, con grupos étnicos de igual procedencia, no siempre fue así, ya que también las había compuestas de distintos lugares.

También se debe admitir que los colonizadores introdujeron algunos términos rusos, e inclusive de los tártaros en su léxico diario; mas, el acopio de voces extranjeras fue insignificante. Mientras el Gobierno ruso no impuso su idioma nacional en la enseñanza, los colonos alemanes no le prestaron la menor atención ni lograron aprender el mínimo necesario para mantener una sencilla conversación; sus dialectos fueron mantenidos tan puros como los llevaron de Alemania. En aldeas entre 5.000 y 10.000 habitantes no se hallaban siquiera una decena que dominaran el idioma ruso, en su forma elemental.

Si bien la unidad lingüística contribuyó al mantenimiento de la tradición, también fue de lamentar que el habitual desconocimiento del idioma ruso fue una desventaja para los colonizadores; después de un somero análisis del idioma que utilizan hasta hoy los alemanes del Volga, no debemos olvidar que, —si bien todos eran alemanes—, no provenían en su totalidad de la misma capa social y menos poseían idéntico nivel cultural, pese a que la autoridad imperial los caratuló a todos como simples agricultores.

El pueblo de ese centenar de colonias tenía también sus ambiciones espirituales, tanto en poesía como en literatura y filosofía; apa-

rentemente no existieron prohombres en esas disciplinas, —pero, aun aislados, dichos labriegos forzados también supieron utilizar las bellas formas en la expresión. Descubrimos su poesía en el texto de sus cantos populares, ese canto que siempre los acompañó, tanto en las iglesias como en los momentos felices de la vida; cantaban, cuando un niño venía al mundo, pletóricos de gozo, como en las fiestas y casamientos. Mas, también cantaban llenos de doloroso sentimiento, cuando acompañaban a un ser querido hasta su última morada.

Tenían una canción adecuada para cualquier circunstancia de la vida; auque ignoraban generalmente la teoría de la textura musical, tenían nativa facilidad para armonizar una melodía a dos o tres voces con sorprendente facilidad. A las viejas canciones del solar nativo agregaron las propias, nacidas de la inspiración artística personal; sabían darles matices sentimentales melodiosos y de gran contenido emocional. Desde los remotos años de la llegada al Volga hasta los tiempos actuales, no dejaron de cantar a la Patria, a la primavera, al placer del peregrinar, al amor, a la amistad y al deber del soldado con la Patria.

Pero el lugar predilecto para entonar sus canciones era la iglesia y siempre fue un privilegio el pertenecer al coro que intervenía en la misa cantada; generalmente los católicos fueron más conservadores en sus cánticos y mantuvieron mejor los textos originales. En cambio, los Protestantes, más innovadores, buscaban nuevas formas e innovaciones y variaciones. De alguna manera se complementaban; cuando se reunían en el Volga un grupo de colonos, por hábito se desembocaba en el canto. Cuando existía un motivo de alegría o de dolor, también se cantaba.

El canto era una expresión natural y necesaria para este pueblo; las canciones populares solían ser frívolas e intencionadas, especialmente las utilizaban los jóvenes. En los comienzos y mientras la juventud se divertía en el salón de bailes, los padres y mayores se reunían en otra pieza para cantar el día entero; era una ocasión magnífica para que la juventud aprendiera los "cánticos serios", que también luego entonarían en su edad madura y vejez.

Durante las noches de verano, los jóvenes, caminando en grupos por las calles de la aldea entonaban sonoramente sus temas preferidos; sin ninguna duda, fue el canto una de las causales de su unidad en sentires, tradiciones y formas de pensar. En cierta manera, todos eran actores en el gran teatro de la vida en el Volga; así cultivaban extraordinarias voces de melodioso timbre, amplias tesituras y

hermosa ductilidad; fueron privilegios naturales que ya se perdieron y no volverán a revivir.

La necesidad de mantener información con el mundo literario de la época, recibir impresos con las novedades en el ámbito del espíritu, conocer las corrientes filosóficas y técnicas europeas, fue sólo un vehemente e insatisfecho deseo de este pueblo; muy pocas noticias se filtraban hasta el Volga y hasta mediados del siglo diecinueve, el intercambio fue nulo. Los alemanes, arrancados del centro de la civilización fueron marginados en los confines de la barbarie; por ende, tuvieron que crear su propia "escuela filosófica"; así apareció la "Saratover Deutche Zeitung" (Periódico Alemán de Saratov). Luego se agregó el "Volga Kalender", el "Volga-Bote", el "Friedens-Bote", la revista "Klemens" y otros más; agregamos el nombre del más difundido: "Volkszeitung", editado en Saratov.

Se publicaron numerosas obras históricas, algunas narraciones novelescas como "Schön Annie aus Mariental" y "Quirguizenmichel"; a partir de 1906, se editaron diversas obras literarias por autores del Volga. Cabe agregar que desde 1908, se editó "Geschichte der Wolgakolonien" por G. Bauer y en 1915, apareció una obra similar de las Colonias del Bajo Volga, escrita por Gottlieb Beratz; al mismo autor, —que fue un sacerdote católico—, pertenece la pieza teatral "Fest und Treie". En las colonias de Neufeld "Lied von den Küster Deis" de Lonsinger "Nor net Lopper g'gewa e Hüben und Driben"; de Walberg, "Chr Bode", "Mennoniten", "Die Nordinsel", "Die Christgaben des Todes"; y de Hieronymus, "Stephan Heindel".

Estos fueron los primeros ensayos de los colonos y sus descendientes en la producción literaria vernácula volguense; todos son libros inspirados en la tradición y en su religión, aunque no faltaba en ellos la exteriorización de su buen humor.

Después de haber descrito los aspectos idiomático, poético-musical y literario, repasaremos las tradiciones y costumbres vigentes entre los colonizadores alemanes de Rusia; de la madre patria, habían traído el sistema familiar del Patriarcado; es decir, el reinado del Padre o más anciano en una familia. En las colonias del Volga dicho sistema se acentuó más aún en razón del medio ambiente en el cual se desarrollaba allí la vida; aquellas familias se mantenían agrupadas social y económicamente.

Los hijos contraían matrimonio y no se alejaban del solar paterno; por ello, el grupo familiar constituido, quedaba bajo la égida del más anciano, fuera abuelo o bisabuelo. Las resoluciones intrascen-

dentes las tomaba el padre, pero las decisiones importantes incumbían al jefe; los jóvenes casados, sólo lograban su emancipación de la familia cuando, por escasez de campo, se radicaban en nuevas fundaciones de colonias.

Ya sea por tradición o por consejo de los clérigos, la mayor ambición era contraer matrimonio a temprana edad; para ello no había impedimento alguno ya que no prestaban el servicio militar, casándose muchos a los dieciocho años. Cierta vez, en Grimm (Bergseite) preguntado un novio de esa edad: —¿Por qué se casaba tan joven?, replicó al instante: "¡Ai, un Gott zu ehren und die Welt zu verzehren! (Para honrar a Dios y multiplicar la especie).

La inclinación hacia el matrimonio y la familia numerosa se explicaban fácilmente y por razones muy plausibles: a) La soledad en tierra extraña y la obediencia a las enseñanzas religiosas. b) El sistema MIR de redistribución decenal de las tierras comunales, de acuerdo al número de varones de cada familia. c) Por dignidad y estimación propia. En consecuencia y hasta 1905, el "MIR Sistem" fue el método que otorgaba privilegios hasta al varón más pequeño, y desde su nacimiento le correspondía la misma cantidad de tierra que a los mayores. Por ello, la llegada de un niño al seno del hogar era una bendición siempre; pero si era de sexo masculino, con mayor razón. Como es de suponer, las alternativas de la llegada de un infante no cambiaban la vida ni el quehacer de la madre; generalmente cumplía sus tareas habituales hasta el momento del parto, y si estaba en sus posibilidades ser asistida por una partera (obstetra), podía sentirse privilegiada.

Las obstetras diplomadas eran pocas; pero las mujeres "prácticas" para dicho menester no faltaban. Médicos no había en las aldeas comunes; traer un hijo al mundo era algo rutinario y nunca entorpeció la marcha normal de una familia. A los niños se decía que los chicos venían en una caja o cesto con el agua de la lluvia o del arroyo, o que los hallaban en algún pozo de agua; la historia de la cigüeña no se mencionaba.

Una vez nacido el niño, la madre permanecía ocho días en cama como un rito, y durante ese período post-natal (Kindbett), los padrinos de la madre, los parientes y amigos se hacían una obligación moral de llevarle los mejores alimentos y bebidas tradicionales.

Los padres campesinos necesitaban una familia numerosa para realizar las múltiples tareas en las colonias; por ello, el sistema patriarcal siempre procuraba su aumento. El niño debía llevar uno o

dos nombres; por conservadorismo ancestral, al primero se le ponía el nombre del padre. Influía también la vecindad o parentesco, de manera que cuando otra familia tenía uno con el nombre de Pedro, Juan o Víctor, —no queriendo ser menos—, procuraban bautizarlo con esos mismos nombres; el calendario con su santoral, también era tenido muy en cuenta, como también los nombres de los padrinos.

En algunas aldeas, se estilaba un solo nombre de pila; pero en otras, se ponían dos que combinaban entre sí: como ejemplo, a Johann Georg, se le decía Hännjerg, a Johann Friedrich Hannfriedrich; a Georg Jacob, Gerjab; a Heinrich Jacob, Hennerjab. En el caso de las mujeres, el uso era similar, como ser: Katharina Elisabeth, Katharinlisbeth; a María Katharina, Marikatharina; Ana Elisabeth, Amlisbeth, etc.

Es digno señalar que en Rusia se observaba escrupulosa corrección en la transcripción de los nombres y dicho menester estaba a cargo del Schulmeister o de los Escribientes o Notarios, que dominaban el alemán académico a la perfección; es fácil advertir que la repetición de los nombres, dentro de los mismos apellidos en una aldea, —hasta hoy en día—, obligaba al vecindario a agregar un aditamento, que generalmente tenía relación con el nombre del abuelo o con el de su ocupación.

Las familias del Volga tenían extremo apuro en cristianar al recién nacido por el bautismo; los Católicos solían cumplirlo antes de los tres días. Para ellos, la premura existente se basaba en las enseñanzas de la doctrina católica según la cual, ningún alma puede gozar de la visión de Dios en el otro mundo sin estar bautizada, yendo la misma al limbo, lugar en donde no se goza ni se sufre, hasta el fin del mundo, como sucedió con las almas de los justos del Antiguo Testamento, que acompañaron a Cristo el día de su Ascensión al cielo.

Los Evangélicos administraban este Sacramento durante la octava que seguía al natalicio; es indudable que esta práctica, en lo relativo a la urgencia, venía también condicionada por ciertas supersticiones que aún perduran en cierta gente, en ambas Confesiones. Se creía que la vida del niño, por su extrema delicadeza, estaba expuesta a la perfidia diabólica; por ello se dejaba prendida una luz toda la noche en la pieza, se le colocaba un libro sagrado bajo la cabeza u otro símbolo religioso sobre las puertas de acceso a la casa o alcoba. Más aún, los padres no vendían producto alguno durante el período prebautismal, porque creían que con el objeto enajenado o cedido, se alejaba la suerte o felicidad del hogar.

Estas creencia paracristianas, o algunas otras, se hallaban extendidas por toda Europa, fruto seguramente de la enorme mortalidad infantil que era característica común de todos los pueblos, por la ignorancia de los padres o facultativos y por la inexistencia de fármacos apropiados en la época.

Otra preocupación aneja al bautismo era la elección de los padrinos; su misión consistía en asumir la responsabilidad —en caso de faltar los padres—, por la correcta instrucción religiosa del ahijado y una conveniente educación Para dicho acto —muy importante por cierto— se los elegía entre los parientes de buena posición económica o entre las amistades íntimas; en algunas aldeas, era costumbre de designar dos o tres parejas de padrinos, quienes eran invitados después de realizada la ceremonia, a compartir la mesa, provista de ricos platos tradicionales en la casa de los padres del bautizado. Estas "fiestas" y su esplendor se ajustaban a la solvencia económica.

Otra razón por la cual se designaban varias parejas de padrinos, era para el caso de faltar los padres, se hicieran cargo de dicha fiesta y de las necesidades mayores del niño hasta su casamiento; en la práctica todo ello se limitaba a los regalos tradicionales y a las formalidades exteriores. En caso de notarse alguna enfermedad en el recién nacido, se administraba el bautismo en la misma casa por cualquier otra persona sin estado clerical, a fin de evitar que muriera como infiel.

Las prácticas religiosas en las colonias del Volga se cumplían íntegra y estrictamente, y de ellas —a veces—, surgían prácticas supersticiosas ajenas a la fe.

Tenemos a este niño, que había venido al mundo y ya bautizado, que iniciaba su existencia en alguna colonia volguense; por el sistema legal del MIR, los varones desde el primer día de vida, accedían al derecho de recibir tierras en la más cercana redistribución, integrando así, en el aspecto legal, y costumbrista, la vida colonial.

El concepto de aldea para un latino o americano, está desprovisto de esa carga afectiva ancestral que entonces primaba; para un alemán una aldea era un pueblo, casi una ciudad. En la colonización del Volga, su importancia revestía un carácter mayor aún; era común encontrar aldeas de diez mil o más habitantes. Cada una tenía su vida propia, se autoabastecía, un modo tradicional de vida e incluso su acento idiomático característico; en realidad eran "pueblos-comunidades" cerradas, que semejaban verdaderas fortalezas ideales por su sentido igualitario y unitario.

Allí nuestros niños crecían al cuidado de la madre exclusivamente; desde sus primeros años, debían realizar pequeños menesteres en el hogar; y al llegar a los diez años, los varones comenzaban a ayudar en el cultivo del campo, cuidado de los animales y en la cosecha; mientras la madre nutría a su hijo, éste tenía el primer rango social de "niño de pecho". Luego entraba en una edad indefinida hasta llegar a ser "escolar"; después venía la primera comunión —a los nueve años entre los católicos y a los catorce entre los Protestantes—, convirtiéndose para estos últimos en "joven emancipado" y en algunas aldeas ya se le consideraba "soltero" (Ledig), como sinónimo de aspirante al casamiento. Asimismo entre los Protestantes se administraba la confirmación, que liberaba al escolar de la permanente tutela paterna e incluso, desde ese momento, el muchacho o la joven, eran considerados aptos para pensar por su cuenta y participar en reuniones exclusivas para solteros.

Entre los Católicos se observaba mayor rigor; por lo general, la disciplina era severa y no se permitía organizar asociaciones con fines culturales y sociales y menos, deportivas. En consecuencia, a la juventud no le quedaba otra alternativa que formalizar matrimonio y hogar, para integrar la gran familia colonizadora.

Aquí entraba en juego otro aspecto tradicional, la acción del "casamentero" o "promotor nupcial"; si bien su origen es muy remoto la costumbre se mantenía por gravitación ancestral y perduró hasta mediados del presente siglo en la Argentina. El "casamentero" (Heirats-ermittler, Freirsmann o Freiverber) "emancipador" diríamos en castellano; era un hombre muy respetado y serio de la aldea, que generalmente tenía un par de ayudantes para su oficio.

Las parejas se formaban por inclinación natural, en la mayoría de los casos; pero esas simpatías se mantenían ocultas, reservadas, que ni se comentaban ni aceptaban oficialmente. Una vez que los padres de uno de los candidatos consideraban conveniente que el hijo contrajera matrimonio, se ponía en juego el mecanismo del "casamentero".

Debemos advertir que el proceso era igual en todas las aldeas; las costumbres cambiaban en su forma, no en su fondo. Cuando ya existía un entendimiento sentimental, establecido a menudo desde la escuela, en la calle o en reuniones eclesiales, por parte de la pareja, los padres del novio encargaban al "gestor matrimonial" interceder ante la otra familia para obtener la "mano" de la hija; el procedimiento se ajustaba a las normas siguientes: 1º El "casamentero" lle-

gaba a la casa en compañía de un ''ayudante'', muy tarde en la noche, y los dueños de casa. –aparentemente sorprendidos–, no le permitían tan fácilmente la entrada, pretextando lo inoportuno de la hora; mas, el personaje mencionado con su ''arte'', finalmente lograba hacerse atender en el hogar de la candidata ''A''. Una vez reunida la visita con algún miembro de la casa, se producía el primer ''pedido de mano'' de la chica para el candidato ''B''; naturalmente, en esta primera instancia no se llegaba a un entendimiento. Fracasada esta gestión inicial del ''apoderado'', concluía el primer acto de esta hermosa pieza teatral, en donde la candidata ''A'' aún no tomaba conocimiento del pedido. 2º Pasaban pocos días y nuevamente el ''casamentero'' con su asistente se apersonaban en la casa por la noche; esta vez, la ''escena'' tendría ribetes más formales. Correspondía esta vez que la ''reiteración'' del pedido de emancipación, fuese apoyado por argumentos sólidos y convincentes, hasta que la solicitud fuera atendida por la misma candidata ''A''; a menudo venía con el ''gestor'', en esta oportunidad, el propio candidato ''B''. . . y aquí los novios extraoficiales ''A'' y ''B'' evidenciaban sus dotes artísticas. Ante la insistencia del ''mediador'', se preguntaba a la candidata ''A'', si realmente estaba enamorada del candidato ''B''. . . y ésta trataba de simular ''indiferencia'' sumisa, o contestaba afirmativamente con simulado temor; a esta altura de los sucesos, aún no estaba ganada la partida, en razón de que faltaba un rechazo final por parte del padre de la candidata ''A'', so pretexto de que ella era muy ''joven'', –aunque tuviera más de 25 años–, para casarse o que la ''necesitaban'' todavía en la casa. Pero ya se perfilaba un entendimiento, aunque nunca en esta segunda noche se concretaba el ''arreglo'' definitivo. . .; todo quedaba en suspenso, sujeto a lo que finalmente diría el abuelo, que aún no se daba por enterado. 3º Nuevamente transcurrían algunos días y se emprendía la embestida final para el último acto; esta vez el ''promotor, ayudante y novio B'', se concertaban con lo mejor de sus argumentaciones para arrebatar a la hija ''A''.

A todo esto, ya la aldea se había enterado del proceso, que a sotovoce y –a la oreja– corría de boca en boca como reguero de pólvora y veladamente la familia de la candidata se preparaba para el gran acto final y decisivo de estas escenas; llegaban los casamenteros con el candidato 'B'', dispuestos a superar el ''escollo'' del patriarca. Ya todas las instancias previas podían ''tolerar'' un enlace semejante; pero el ''jerarca supremo'' del clan familiar'' que aún se arrogaba ''responsabilidad'' sobre la nieta, debía dar el veredicto final. El tenía

acopiada larga experiencia para semejantes lances, de manera que su actuación en la comedia superaba airosamente a todos los actores de reparto...; también él tenía sus objeciones y sus reservas para entregar "tan fácilmente" a la nieta. Pero la habilidad del "casamentero" sabía pulverizar los elevados y sutiles argumentos que esgrimía y, a altas horas de la noche, el abuelo –generalmente en forma sentenciosa y admirable aplomo– decía gravemente algo así: "Bien, si todos están de acuerdo y ellos se quieren, en nombre de Dios, HIJA, anda y tómalo".

A partir de ese momento, los candidatos "A" y "B", se convertían formalmente en novios y de inmediato se comenzaba la celebración del "Compromiso matrimonial"; los "casamenteros" sacaban de entre sus ropas las botellas ocultas de bebidas finas y las mujeres acercaban "milagrosamente" tortas y confituras que tenían escondidas en la despensa de la casa y todos celebraban alegremente el acontecimiento feliz; muchas veces el "abuelo" se levantaba de la cama para intervenir en la fiesta, que podía proseguir hasta el amanecer. En este último acto, se fijaba generalmente la fecha del casamiento, que tradicionalmente –y por disposición eclesiástica entre los católicos– se realizaba después de Pascua o de Navidad en las Colonias del Volga.

No siempre la gestión del "apoderado ad honorem" fue una parodia; muchas veces su intervención fue real y harto difícil y con un resultado no siempre positivo. Las costumbres sufrían la influencia de una fuerte carga tradicional, revestida de un especial encanto, difícilmente reemplazables por algo mejor; si bien las hijas, en el aspecto legal, estaban lejos de ser equiparadas con los varones, la idiosincrasia vivencial había cimentado profunda y afectivamente el hogar, y el desprendimiento definitivo de un ser –una hija en este caso– debía venir acompañado por pedidos muy serios y formales para que se produjera.

Una candidata a novia sólo se lograba por una intensa gestión, donde el pretendiente y sus representantes demostraban fehacientemente que la hija o nieta estaría finalmente en manos responsables de quien sería un buen esposo o padre; dentro de la ficción y teatralización de las escenas, los alemanes del Volga, se aferraban a un sistema formal, muy puritano y severo, que hasta podía considerarse una exageración.

Estas gestiones para "liberar" a una hija mediante el "casamiento" adquirieron su máximo esplendor al promediar el siglo diecinueve y hasta antes de la primera guerra mundial, anteriormente la pobreza

y la lucha por la supervivencia no permitía dedicar tiempo y dinero a estas ceremonias tradicionales. Las regamentaciones iniciales de las autoridades rusas fueron otro obstáculo —por su excesivo control— para ello.

Una vez formalizada la pareja y fijada la fecha de casamiento, toda la atención convergía en la boda matrimonial, a celebrarse en la iglesia; la dirección ritual y la bendición nupcial estaba a cargo de un sacerdote o pastor, según la Iglesia a la cual pertenecían los contrayentes. Este rito —sacramento para los católicos— era de máxima significación entre las tradiciones aldeanas; luego el casamiento se realizaba de acuerdo a las posibilidades económicas de los padres de ambos contrayentes.

Los inmigrantes del Volga, que en su juventud participaron de algunas fiestas de casamiento en su aldea, sólo pueden referirse a una época de abundancia y esplendor; no deben olvidar que desde 1764 y por espacio de medio siglo las fiestas esplendorosas y con derroche de bebidas y manjares suculentos estaban prohibidas en las colonias; el historiador Beratz, al referirse al Código Instruktion, que fue estrictamente aplicado, decía que los Directores (Vorsteher o Sechulze) debían mantener un control directo y personal en todos los acontecimientos en las aldeas, como ser bautismos, reuniones, fiestas patronales y, naturalmente, los "casamientos", donde eran los convidados obligatorios. Es curioso notar que el referido Código decía, que hasta tanto las deudas que mantenían los colonos con la Corona —por el primitivo suministro de alimentos y/o dinero adelantado— no fueran saldadas, en las fiestas de "casamiento" no podían haber más de diez invitados, ni se permitía hacer regalos a los contrayentes, ni derrochar bebidas o comidas.

Esto nos da idea de la situación imperante; ante el progreso de los colonos y satisfecho el pago de las deudas oficiales, la vida fue adquiriendo mayor esplendor, hasta tal punto que una boda matrimonial duraba tres días consecutivos. Aunque los alemanes sean los más afamados consumidores de cerveza, en el Volga no se la fabricaba y, por ende, no se la consumía; ni nadie —debiendo ser agricultor— podía siquiera dedicarse a producirla. En las fiestas se consumían bebidas alcohólicas fuertes, licores y preparados caseros.

Una fiesta de casamiento siempre fue la expresión de la alegría, el canto y las buenas relaciones entre los invitados; allí se trababan amistades y se establecían conexiones con fines matrimoniales. En cada boda tenían así una válvula de escape para su espíritu germano, su

creatividad, sus dotes musicales y de toda expresión bella de la vida; al principio podían invitar a diez personas solamente, y a principios de este siglo, cuando los padres de los contrayentes tenían una sólida posición económica, la invitación se extendía a toda la aldea.

No eran iguales las costumbres y el ceremonial en todas las aldeas en un casamiento; de tres días de duración podían extenderse a una semana de festejo seguido. Las épocas propicias para "casarse" estaban sólo limitadas por Semana Santa, el tiempo de arada, siembra y cosecha; todo debía coincidir para evitar conflictos religiosos o perjuicios en los trabajos del campo. Los preparativos se hacían con mucha antelación para ofrecer lo mejor de cuanto podía disponerse para los convidados a la fiesta nupcial; era un acontecimiento de gran relevancia social, donde se vertían muchas lágrimas de emoción y también de alegría. No faltaba el canto, desde la salida en busca de la novia para expresar a la pareja ya desposada los deseos de felicidad y comprensión en su trayectoria matrimonial, hasta que terminaba la fiesta.

El sistema patriarcal imperante entre los alemanes del Volga hacía que los recién casados se incorporaran al clan familiar del esposo; recibían una pieza aparte, si la situación económica lo permitía, como algo especial. En la práctica, contraer matrimonio significaba agregar otra hija a la familia, mientras la vida y las costumbres continuaban en igual forma con la única diferencia, que "Elisa pertenecía a Juan"; el sistema agrario de trabajo seguía en común, no variaba la hora de las comidas, ni las costumbres familiares se alteraban. De ninguna manera la "nueva hija" se hubiera animado a introducir novedades que chocaran con la manera de ser y realizar las cosas de la familia del esposo; la nuera (Schnerch) era la liberada de todo lo tradicional en su familia, a fin de adoptar todo el costumbrismo de su esposo.

Siempre la nuera se incorporaba a la familia de sus suegros; como pueblo excesivamente conservador, con su modus vivendi peculiar, cada región y a veces, cada familia tiene sus costumbres privativas. Esto resalta en la forma de arreglar y adornar la casa, distribuir la colocación de los muebles, poner los cubiertos y utensillos en la mesa para las comidas y sobre todo, por la forma de preparar los alimentos y servirlos.

Al llegar a Rusia, los acompañaron sus tradiciones y costumbres y durante un siglo permanecieron fieles a ellas; para nosotros que transitamos los últimos años del siglo XX, nos parecerá éste un sistema de

vida sacrificado y lleno de penurias porque ya no podemos imaginarlo en su realidad; pero contenía situaciones muy especiales y agradables, llenas de emotivas circunstancias.

El patriarcado que los alemanes cultivaban en el Volga estaba cimentado en una profunda moral y gran respeto; siempre la persona de más edad tenía sus derechos sobre los menores. La experiencia de la vida y los conocimientos adquiridos por el estudio siempre fueron admirados y respetados; al vivir en comunidades cerradas, cada aldea poseía sus características propias. No existían dos aldeas iguales en cuanto a costumbres y tradiciones –nos referimos a las colonias iniciales, que subsistieron y se mantuvieron durante casi dos siglos.

Es probable que algunos nativos de Rusia o sus descendientes de la primera generación de argentinos, tengan versiones distintas sobre el costumbrismo volguense; tengan éstos en cuenta que no es posible resumir las modalidades propias de cien colonias. En términos generales, el sistema era muy parecido y las diferencias sólo fueron de forma; pero lo que se puede afirmar con absoluta certeza es el gran respeto hacia los mayores, lo cual reglaba un trato reverente al interlocutor, con real y sumiso acatamiento.

Siempre se utilizaba el "usted" en el tratamiento, aun tratándose de los padres; el "tú" o el "vos" se reservaba para los hermanos de la familia, condiscípulos o personal de servicio, siempre que fuesen de igual o menor edad. La circunstancia de la "edad" daba todos los privilegios y cuando la diferencia era sólo de días, el "mayor" también recibía sus honras por ello; la antigüedad del vivir era para ellos factor sumamente importante.

En Rusia, los vicios no fueron muchos, pero también los hubo; casi todas las aldeas tenían su par de bebedores consuetudinarios afectos al alcohol. Pero, en general, este pueblo poseía el vicio del trabajo constante y tenaz; las inmoralidades, las separaciones conyugales, el adulterio y otros vicios mayores no eran admitidos hasta tal punto, que el aldeano que incurría en semejantes deslices en lo moral, era rechazado por todos y debía alejarse de la colonia.

El curanderismo estaba bastante difundido por falta de médicos; en todas las aldeas existía alguna mujer o anciano a quien se atribuía poderes especiales en el consenso popular, para curar dolencias y enfermedades. Pese a que las iglesias no lo aprobaban, siempre tuvo vigencia, aunque sin llegar a extremos degradantes y abusivos; subyacía en los estratos sociales más bajos, dentro de límites discretos.

Ya hablamos anteriormente de la vida religiosa; repetiremos que

las prácticas impuestas por la respectiva religión se observaban al máximo, diríamos casi con fanatismo. Tanto entre los Evangélicos como entre los Católicos, en los domingos y festividades de sus Iglesias, toda la comunidad acudía al tempo —sin excepción— para participar de su respectivo culto; no sólo se cumplían las prescripciones religiosas en estos días, sino hasta en la vida cotidiana la adoración e invocación a Dios se repetía con frecuencia. Así los hallamos elevando su oración al comenzar el día y al despedirlo para ir al descanso por la noche; antes y después de comer, al comenzar el año agrícola después del deshielo o al salir para recoger los frutos de la cosecha.

Cuando afuera estallaba la tormenta y la angustia invadía los corazones de los colonos, todos se agrupaban en derredor del jefe de la familia para rezar o escuchar pasajes leídos de la Biblia, mientras la furia desatada de los vientos amenazaba destruir las viviendas o cosechas; antes y después de comer, hemos observado la rara coincidencia de que las fórmulas empleadas en las familias, sea en alemán, castellano o en latín son las mismas entre Católicos y Protestantes, después de tantos siglos de separación.

La observancia de los domingos era estricta; sólo se realizaban los quehaceres mínimos de la casa y se suministraba alimento y agua al ganado. Quedaba dispensada de la asistencia a las celebraciones festivas, la persona encargada de cuidar los niños menores y preparar la comida; los ayunos eran reales y estrictos; el respeto a los sacerdotes, pastores y maestros reverencial.

La celebración de la Navidad en las aldeas volguenses fue siempre la recordación festiva más importante y más esperada; ya sea por su significado y motivación o por coincidir con una fecha en que la gente estaba más desocupada de las obligaciones del campo. Por ocurrir en pleno invierno, toda la población se mantenía en sus hogares y todos tomaban parte activa en la celebración; las representaciones alusivas al nacimiento del Niño Dios en las iglesias se revestían del máximo esplendor. Los niños tenían una especial intervención y recibían un regalo peculiar; era también motivo para lucir vestimentas nuevas.

Previamente a dicha fecha se limpiaban a fondo y pintaban todas las piezas de la casa y el grupo familiar reunido realizaba su propia instalación del "Nacimiento de Jesús", de acuerdo a las costumbres y tradiciones; la Navidad en el Volga tenía la virtud de reunir lo más excelso del espíritu cristiano —cual era el nacimiento del Salvador— con lo temporal, expuesto en la fiesta misma, en los regalos para premiar el comportamiento de los niños, la exhibición de lo mejor de la

casa y el lucimiento de la vestimenta, zapatos, sombreros, etc. Navidad significaba la fecha cumbre y divisoria del año, antes y después de Navidad.

Todas estas prácticas tan sublimes, tenían un complemento tradicional en Alemania hasta hoy en día y que fue conservado en el Volga y utilizado en la misma forma: nos referimos a las "campanas" con su respectivo campanario En la mentalidad sencilla de las colonias, el tañido de las campanas de la iglesia significaba algo similar a la voz de los ángeles que llamaban a la oración o a concurrir al servicio religioso; también su voz sonora podía anunciar el fallecimiento de algún vecino que había partido de este mundo hacia la eternidad. No sólo comunicaba en su timbre musical los acontecimientos de la vida religiosa de la aldea, sino que su sonido característico proporcionaba la orientación necesaria y segura a los viajeros extraviados durante las noches de tormenta y de nieve, práctica muy usual esa de lanzar las campanas al viento en esas noches aciagas y que se hacía en forma continua.

Era la "voz de la salvación" en todos los casos; se acudía a las campanas para reunir al vecindario a fin de anunciar un acontecimiento importante, y también se las tocaba con extremada energía en los casos de incendio cuando se necesitaba la ayuda de todo el pueblo para apagarlo. En las aldeas Católicas tocaban las campanas a hora fija tres veces al día para recordar a los vecinos que debían elevar su mente a Cristo y a su Madre con el rezo del Angelus Domini.

Como la Fe regía su vida las campanas les indicaban los momentos del día que debían ser dedicados a Dios; cuando una aldea podía instalar un juego de tres campanas de distintos tamaños se acostumbraba establecer un código para anunciar el fallecimiento de los feligreses. Se tocaba la campana mayor cuando el extinto era persona madura; cuando el muerto era un joven que había tomado la primera comunión y aún se mantenía soltero –menor de 18 años– se utilizaba la campana mediana y cuando se trataba de un menor, el triste anuncio correspondía a la campana más pequeña. En nuestro país se sigue esa costumbre hasta hoy en día en los casos de fallecimientos.

Los servicios fúnebres fueron siempre una demostración de gran pesar tanto en los velorios como los entierros; toda la población de la aldea acompañaba a los deudos del fallecido, tanto entre los Católicos como entre los Protestantes, formándose largos cortejos que elevaban sus plegarias a Dios con cánticos y rezos, apropiados para esa circunstancia. Eran momentos solemnes que llamaban a la oración y a la

reflexión sobre lo trascendente; entre los Evangélicos, en cada ceremonia fúnebre los fieles eran exhortados al arrepentimiento y los Cótólicos acostumbraban rezar el rosario, salmos penitenciales y al ser colocado el difunto en su fosa, se entonaba el vehemente y sugestivo Schiksal que movía las fibras más íntimas de todos los acompañantes.

El intenso frío de Rusia durante el largo invierno permitía prolongar el velorio hasta tres días; durante ese período sucedíanse las prácticas religiosas y en especial, la reunión de las Hermandades que hallaban así ocasión propicia para fortalecer su fe.

Los ataúdes eran fabricados en la misma aldea y las fosas eran cavadas por cuatro hombres designados al efecto, quienes portaban también en hombros el féretro hasta el cementerio; se acostumbraba sepultar a los muertos en tierra para facilitar el cumplimiento de la sentencia bíblica: "eres polvo y en polvo te convertirás".

En general, los colonos alcanzaban una edad avanzada, que a veces superaba los cien años, aunque la mortalidad infantil era elevada; se acostumbraba visitar a los enfermos, quienes también eran asistidos por los clérigos. Permanecer con el enfermo en su lecho de muerte era una demostración de afecto y un deber moral para el vecino; los alemanes del Volga no temían la muerte y se preparaban espiritualmente para recibirla en paz. El moribundo, al notar su estado, solicitaba la presencia de sus enemigos para reconciliarse con ellos en el mejor estilo cristiano; eran momentos solemnes y conmovedores. "Mi propio padre, al notar que sus días se limitaban sobre la tierra, exteriorizaba una extraña y sublime alegría al elevar su pensamiento a Dios y preparar su alma para ir al encuentro del Señor; durante una semana exhortó a parientes y amigos que lo visitaban al arrepentimiento y perdón de los pecados y acercarse a Dios, alejándose de los placeres de este mundo" (VP. Popp).

Así terminaron sus días muchos de los alemanes del Volga en Rusia; en todos los casos la asistencia espiritual del sacerdote o del pastor, siempre se hacía correctamente, para conferir los consuelos de la religión.

Fallecida la persona, su cadáver era aseado, vestido y bien peinado; siempre los vecinos prestaban el mayor auxilio a los familiares en desgracia. Si las debilidades humanas habían introducido discordias y rencores entre parientes y vecinos, los momentos supremos de una existencia que se extinguía, eran propicios para el perdón, el olvido de las injurias y el abrazo del retorno a la amistad y reconciliación.

La intransigencia germana ha debido soportar un siglo de duras

pruebas y constantes sacrificios, que formaron un nuevo tipo de individuo: más dúctil y obediente a las obligaciones espirituales de la vida, más serio e introvertido y con más confianza en su pueblo.

Las gentes que fueron al Volga provenían de distintas regiones de Alemania, aunque la mayoría era oriunda de Alemania; en consecuencia, su modo de vestir no era uniforme. En el transcurso de un siglo y por las exigencias del clima y la difícil provisión de materia prima apropiada para la confección de la ropa, se ha desarrollado una "moda propia" del Volga.

Una de las prendas indispensables adoptadas en Rusia fueron los abrigos de pieles, especialmente el vellón de oveja (Schafpelz); su uso se extendió a hombres y mujeres a causa del frío extremo. Según un autor, al frío siberiano seguía el verano africano; en ese lugar no eran menos importante las botas de fieltro (Filzstifel) y las gorras de cuero de ovejas. El uso del sombrero clásico era desconocido; en cambio, se utilizaba la gorra con visera (kepis). Los varones generalmente se afeitaban y salvo algunos abuelos nadie lucía barba; el uso de bigotes era frecuente.

Los hombres fumaban en pipa consumiendo tabaco producido en las mismas colonias de la Wiesenseite; fumar delante del padre o de mayores, era una irreverencia imperdonable. La ropa masculina tenía sentido práctico; con ella se debía afrontar la nieve, las tormentas y el calor del verano; la vestimenta femenina se mantenía aferrada a la tradición procedente de Alemania. No obstante su sencillez y practicidad, exhibían mayor elegancia y se adornaban más que los hombres: era la galantería femenina clásica.

Las damas de edad siempre llevaban la cabeza cubierta con una toca; o sea, un pañuelo amplio, bordado con adornos y flecos. Las jóvenes casadas vestían elegantemente y las señoritas lucían trenzas; también el chal o pañuelo de hombros era muy empleado entre las señoras, dependiendo el valor de su confección de la riqueza del marido. Nunca utilizaron abrigos o tapados, hallando la protección del frío en la vestimenta muy abrigada, medias de lana, botines de abrigo o botas de fieltro y amplios pañuelos de lana con los cuales se cubrían hombros y espaldas.

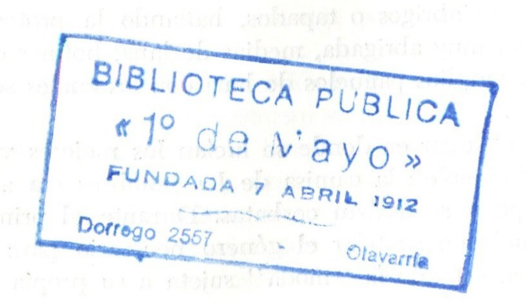
La iglesia era el lugar en donde se lucían los mejores vestidos o en las bodas matrimoniales; la camisa de los hombres era abotonada y sin cuellos, tampoco se usaban corbatas. Durante el primer siglo, cada familia producía en su telar el género necesario para la vestimenta de la familia, estando la "moda" sujeta a su propia industria

textil casera; los colonos disponían de poco tiempo para dedicarlo a velar por la elegancia en el vestir porque la vida en el Volga era demasiado exigente y la provisión de los consumos ocupaba todo el tiempo disponible.

Nos falta conocer la cocina de este pueblo; al llegar en 1764 a la zona y fundar en la Bergseite la primera aldea, ''Dobrinka'', recibían del gobierno imperial ruso harina de mijo o de centeno –generalmente enmohecida–, pescado seco y grasas. Los primeros decenios sólo se consumieron harinas integrales en diversas formas, casi sin dulces por no disponer de azúcar y muy poca carne; tanto es así, que la falta de sal y azúcar y miel, ocasionaba una situación harto difícil en esas tierras lejanas y extrañas; la sal era traída de muy lejos y el dulce lo proporcionaban las sandías, que al ser hervidas dejaban una jalea muy dulce con la que endulcoraban los alimentos.

Las carnes eran muy escasas, por la razón de que los animales aptos para el consumo de la familia, debían ser guardados en establos durante el invierno, ocasionando gastos extras las instalaciones para almacenar forrajes y cobijar a los animales, cuando apenas disponían de los medios para construir las habitaciones destinadas a sus prolíficas familias. Los vacunos no pasaban de cinco y otro tanto las cabras, ovejas y cerdos; también criaban gallinas y gansos y a la entrada del invierno se carneaban todos los animales disponibles.

Con el progreso posterior, llegaron algunos a contar con el doble de animales para consumo; las ovejas eran aprovechadas por su lana, sin que se dejara de utilizar su carne para alimento.



CAPITULO X

LA COLONIZACION ALEMANA EN RUSIA

SITUACION DE LAS COLONIAS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Este pueblo alemán, confiando en su Dios y en sus propias fuerzas, comenzó a dejar en 1763 las tierras cercanas al Rin; a la zona del Volga llegaron en total solamente 27.000 almas para recibir tierras vírgenes en una región aún semisalvaje. Casi la mitad de ellos no eran precisamente agricultores; los había de distintos oficios, artesanos, maestros e incluso militares. "Dobrinka" fue la primera aldea, fundada el 29 de junio de 1764 del lado derecho o alto del Volga, denominada Bergseite en la Gobernación de Saratov a 162 km al Sur de esta ciudad capital; este grupo fundó en ambas márgenes del Volga 104 aldeas, con delimitación precisa de sus colonias respectivas.

El comienzo fue muy difícil y el inesperado asedio de las tribus errantes procedentes del lado oriental fue un capítulo terrible; apenas transcurrieorn cinco años después de cumplidas las radicaciones originales y desde 1772, los jóvenes agricultores –ante la escasez de campo– comenzaron con la expansión de las colonias. Es así que en el transcurso de 127 años, los hijos y nietos de los primitivos inmigrantes, lograron agregar otras 91 aldeas más; al llegar al cambio del siglo, dicho pueblo germano independiente y fiel a sus tradiciones, disponía de 195 aldeas con sus respectivos campos.

Las radicaciones conocidas como del "Volga", se extendieron principalmente hacia el Este; o sea, en el área de la Gobernación de Samara con 138 aldeas, mientras que en el lado opuesto, en la Gobernación de Saratov, sólo llegaron a 57 aldeas-colonias. A principios del siglo XX, gran parte de los descendientes de tales colonos alemanes ya habían emprendido el camino hacia las Américas; en consecuencia,

quedaron los agricultores más poderosos y quienes habían logrado adquirir campos propios, después de haberse levantado el sistema MIR de redistribución de las tierras. Todo ello ocurría antes de la primera guerra mundial.

Según el historiador Hummel, la Corona rusa asignó a los colonizadores alemanes la cantidad de 1.630.000 has. de campo útil; y éstos adquirieron, después del primer siglo de haber llegado al Volga, algo más de un millón de hectáreas en propiedad. Vale decir, que nuestros antepasados —antes de la primera guerra mundial— ocupaban nada menos que 2.700.000 has. cultivables en ambas márgenes del gran río y la población sumaba más de 750.000 almas; es preciso aclarar que gran parte de la mencionada compra de tierras fue realizada por los Menonitas que se radicaron en la zona del Volga algo más tarde, procedentes también de Alemania, pero en campo propio.

Si bien, cuando los alemanes comenzaron con la colonización en el siglo dieciocho, su situación económica era bastante uniforme: todos eran pobres; pero después de un siglo y medio, se notaban muchas diferencias en riqueza. El pueblo, sujeto a un injusto sistema periódico de ''redistribución'' de las tierras fiscales, llamado MIR, sufrió sus consecuencias; era una experiencia rusa que produjo desaliento e indujo a la negligencia a muchos de nuestros colonos. Merece agregarse que uno de los motivos de empobrecimiento lo constituía la descendencia femenina en un hogar de colonizadores, ya que el Código legal mencionado, sólo asignaba el derecho de obtener tierras fiscales a los habitantes masculinos de la aldea; de esa manera, las familias con muchos hijos varones y dotadas de ambición, habían logrado un notable nivel económico

Las industrias familiares caseras las constituían 10.000 telares, sólo en la Bergseite, que funcionaban de seis a ocho meses por año, produciendo telas de algodón y/o lana; gran fama alcanzaron las telas conocidas con el nombre de ''sarpinka''. Además se encontraban en funcionamiento talleres que se dedicaban a fabricar máquinas limpiadoras de cereal, de lana, ruecas, muebles, carros, implementos agrícolas, fieltro..., y en gran cantidad el calzado y las botas de fieltro, irreemplazables en los largos meses de nieve.

Pero una de las industrias básicas de los alemanes del Volga fue siempre la preferida: la molinera, la molienda de trigo o sea la producción de ''harina'', llegó a tal magnitud, que a principios de este siglo, se elevaba a medio millón de toneladas de cereal (trigo, centeno, etc.). El ingeniero Rudolf Gerhardt, residente en la actualidad en

Dortmund, calcula que, a principios de este siglo, los alemanes del Volga disponían de 900 molinos de cereal de diferentes tipos y sistemas; nuestros colonos habían convertido esa improductiva zona de Rusia, en el granero del gran Imperio. Muchos colonos e industriales llegaron a millonarios.

En cambio, el aspecto educacional no guardaba relación con el potencial económico de esos alemanes; un pueblo dependiente y separado de su Alemania natal, no lograba obtener los maestros necesarios para dar a sus hijos una instrucción básica sólida. Además, al vencer los 100 años de privilegio real en Rusia, el gobierno exigió el aprendizaje del idioma ruso, lo cual significó una distorsión negativa; pese a ello, una excepción que es necesario mencionar la constituye Katharinenstadt —hoy Marxstadt— y la colonización de la hermandad de Sarepta, como también de los Menonitas El nivel de la instrucción popular, dependía mucho de la situación económica de la región, ya que los colonos alemanes debían sostener sus propias escuelas y academias especializadas.

Para comprender la real situación de los alemanes que fueron a colonizar el Volga, después de permanecer en tierra extraña un siglo y medio, no debemos olvidar que nuestros antepasados fueron injertados —como hombres libres— en una sociedad de "siervos"; el estado de servidumbre, prevaleció en el Imperio hasta 1863, o sea que se mantenía aún un siglo después de su llegada. Ello fue muy negativo para las generaciones germanas nativas en el Volga, ya que el medio ambiente, en ningún caso exigía una instrucción mayor; con sólo poseer conocimientos muy elementales en lectura, escritura y aritmética, uno llegaba a destacarse y sobresalir entre los nativos analfabetos. A principios del presente siglo, se mantenía aún dicha situación.

En cambio, este pueblo desprovisto de recursos económicos a su llegada, había progresado mucho; tanto es así que por diversas causas, algunos agricultores acumularon ingentes fortunas y otros continuaron en las colonias, como sirvientes de éstos. Las diferencias sociales cambiaron la vida de este pueblo y ya no eran inofensivos colonos, sino una comunidad económicamente poderosa.

LA COLONIZACION ALEMANA SOBRE EL MAR NEGRO

Si bien este libro está dedicado a la historia de los alemanes del Volga, también es importante referirse a las corrientes migratorias de alemanes que posteriormente se radicaron en Ruisa; quienes se radi-

caron en el Volga fueron los primeros y más numerosos de cuantos se radicaron en una colonización. Pero a fines del siglo dieciocho y aún bajo el gobierno de Catalina II, se establecieron seis colonias de Suabos, tres de alemanes y dieciocho de Menonitas en Táurida, sobre el río Dnieper, al sur de Rusia.

Pero la principal emigración, desde Alemania hacia el sur de Rusia ocurrió entre 1804 y 1809 y finalmente entre 1817 y 1823, procedentes del centro y norte de Alemania; estos alemanes, procedentes de otras regiones que los del Volga, salieron hacia el Mar Negro bajo otras condiciones, 40 años después. Los cambios operados en el mundo entre 1764 y 1804 fueron enormes; en vez de Catalina II regía ahora los destinos de Rusia el zar Alejandro I, cuando unos 55.000 alemanes se radicaron en 148 colonias con sus respectivas aldeas en dicha zona.

Las experiencias recogidas por el Gobierno ruso con los alemanes que colonizaron el bajo Volga, fueron estrictamente aplicadas en las nuevas radicaciones; estos inmigrantes ya no fueron engañados como los primeros porque ya se les exigió cierta solvencia económica y probada capacidad profesional como agricultores.

Estas radicaciones de alemanes sobre el Mar Negro, en territorio ruso, se extendían sobre Besarabia, entre el Dniester y el Pruth—, Odesa, Crimea, Táurida, el Cáucaso y la zona del río Don; los nuevos colonizadores disfrutaron de las experiencias obtenidas por el Gobierno Imperial con las radicaciones en el Volga. En consecuencia, a ellos no se les sometió al régimen MIR de la redistribución de las tierras fiscales cada diez o más años.

Mientras en el Volga la tierra asignada por familia en cuanto a su extensión dependía de la cantidad de hijos varones que la integraban, en el Mar Negro el derecho de herencia sobre el total del inmueble correspondía al hijo menor o a lo sumo a dos hijos varones; ello evitaba el parcelamiento del campo original y obligaba al padre a adquirir otras tierras para los hijos mayores mientras vivía, sea por compra o arriendo. La asignación original fue a título gratuito, pero quedaba en poder de la comunidad y por ende, de la Corona en cuanto a la propiedad; mientras los usufructuarios continuaban con el cultivo del cereal o los viñedos, podían continuar en la posesión o sucesión indefinidamente.

Les estaba prohibida la enajenación de los inmuebles.

Dicha zona tenía un clima más benigno que el del Volga y las posibilidades de cultivos eran más amplias y variadas; la aplicación

del derecho de herencia llevó a dichos alemanes a una constante búsqueda de campos para sus hijos que no estaban comprendidos entre los herederos y así nacieron muchas y lejanas colonias. Mientras que en el Volga todos los varones tenían derechos iguales en el reparto de las tierras fiscales, con los funestos resultados conocidos del minifundio dichos pueblos germanos radicados sobre el Mar Negro desde 1840 a 1914 comenzaron con un total de 580.000 has. de tierra asignada por el Gobierno ruso para 55.000 personas y en el lapso de 74 años alcanzaron a una población de 282.862, cutivando 1.653.000 has de campo útil.

Dicha extraordinaria expansión debe atribuirse al sistema legal de la sucesión hereditaria aplicada; mientras en nuestras colonias del Volga, después de un siglo de colonización, a cada habitante le correspondía apenas una hectárea de campo, durante igual período y comenzando con la misma cantidad de tierra, a los colonizadores del Mar Negro les correspondían seis hectáreas por habitante.

Como ya mencionamos, el clima sureño era muy propicio para el cultivo de viñedos y frutales, aunque se dedicaban preferentemente a la cría de ganado vacuno y caballar de excelentes razas; por ser colonias más nuevas que no debieron soportar el asedio de tribus semisalvajes, su nivel económico era mejor que el de los del Volga. Sus industrias alcanzaron gran renombre en Rusia, especialmente la marca de implementos agrícolas Hoen; existían variedad de fábricas de maquinarias y poseían hornos de fundición.

Tampoco faltaban sus propios médicos, boticarios e instituciones de sanidad y hasta asilos de ancianos; sus escuelas y colegios tuvieron gran florecimiento como asimismo sus cooperativas de consumo, de crédito y otras aplicaciones, que desarrollaron una intensa actividad y excelente funcionamiento por su inteligente dirección. Establecieron también Cajas de Ahorro popular y de sostenimiento de huérfanos; su producción y su hacienda ganadera alcanzaron gran prestigio y fueron preferidas en toda Rusia, alcanzando muchos colonos reunir gran capital y sus nombres eran muy conocidos en el país.

Las comunicaciones entre ambas colonizaciones fueron muy escasas y esporádicas; los colonizadores del Volga sobre quienes pesaba el recuerdo de los primeros cincuenta años, duros y nefastos, fueron más conservadores de sus tradiciones y de su credo El medio los obligó a mantenerse unidos y cerrados como autodefensa, confiando en su Dios; los del sur nunca tuvieron esos problemas y la colonización les resultó más fácil, salvo en ciertos lugares áridos.

del derecho de [illegible] llevó a dichos alemanes a una constante [illegible] queda de [illegible] sus hijos que no estaban comprendidos [illegible] los beneficios [illegible] muchas y lejanas colonias. Mientras que en el Volga [illegible] tenían derechos iguales en el reparto de las tierras [illegible] los opuestos resultados conocidos del minifundio [illegible] radicados sobre el Mar Negro desde 1840 a 18[illegible] un total de 530.000 Has. de tierra asignada por [illegible] para 25.000 personas y en el lapso de 74 años [illegible] población de 232.862, cultivando 3.653.000 has. de campo [illegible]

L[illegible] expansión debe atribuirse al sistema legal de [illegible] aplicado; mientras en nuestras colonias del Volga [illegible] de colonización, a cada habitante le correspondían [illegible] hectáreas de campo, durante igual período y con [illegible] cantidad de tierra, a los colonizadores del Mar [illegible] sus hectáreas por habitante.

[illegible], el clima sureño era muy propicio para el cultivo [illegible] frutales, aunque se dedicaban preferentemente a la cría [illegible] y caballar de excelentes razas; por ser colonia[illegible] no debieron soportar el asedio de tribus semisalvajes [illegible] era mejor que el de los del Volga. Sus industrias [illegible] gran renombre en Rusia, especialmente la marca de [illegible] Hoer; existían variedad de fábricas de maquinaria [illegible] hornos de fundición.

T[illegible] sus propios médicos, boticarios e instituciones de sanidad [illegible] de ancianos; sus escuelas y colegios tuvieron gran [illegible] asimismo sus cooperativas de consumo, de crédito [illegible], que desarrollaron una intensa actividad y [illegible] por su inteligente dirección. Establecieron también [illegible] popular y de sostenimiento de huérfanos; su producción [illegible] ganadera alcanzaron gran prestigio y fueron [illegible] Rusia, alcanzando muchos colonos reunir gran capital [illegible] muy conocidos en el país.

L[illegible] entre ambas colonizaciones fueron muy escasas [illegible] los colonizadores del Volga sobre quienes pesaba el [illegible] primeros cincuenta años, duros y aciagos [illegible] de sus tradiciones y de su credo. El mundo [illegible] unidos y cerrados como autodefensa, confiando en su [illegible] sus propios problemas y la [illegible] en ciertos lugares áridos.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

HACIA AMERICA

MOTIVACIONES PARA SALIR DE RUSIA

Apenas asumió el poder en Rusia Catalina II, la Grande, comenzó a desplegar un astuto y ambicioso plan colonizador para civilizar y expandir el Imperio, y nuestro pueblo fue un tanto víctima y resultó sacrificado por la nombrada estadista; cuando desembarcaron de los barcos que por el Báltico los condujeron a tierra rusa, tuvieron la primera ''desagradable sorpresa'' al enterarse de que todos debían dedicarse a la agricultura, aunque el Manifiesto de su Majestad no contenía dicha cláusula. De la Renania salieron 30.000 personas y por las tremendas peripecias del viaje sólo llegaron 27.000 al Volga, sobreviviendo apenas 23.000 después de la primera década; naturalmente que durante el siglo diecinueve alcanzaron cierto bienestar.

Esta colonización fue la primera que la Corona rusa condujo sobre las yermas estepas de su Imperio; en consecuencia fue un experimento incierto plagado de indecisiones y desatinos. Fueron creados organismos especiales para su administración y se dictaron reglamentos para ''siervos'' de acuerdo al estigma social imperante en el país y a la inveterada mentalidad de sus dirigentes y no para ''personas libres'' como eran los alemanes; los funcionarios rusos desconocían el trato con un pueblo libre que recién comenzaron a conocer a partir de 1863 –un siglo después de la inmigración de nuestros antepasados–, cuando el Gobierno abolió la ''servidumbre''.

Pese a todos los inconvenientes, la unión y la tenacidad de los alemanes los llevó a progresar con gran aumento de la población, porque esos matrimonios alemanes fueron sumamente prolíferos; nuevamente volvemos al sistema MIR, ya descrito anteriormente, según el

cual la tierra asignada para colonizar pertenecía a la Corona y era redistribuida cada 10 años entre los varones existentes en cada colonia. El MIR-DUSCH Sistem (almas), fue en épocas muy lejanas de la historia universal un régimen de ordenamiento de las tierras para tribus nómades, tal vez bastante eficaz; pero resultó totalmente inadecuado y sumamente negativo para una colonización estable y civilizada.

También es preciso volver al contenido de la invitación de Catalina II, en su tantas veces aludido Manifiesto de 1763, cuando —aparte de eximirlos del pago de los tributos habituales del país—, los eximió de prestar el servicio militar junto con sus descendientes por tiempos eternos. De esto se desprende que nuestro pueblo teóricamente poseía privilegios muy especiales en Rusia, y prácticamente constituía un pequeño estado dentro de un gran Imperio; tal vez esta maniobra de promesas exageradas para inducir a los alemanes a colonizar el Volga fue un error histórico o... una treta desleal y sádica, tan común en los hábitos diplomáticos de aquella época.

Las guerras y el militarismo los obligaron a huir de su patria nativa hacia el este, ignorando tal vez, que el Imperio ruso también poseía un numeroso ejército que nutría sus filas de un pueblo de "siervos", que nunca conocieron la libertad hasta 1863; estos soldados —extraídos de la servidumbre rural y urbana—, no se incorporaban para adquirir instrucción militar o cívica, sino para continuar sirviendo ciegamente a sus superiores. El ejército ruso, hasta fines del siglo diecinueve, no gozaba de buena fama y menos en la imaginación de nuestros colonos; cabe agregar que de acuerdo al arma, el servicio militar se extendía de cinco a siete años consecutivos, en lugares muy alejados del Volga.

Un pueblo libre, que gozaba de privilegios especiales y que estaba completamente separado de los nativos, continuando con sus tradiciones y su lengua, sin obligación de cumplir el servicio militar en su nueva patria, no podía continuar así por mucho tiempo; después de esta introducción esclarecedora, desarrollaremos los cuatro motivos principales que indujeron a muchos colonos a dejar las colonias en forma definitiva; a saber:

1º SERVICIO MILITAR: El historiador Riffel se detiene especialmente en este aspecto; mas, no podemos admitir que los alemanes sean más cobardes que los rusos. Ello quedó muchas veces demostrado en las frecuentes guerras de la época con los turcos; pero al difundirse la noticia de que el zar Alejandro II dejaba sin efecto la promesa for-

mal de eximir a los colonos alemanes y a sus descendientes del servicio militar obligatorio, el impacto fue terrible. Con el sofisma de que para los rusos el concepto de "tiempos eternos" se limitaba sólo a "cien años", los colonos se sintieron defraudados y nuevamente engañados por los rusos; tener que abandonar, –por primera vez–, sus aldeas para alejarse miles de kilómetros por cinco a siete años, para incorporarse a un ejército –caballería-infantería-marina-artillería–, compuesto por nativos de la peor calaña y extraídos de entre los siervos rusos, era algo inadmisible.

Los jóvenes dedicados únicamente a la labranza de las tierras y a sus iglesias, no conocían otra cosa que su aldea o las colonias vecinas; no es de extrañar que, cuando los primeros reclutas salían de sus aldeas, las campanas eran echadas a vuelo y la multitud los acompañaba por un largo trecho, con lágrimas en los ojos. Era frecuente ver a las esposas de los soldados, arrojarse delante del tren que los llevaba al lejano regimiento porque, decían, si ya no estaba quien sostenía a la familia, ellas no tenían por qué seguir viviendo.

Todo un drama, tal vez exagerado, entre los pacíficos colonos, que al partir, al cumplimiento del servicio militar, se consideraban perdidos... Con ello comenzó la desconfianza hacia todo aquello que provenía del Gobierno ruso, considerado tan serio y cumplidor. Cuando, al fin, lograron cierto bienestar, comenzaron las peores dificultades para generar nuevos pensamientos para emigrar al lejano interior del gran Imperio; así llegamos al siguiente motivo:

2º. ESCASEZ DE CAMPO. Tal como lo mencionamos, el régimen MIR, o sea la permanente redistribución de las tierras por períodos decenales en cada comunidad (aldea), provocaba una sensible disminución –por el aumento vegetativo– de asignación de tierra por habitante masculino; no obstante las dos ampliaciones otorgadas por la Corona, el crecimiento de la población fue tan intenso, que en la Bergseite en 1798, aún correspondía a cada habitante un promedio de 16 has. Pero en 1869, dicho promedio apenas alcanzaba 1,6 has por cabeza.

A partir de 1870 el Gobierno ya no cedía campo en el Volga a los alemanes; quien necesitaba tierra para cultivar tenía que buscarla en Siberia en la Rusia Asiática; los hijos que iban a suceder al padre en el laboreo del predio agrícola, ya no podían –por el servicio militar obligatorio–, permanecer en las colonias con seguridad... ello, nuevamente obligaba a tentar la búsqueda de algún lugar de radicación definitiva. Asimismo, el Gobierno ruso, un tanto alarmado por el

crecimiento y la expansión alcanzada por nuestro pueblo, en ningún momento se opuso a la emigración de sus descendientes; incluso se se les dio diez años para salir libremente del país. Como siguiente factor para emigrar citaremos:

3º POLITICA DE RUSIFICACION. Nuestro pueblo se había mantenido totalmente ajeno al sistema de vida y de la cultura rusas hasta entonces; quebradas las promesas de Catalina II EN LO RELATIVO AL SERVICIO MILITAR y reducidas las atribuciones administrativas y judiciales otorgadas a las colonias de los alemanes del Volga, no cabía duda que se avecinaba lo peor. La poca autonomía de la cual aún gozaban en sus aldeas fue completamente abrogada en 1876; recién entonces se dieron cuenta de que vivían en un país hostil que los consideraba como "intrusos". Muy pocos conocían el idioma ruso y los vínculos con los nativos eran casi nulos: quien pensaba quedarse, debía comenzar de nuevo y someterse a dicho tren de asimilación a un pueblo que muy poco antes había salido del estado de servidumbre, con modos de vida tan distintos, era suficiente razón para buscar nuevos horizontes en la emigración. La juventud rusa había acuñado un nuevo slogan —a imitación de los americanos—, "Rusia para los rusos" que ya indicaba claramente que en el futuro quedarían pocas opciones y se sabía que el nuevo zar comulgaba también con esas ideas; aún resumiremos otros motivos:

4º MOTIVOS MENORES. Ante un panorama tan incierto y difícil, se agregaron años de sequía y sin cosechas y ello aumentó la aflicción y desesperación de nuestros colonos al máximo; tan es así, que en 1871 toda la región sureña del Volga se vio afectada de una gran sequía, muy extraña por cierto, y otros años similares siguieron luego y la decepción se extendía cada vez con mayor fuerza. Citemos también el influjo negativo que siempre tuvo sobre nuestros antepasados la crudeza del invierno ruso, máxime al conocerse el clima mucho más benigno imperante en las costas del Mar Negro.

Finalmente, ante ese cúmulo de dificultades que se interponían en la vida habitual en Rusia, también surgió el temor de una eventual restricción de la libertad de culto, o de conciencia, o la imposición lisa y llana de la exigencia de adoptar la religión ortodoxa oficial de Rusia, como acaeció más o menos en la época, sobre las costas del Mar Báltico, en donde más de tres millones de católicos y protestantes fueron obligados a profesar la religión ortodoxa.

La acumulación de dificultades que repentinamente se presentaban ante los pobladores de las colonias del Volga y frente a la negativa de las autoridades imperiales en otorgar otra ampliación de tierras, no cabía otra salida sino buscar nuevos horizontes en otras partes del mundo; en honor a la verdad la Corona ofrecía tierras nuevas para cultivar en el Cáucaso y en los confines de Siberia, pero se necesitaba un temple de acero para largarse tras esa nueva aventura, y muy pocos tomaron ese camino y buscaron ocupación en las ciudades. Mas ello, no solucionaba el problema para nuestros colonos.

La información que sigue fue extraída, en líneas generales, de los relatos de los historiadores Jakob Riffel, Ludger Grüter, Friedrich Brepohl y Georg Eisenach; en relación a la promoción del movimiento migratorio, existen muchos puntos oscuros o desconocidos simplemente y sólo imprecisas referencias nos dan las pautas que impulsaron a los alemanes del Volga a esta segunda emigración hacia América.

Menos se sabe aún de los Exploradores o comisionados para "ver y tocar" la tierra que necesitaban los candidatos a emigrar de Rusia; ¿quiénes eran?, ¿quién los eligió para ir al extranjero?, ¿quién pagaba los gastos?, ¿qué poderes llevaban?, etc. De las fuentes existentes surge que por allá en 1872, en la colonia de Balzer (calvinista), en la Bergseite, se nombró una comisión formada por tres miembros, a saber: Johann Georg Kähm, Schwabauer y Cristoph Meisinger, para salir rumbo a Norteamérica a fin de explorar las tierras y el medio; en los Estados Unidos tomaron contacto con un tal Rudolph Kuhlemann, el cual les informó que el Gobierno brasileño buscaba colonizadores para su territorio, con amplias ventajas para los inmigrantes de origen europeo. Schwabauer recibió por escrito estas informaciones para que las transmitiera a sus copoblanos de Balzer.

Pero aquí viene lo sensacional: este Schwabauer –evidente gestor principal de la Comisión–, recibía del Gobierno Norteamericano cinco dólares por cada inmigrante del Volga promovido por éste para radicarse en los Estados Unidos; ello nos presenta un cuadro muy elocuente para 1872. Pero este explorador Schwabauer, ya decidido en radicarse en los EE UU. colocó el escrito relativo al Brasil de Kuhlemann en un libro, que luego fue rematado, junto con todos sus bienes en el Volga; el libro "predestinado" fue adquirido con otras cosas, por un tal Johannes Bauer, conocido como Pifferhannes. Al advertir éste la

presencia del escrito y no pudiendo descifrarlo claramente, recurrió al vecino Johannes Bender cuya mujer tenía instrucción suficiente como para entender, en todo su alcance, dicho excepcional escrito del señor Kuhlemann.

El escrito sobre el Brasil, causó admiración y la "instruida" Ana María Bolz de Bender inició un intercambio de cartas con Kuhlemann, residente en U.S.A.; las gestiones epistolares progresaron y desde Balzer (Bergseite) las noticias se difundieron por la Wiesenseite a tal punto, que la casa de Bender fue el centro de una "agitación" en pro de la emigración hacia el Brasil. A esta altura de los acontecimientos intervino un tal Alexander Reuss —hombre culto—, que ya también mantenía correspondencia con Kuhlemann de los Estados Unidos, para dirigir reuniones de gentes interesadas en emigrar hacia el Brasil.

Entre todos resolvieron elegir a seis delegados exploradores, con el agregado de un escribiente, cuyos nombres fueron: Santiago MULLER, de Dönhoff, MARCHEIM, de Merkel, Gottfried Meier, de Graf, Carlos HARTMANN, de Reinwald, SCHMIDT de Kamenka y SCHAMNE de Graf; a esta comisión se agregó Alexander Reuss como escribiente.

Se estima que permanecieron en el Brasil desde setiembre de 1776 hasta enero de 1777, con gastos pagos por el Gobierno del Brasil, por mediación del cónsul general en Hamburgo; fueron recibidos deferentemente por el Gobierno de Pedro II como visitantes oficiales y acompañados para apreciar las tierras aptas para cultivar trigo. Entre la Delegación de las colonias del Volga y el Gobierno del Brasil se convino en que los inmigrantes recibirían el campo necesario como bien comunal, asignado a distintas colonias con sus aldeas, y éstas estarían separadas de acuerdo a sus credos religiosos.

Nuestros hermanos buscaron radicarse en el Nuevo Mundo por razones similares que aquellas que los impulsaron a establecerse en Rusia; apenas regresaron al Volga, los Delegados iniciaron reuniones de información sobre el nuevo objetivo visitado: el Imperio del Brasil. Como se aproximaba la incorporación de la nueva clase de soldados al ejército, los jóvenes que debían ser reclutados, se prepararon imprevistamente como primer contingente para viajar al Brasil; se trataba de "fugitivos" del militarismo ruso y casi todos eran solteros.

Presumiblemente llegaron al Brasil en marzo de 1877, contando este primer grupo de inmigrantes, apenas 27 personas, que se radicaron en Guarauna, conservándose los nombres de Henrich Krutsch

y continuó hasta comenzar la primera guerra mundial aunque muchos se dirigieron a la República Argentina. Aquí es oportuno traer a colación la visita de dos "jóvenes aventureros" al Brasil en 1872 y que mantuvieron activa correspondencia con sus paisanos de Rothammel y otras aldeas, recomendándoles que a partir de 1873 a 1876 se dirigieran en grupos muy reducidos o individualmente al Brasil.

Dejemos ahora la corriente migratoria que se dirigió al Brasil para dedicarnos a los grupos que llegaron a la Argentina; pero antes diremos que el historiador Eisenach sostiene que la corriente de alemanes del Volga que migraron a los Estados Unidos comenzó en 1872 y continuó hasta comenzar la primera guerra mundial. Aunque dichos datos pueden ser exactos, generalmente no se toman como fechas importantes de inmigración, ya que se trata del ingreso de pequeños grupos o familias, que buscaban "un mundo mejor" por su cuenta; mas son datos importantes.

El mismo escritor continúa diciendo que los primeros "ruso-alemanes" llegados a los Estados Unidos procedían de las colonias sobre el Mar Negro en los años 1847 y 1848, incrementándose dicha corriente en 1872 en que llegó un grupo de 35 familias y otro de 400 personas en junio de 1873; Georg Eisenach, al referirse específicamente a la llegada de los alemanes del Volga a los Estados Unidos, dice: "El primer alemán del Volga sobre suelo americano (U.S.A.) era un pastor de Norka, que en los años sesenta del siglo pasado actuó como misionero en Missouri y Kansas, quien al regresar al Volga sirvió en el circuito eclesiástico de Eckheim". Pero el mismo historiador señala, en –forma aclaratoria–, que la principal corriente inmigratoria de alemanes del Volga a los Estados Unidos comenzó en 1874, ya que en 1873 fueron enviados cinco exploradores a Norteamérica, los cuales recorrieron Nebraska, Kansas, Iowa y Arkansas, regresando con buenos informes al Volga.

Retomando nuestra propia historia, volvamos a los exploradores-delegados Hartmann, Meier, Marcheim, Muller, Schmidt y Schamne, que al regresar al Volga en 1876 provocaron el gran entusiasmo para dirigirse a Sudamérica; de aquí parte nuestra historia actual y estos exploradores volvieron a Rusia en pleno invierno, y con su regreso comenzó la "fiebre" de emigrar. En este punto conviene que nos detengamos para analizar la "revolución" que produjo la agitación migratoria; se hacían muchas reuniones, procurando formar los grupos de 300 a 400 personas, que por pertenecer a una misma colonia o ser de igual comunidad religiosa en particular, convenían viajar juntos.

No olvidemos que entre los Evangélicos existían muchas corrientes religiosas y hermandades que influían poderosamente en la formación de los grupos que decidían encontrar un nuevo destino fuera de Rusia; todos los que querían unirse a dicha corriente migratoria debían pensar previamente en liquidar sus bienes muebles. No olvidemos que nuestros antepasados no fueron propietarios, —con pocas excepciones—, de las tierras que cultivaban y no existía —en consecuencia—, el problema de la venta de sus campos; no obstante, todas las herramientas, animales, muebles, artefactos, ropas de cama y enseres domésticos, debían ser vendidos. Más bien diríamos, ''malvendidos'' por muy poco dinero, cuando no rematados al mejor postor.

CAPITULO II

LA ARGENTINA: NUEVA TIERRA, NUEVA VIDA

EL NUEVO DESTINO; LA ARGENTINA

La agitación provocada por los colonos enviados al Brasil y Norteamérica, creó un clima muy especial entre los colonizadores del Volga: algunos se quedaron muy quietos esperanzados en obtener mayor extensión de campo ante la posibilidad de quedarse con los bienes que dejaban los partidarios de alejarse, y éstos ilusionados con las promesas de futuro bienestar en otras partes del mundo que prometían los comisionados; la realidad en el Volga exigía perentoriamente una disminución del número de personas por la exigüidad de las parcelas a cultivar, que por la escasez de rendimiento y de ingresos ya producían tensiones sociales de variados tipos.

Las fuentes de información de que disponemos son pocas y los criterios de los historiadores que se ocuparon con la inmigración a la Argentina no son uniformes (Riffel-Grüter-Seitz); en consecuencia, no nos detendremos mucho en nombres y cifras, optando en relatar los hechos en su contenido real y humano. Nuestros antepasados pasaron una dura prueba al enfrentar la posibilidad de tener que desprenderse de los recuerdos heredados de sus mayores provenientes de Alemania; la influencia de los Pastores y Sacerdotes fue muy importante en el momento de la decisión de emigrar. Algunos clérigos no eran partidarios de que emigraran y abiertamente mostraban su disconformidad a que los feligreses emprendieran dicha aventura; mientras que los esperanzados y optimistas, decididos a enfrentar un nuevo e incierto destino, procuraban despedirse de todos sus familiares, aun de quienes residían en otras colonias ante la casi absoluta certeza de que su alejamiento sería sin retorno.

Se vivían las tristes horas de la "despedida"; por un lado los Católicos, más precisamente los de Valle María (Mariental), fijaron el 14

de noviembre de 1877, como día de la "partida". El día anterior se dirigieron a la iglesia para confesarse y al día siguiente recibieron la comunión en la Santa Misa, seguida, poco después de la celebración de la Misa cantada (Amt) para implorar la protección divina sobre todos los que abandonaban sus lares paternos; fueron momentos de intensa emoción y aún en el recinto sagrado se produjo una profunda emoción y un llanto general cuando el Sacerdote dijo: "Id hermanos y hermanas, en el nombre de Dios y que el arcángel San Rafael sea vuestro guía y protector durante el viaje" "En la Patria Celestial, esperamos vernos reunidos nuevamente".

Todos, seguidamente, recibían una bendición personal y el coro de la Iglesia, entonaba las canciones tan caras al corazón de los emigrantes; conforme a las Crónicas de la familia de Nicolás Gassmann, al grupo de Mariental, al salir de la iglesia, ya les esperaban los carruajes con los caballos atados que los conducirían a Saratov. Previamente y en doloroso silencio, fue tomado el desayuno, –el último en el Volga–, siguiendo luego las despedidas de familiares y vecinos en sollozos y llanto; pasaron por el camino del cementerio y luego llegaron a la Cruz Mayor que señalaba la entrada a la aldea, donde la columna de carros se detuvo para persignarse reverentemente ante la misma, en un postrer adiós

Los Protestantes, cumplían actos similares que diferían en la forma pero tenían el mismo sentido; las numerosas comunidades de hermanos evangélicos, disponían reuniones especiales –días antes de la partida–, para animar y fortalecer la fe de los que emigraban. Cuenta el historiador Riffel que desde su juventud recordaba el caso de un vecino viudo, quien la noche anterior de su "partida" llegó a su casa en calidad de visitante –como lo hacía habitualmente–, acordando nuestra familia que a la mañana siguiente temprano pasaríamos a despedirnos de él en su domicilio; al llegar no lo hallaron y después supieron que el anciano se había dirigido al cementerio para despedirse de su extinta esposa y algunos hijos que allí descansaban, caminando luego hasta la cima de la loma desde la cual podía ver por última vez su aldea y lugar de nacimiento. El emigrante quiso despedirse en la intimidad de lo más querido que allí dejaba... y prefería alejarse, solo y en silencio; pero al llegar a América, falleció poco después, tal vez de nostalgia...

Una de las costumbres de nuestro pueblo fue la de pedir la bendición del padre antes de partir, acto lleno de emoción del cual tomaban parte todos los vecinos; muchos de los hijos que partían eran

personas maduras y con padres ancianos, quienes les imponían temblorosos sus manos con toda ternura y por última vez. Ya un tiempo antes, todos los emigrantes solicitaban su pasaporte familiar, que estaba grabado con una tasa de doce rublos; es de aceptar que las autoridades rusas miraban con satisfacción la salida de los colonos alemanes de su país, pues siempre los consideraban como indeseables en su medio.

Quienes optaban por salir se dirigían en primer término hacia Saratov, ubicada en la ribera derecha del Volga, el cual debía ser cruzado previamente por los de la Wiesenseite, situada en su margen izquierda; en la estación de Saratov tomaban el tren, para dirigirse hacia el puerto de Bremen por vía Wershbolovo-Eydkuhnen-Berlín y Hamburgo. El hecho de tener que cruzar el río Volga ya significaba para muchos un hecho único en la vida, especialmente de las mujeres que integraban el grupo; dicho río es correntoso y en invierno está congelado lo cual permitía cruzarlo en trineo o a caballo El peligro aparece en primavera cuando comienza el deshielo y el cruce en trineo se torna arriesgado, o la navegación se ve dificultada por los enormes trozos de hielo que a manera de témpanos avanzan por su cauce rumbo al sur.

Cada vez que concluían con éxito un viaje parcial se reunían para agradecer a Dios la protección dispensada; desde Saratov se sucedían diariamente experiencias llenas de nuevas sensaciones en este viaje hacia América. Muy pocos conocían un tren y el Gobierno ruso puso a su disposición uno "especial" con capacidad para el millar de personas que en doce vagones, un coche postal y un furgón, debían acomodar sus personas y enseres; el recorrido a cubrir duraba ocho días para llegar al puerto de embarque: Bremen.

Las vías férreas de Rusia tenían una trocha de 1,20 m y consecuentemente los vagones de pasajeros tenían amplitud suficiente para acomodar a cien personas por coche; los asientos estaban dispuestos en sentido longitudinal contra las paredes y algunos transversales, lo cual proporcionaba suficiente espacio para improvisar camas y otros menesteres. En cada vagón estaba instalada una estufa central que permanecía permanentemente encendida para calefacción y permitía calentar agua para el té que tanto se consumía en Rusia.

El millar de emigrantes se había instalado por grupos familiares y por aldea en dicho tren especial para un mejor entendimiento; fue una travesía llena de emociones y sensaciones nuevas, pasando los ocho días en recordar episodios de sus aldeas, cantando o recitando sus

oraciones. Los Católicos tenían entre ellos al paisano Däning, quien con su voz potente y agradable, oficiaba de sacristán —aunque no los acompañaba ningún sacerdote—, dirigiendo el rezo del rosario y los cantos tradicionales; todos los viajeros, tanto Católicos como Evangélicos, se aferraban a las prácticas religiosas y de piedad, que tan profundamente se habían arraigado en ellos durante su permanencia en Rusia.

El cuarto día de viaje, al llegar el tren a Orell, los viajeros tuvieron la oportunidad de ver el paso de varios trenes cargados con material bélico, procedente del norte y destinado al frente de guerra con Turquía; pasaron trenes con tropas de caballería e infantería. Los nuestros tenían la feliz sensación de que pronto traspasarían la frontera que los liberaría de los peligros de las contiendas bélicas para siempre; pero al día siguiente su impresión fue increscendo al contemplar en Witepszki a un convoy ferroviario, procedente del frente de guerra, repleto de heridos.

Finalmente después de siete días de viaje, llegaron a la Patria de sus antepasados: Alemania; reinaba gran expectativa entre los viajeros, al llegar al país, en donde todos serían como ellos, con costumbres semejantes e idéntico idioma. Desde el tren ya podían apreciar las bien cultivadas chacras alemanas y el buen ordenamiento; todos querían vivir el momento especial de "ver y tocar" la Patria de sus mayores. Reinaba una indescriptible alegría y los músicos extraían sus acordeones para ejecutar las mejores melodías alemanas; el Schulmeister Däning, entonó con su coro el himno "Grosser Gott wir loben Dich" (Dios todopoderoso te alabamos).

Finalmente coronando la expectativa, llegaron a Eydkuhnen, donde trasbordarían a otro tren después de una espera de dos horas; regresaban a la Patria de la cual salieron sus antepasados un siglo después, conservando su lengua, sus costumbres, sus tradiciones y su fe. El destino y la comprensión del Gobierno de Alemania Federal quiso que un siglo después —más precisamente el 20 de junio de 1977, "Día de la Bandera"—, un descendiente directo de dicho grupo de peregrinos, traspusiera en un Boeing 707 el espacio aéreo para ingresar a la Madre Patria, procedente de la Argentina; llevaba Víctor Pedro Popp el saludo y la representación moral de los descendientes de los Alemanes del Volga, radicados en la Argentina, que provienen de aquel grupo de personas que tomaron el tren especial en Saratov.

Pese a los siglos que en cada caso se interponían, el sentimiento y la emoción experimentada aquella vez por Däning como conductor

de aquel millar de peregrinos y esta vez Popp como dirigente de la Asociación Argentina de los Alemanes del Volga —ambos apellidos se unen en la redacción de esta obra histórica— tenía la misma motivación enraizada en la raza germánica; los habitantes de la ciudad alemana de Eydkunhnen ya estaban sobre aviso periodístico de la llegada de los emigrantes alemanes, procedentes de Rusia oriental. Muchos fueron a la estación para conocerlos y alternar con ellos; fueron dos horas de intercambio de informaciones muy útiles, e incluso un alemán, de apariencia muy culto, les advirtió que era un error pretender cultivar trigo en el Brasil, ya que para ello, la Argentina era un país mucho más apto.

El millar de viajeros que había salido del Volga pensaban radicarse en el Brasil; en la población mencionada tuvieron una información contraria, que si bien no les hizo cambiar de opinión, les introdujo alguna duda; una vez llegados al puerto de Bremen diversas Asociaciones Alemanas se hicieron cargo de su alojamiento y mantención, y mientras tanto recogían informes sobre el Brasil y muchas veces recomendaciones de que ese país no tenía tierras aptas para el cultivo del trigo. Cundía la incertidumbre, pero el conductor Däning les conformó al proponerles que en caso de que el Brasil no fuera un país con tierras y clima aptos para sembrar trigo, proseguirían hasta la Argentina.

Este grupo de viajeros presentaba un visible contraste con los nativos de Alemania; en primer término llamaban la atención sus anticuadas vestimentas y la exhibición de varias prendas típicas de Rusia, a causa del frío; en segundo lugar, resaltó de inmediato su largo aislamiento en un perdido lugar del lejano Volga que los marcaba con sus huellas: los nuestros aparecían ante los Alemanes como anticuados y sin evolución, aferrados a las tradiciones de fines del siglo dieciocho.

Aunque las versiones son divergentes, no todos los grupos de emigrantes tuvieron las mismas buenas experiencias en el suelo de sus antepasados; ellos permanecieron varios días en Bremen y hasta algunos se procuraron un trabajo ocasional para incrementar sus ahorros. Dos días antes de la zarpada del vapor, los padres de familia concurrieron a la Agencia Marítima para retirar sus respectivos pasajes. Aquí debemos acotar que entre las dos grandes empresas marítimas "Nord-Deutscher Lloyd Bremen", de Bremen y la "Hamburg-América Linie" (Hapag), de Hamburgo, se produjo una competencia enconada en relación a la conquista del interés de los "Volguenses" para llevarlos al

Nuevo Mundo, obteniendo por tal razón, nuestro grupo una rebaja del 10 % de sus pasajes.

Aún impresionados por los sucesos vividos, nuestros "crédulos colonos" no advirtieron que la Agencia de Bremen les extendió pasajes con destino al puerto de Buenos Aires, no obstante su intención de viajar al Brasil; Däning, designó a dos representantes del grupo de viajeros para que solicitaran una explicación por este error. La empresa —con evidente malicia—, los tranquilizó con el argumento, que por reinar en Río de Janeiro momentáneamente "la fiebre amarilla", dicho puerto estaba cerrado; pero a la altura de dicho puerto, un barco brasileño los llevaría a dicho país. Así todos quedaron conformes y seguros de llegar a la meta propuesta.

El historiador Grüter dice que el Schulmeister Däning advirtió que el encargado del Alojamiento de los viajeros en Bremen, esgrimió una muy sugestiva sonrisa ante el episodio del destino cambiado que aparecía en los pasajes, pero no le encontró una explicación razonable; todos los alemanes estaban enterados de la "treta", menos los protagonistas. Los ex colonos volguenses, sólo anhelaban el Brasil como su destino americano; en cambio durante el viaje a través de Alemania se introdujo la duda en dicha posición. Todos los informantes coincidieron en que la Argentina era el país ideal para el cultivo del trigo.

Eran épocas en que ambos países se disputaban el ingreso de colonizadores europeos a sus respectivos territorios.

Ahora nos toca referirnos a fechas de salidas de Alemania y llegada a Buenos Aires; la travesía entre Bremen y Buenos Aires se prolongaba generalmente de 28 a 30 días. Los historiadores que se basan en informaciones recogidas personalmente de protagonistas antes de 1928, con exhibición de comprobantes y anotaciones diversas, fueron Brepohl, Riffel y Grüter; el primero sostiene que el barco llamado Montevideo traía (Grupo Stieben-Wagner) 75 emigrantes del Volga y que al tocar el primer puerto brasileño, no descendieron a fin de continuar hasta el Río de la Plata porque al pretender comprar pan en el Brasil no lo consiguieron y por ello continuaron viaje hacia la Argentina en procura de suelo triguero.

A este barco subió Basgall al tocar Río de Janeiro, como famoso agitador a favor de la radicación en la Argentina; el otro transporte fue el vapor Salier, que procedente de Bremen llevaba la mayor parte del contingente que viajó en el tren aludido anteriormente. Grüter, sacerdote de la Congregación del Verbo Divino, dice en su libro que el barco se llamaba Oder y el capitán, de apellido Hess, llegó al puerto

de Buenos Aires el 10 de enero de 1878; en otros aspectos, coincide con los demás historiadores.

Por último, Jakob Riffel, que aparte de ser el último historiador que redactó la historia del Cincuentenario en base a todas las fuentes anteriores ya existentes y también conforme a sus propias investigaciones obtenidas de viajeros que aún vivían antes de 1928, sostiene, después de un exhaustivo análisis, que los primeros inmigrantes alemanes que se establecieron en la Provincia de Entre Ríos, llegaron al puerto de Buenos Aires en las fechas siguientes: el Salier, con 800 inmigrantes entre el 5 y el 6 de enero de 1878, y el Montevideo, con 175 inmigrantes a bordo, entre el 8 y el 9 de enero del mismo año; nosotros estimamos que el número de este segundo contingente puede haber superado los doscientos.

Este último barco, por haber ingresado a puertos brasileños, tuvo que mantener en cuarentena el pasaje en razón de la fiebre amarilla producida en dicho país en esa época; por dicha causa se retrasó la llegada de los colonizadores a la Argentina, siendo superados en tiempo por el Salier.

Si bien este grupo de 1.006 personas, de los cuales 200 eran de confesión evangélica, según Grüter, fue de suma importancia, no debemos dejar de considerar los que habían llegado unos días antes procedentes del Estado do Paraná (Brasil), en un reducido grupo de ocho familias y tres solteros; éstos fueron los fundadores de lo que hoy constituye la colonia madre de Hinojo, en las cercanías de Olavarría, provincia de Buenos Aires. Su radicación fue resultado de una gestión cumplida por una delegación procedente del Brasil e integrada por Jakob Lechmann, Johannes Berger, Andreas Basgall y Adán Weimann; su llegada se registra el 24 de diciembre de 1877, llegando al lugar de su instalación, el 5 de enero de 1878.

Todavía quedan muchos puntos oscuros en la historia de este pueblo de peregrinos; pero lo importante es su presencia real y efectiva en el país desde enero de 1878, cuando inicia su constante y profícua labor en pro de la Nueva Patria: ARGENTINA.

Repasaremos algunos otros episodios pintorescos del viaje, retomando el sugestivo hecho de haber obtenido los viajeros sólo pasajes con destino a Buenos Aires en la Agencia Marítima de Bremen, con el agregado de que serían desembarcados al llegar a la altura de Río de Janeiro y conducidos por un barquito a tierras brasileñas, la treta empleada tuvo sus derivaciones al llegar a nuestro puerto. Con esta explicación a nadie se le cruzó por la mente que pudiera haber

algo extraño y que su destino era Buenos Aires y no Río de Janeiro...!, aún fresco el episodio, cuenta Riffel, que en cierta oportunidad, cuando —durante el viaje— se disponían a tomar el almuerzo el jefe del comedor les dijo en tono irónico: "El hombre propone y el capitán dispone", a lo que el Schulmeister Däning, rectificó mejorando la expresión en alemán y de acuerdo al proverbio conocido, diciendo: "Dios dispone"; a lo cual volvió a contestar el aludido personaje: "Muy bien dicho, siempre hay un conductor supremo que os llevará al lugar correcto". Todo esto fue dicho en tono bastante irónico, acompañado por una sugestiva sonrisa que llamó poderosamente la atención de Däning.

Después de haber puesto la proa por cuatro semanas hacia América, comunicaron a los viajeros que a la mañana siguiente verían desde el barco la ciudad de Montevideo; dicha noticia les produjo tanta alegría que no advirtieron repasar sus elementales conocimientos geográficos como para recordar que Montevideo se hallaba muy cerca de Buenos Aires, siendo así que ellos sólo anhelaban llegar a Río de Janeiro. A la mañana siguiente, el capitán del Salier, realizó una recorrida por su buque para comunicar a sus viajeros que a la mañana siguiente desembarcarían muy de mañana, arrimándose un remolcador o lancha que los conduciría a tierra; pero no les informó que el desembarco se haría en Buenos Aires.

Däning, en una expresión de júbilo dijo a su compadre Salzmann que sólo una noche más pasarían en el barco, para tener finalmente tierra firme bajo los pies; antes del desembarco, todos los pasajeros tuvieron que suscribir una declaración voluntaria de conformidad por el trato recibido en el barco durante la travesía. Todos agradecieron al capitán su dedicación, amabilidad y correcto trato dispensado durante el prolongado viaje hacia el Brasil; éste, misteriosamente les dijo: "Una vez que estéis habituados al nuevo país y felices en vuestro nuevo destino, recordad alguna vez al capitán que os trajo a tan espléndida región".

En la mañana siguiente, divisaron al amanecer la lancha que los llevaría a tierra; en primer lugar fue embarcado el equipaje y luego en sucesivos viajes, todos fueron conducidos con destino... al Brasil! Así, nuestros crédulos colonos fueron conducidos por el ingenioso capitán alemán al puerto de Buenos Aires; sus descendientes hoy lo recordamos con profunda satisfacción y agradecimiento. Pero para los recién desembarcados, la sorpresa fue grande y muchos protestaron, tanto por el engaño del capitán, por desviar su destino, como para

satisfacer sus naturales reprimidas ansias de llegar al Brasil; hubo gestiones y se produjeron desacuerdos, aunque las autoridades nacionales, con suma paciencia y habilidad, dispusieron que los inmigrantes del vapor Montevideo que llegaron tres días después, se encontraran con estos desconformes.

Como resultado final los del primer grupo fueron rápidamente persuadidos por los recién llegados, que ya habían vivido en el Brasil y acopiado experiencia poco halagüeña; además la elocuente y persuasiva palabra de Andreas Basgall —quien por ciertos indicios no debía ser seguramente un manco en justas polémicas— persuadió a los desconformes valido de su función de promotor principal a favor de la radicación en la Argentina. Los descontentos abandonaron sus planes y devolvieron los pocos pasajes ya tomados para el Brasil y se conformaron en seguir el camino de la mayoría.

Nuestro país estaba entonces en plena expansión; Avellaneda tenía en preparación la ley básica Nº 817 de Inmigración y Colonización y para lograr un resultado efectivo en su política de progreso, el joven presidente dispuso enviar a sus promotores activistas de la inmigración a Europa con la finalidad de hacer conocer sus proyectos de poblar y cultivar las feraces tierras de la pampa húmeda y mesopotámicas. Los agricultores europeos tenían por entonces ante sí tentadoras ofertas provenientes especialmente del Brasil y de la Argentina y no fue nada fácil para ellos tomar una decisión tan trascendente, ante tanta propaganda contradictoria; muchos de los que fueron primeramente al Brasil, al comprobar los fracasos, prestamente tomaron el rumbo hacia nuestras tierras mucho más aptas para el cultivo del trigo y demás cereales.

SITUACION EN LA ARGENTINA

Al llegar los alemanes del Volga al país, regía sus destinos políticos el presidente más joven que ha tenido la República —período presidencial 1874 a 1880—, del cual se dijo alguna vez: "Bajo de estatura y de precoz calvicie, con una barba asiria que prolongaba la gravedad de su mirada y que ya en sus ojos oscuros parecía nacer entristecida; pero el físico menudo se agrandaba cuando la voz sonora iniciaba triunfalmente la frase que sumaba conceptos y belleza": fue el doctor Nicolás Avellaneda.

Cuando este preclaro ciudadano cumplía cuatro años de edad el

3 de octubre de 1841, su padre, Marco, gobernador de Tucumán, fue bárbaramente asesinado en Metán y expuesta su cabeza ensangrentada en la plaza pública; llegaban nuestros antepasados a un país de caudillos políticos –era de los doctores–, donde pocos años antes habían primado los caudillos militares, siendo el más eminente de ellos don Juan Manuel de Rosas, quien impuso su voluntad por veinticuatro años en las llanuras y quebradas argentinas, siendo derrocado por Justo José de Urquiza –un entrerriano–, quien trató de implantar un régimen político estable, siendo asesinado el 11 de abril de 1870.

Por otro lado, los indígenas aún se hallaban presentes en el Sur y si bien sus "malones" ya no tenían las devastadoras consecuencias de los períodos anteriores, nuestros paisanos sufrieron y supieron de sus pillerías; a fin de ofrecer una imagen real de esa época, describiremos algunos aspectos salientes de la Argentina en esos años:

a) *Marco social.* El país no sobrepasaba en mucho los dos millones de habitantes, de los cuales la inmensa mayoría eran analfabetos; en las orillas de Buenos Aires –como se decía entonces– estaba de moda el payador y un par de años antes de la llegada de nuestros antepasados, recién se establece la Comisión Nacional de Educación, se crea el Conservatorio de Música de Buenos Aires y nace el Círculo Médico Argentino. En 1878 se juega por primera vez al polo en Concordia, Entre Ríos y en ese mismo año se producen las primeras huelgas obreras, que obtienen jornadas de trabajo de 10 a 12 horas diarias de trabajo; en el mismo año el país celebra el Centenario del nacimiento del Libertador José de San Martín, mientras las mujeres porteñas exhiben su belleza y gracia que promueve elogiosos comentarios en el exterior.

b) *Marco político y cultural.* Por iniciar diremos que en 1875 fallecen doña Mercedes San Martín de Balcarce, Vélez Sársfield y el poeta gauchesco Hilario Ascasubi; en 1876 los malones significan aún un serio problema para el gobierno, siendo batidos el 10 de marzo, 2.000 salvajes cerca del fuerte San Martín y otros 4.300 indios al mando de Namuncurá, Pincén y Mariano Rosas, representan una grave amenaza para la extensión de la civilización en el centro y sur de la Provincia de Buenos Aires y casi todas las casas de Olavarría son quemadas. El Partido Autonomista, fundado por Adolfo Alsina, adquiere cada día más importancia con su tendencia popular y que pocos años después desemboca, dirigido por Aristóbulo del Valle y Leandro N. Alem en la Unión Cívica Radical; en 1877 muere en Inglaterra don Juan Manuel de Rosas a los 84 años de edad y el gobierno bonaerense pro-

híbe las honras fúnebres en su homenaje. Se nombra la Comisión Popular para repatriar los restos del general San Martín; se crea en 1878 la Gobernación de Río Negro y el Presidente Avellaneda confía el Ministerio de Guerra y Marina al general Julio A. Roca, el cual con 6.000 hombres liquida en 90 días el problema del indio en el Sur en el año 1879. Fueron épocas difíciles para una República que recién se ordenaba políticamente.

c) *Marco económico.* El presidente, doctor Nicolás Avellaneda, había dispuesto acertadas medidas, propiciando la colonización de las pampas vírgenes con agricultores europeos, aunque la región que circundaba a Buenos Aires hasta una profundidad de 200 km ya estaba ocupada por grandes terratenientes latifundistas cuyos antepasados se habían beneficiado con la famosa ley de Enfiteusis Rivadaviana de manera que las superficies disponibles en la realidad eran aduar de los indios. La ley 817 del 19 de octubre de 1876, llamada de Inmigración y Colonización, fue uno de los pilares económicos que permitió proyectar la industrialización del país por el acopio de divisas que generó; el 5 de agosto de 1874, la Argentina había quedado conectada por cable transoceánico con Europa y en el mismo año se exportó por primera vez carne congelada. En 1875 el Congreso Nacional ordenó establecer dos cecas (casas de acuñar monedas).

Recién en los años de la llegada de los alemanes del Volga, la Argentina comenzaba a satisfacer sus propias necesidades en lo relativo a producción agrícola; debemos tener en cuenta que durante la presidencia de Avellaneda todavía la producción ganadera representaba el 93 % y la agrícola el 2,3 % del total de las exportaciones. La conquista del desierto significó una ampliación de infraestructura para la economía básica; en el mismo año de la inmigración, 1878, la enorme crecida del Paraná sembró desolación y muerte en el litoral.

Eran tiempos en los cuales la Argentina se desprendía de la herencia colonial para transformarse en potencia productora y luego industrial; la economía nacional comenzaba a incorporar la tecnología europea y nuestro pueblo contribuyó en gran medida a ello. Así como había transformado la estepa del Volga en el granero de Rusia, se esperaba de él, el mismo milagro en las pampas argentinas.

FUNDACIONES EN EL LITORAL

Antes de entrar en los detalles de las radicaciones de las Colonias alemanas en la Provincia de Entre Ríos, dejemos que una dama entre-

rriana, de rancia estirpe criolla, nacida el 8 de junio de 1855 en la ciudad de Paraná, e hija de don José María Fernández y de doña Melchora Pacheco, nos diga algo de lo que fue la zona que luego se diera llamar Colonia Gral. Alvear, antes de la llegada de nuestros antepasados.

Doña Encarnación Fernández, casada en primeras nupcias con Juan José Alva y a su deceso con Alejandro Celis, ha dejado impresas sus valiosas memorias en un "Anuario de la Cooperativa La Agrícola Regional" del año 1939 que resumiremos a continuación: "El general Urquiza tenía aquí un prestigio inmenso; se vivía bien y tranquilo y los impuestos a pagar eran insignificantes. Nos contaron cuando chicos que el general Urquiza hacía privilegios con la Provincia de Entre Ríos cobrando pocos impuestos a los comprovincianos y hacía pasar casi nada al tesoro de la Nación; este proceder despertó la envidia de los porteños, además de otras cosas mayores... y se agenció su muerte. Había muchos hombres de categoría que en secreto movían los acontecimientos desde Buenos Aires; se halló el asesino en la persona de López Jordán y compinches.

Había terminado la Guerra con el Paraguay, que no sé por qué se ha hecho ya que los veteranos argentinos volvieron del Paraguay casados con paraguayas . . . ; en fin, la gente de López Jordán mató al general Urquiza en 1870 en su propia casa y con eso comenzó el desastre de Entre Ríos. Los "blancos" de López Jordán llevaban en el sombrero una divisa que decía: "Defendemos la Soberanía Entrerriana"!; López Jordán recorrió la Provincia rejuntando gente y robando animales. En la casa de mi abuela había 700 vacas y tres tropillas de caballos, cada una con su madrina; le fueron robadas todas por Jordán, quien las negoció en la Banda Oriental.

Las tropas nacionales, que volvían de la Guerra con el Paraguay, tenían uniformes colorados; llegaron a Entre Ríos y arrearon gente y animales, igual que López. Así sucedió que sin motivo, miembros de una misma familia eran arrebatados en los bandos indistintamente y se combatían padres contra hijos, según el partido que los había arrastrado a la fuerza; en 1871, López Jordán retira su familia de Paraná y la llevó al Uruguay, regresando en 1875 para cometer de nuevo toda clase de tropelías y desmanes. Eran así tres las revoluciones o asaltos a la riqueza de Entre Ríos por parte de López Jordán; pero en 1873 los veteranos del Paraguay vinieron para terminar de una buena vez. Mas el general Campos era uno de los mejores amigos de López Jordán y para defenderse de los atacantes hizo subir cañones

hasta sobre la misma iglesia de San Miguel y en las calles de Paraná se habían levantado trincheras con barriles llenos de arena y con bolsas de lana.

Pocas veces los colorados y blancos llegaron a pelear y siempre terminaba el encuentro con la disparada de uno de ellos; se habló mucho de que todo ese tren de guerra no era más que un "acomodo" entre los dirigentes de ambos bandos, por los cuales la pobre gente a menudo se mataba entre ellos mismos... Es triste recordar todo esto; en don Gonzalo, allá en La Paz, se degollaron estúpidamente los pocos pobladores de la Provincia y sin embargo, López Jordán siguió haciendo de las suyas hasta 1876...

Cuando terminaron las revueltas de López Jordán no se veía en Entre Ríos más que miseria y pobreza y destrucción, donde antes se veía sólo cielo y hacienda; los blancos siguieron molestando en Corrientes y en Entre Ríos y parecía que eso no iba a terminar nunca hasta 1880. Por eso la llegada de los alemanes del Volga trajo una gran animación a toda la Provincia y con ello se reavivó mucho el comercio; hay que reconocerlo... nosotros los ancianos, sabemos eso mejor que los mocitos de ahora.

Así era la época de violencia y la gente parecía que no era de un mismo país, porque desde la independencia hasta 1893, siempre había luchas; en 1900, Hernández nuevamente volvía a molestar a la gente, sin ningún motivo y fue la última revolución o trabucada como se dice. Empezó en Diamante y terminó en Victoria..." Hasta aquí la confesión de una entrerriana que fue protagonista y testigo viviente de la época.

Mientras en las colonias del Volga todos se aprestaban para emigrar al Brasil, en Sudamérica, otro explorador solitario procedente de la aldea de Rothaminek, fundada el 21 de agosto de 1767 del lado derecho del Volga (Bergseite), a 110 km al Sur de Saratov, llamado Andreas Basgall se había anticipado a los hechos –se desconocen los motivos–, recorriendo los parajes argentinos aptos para la agricultura, especialmente Entre Ríos, a fin de informar a sus paisanos ya establecidos en el Brasil y su opinión fue escuchada por muchos de ellos para retomar luego el camino hacia la Argentina.

A causa de los informes de Basgall, los alemanes llegados al Brasil con anterioridad, designaron una comisión, que junto al nombrado y compuesta por Santiago Lechmann, Juan Berger y Adán Weimann, se dirigieron a Buenos Aires en agosto de 1877 para establecer contacto

con el gobierno argentino a fin de ingresar al territorio nacional para iniciar una nueva colonización.

Nuestro Gobierno, presidido entonces por Nicolás Avellaneda quedó así alertado sobre la corriente migratoria de nuestros antepasados y de inmediato puso en marcha los resortes legales y movilizó a su Comisario General de Colonización, don Carlos Calvo, residente en París, para que atrajera a dichos colonos hacia la Argentina; así nuestro país, apareció en la disputa con el Brasil, para absorber dichos prestigiados colonos de origen alemán, durante su paso por Europa hacia los puertos de embarque.

Mientras tanto, los delegados procedentes del Brasil, presididos por Basgall, firmaron con el Comisario General de Inmigración de la República Argentina, don Juan Dillon, el 3 de setiembre de 1877, el siguiente Convenio que reglaba los derechos y deberes inmediatos de los nuevos inmigrantes.

...Buenos Aires, 3 de setiembre de 1877. Los abajo firmantes, el Comisario General de Inmgración de la República Argentina y los Delegados de la Comuna Agrícola de colonos rusos alemanes, actualmente en tránsito por el Imperio del Brasil, de común acuerdo, han convenido los siguientes puntos que han de ser sometidos al Superior Gobierno de la República: Los Delegados declaran de por sí y en nombre de sus poderdantes que, habiéndose visto en la necesidad de abandonar su país natal, han llegado al Brasil en un número de 700 a 800 personas, aproximadamente 200 familias, en la esperanza de hallar una Segunda Patria, para sí mismos como también para todos los demás que aún han quedado en su patria, pero que, no siéndoles propicio ni el clima ni las selvas del Brasil, se han resuelto venir a la República Argentina, y que habiendo recorrido en diversas direcciones este territorio, han constatado que aquí no existen los citados inconvenientes; habiendo tenido, además oportunidad de comprobar el estado floreciente (Argentina) de sus colonias, como también la libertad y bienestar de que gozan sus habitantes, por cuyo motivo —y no habiéndose aún radicado definitivamente en el Brasil, con cuyo Gobierno no los ligan compromisos de ninguna especie—, desean establecerse en la República Argentina, siempre que el Gobierno les conceda las tierras y ayudas necesarias por habérseles agotado sus propios medios.

El Comisario General de Inmigración declara haber recibido del Gobierno el encargo de proponerle la forma de cómo poder remediar, en base de la ley, la situación de estos colonos, considerando la situa-

ción precaria en que declaran los delegados hallarse sus connacionales en el Brasil, en virtud de lo cual se convino:

Artículo 1º Los solicitantes podrán gozar de todos los derechos y privilegios que se conceden a todos los inmigrantes, siempre que acepten las leyes del país y se les sometan en todas sus partes.

Artículo 2º Pueden ejercer libremente su culto religioso igual como todos los habitantes de la República y gozar del mismo derecho según la Constitución.

Artículo 3º Por el término de dos años, a partir del día en que el respectivo administrador se estableciere en la colonia, estarán libres de toda contribución directa o territorial.

Artículo 4º Pueden constituir sus autoridades comunales libremente según las disposiciones de la ley.

Artículo 5º En el ínterin, mientras no se haya constituido la autoridad comunal, la administración estará a cargo de un Consejo de ocho miembros, compuesto de cuatro vocales titulares y cuatro suplentes. Este Consejo deberá ser elegido libremente por los colonos, y será presidido por un funcionario nacional o provincial a nombrarse.

Artículo 6º El Gobierno concede a la Colonia seis millas de campo en la Provincia de Santa Fe, entre los ríos Salado y Cululú, siempre que fuere posible obtener allí el campo; en caso negativo concede la misma superficie en cualquier otra parte de la misma Provincia, o en la Provincia de Buenos Aires, previa elección de los interesados.

Artículo 7º El campo será entregado a las doscientas familias de que se trata en lotes de veinte cuadras cuadradas alternativamente; los lotes interpuestos y no ocupados serán reservados para ser entregados exclusivamente a los parientes de los colonos que llegaran más tarde.

Artículo 8º El Gobierno podrá entregar este campo gratuitamente o fijar por el mismo el precio que creyere adecuado, el cual deberá ser pagado por los colonos de acuerdo a estipulaciones de la ley.

Artículo 9º El Gobierno sostiene en cada aldea una escuela elemental en la que se enseñará el idioma castellano; obligándose, en cambio, los colonos a enviar sus niños a esa escuela.

Artículo 10º El Gobierno facilita a las doscientas familias, en carácter de préstamo lo siguiente: Libre pasaje del Brasil hasta aquí, la manutención por el término de un año, la que constará de la siguiente ración diaria para cada persona mayor de 10 años.

Dos libras de carne vacuna o cuatro libras de carnero, una libra y media de harina de trigo, una libra de papas u otra hortaliza en la

cantidad equivalente y media onza de sal; los niños menores de diez años recibirán la mitad de esa ración.

Además cada familia recibirá la madera necesaria para levantar un rancho, con puertas y ventanas en caso de no existir madera en el paraje que han de elegir; pero en el caso de que en la proximidad del lugar hubiese bosques, los colonos se obligan ellos mismos a cortar la madera necesaria, como también la paja para el techo. Cada familia recibirá un arado con sus correspondientes cadenas, dos palas, una azada, un hacha y una soga para el pozo, dos bueyes, dos vacas lecheras, dos yeguas y un caballo, un par de reproductores porcinos, aves de corral y la semilla necesaria.

Artículo 11º Cada familia deberá firmar un recibo por los materiales entregados y las raciones recibidas y al final del año, les será entregado a cada uno la cuenta de acuerdo a la cual cada familia contrae la obligación de pagar, a partir del fin del tercer año, en cuotas de cinco años sucesivos, la suma que declara adeudar.

Artículo 12º Fuera de la responsabilidad personal de cada familia, toda la comuna se declara responsable de los adelantos que recibe cada una y se obliga a pagar el saldo.

Artículo 13º Como por el momento han de llegar de Europa cinco mil inmigrantes de la misma nacionalidad, el Gobierno les concede: Libre desembarco en el puerto local, libre transporte a la colonia que han elegido y la manutención por un año en la misma forma establecida más arriba, con la condición de restituirlas en base a los artículos 11 y 12.

Artículo 14º Al mismo tiempo les concede hasta cuatrocientas hectáreas de campo —por el precio de seiscientos pesos fuertes—, pagaderos en diez años sin intereses, en los Territorios Nacionales; y si éstos no les convienen podrán elegirse el campo en las diversas Provincias, todas las cuales tienen extensas zonas sin colonizar y tierras fértiles, a distintos precios pero muy económicos.

Artículo 15º Todos los demás inmigrantes que quieran venir desde el Sur de Rusia, tienen derecho a lo estipulado en el artículo anterior, con excepción a la manutención por un año.

Artículo 16º Por la presente se declara nulo y sin ningún valor la solicitud presentada con fecha nueve de agosto.

Para constancia del presente convenio, firmamos la presente en Buenos Aires a los tres días del mes de setiembre de mil ochocientos setenta y siete. Firmado: JUAN DILLON, JAKOB LECHMANN, JOHANNES BERGER, ANDREAS BASGALL y ADAN WEIMANN.

De inmediato el Poder Ejecutivo Nacional elevó al Congreso un proyecto de ley solicitando facultades para hacer una importante inversión a fin de facilitar la inmigración de los alemanes del Volga llegados del Brasil; conviene hacer hincapié en los extensos considerandos o argumentación esgrimida en el proyecto, que resultan un valioso documento en la historia de este pueblo de peregrinos y labradores.

Es así que el Presidente Avellaneda, como titular del Poder Ejecutivo de la Nación, remite el 19 de setiembre de 1877 el aludido pedido de los fondos necesarios para cumplir el "contrato" firmado con la Delegación mencionada, al Honorable Congreso de la Nación, diciendo: "En el Ministerio del Interior obra una solicitud presentada por una Delegación de doscientas familias llegadas de las orillas del río Volga con el propósito de establecerse en América, y que se encuentran actualmente de paso por el Brasil; en esta solicitud se pide al Gobierno Argentino la concesión de campo y la ayuda indispensable para dar comienzo a los trabajos agrícolas. La misma declara que a las doscientas familias citadas han de seguir un respetable número de connacionales y que éstos esperan solamente la noticia de una favorable acogida en la República para emigrar de su país.

Estando el Poder Ejecutivo resuelto a continuar el camino de la mayor economía, habría desistido de este asunto para tratarlo en circunstancias más favorables para el Tesoro Nacional; pero considerando el interés que provoca este petitorio, por sus especiales circunstancias y por la probabilidad de que, al no ser aceptado ahora, difícilmente ha de repetirse, el Poder Ejecutivo ha resuelto estudiar la solicitud y proponerla a V.H. como un proyecto importante para la Nación.

Trátase de introducir en el país una población que, probablemente, ha de dar a nuestra Colonización un vigoroso impulso; daremos así oportunidad a una raza fuerte de conocer las ventajas y elementos del territorio de la Nación, y nos atraerá en breve la inmigración de millares de hombres laboriosos que han de sumarse a los que ahora piden establecerse en la República.

Esta inmigración que solicita acogerse a los beneficios de la Ley de Inmigración del 19 de octubre de 1876, pertenece a las colonias que se han establecido desde el siglo pasado en las orillas del Volga, en el Sur del Imperio de Rusia, colonias que se aumentaron extraordinariamente extendiendo ampliamente su comercio, su industria y establecimientos culturales.

Esta inmigración se compone de hombres que se distinguen por

la solidez de su carácter, la honestidad de sus costumbres y su amor al trabajo.

Se ocupan especialmente con la agricultura y ganadería, además de otras industrias cuyos elementos contiene en abundancia el suelo de la Nación; estas colonias forman ciudades que satisfacen sus necesidades y exportan su sobreproducción.

En el año 1875 inmigraron cerca de 300 familias en el Canadá, provenientes de las orillas del Volga y ya al año siguiente, estaban establecidas definitivamente y cultivaban extensas regiones, distinguiéndose por su actividad y su progreso.

Las concesiones y los privilegios otorgados a estos colonos en el siglo pasado por el Gobierno ruso, están próximos a expirar, y esta circunstancia, como la de que no son propietarios de las tierras que cultivan, ha movido a una parte de los mismos, a buscar una Nueva Patria en América, deseosos de poseer en propiedad el campo que han de cultivar y explotar.

El Poder Ejecutivo estima que los motivos especiales que ha expuesto, aconsejan aprovechar sin dilaciones esta oportunidad para dar cumplimiento a la Ley de Inmigración y eso a favor de una población homogénea, de costumbres y de carácter ya conocidos y que fácilmente podrá fundar en diversos sectores del país grandes y prósperas ciudades.

Por este motivo el Poder Ejecutivo había encargado al Comisario General de Inmigración de elaborar con los Delegados un proyecto de Contrato de Inmigración, que agregamos, el cual está de acuerdo con la Ley Fundamental de Inmigración, como lo podrá comprobar VH.

Para la ejecución de este Contrato, el P.E. tratándose en este caso de una importante erogación, necesita el voto favorable de V.H. en consideración del estado actual del Tesoro.

Por estos motivos, y basándose en los datos que V.H. podrá hallar en las notas que se acompañan, el Poder Ejecutivo solicita la sanción de este proyecto que tiene el honor de proponer a V.H. Dios guarde a V. H. Firmado: Nicolás Avellaneda. Bernardo de Irigoyen.

El Senado y la Cámara de Diputados de la Nación Argentina, reunidos en el Congreso, sancionan con fuerza de ley:

Artículo 1º Se faculta al Poder Ejecutivo a invertir la suma de doscientos cincuenta mil pesos fuertes ($ F. 250.000) en adelantos pa-

ra gastos de viaje, de manutención y utensilios, en cumplimiento del Contrato que celebra con los delegados de la colonia ruso-alemana.

Artículo 2º Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dado en la Sala del Congreso Argentino en Buenos Aires, a los cinco días del mes de octubre del año 1877. Firmado: Mariano Acosta, Carlos M. Saravia, Secretario del Senado, Félix Frías, J. Alejo Ledesma, Secretario de la Cámara de Diputados. Buenos Aires, 12 de octubre de 1877. Cúmplase, comuníquese, publíquese, dése al Registro Nacional. Firmado: Nicolás Avellaneda. Bernardo de Irigoyen.

Una copia del Contrato con la delegación del Brasil fue entregada a los alemanes del Volga que embarcaron en el Salier y en el Montevideo en el puerto de Bremen con destino al Brasil, pero que finalmente llegaron a la Argentina; la primera respuesta a la gestión cumplida por los Delegados que integraba el intrépido Andreas Basgall fue la llegada del grupo compuesto por las ocho familias y tres solteros procedentes del Brasil el 24 de diciembre de 1877 y fundaron la Colonia Madre de Hinojo, en las cercanías de Olavarría, un 5 de enero de 1878.

Por otra parte, el grupo "grande" de un millar de inmigrantes que venía directamente del Volga, al tomar conciencia de que debían quedarse en la Argentina definitivamente, elevaron sendas protestas al Gobierno y a la Agencia Marítima de Bremen, en procura de llegar al Brasil, pero no tuvieron éxito; nuestro pueblo, al llegar en 1764/1767 a las regiones del río Volga se sintieron defraudados, por el lugar y las condiciones naturales del medio y de la vida dura que los esperaba. Aquí no fue muy distinto; algunos volvieron a sus aldeas volguenses aprovechando el poco dinero que les quedaba; salir de una comunidad, con pueblos bien ordenados y en plena prosperidad, para iniciarse de nuevo en una colonización, no es tarea fácil, aunque —como en este caso— exista completa libertad de trabajo y religiosa, pues los campos generalmente eran selvas vírgenes.

Había que limpiar las tierras de árboles, arbustos, palmeras, hormigueros, vizcacheras y otras malezas y alimañas; apenas existía un mal trazado camino entre dos ciudades importantes. Los comercios no disponían de suficiente mercadería y ropa para abastecer al millar de inmigrantes germanos; todo era primitivo y diferente.

Aquí aprendieron a conocer los insectos de las zonas subtropicales, los mosquitos y reptiles que nunca vieron en Rusia; también tuvieron que afrontar, en ciertas épocas, la invasión de langostas, que les anulaba el esfuerzo de todo un año. Los esfuerzos mancomunados

para tener un campo laborable fueron tremendos, el cual exigía costosos cercos y caminos vecinales.

Es frecuente escuchar a los personajes que se sienten "dueños" del país decir que los alemanes del Volga obtuvieron como "dádiva" o regalo su bienestar del cual gozan desde hace tiempo en la Argentina; nuestro punto de vista es diferente y afirmamos con conocimiento pleno de las cosas, que nuestros antepasados —junto con otras razas de colonizadores—, fuimos el complemento indispensable para que el País llegara al desarrollo que hoy ha logrado. Nuestros padres europeos vinieron al país por invitación de otros europeos que habían llegado antes; todo es cuestión de fechas: algunos están aquí desde 150 años, los nuestros se instalaron 50 años después. En cualquier caso, es un período de tiempo lo suficientemente largo para sentir pleno "derecho" de sentirnos como en nuestra casa; nada recibimos como regalo de nadie, ni siquiera el solar en donde levantamos nuestra casa; muchas veces fuimos incomprendidos y tratados de parias. Pero cuando vinimos pisando el barro de los campos y el único perfume que nos acompañó durante toda nuestra vida fue el olor a tierra recién arada, resultamos tan argentinos como el que más, llámese como se llamare.

FUNDACIONES EN EL LITORAL

Yendo ya directamente a las "Fundaciones en el Litoral" al crear la Colonia General Alvear en el Departamento Diamante, de la Provincia de Entre Ríos, por expropiación de 20.000 hectáreas aproximadamente, por parte del Gobierno Nacional Argentino, diremos lo siguiente: La creación de la mencionada Colonia data de un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, del 20 de enero de 1878, y dos semanas después, o sea el 4 de febrero del mismo apareció la Ley de Expropiación respectiva, mientras en la provincia gobernaba el Dr Ramón Febre (1875-1879). La subdivisión de las tierras estuvo originalmente a cargo del agrimensor Juan L. Caminos; en este momento tenemos a la vista otro plano actualizado bajo la responsabilidad de Antonio L. Carvallo y fechado el 22 de enero de 1902, en Buenos Aires.

Dicho plano tiene algunas referencias originales importantes, como ser: Cada "chacra" tiene 44 has. 85 as. y todos los caminos vecinales —de 25 metros de ancho— dividen en un cuadrado a dos chacras linderas; la chacra Nº 100 —aún perteneciente a la Nación— fue el asiento de la administración primitiva.

Las Aldeas tuvieron asiento en la forma siguiente: VALLE MARIA, chacra Nº 202; PROTESTANTE, Nº 1212 con una casa de material y 60 casas de adobe; SALTO, Nº 78 con 56 casas de adobe; SPATZENKUTTER (Campo María), Nº 167, con 19 casas de adobe; SAN FRANCISCO, Nº 338 con 40 casas de adobe y ALDEA BRASILERA, Nº 224, con 56 casas de adobe. Naturalmente que son datos de fines de 1901, pero reflejan la importancia de la radicación de más de mil personas procedentes del Volga; destacamos que 40 años después la Colonia General Alvear contaba con cerca de 300 casas, transformando un campo virgen y selvático en la colonización productora de trigo más importante del país en aquella época.

La común fundación de las cinco primeras aldeas —excepto Brasilera— se fijó en fecha del 21 de julio de 1878; en cuanto a Brasilera, sólo sabemos que fue fundada en los últimos días del año 1879, o sea un año y medio después.

Ahora, no queremos pasar por alto una cuestión muy debatida por los historiadores de nuestro pueblo, en relación a la llegada al litoral argentino; el sacerdote Ludger Grüter, en oportunidad del Cincuentenario de la llegada de los alemanes del Volga a la Argentina, escribió la respectiva "Memoria" o libro histórico de las "Bodas de Oro", editado por Guadalupe en 1928 y pocos días después apareció otro libro similar editado por el pastor Jakob Riffel. Como es de suponer y conforme a dicha época, cada clérigo dedicaba la mayor parte de sus investigaciones históricas a su respectiva grey; vale decir, para Grüter, el mundo alemán del Volga era católico y a su vez para Riffel, dicho pueblo era evangélico. La verdad es que los segundos eran amplia mayoría en el Volga, y en cambio en la Argentina dicha proporción se ha invertido.

El padre Grüter dice en la página 80 de su libro (1928) que los católicos se estiman en 25.000 almas y los protestantes en 10.000 en la Provincia de Entre Ríos; Grüter se basaba principalmente en las crónicas del colono Pedro Salzmann y Riffel agregó a dichas crónicas investigaciones propias. Hay un factor que juzgamos necesario aclarar sobre las diferencias de fechas y es precisamente la circunstancia de que Rusia no aceptó la reforma del Calendario Gregoriano que utilizamos en occidente hoy en día; para los rusos nosotros estábamos adelantados en 12 días en 1900, aumentando a 13 días desde principios del siglo. Vale decir, que nuestros antepasados, habituados al calendario ruso —de Julio César— estaban atrasados en 12 días con respecto al sistema imperante en América, que aún perdura.

Ello ha sido causa de muchas confusiones en cuanto a fechas y

datos de llegada, que si bien son importantes para los historiadores, no lo son para el común de las gentes, de manera que no influyen mayormente en la narración de nuestra verdadera trayectoria; nuestra pretensión es la de ofrecer una historia completa de los "Alemanes del Volga" en la Argentina, sin parcialismos por motivos religiosos, sociales e ideológicos.

Volviendo a las fechas de llegada a Buenos Aires, estadía en el Hotel de Inmigrantes y viaje hacia el Litoral, sólo nos queda en repetir lo que en 1928 dijeron los historiadores Grüter y Riffel. Del libro del "Cincuentenario" basado en las "Crónicas" de Salzmann y Gassmann y escrito por Grüter, surge lo siguiente: Llegada a Buenos Aires: 9 de enero de 1878; permanencia en Buenos Aires: 12 días; o sea, el 21 de enero de 1878. Duración del viaje a Diamante: 4 días, llegando a Entre Ríos el 25 de enero de 1878 en total 1.006 personas.

En Diamante permanecieron hasta trasladarse al Campamento primitivo de Colonia General Alvear: 13 días; como fecha de traslado desde Diamante hasta Colonia General Alvear, cita el historiador el día 29 de enero de 1878, fecha que no concuerda con las anteriores.

Ahora veremos lo que el historiador Riffel dice en su libro del Cincuentenario: el vapor "Salier" llegó el 6 de enero y el "Montevideo", el 9 de enero de 1878 al puerto de Buenos Aires; salieron de Buenos Aires hacia el Litoral el 21 de enero y en un viaje de dos días llegaron al puerto de Diamante, es decir, el 23 del mismo mes.

Por otra parte, en la página 45, Riffel dice que el arribo a Diamante se produjo a las cinco de la tarde del 11 de enero de 1878 (tomado de las Crónicas de Salzmann); esta fecha es coincidente con la declaración de David Schäfer –del grupo de Salzmann y Reimer–, del vapor "Salier", quien sostiene que la llegada a Buenos Aires se produjo el 1º de enero de 1878, citando para ello, como prueba, que desde el barco se podía ver –desde muy temprano– el estallido de las bombas y sus destellos, además de oir su estruendo.

Nos inclinamos a sostener que dicha fecha de la llegada es la verdadera, por ser totalmente coincidente con lo que siempre me relataba mi abuelo, Federico Popp –recuerda V.P. Popp–, quien agregaba que les causó extrañeza el fastuoso recibimiento que le daban los argentinos al año nuevo: los once días subsiguientes los utilizaron en tramitaciones, permaneciendo en el Hotel de Inmigrantes y remontando luego el Paraná en dos viejas barcazas.

A todo esto queremos agregar lo que escribe el Dr. Wilhelm Luetge, en el Anuario 1940 de la Unión Germánica en la Argentina,

después de investigaciones amplias: El vapor "Montevideo", al mando del Capitán Kier, salió de Hamburgo el 6 de diciembre de 1877 con más de 211 emigrantes hacia Buenos Aires y el vapor "Salier" al mando del capitán Hesse, salió de Bremen con 835 pasajeros directamente hacia el puerto de Buenos Aires; aclara que al tocar algunos puertos del Brasil, algunos colonos que ya habían llegado al Brasil, se reembarcaron en el "Montevideo" —incluso Andreas Basgall— hacia la Argentina.

Por otra parte, el Dr. Luetge, incluye en su "tabla" de movimiento marítimo, extraída en Hamburgo y Bremen a tres barcos que con anterioridad de los mencionados llegaron a Buenos Aires con inmigrantes alemanes del Volga, además de los 1.100 que llegaron en enero de 1878. Ellos son: El vapor inglés "Couley" que saliendo de Porto Alegre arribó a Buenos Aires el 20 de diciembre de 1877, indicando que fueron "muchos" los inmigrantes transportados; luego agrega los barcos "Köln" y "Argentina" al mando de los Capitanes Ringk y Nielsen, que saliendo de Bremen a fines de noviembre y de Hamburgo el 21 de noviembre de 1877, respectivamente, llegaron a la Argentina el 20 y el 28 de diciembre de 1877, con 60 y 71 inmigrantes.

Pese a la seriedad de esta información, teniendo en cuenta que tales datos fueron aportados mucho después de la aparición de ambos libros del Cincuentenario, no existen mayores detalles del destino de aquellos inmigrantes, quienes por haber llegado al país ya el 20 de diciembre de 1877, tendrían el privilegio de la prioridad absoluta del ingreso; en consecuencia, sólo podemos prestar atención a los grupos que se sometieron a los planes oficiales de colonización y cuyas radicaciones pueden ser identificadas con absoluta claridad.

Resulta de sumo interés comprobar que las diferencias que existieron en Rusia entre los colonizadores del lado alto o montañoso "Bergseite" y los que habitaron el lado izquierdo o bajo del río Volga "Wiesenseite", se mantuvieron en la Argentina; recordemos que originalmente la colonización se comenzó del lado derecho "Bergseite" del Volga, para continuar con la expansión hacia el lado oriental del Volga ("Wiesenseite"). Así surgieron dos pueblos distintos, los "Bergseiter" como fundadores, ocupantes de una región ondulada y hermosa y con mejor tierra y más variada vegetación; además éstos se sentían y estaban más cerca del mundo civilizado, ya que en las cercanías se afincaban o tenían posesiones varios miembros de la nobleza

rusa en esa zona alta del Volga. Por consiguiente, se sentían superiores y privilegiados

En cambio, los que eligieron el lado oriental tuvieron que afrontar durante más de cincuenta años el asedio de los salvajes y nómades y el desborde del río Volga durante el deshielo; este lado izquierdo era considerado más salvaje y cuando nuestros antepasados llegaron al Volga sus tierras arenosas y pobres estaban en manos de los desertores y trashumantes. Carecía de árboles y sus tierras obligaban a cultivos distintos que los del lado derecho; en cambio, su inmensa extensión hacia el Este era casi ilimitada.

Fue ésta la única posibilidad de fundar nuevas aldeas con sus colonias, lo cual incrementó notablemente su población en relación a sus hermanos del otro lado del río; los Bergseiter con su orgullo de "fundadores" tenían sólo 57 aldeas en su Gobernación de Saratov, mientras que los aventureros que fueron al Este, cruzando el Volga, llegaron a fundar 138 poblaciones en la Gobernación de Samara. Muchas de las nuevas aldeas ubicadas en la Wiesenseite estaban pobladas por descendientes que procedían allende del río y generalmente les daban el mismo nombre de la aldea de su origen con el agregado de "nueva" —tanto unos como otros—, por ejemplo: "Neu Bauer", "Neu Mariental", "Neu Urbach", etc.

Las influencias telúricas y las distintas condiciones de vida de ambas zonas, conformaron los pueblos con sus propios hábitos, modos de vida y dialectos; a grandes rasgos diremos que los Bergseiter se consideraban los patriarcas "fundadores" y los Wiesenseiter los intrépidos aventureros del progreso y de la expansión. También repetiremos que estos últimos fueron los que más sufrieron por los ataques de los salvajes y la mayoría de los esclavos vendidos en China eran oriundos de la Wiesenseite; todo ello llevó a una rivalidad doméstica que ha continuado en nuestro país por cerca de un siglo.

Las radicaciones en el Litoral también se constituyeron respetando, en lo posible, la procedencia de ambas márgenes del Volga; es así que Valle María fue fundada por los Wiesenseiter, oriundos de la población homónima en Rusia, conocida también por Pfannenstiel y denominada aquí por los nativos argentinos "Vizcachera" anteriormente, por el hecho de carecer en los apurados comienzos de los medios para construir sus casas normales y ante la insólita exigencia de la policía —formada por italianos y turcos— del gobernador Febre, de entregar las carpas que les fueron facilitadas para morada, cavaron sus viviendas en la tierra, como habían hecho sus antepasados en Rusia, a

manera de sótanos o subsuelos para vivir allí hasta que pasara el primer invierno cuya naturaleza desconocían. Como ese tipo de habitáculo era desconocido en la provincia, los criollos los comparaban con las "vizcachas", lo que se hizo popular entre los nativos durante medio siglo, habiendo caído hoy en día en desuso.

En cambio las aldeas de Salto (Santa Cruz), San Francisco y Spazenkutter, las habitan descendientes de los Bergseiter, si bien con alguna mezcla de los anteriores; la aldea Protestante fue fundada por pobladores de la orilla derecha del Volga, más algunos que procedían de Wiesenseite. Siendo los evangélicos menor en número que los católicos, no se obtuvo autorización para una fundación independiente.

Todos estos colonizadores que fundaron la Colonia Madre del Litoral vivieron juntos en suelo argentino; unas tres semanas en Diamante y en un 29 de enero se trasladaron a un campamento rústico, en el cual se habían construido tres galpones de paja, de 16 x 30 metros cada uno, ubicados en forma de herradura. Nuevamente tropezamos con la incertidumbre de la fecha exacta de la llegada de los alemanes del Volga al puerto de Diamante; las fechas en danza son el 11 y el 24 de enero de 1878. Nos inclinamos por el 11 de enero.

Naturalmente que de "puerto" aún no se podía hablar y Diamante era sólo un villorrio de ranchos, apenas siete casas de material y una iglesia; la llegada a Entre Ríos, la vista de las enormes barrancas que se elevan hasta noventa metros, el desembarco en carretas de muy altas ruedas y el penoso camino hacia los "altos" en que se hallaba Diamante, causó una penosa impresión a los inmigrantes. Mas, hallaron gentes hospitalarias y generosas. Riffel cita en su libro, que las autoridades asignaron a los colonos una amplia casa antigua, sin vidrios en las ventanas y lleno de "yuyos" en su patio; otros acamparon en la plaza o en casas vecinas.

Contaban algunos de los colonos que muchas noches de aquel verano fueron de insomnio, a causa de los mosquitos que obligaban a caminar permanentemente con la "cara contra el viento", en ambos sentidos; los recién llegados pronto tuvieron autorización para preparar sus propios alimentos, conforme a sus costumbres Se hace resaltar que una familia "González", residente frente a la plaza central de Diamante, prestó humanitarios y desinteresados servicios a mujeres y niños, en ocasión de la llegada del millar de inmigrantes; de acuerdo a datos de que disponemos, podemos afirmar que la asistencia a los oficios religiosos fue ejemplar, para admiración de los diamantinos.

La permanente práctica de los deberes religiosos siempre distinguió a este primer grupo de católicos y evangélicos que se radicaron en Entre Ríos.

Terminados los trabajos de la construcción de los galpones en el campamento, fueron despedidos por el pueblo de Diamante con un suculento asado de confraternidad y al amanecer, emprendieron el viaja hacia la Colonia General Alvear, en carretas cargadas con sus pocos enseres domésticos y ropas; mientras que los hombres caminaban detrás de los carretones, las mujeres y los niños fueron instalados en los mismos y al paso lento y cansino de los bueyes, se iban acercando al nuevo destino que la Providencia les había deparado.

El campamento estaba ubicado aproximadamente a dos mil metros al Nordeste de Valle María en la chacra en donde actualmente existe el ''Vivero Provincial''; de los tres precarios galpones instalados allí, dos fueron ocupados por los católicos —agrupados según los lugares de su procedencia— y el tercero por los protestantes. Recordemos que llegaron a tierras vírgenes, jamás roturadas ni sembradas, con vegetación natural de espartillo y raleado monte de espinillo, con animales salvajes y sin caminos.

Llegados al lugar del campamento, las enormes carretas fueron descargadas y las familias fueron ocupando los lugares asignados por las autoridades; camas no había y el espacio era estrecho y reducido. Por las noches, el millar de inmigrantes ocupaba casi todo el piso de los tres galpones, de manera que aquel que dejaba su lecho por la noche, a menudo pisaba al vecino que estaba a su lado; los colchones fueron improvisados con el espartillo circundante, echado sobre el suelo para servir de cama durante las dieciocho semanas que permanecieron allí.

Es digno de señalar que durante los cuatro meses que permanecieron allí, hacinados en esos míseros galpones del improvisado campamento, no se registraron problemas sociales ni entredichos entre los mil ocupantes de ambas confesiones; mientras muchas ancianas elevaban sus plegarias a Dios, los hombres y jóvenes soñaban con esta nueva tierra —su definitiva patria— y en el posible progreso económico que les esperaba en América. Allí pasaron su primera noche y al amanecer, los padres de familia se agruparon en uno de los galpones para deliberar; sentados ordenadamente en el suelo en espera de la llegada de las autoridades de la colonización, usaron de la palabra los colonos Nicolás Gassmann, Pedro Salzmann y algunos otros para con-

venir la ayuda que ofrecerían a los agrimensores que estaban en la tarea de subdividir los campos de la colonia.

Por otra parte, se informaron de la decisión del gobierno de que cada colono se estableciera en su propia chacra, anulando la posibilidad de fundar aldeas como habían acostumbrado vivir en el Volga; tal decisión gubernamental causó una desagradable sorpresa entre los circunstantes. Sólo conocían la vida en "Aldeas" y estaba fuera de su imaginación algún otro sistema colonizador. Durante el primer día de la llegada al campamento de la Colonia General Alvear, el mayor de ejército (R) Don Samuel Navarro como Administrador de la Colonia, dispuso la entrega a cada Jefe de familia, de una libreta de crédito con los datos personales, en la cual debían ser anotados todos los suministros que el Gobierno de la Nación adelantaba a los inmigrantes, hasta que llegaran al autosustento.

Reiteramos nuevamente aquí que nuestros antepasados, como casi todos los inmigrantes que con posterioridad llegaron al país, se hallaban desprovistos de recursos por cuanto en Rusia nunca habían poseído tierras y por ende no pudieron enajenarlas para hacerse de algún dinero; también se les informó que durante el primer año no podrían cultivar trigo, ya que era preciso limpiar los campos y prepararlos con siembra de maíz a fin de obtener un suelo apto para la siembra del trigo. El trabajo de mensura y loteo que realizaban los agrimensores recién concluyó en el mes de abril, construyéndose los colonos en dicho lapso toda clase de implementos agrícolas, rústicos carros de madera con ruedas de lapacho, de apreciable diámetro.

Ante la demora de la asignación de los respectivos campos, un colono del grupo de los Wiesenseiter —que luego fuera de Valle María— tuvo la feliz idea de "adelantarse" a los hechos construyéndose su propia casa, cerca del sitio en donde se hallaba el campamento; para ello excavó una fosa de 4 x 4 y dos metros de profundidad, y sobre este subsuelo y a poca altura de la superficie, colocó el techo de paja. A dicha singular habitación se llegaba por una escalera cavada en la misma tierra; de esa manera obtuvo una habitación con una temperatura agradable para cualquier estación del año, procedimiento que luego imitaron los otros en Valle María, al verse obligados a desprenderse de las carpas provistas por el gobierno, por no aceptar radicarse en las chacras.

Cada domingo —y siempre que el tiempo lo permitía— los colonos católicos hacían el largo viaje hasta Diamante para asistir a la santa misa; los evangélicos, por su parte y ante la carencia de pastor,

también se reunían en esos días para leer en comunidad pasajes de la santa Biblia y cantar los himnos habituales para tal ocasión. El fervor religioso se hallaba inveterado en ellos y doquiera lo manifestaban sin respetos humanos; en Diamante cantaban durante la misa con tal unción —en alemán—, que causaban admiración y despertaban singular expectativa entre los fieles nativos que nunca habían presenciado una misa cantada por personas sencillas del pueblo, munido de gran fe.

Una vez terminadas las tareas de mensura hacia fines de abril, los colonos se pusieron de acuerdo pero sin intervención del administrador, para elegir el lugar en el cual debían ubicarse las respectivas comunidades, conforme a las aldeas de origen y de acuerdo a la respectiva confesión religiosa; todo parecía llegar a feliz término pero... el desengaño vino de improviso y aún tenían que luchar para mantener su tradición Fue así que al comunicarles que se procedería al "sorteo de las chacras" para cada familia, todos debían aceptar y comprometerse en ir a vivir en su respectivo lote. Aunque dicha resolución fue escuchada con respeto y en silencio, fue interpuesto recurso de revocatoria y cada día se acentuaba la convicción de lograr la autorización para convivir en sus propias aldeas.

La situación se hizo tirante; el mes de junio llegaba a su fin y era preciso comenzar con los trabajos de la primera siembra de maíz, y los colonos aún no habían comenzado con la construcción de sus casas en las correspondientes chacras. Había llegado el día de la decisión. Un día de fines de junio el Administrador Navarro reunió a los padres de familia y en compañía del jefe de policía de Diamante, les dio el ultimátum: les comunicó que si en el plazo de ocho días no ocupaban sus chacras, vendría con la fuerza pública para llevar a las familias a los campos asignados; contrariados pero sin desanimarse, se retiraron sin brindarle una respuesta, ante la consternación de las mujeres y de los niños. Por la noche, después de una reunión entre sí, contestaron al señor Navarro, que al día siguiente le darían la contestación definitiva.

Así llegó el día del primer gran "enfrentamiento" con la autoridad del lugar...; a las diez de la mañana siguiente, la pequeña campana aldeana llamó a reunión y de inmediato fueron apareciendo los jefes de familia, serios y decididos, para ubicarse frente al Administrador Navarro, quien había llegado con sus intérpretes y traductores habituales. Hacemos notar aquí que los colonos, no obstante su poca versación leguleya, ejercían plena autoridad en su numerosa familia,

lo cual les permitía mantener una estricta disciplina y producía un recíproco respeto y fácil acuerdo entre los "patriarcas".

Ya dispuesto el Administrador Navarro para recibir la "respuesta definitiva" de los alemanes del Volga, una delegación de los inmigrantes se adelantó y respetuosamente le dijo: "Cuando el Gobierno Nacional de Buenos Aires nos ofreció las tierras de la Colonia General Alvear, lo hizo sin exigirnos la radicación en las "chacras", ni aún si nos dedicáramos a la ganadería; si la colonización en la Argentina hubiese sido condicionada a la radicación de nuestras familias en sus respectivos campos, hubiésemos aceptado el ofrecimiento del Brasil, cuyo Emperador nos autorizaba por escrito a continuar viviendo en aldeas como en el Volga. Que el Gobierno Argentino —con el cual fue suscripto el Contrato Original de Radicación— no pretende obligarnos a vivir separadamente en nuestras "chacras" surge del hecho de que los pobladores de Hinojo (Bs. Aires) no encontraron ningún obstáculo para establecerse en el lugar de su elección".

Intervino luego el Administrador, proponiendo la aternativa de que edificaran sus casas en el campo respectivo, donde se unían en un lugar común los cuatro ángulos de las chacras, para poder vivir así en grupos de hasta cuatro familias; el portavoz de los colonos rechazó, sin muchos comentarios, dicha proposición y dirigiéndose directamente al Señor Navarro, cerró la cuestión, diciendo: "Díganos, en definitiva, si nos es permitido o no fundar aldeas en la forma y en el lugar que elegiremos, porque, en el caso de mantener su intransigencia, nos iremos todos a Hinojo o marcharemos al Brasil".

Navarro y sus asesores se retiraron para deliberar y al poco tiempo volvió para decirles que no podía permitir la agrupación por aldeas porque sería contravenir una orden expresa; no obstante, consultaría al Gobierno Nacional y hasta tanto, no habría innovación. Nuestra gente había luchado durante un siglo contra la burocracia rusa y había acopiado aleccionadora experiencia en la misma; por otra parte, estaba acostumbrada a temer sólo a Dios. Pasaron 14 días hasta que Navarro los volvió a reunir para informarles que el Presidente Avellaneda había escuchado la petición de los colonos y resuelto la cuestión conforme a sus deseos; había triunfado la unidad de criterio y lo que ellos creían era su máxima conveniencia.

Es importante aclarar que nuestros antepasados sustentaban su posición en las razones siguientes: a) Fue hábito durante un siglo en Rusia; b) Permitía la permanente sociabilidad entre vecinos; c) Facilitaba la ayuda mutua y el auxilio solidario en caso de emergencias

de cualquier tipo; d) Otorgaba mayor seguridad a los colonos; e) La mayor cercanía a la escuela y a la iglesia, permitía su asistencia aún en los días lluviosos.

Naturalmente, eran razones poderosas, contra la posición oficial de buscar el trabajo más intenso de los campos, al estar cada uno radicado en su propia "chacra"; ambas posiciones tienen sus ventajas y desventajas que a la larga se pusieron de manifiesto y que el Gobierno quiso remediar con la fundación de una ciudad con su puerto de aguas profundas sobre el Paraná, en lo que actualmente constituye "Puerto Nuevo", proyecto que no prosperó, pero que tarde o temprano deberá ser una realidad.

Al fracasar el Gobierno en su política de radicación de los colonos en su predio respectivo, se despreocupó luego del aspecto de las aldeas, dejándolas abandonadas a su suerte, pese a los gravosos impuestos pagados durante un siglo y constituir una cuantiosa fuente de producción tremendamente succionada por las ciudades de Diamante y Paraná.

Primitivamente las autoridades habían provisto a cada familia de una carpa para que se instalaran en sus chacras mientras construían sus casas; los Marientaler, procedentes de la Wiesenseite fueron quienes tomaron la iniciativa de comenzar a edificar su propia aldea de acuerdo al modelo del lejano Volga. Su trazado conservó las medidas originales, con parcelas de 32,5 x 33,50 metros, formándose una manzana con cuatro solares de la misma superficie rodeada por calles de 10 metros de ancho; naturalmente que las dos manzanas centrales fueron reservadas para la construcción de la futura iglesia y escuela, según nos narra el historiador Grüter.

Riffel, en cuanto a la fundación de Valle María nos da una versión que puede ser considerada realista en casi todos sus detalles: "Cuando se produjo el enfrentamiento con la Administración de la Colonia General Alvear, los Wiesenseiter procedentes de la aldea Valle María de Rusia (Mariental), al negarse a iniciar la construcción de sus viviendas en las chacras, se retiraron del Campamento agrupando sus carpas en el predio que ocupa actualmente la aldea; esta actitud podía irritar al Administrador el cual por sí estaba facultado para retirarles las subsistencias y quitarles las carpas en el momento menos pensado, lo cual no sólo era un supuesto sino que se iba a transformar en realidad.

¿Qué hicieron para adelantarse a los hechos?... Optaron por algo inusitado: construyeron sus viviendas dentro de la tierra, así nadie po-

dría obligarles a modificar su radicación... Excavaron un sótano a manera de subsuelo de 4,25 x 17 metros, entre ancho y largo, y dos de profundiadd, que cubrían con ramas y follaje y por último, con tierra; algunos agregaron otra pieza más a tan singular vivienda, en el seno de la tierra. En muy poco tiempo casi todos tenían una vivienda similar y cuando el Administrador se presentó con la fuerza pública a las órdenes del comisario de Diamante para retirar las carpas, ya las tenían listas para entregarlas lo que produjo hilaridad entre los agentes italianos y turcos quienes dieron nombre de "Vizcacheras" a la población en cierne, aunque esto constituyó un hecho tan singular que nunca se hizo nada semejante en la Provincia.

Por supuesto, cuando el tiempo lo permitía fabricaban adobes y pronto levantaron sus casas con los mismos, que fueron luego reemplazados por los ladrillos; la capilla fue construída de adobes en el centro de la aldea "subterránea", en donde los pobladores se reunían diariamente para cumplir con sus devociones religiosas, aunque no tuvieran pastor de almas. Asimismo muchos colonos fueron levantando en sus respectivos campos otra vivienda, en donde pasaban los meses de la siega y trilla, y el verano en general, con toda la familia, quedando en el resto del año como vivienda de los hijos mayores; este hecho influyó para que Entre Ríos registrara en el último censo todavía la mayor proporción de viviendas familiares en relación al número de sus habitantes en todo el país.

Los demás grupos que provenían del lado derecho del bajo Volga (Bergseiter) —entre ellos, los protestantes— construyeron posteriormente sus aldeas en forma convencional, sin imitar las originales en Rusia; el grupo que hoy forma la aldea Spatzenkutter, según sostienen los antiguos pobladores, fueron los primeros que fundaron su aldea en la Colonia General Alvear. Como prueba citan el hecho de que fue el primer cementerio que se instaló en la región y algunos marientalienses aún descansan en él; además, el grupo de la aldea mencionada Marienfeld —Campo María o Spatzenkutter— tuvo pocos pobladores y concluyeron sus casas en mucho menos tiempo que los de Valle María que fue siempre la aldea más poblada.

Los protestantes que inicialmente fueron estimados en 40 familias (25 % del total), sufrieron una amarga experiencia en relación a su radicación; pues, como todo poblado, buscaron la cercanía de un arroyo y napas de agua poco profundas. Por ello, se establecieron a orillas del arroyo "Ensenada" en el Sudeste de la Colonia; pronto se dieron cuenta de que habían cometido un grave error y que el lugar

era totalmente inadecuado por la existencia de napas muy profundas y después de una lluvia el agua de la "Ensenada" se mantenía muy sucia, no potable e inapta para lavar la ropa y consumo. Aparte de esto corrían serio peligro a causa del desborde de sus aguas después de una gran lluvia; así perdieron tiempo por su inexperiencia y hallaron un lugar mejor que es el actual en donde se levanta dicha población a la vera de un arroyito con abundante vertiente natural.

Si los de Valle María se metieron en la tierra para que los agentes policiales no pudieran derrumbarles las casas los protestantes también apelaron a un método original; en las orillas de la Ensenada plantaban cuatro postes de sostén y preparaban las paredes con entretejido de varillas de sauce, que luego recubrían de barro. El techo fue de paja y caña, atada con tientos de cuero crudo; las puertas se fabricaban con un marco de varas que luego se cubría con entrelazados de paja o caña. Así la adaptación al medio fue maravillosa y rápida, algunas familias construían sus habitaciones en un edificio contiguo, ahorrándose materiales y tiempo.

Cuando cambiaron de lugar, construyeron edificios normales y tuvieron la primera casa de material de la Colonia; por los inconvenientes señalados, la fecha de construcción de la actual aldea, es octubre de 1878.

Un año y medio después, vino a integrarse a la Colonia un grupo de nuevos agricultores, procedentes del Brasil, quienes fundaron la actual aldea "Brasilera", a orillas del arroyo Salto; de acuerdo a los informes de Martín Lechmann, los primeros pobladores fueron los siguientes: Santiago Lechmann, Santiago Domé, Jorge Domé, Juan Spahn, Klopertanz, Santiago Sommer, Adán Domé, Nicolás Appelhans, José Lechmann, José Stang, Juan Stadelmann, Nicolás Bassgall, José Franck, Pedro, Matías, Gaspar y Miguel Barón, Felipe Schmidt, Nicolás Hollmann, Juan Fesser y Adán Sommer.

HACIA SANTA FE

Existe un curioso episodio —algo desconocido—, relativo a las fundaciones del litoral; el Gobierno de la Provincia de Santa Fe también tenía sumo interés en atraerse a los inmigrantes alemanes como ya lo había hecho con los suizos. El historiador Riffel y el Dr. Lütge nos relatan lo que sigue: "Desde Buenos Aires salieron dos barcos hacia el Norte por el Paraná; uno tenía 670 personas a bordo y el segundo que salió después, sólo llevaba 260 inmigrantes. Estos últimos eran

todos de confesión protestante y su transporte llegó a la altura de Diamante a medianoche –siete horas después del primero–; prosiguió silenciosamente la navegación rumbo al puerto de Santa Fe, mientras los cansados viajeros dormían plácidamente.

Fue el primer engaño que soportaron en tierras americanas; pero al advertir la innoble maniobra del desvío hacia un destino no convenido, se rebelaron negándose a abandonar el barco. La autoridad apeló a la fuerza pública para desalojar la nave, bajando el equipaje a tierra por la policía; los agentes del Gobierno Santafesino apelaron a todos los recursos para convencer a los llegados de aceptar la zona de San Javier para afincarse, sin mayor resultado, ya que la mayoría exigió y obtuvo el reembarco para reunirse con los suyos en el puerto de Diamante.

Pero un grupo de 30 familias aproximadamente, procedentes de la Wiesenseite –región Norte–, accedió en quedarse en la Provincia aceptando la invitación gubernamental; los Bergseiter, después de un serio conflicto que superaron gallardamente, se reunieron con los primeros llegados a Diamante. Las treinta familias –ahora santafesinas– llevaban el proyecto de dedicarse al cultivo del tabaco como lo habían hecho en Rusia; aunque las tierras de la Provincia de Santa Fe eran propicias para tal propósito, la intención del gobierno no era muy clara y predominaban ideas confusas respecto de este cultivo. En San Javier no fueron aceptados por no ser de confesión católica y cuando se les fijó destino en una colonia francesa abandonada "Coudvert", la desidia oficial se prolongó por más de un año para redistribuir las tierras, lo cual –un año entero de inactividad– les resultó muy molesto, ya que se les prohibió expresamente el aceptar trabajos privados o changas; a todos estos males, el dirigente del grupo e intérprete Sr. Strecker, pidió su relevo y fue suplantado por un tal Rodríguez que más que Director fue un tirano, en perjuicio de los inmigrantes.

El grupo comenzó a dispersarse, cinco familias pudientes regresaron al Volga, otros buscaron refugio entre los colonos suizos de Helvecia, donde trabajaban en los tambos; las autoridades del lugar no tuvieron ninguna consideración con los nuevos colonizadores y la policía no prestaba atención a sus quejas. Los troperos cruzaban sus sembrados sin contemplación y los indígenas asediaban peligrosamente a sus mujeres; lo que podía haber sido el comienzo de una floreciente colonización en Santa Fe, se ahogó por deficiencias administrativas y rigor policial.

Mientras tanto, en las Provincias de Entre Ríos y Buenos Aires, los alemanes del Volga gozaban de toda consideración y lograron el más lisonjero de los progresos; durante dos años lucharon las 25 familias restantes para poder mantener su radicación en Santa Fe, pero todo fue inútil. Uno de los dirigentes de este grupo fue Federico Popp, mi abuelo, quien en 1880 entrevistó al Gobernador de la Provincia de Entre Ríos, León Sola, para gestionar la compra de nuevas tierras para los santafesinos; después de 1880, aquel grupo de Wiesenseiter —protestantes— se afincó al Este de la Colonia Gral. Alvear, sin formar aldea, fundando lo que hasta hoy se conoce como Colonia Santafesina que figura en la Guía Postal de Encotel con el Nº 3103; surgió así una Colonia paralela a la nombrada anteriormente sin ayuda oficial ni planes de colonización que fue producto del esfuerzo propio, con su idiosincrasia y orgullo que no permitió integrarse a otras fundaciones similares y esta Colonia Santafesina continúa produciendo, en el Distrito Palmar, hasta hoy en día.

FUNDACIONES EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Si bien, existe el antecedente de las investigaciones realizadas por el Dr. Wilhem Lüetge en 1939 y publicadas en el Anuario de 1940 de la "Unión Germánica Argentina", desde página 129 a 140, donde se pretende demostrar de buena fuente que el 19 y 20 de diciembre de 1877 llegaron a Buenos Aires los barcos "Couley" y "Köln" trayendo inmigrantes alemanes del Volga, no disponemos de mayores pruebas de su ulterior destino; en consecuencia, repetiremos la conocida historia de que procedentes del Brasil llegaron el 24 de diciembre de 1877 al puerto de Buenos Aires, ocho familias y tres solteros, para aceptar el ofrecimiento del Gobierno Nacional de colonizar tierras fiscales del partido de Olavarría, en Hinojo.

Dicho grupo realizó el viaje en ferrocarril hasta Azul, —punta de riel entonces—, para luego continuar en carros y cubrir los 35 kilómetros restantes hasta un arroyo, llamado "HINOJO", donde llegaron un 5 de enero de 1878, fecha oficial de la fundación de la colonia madre de la Provincia de Buenos Aires; estos primeros colonizadores fueron muy diligentes y su Jefe por parte del Gobierno, el Suizo alemán Walter Kurt, les fue muy favorable. Recibieron carpas, dos bueyes, tres caballos y algunos implementos de labranza; las tierras destinadas a la colonización estaban subdivididas en "chacras" de 40

hectáreas cada una y a cada inmigrante varón, —sin discriminar edad—, se le asignaba una chacra.

En consecuencia, las familias numerosas recibían mayor cantidad de campo, aconteciendo algo similar como en el Volga bajo el sistema MIR, mucho más generoso que en la Colonia General Alvear de la provincia de Entre Ríos; por esa época, los colonos aún debían permanecer alertas por el peligro que representaban los indios en el sur, que sostenían sus últimos combates acometiendo con sus malones a poblaciones enteras, como en el caso de Olavarría.

En el año 1764 fueron los errantes asiáticos en el Volga al establecerse nuestros antepasados y 114 años después acontecía todavía algo similar con nuestros indígenas que recién en esos años de nuestra llegada fueron aniquilados o dominados; este pequeño grupo fue reforzado en 1879 con nuevos inmigrantes y en setiembre de 1885, llegaron 50 familias más a Hinojo procedentes de la Bergseite. Este importante grupo de cerca de 300 personas, permanecieron 19 meses en la Colonia de Hinojo, para luego buscar otro destino en su mayoría; conviene acotar que nuestros antepasados compartían las tierras a colonizar de la región con inmigrantes franceses, con los cuales tuvieron algunos problemas superados merced a la buena voluntad de las autoridades bonaerenses.

Como ya se mencionó, el pequeño grupo de 8 familias que fundaron a Hinojo, mantuvieron asidua correspondencia con paisanos del Brasil y Rusia, para invitarlos a trasladarse a la Argentina; de ello nació una corriente inmigratoria que primero fundó la colonia "Nievas" compuesta por 20 familias, en las cercanías de Hinojo y tres años después en 1881, siempre en el partido de Olavarría, en las cercanías de Hinojo, se funda la Colonia "San Miguel", que aún se mantiene muy próspera.

Esta última radicación fue favorecida por la existencia en dichos campos de canteras de cal, instalándose, con el correr del tiempo y a muy poca distancia de San Miguel, las fábricas de cemento portland más importantes de Sudamérica, como ser la de Loma Negra; muchos descendientes de inmigrantes se dedican a prestar importantes servicios en las importantes empresas de cemento y cal que producen ambos elementos para todo el país. Tanto es así que la Colonia Hinojo prácticamente carece en 1977 de agricultores ya que la inmensa mayoría se gana el sustento y tiene un mejor standard de vida gracias a este trabajo.

También es de hacer notar que todas las corrientes inmigrato-

rias de Alemanes del Volga que se radicaron en la Provincia de Buenos Aires, primitivamente pertenecían a la confesión católica y procedían de la Bergseite, lado derecho del Volga.

EXPANSION DESDE AMBOS FOCOS

Dejamos fundada la Colonia General Alvear en el Litoral y la Colonia de Hinojo en el sur bonaerense; ahora nos ocuparemos de su crecimiento durante un siglo.

Provincia de Entre Ríos. Dejemos que la ilustre dama entrerriana doña Encarnación Fernández de Celis, nos hable de aquellos tiempos inmediatamente posteriores a la llegada de nuestros antepasados: "Los colonos llegados de Rusia tuvieron que pasar muchas privaciones; carecían de lo más necesario para el trabajo como también de géneros para vestir; eran más de mil personas y el comercio de la zona no podía abastecerlos, a no ser que el Gobierno hubiese previsto con tiempo lo más indispensable.

Los pobladores nativos eran pocos y se ocupaban exclusivamente de la cría de animales; esta verdadera riqueza tenía por entonces un valor relativo por cuanto no había mercados importantes y solamente los saladeros y curtiembres de Victoria, Diamante y Paraná, absorbían una parte mínima. El General Urquiza había dictado leyes que protegían al ganado y reprimía con extremo rigor al "cuatrerismo". Luego continúa la dama mencionada: "Cuando terminaron las revueltas de López Jordán no se veía en Entre Ríos más que miseria y pobreza, donde antes no se veía más que hacienda y cielo; parecía que eso no iba a terminar nunca. Pero la llegada de los colonos rusos alemanes trajo una gran animación a toda la Provincia y con ellos se reavivó el comercio; hay que reconocerlo, nosotros los ancianos sabemos esto mejor que los mocitos de ahora. . . " Así era Entre Ríos al hacerse cargo los "nuestros" de esta tierras vírgenes casi despobladas y nunca cultivadas, que sólo servían para mantener hacienda con pastos naturales.

Citamos a otro testigo, don Benito Pérez, nacido en Paraná el 4 de abril de 1859, extractando su testimonio del Anuario mencionado "Los gurises no teníamos escuela y nos criábamos sobre el pingo y había que galopar leguas para encontrar un ranchito; antes, la gente era dueña del campo hasta donde le alcanzaba la vista. Había dos o tres estancias inmensas y se permitía levantar rancho a cualquiera; no se conocían títulos ni contribuciones. Después, cuando había que pa-

gar impuestos naides quería ser propietario de la tierra y se las arreglaba el estanciero que decía tener "títulos del rey"; los criollos nos conchabábamos de troperos y puesteros. En tiempo de la esquila y yerra se hacían unos "riales" que alcanzaban pa vicios; la hacienda se compraba y vendía sin papelitos ni tránsitos. Pa comer daban los animales y lo demás el bolichero; el criollo avanzao araba 4 cuadras si mucho y sembraba trigo, maíz y hortalizas.

No valía la pena sembrar mucho porque no se sabía donde venderlo; el poco trigo cosechado se llevaba dentro de unos cueros a Diamante, a lo de Eusebio García, el cual tenía como hombre industrioso, un malacate movido con mulas que hacía funcionar un molino de piedras que trituraba el trigo (harina integral) para fabricar el, llamado raspabuche..."

Así pudiéramos seguir con citas referidas a instrumentos de trabajo, muy rudimentarios, la trilla con 30 ó 40 yeguas, el aderezo del apero, la moneda que circulaba: el peso plata boliviano y la libra esterlina oro, etc.; pero oigamos sus palabras finales sobre nuestra gente:

..."los colonos son gente buena y tengo muchos amigos entre ellos, pero con la jeringonza que hablan, como pa comprenderlos... ¡Qué cosechas grandes producían estas nuevas colonias que nacían por todas partes! ¡Qué pan sabían hacer sus mujeres! ¡Y la forma de cambiar las cosas en pocos años! se daban maña en todo, trajeron género y Ud. podía vestirse sin caminar leguas hasta encontrar un trapo; fíjese, hasta amansaron el caballo pal arado y los carros... los caminos que trazaron como pa perderse uno en ese tramallo; pero es pa bien. Mire los pueblos lindos que hay por todo, telégrafo, teléfono..." Y así podríamos continuar con los testimonios.

Indudablemente, para nuestra gente, haber dejado sus aldeas confortables en el Volga, sus iglesias hermosas, sus escuelas prestigiadas y toda la gama de familiares y amistades, producía profundas nostalgias, esa ruptura brusca. Muchas personas ya en el ocaso de sus días, tenían que comenzar de nuevo...! Faltaba de todo: sin muebles ni dónde adquirirlos; todo debía ser de propia fabricación.

Llegaron en enero, sembraron maíz que se necesitó para el consumo propio; aún se trabajaba en común, mediante el sistema cooperativo. Un gran alfalfar servía para toda la aldea y con las huertas y quintas sucedía lo mismo. Muchos buscaron trabajo durante la espera de las cosechas con los colonos suizos de Villa Urquiza o de San Benito.

Así llegó la primera cosecha, —para esa época cosecha siempre significaba TRIGO; fue cortada con la hoz y "amontonada" con un antiquísimo sistema, por falta de horquillas, mediante un bastón con un tiento o lazo en una punta, que al ser pasado por debajo de la gavilla o montón de trigo, se pasaba luego el tiento de cuero por encima para sujetarlo al bastón, quedando así aprisionado el cereal para ser conducido sobre la cabeza al carro o simple cuero para llevarlo a la parva; aún no existían bolsas para envasar el cereal, simplemente se cosían en cueros.

Antes de 1878 en todo el Dpto. Diamante sólo se cultivaban doce hectáreas de trigo; si no se construían parvas se juntaba a la "rastra" y sobre cueros el cereal. Se hacían montones "heras" que luego se cercaban echándoles 30 ó 40 caballos encima, que al pisarlos dejaban libres los granos; era la forma más antigua de trillar el trigo y luego se lo aventaba con improvisadas horquillas de horquetas de ramas, hasta obtener un grano limpio. Así nuestros colonos, por una total carencia de herramientas, volvieron a las primitivas épocas de sus abuelos en el Volga porque el tiempo urgía y no se podía demorar la trilla.

Pero el éxito fue total y el Gobierno ya pudo dejar de suministrar harina a los colonos de la Colonia General Alvear en 1879, por haber ellos producido su propio trigo para su pan; los primeros arados fueron a mancera y muy primitivos que luego fueron sustituidos por otros más modernos y hasta afirma el P. Brendel que fue un herrero de nuestras colonias que construyó el primer arado de hierro en el país.

Las seis colonias-aldeas de General Alvear comenzaron su trabajo en forma intensa y sin desmayos y las casas blancas emergían por doquier de la noche a la mañana entre las lomadas del Dpto. Diamante; la tierra fértil respondía al esfuerzo de los inmigrantes, mientras los hijos llegaban con abundante bendición del cielo. Muy pronto la extensión de las chacras fue insuficiente y los jóvenes de la primera generación de argentinos pretendían constituir sus nuevos hogares y afrontar por cuenta propia el campo argentino; había que hallar la solución.

Para situarnos en aquella época, tendremos en cuenta que la primera cosecha abasteció las necesidades inmediatas de los colonos, pero era reducida cuando fue segada en 1879; también recordemos que en 1880, dejaba la Presidencia de la Nación, nuestro gran y muy recordado benefactor Nicolás Avellaneda, con lo cual perdíamos al

argentino que nos trajo al país, hoy tan nuestro... y al gran visionario cuya política, —si hubiera tenido continuadores—, hubiera transformado a la República en uno de los países más adelantados del mundo de hoy. Aquella vez, el convenio suscripto por nuestros representantes con el Gobierno Argentino, decía claramente en su articulado que la ayuda y concesión de tierras a los inmigrantes, —que por supuesto pagaban—, alcanzaría también a los que iban a llegar posteriormente a la llegada de los primeros, —1878|79—, lo cual jamás se cumplió.

Nunca supieron el motivo; pero es fácil comprender que el nuevo Presidente Gral. Julio A. Roca ya había sido forzado a entrar, con su equipo, en otra orientación política, muy usual por entonces, en el país. Pero nuestros antepasados no protestaron porque era un pueblo que había aprendido a autoabastecerse por sí mismo; así nacieron los consorcios de 30 ó 40 familias para comprar campo a los terratenientes latifundistas El patriarcado se mantuvo hasta mediados de este siglo y de allí en más, comenzó a perder fuerza; el año 1888 marcó la época de la gran expansión.

Aparte del crecimiento vegetativo de las "seis aldeas madres", la corriente migratoria desde el Volga y el Brasil a la Provincia de Entre Ríos, continuaba; la noticia de la bondad de las tierras de nuestra Provincia cundía ampliamente. Un grupo de pobladores de la Colonia General Alvear, algunos de los cuales no pertenecieron al primer contingente de llegados, salieron hacia el interior de la Provincia para buscar otras tierras aptas para el cultivo del trigo; así fundaron la aldea San José a un kilómetro de la estación Crespo del F. C. R. "Gral. Urquiza" comprando unas 6.000 has. a Don Ignacio Crespo, mancomunadamente, como sociedad de colonos adquirentes.

Muy pronto se desarrolló entre dicha Colonia "San José y la Estación Ferroviaria, la Villa Crespo que hoy es una importante ciudad con más de 10.000 habitantes y muchas industrias; poco después, otro grupo de Spatzenkutter y Brasilera, compró al señor Auli una legua cuadrada de campo en las cercanías de la Estación "Las Delicias" a 2 kilómetros de Paraná, fundando otra aldea denominada "María Luisa", también conocida como Auli. Meses después, varios colonos asociados se internaron en la Provincia y fundaron más al norte la aldea "Santa María" que llegó a ser importante, cerca de Cerrito y a unos 12 km de María Grande.

Posteriormente, hacia 1893, en las cercanías de la progresista aldea "San José" (Crespo), en la jurisdicción de los Departamentos Paraná

y Nogoyá, se establecieron casi simultáneamente, cinco aldeas con sus correspondientes colonias rurales, a saber: "San Rafael" (Cuestas), "Santa Rosa" (Arnoldo), "Eigenfeld" (Colonia Nueva), "San Juan" (Chaleco) y San Miguel; todas estas radicaciones fueron cumplidas por inmigrantes católicos.

Los evangélicos, procedentes de la importante aldea "Protestante" de Colonia General Alvear, sensiblemente incrementados con la llegada de nuevos colonos de la misma confesión, más que aldeas, fundaron colonias, como ser: "Colonia Merou", en el Dto. Paraná, Colonia "Centeraio", cerca de Viale, y las Colonias "La Llave" y "Esperanza", cerca de Lucas González; también los protestantes fundaron, en las inmediaciones de Crespo, la aldea "Jacobi" que no ha llegado a un mayor desarrollo.

Cabe mencionar también, que los católicos fundaron asimismo en el Distrito Sauce del Dpto. Nogoyá, las colonias "San Simón" y "Santa María" que tampoco llegaron a trascender como otras.

En muchos casos de fundaciones de aldeas católicas en la Provincia de Entre Ríos, tuvieron decisiva intervención sacerdotes, —especialmente del Verbo Divino—; existe el ejemplo del Rdo. Padre Enrique Becher, S.V.D., quien después de prestar una gran ayuda a las colonias "San José" y "San Juan" de Crespo, evitando con sus consejos el fracaso inicial, se dedicó a otra misión que honra a toda la comunidad católica. Fue así que el Padre Becher, sensible a las necesidades de aquellos colonos, ya abandonados y olvidados por las autoridades provinciales competentes en materia de colonización y que sin recursos llegaron del Volga o crecieron ya en estas tierras, sin llegar a reunir bienes materiales, les abrió un nuevo horizonte de porvenir en la vida; logró de un estanciero inglés que residía en el centro de la Provincia, cerca de Urquiza, suficientes tierras en muy aceptables condiciones, como para establecer una nueva colonización de Alemanes del Volga.

El Padre Becher, a fin de infundir confianza a los colonos, se radicó un tiempo en el "rancho" del estanciero inglés, desde donde y sin comodidad alguna, dirigió la radicación de los colonos; la mayoría de ellos procedían de la aldea "Santa María" (Cerrito), originalmente y otros de Colonia Gral. Alvear. Era una fundación para colonos pobres y tenía una finalidad social de profundo sentido "cristiano"; junto con la tierra, se incluyó en la compra dos mil ovejas, que lentamente fueron consumidas por los colonos y sus familias.

En primer lugar, el Padre Becher dispuso la marcación de dos

hectáreas destinadas al centro de la población y que serían el asiento de la iglesia parroquial, la escuela y demás dependencias eclesiásticas y públicas; vendrían luego los solares para las casas de los colonos con una superficie de media hectárea cada uno. Así surgió una aldea en forma de cuadrado de un kilómetro por lado. Fue una planificación generosa y por demás extensa, apta para radicar verdaderas casas quintas y prevista para un progreso que hasta la fecha no pudo ser cubierto con las construcciones soñadas; en el límite de la planta urbana y sobre tierras vírgenes que nunca habían visto el arado, se cultivaron amplios alfalfares, tan necesarios para mantener la "caballada", único motor para los trabajos agrícolas.

Todo esto se comenzó en los albores de este siglo –año 1900– y el Padre Becher tuvo que ocuparse por más de un año para proveer a las necesidades de este conjunto de agricultores, proveyéndoles de caballos, arados, semillas y todo lo necesario para que se produjera el despegue de una nueva radicación definitiva; este grupo tan tradicionalista y confiado en su Dios, necesitaba de semejante guía con la autoridad y ascendiente necesarios para mantenerlos unidos y para evitar que, al dispersarse en todas direcciones, fueran absorbidos por un mundo incrédulo y liberal como el que se perfilaba en el país.

Este grupo humano, fiel a sus tradiciones y confiado en su Dios, tan original y con "pobres de profunda fe", fundó Santa Anita, que ha tenido épocas de gran esplendor económico; pero la lejanía del ferrocarril y su alejamiento de rutas importantes conspiró contra su desarrollo normal. No obstante, es el pueblo que conjuntamente con San Miguel Arcángel de la Provincia de Buenos Aires, han dado más clérigos y religiosas al país, teniendo en cuenta su poca población, y en reconocimiento el Papa le hizo llegar un cáliz de oro a su parroquia.

No fue fácil domar tales tierras vírgenes y arrancar de su seno los anhelados frutos y ello fue reconocido por el mismo Gobierno de la Rusia zarista, cuando su embajador en la República, en 1908, visitó a la Provincia de Entre Ríos, distinguió y otorgó al Padre Becher, en mérito a su labor humanitaria, la Orden de San Esteban.

"Santa Anita" es también el lugar del nacimiento del Presidente del Comité de Apoyo, formado en la República Federal para la celebración del Centenario de la Inmigración de los Alemanes del Volga en la Argentina, licenciado Juan Tarcisio Heit, que ocupa un importante cargo diplomático en Bonn actualmente.

Con posterioridad, en 1923, en las cercanías de Villa Federal, al Norte de nuestra provincia, 78 familias del mismo origen adquirieron

10.800 hectáreas, fundando la Colonia "San Isidro", en otro gran esfuerzo común; este grupo sufrió la hostilidad de los nativos en un principio, hasta 45 grados de calor en el verano y una zona infectada de garrapata; supieron sobreponerse a estos inconvenientes y aclimatarse, haciendo Patria desde sus comienzos, imponiendo su cultura y alta moral al medio analfabeto que los rodeaba.

Así como Valle María es la máxima expresión entre los católicos de los Alemanes del Volga, como centro colonizador en Entre Ríos, en igual forma lo es aldea Protestante en relación a la inmigración evangélica en sus diversas congregaciones; esta aldea, de la Colonia madre General Alvear, fue el sustento y la piedra angular de la colonización realizada por los protestantes. En consecuencia, allá por el año 1887, llegaron directamente de las orillas del Volga –principalmente de la aldea Huck–, 19 familias que venían a reunirse con su ex vecino Herdt, que ya se había establecido en Protestante; al llegar muy tarde en la noche el barco que los traía al puerto de Diamante, una delegación emprendió el camino a pie hasta la aldea, donde llegaron pasada la medianoche.

Fueron muy bien recibidos no obstante la sorpresa, y a la mañana siguiente se alistaron siete carros para buscar a las 19 familias que esperaban en el puerto y durante dos semanas fueron huéspedes de dichos aldeanos, buscando luego trabajo e incluso arrendaron algunos campos de estancieros de la zona para cultivar trigo y lino, habitando precarias casas en dichos terrenos; naturalmente ello no representaba ningún futuro promisorio.

En la misma época, funcionarios del gobierno recorrían las colonias de los alemanes del Volga en la provincia y especialmente Diamante, encontrándose entre ellos un señor Juan Spangenberg; este funcionairo, de origen alemán, observó que dichos inmigrantes serían muy aptos para colonizar sus propias tierras, en una extensión de 12.000 hectáreas que poseía en el Dpto. de Gualeguaychú. Los del grupo Huck residían en la estancia de Etchevehere –constituyendo un núcleo muy cerrado que se identificaban con un dialecto sui géneris– buscaban a la sazón un asesor y protector –las 19 familias y otras aisladas de distintas procedencias volguenses– para adquirir sus propias tierras y lo hallaron en la persona de Spangenberg.

Por aquel entonces en Pehuajó Norte del Dpto. mencionado y lindando con los campos de Spangenberg se encontraba una legua cuadrada de campo, destinada por un señor Rivero en 1.880 a la instalación de una estación de F.C.G.U. y el consiguiente pueblo; pero el

trazado de la vía pasó finalmente por Urdinarrain. El generoso señor Spangenberg compró dicha legua de campo para nuestros colonos procedentes de aldea Protestante; se llamó a una reunión en la aldea y con gran entusiasmo designaron a los agricultores Jacobo Bauer, Felipe Huck, Pedro Michel y Andrés Müller como delegados, quienes junto con un baqueano proporcionado por Spangenberg, fueron a caballo para examinar los campos ofrecidos.

Llegaron en octubre de 1888 a destino, hallando campo virgen, con pastos naturales muy altos, vacas chúcaras –que les observaban asustadas entre los árboles de ñandubay y espinillo al pasar– y numerosas bandadas de patos silvestres y ñandúes que eran los únicos pobladores de tales tierras; pese al salvajismo que presentaban dichos campos, no les quedaba otra alternativa que aceptarlos. Se formaron tres grupos, libremente; el primero, los Huckre, que fundaron la aldea "San Antonio", el segundo, los Bauer, Schimpf y Reichel, aldea "Santa Celia" y tercero el grupo "surtido", más grande, que formó la aldea "San Juan".

De esa manera fueron estableciéndose en la zona Este de Entre mente a Rosario de Tala, después de 9 días de viaje, hallando al Gualeguay muy crecido e imposible de atravesar; esperaron la bajante durante tres semanas sin éxito. Las provisiones se iban terminando, cuando se les ocurrió a Heidenreich, Bauer y Michel construir con barriles y tablas que les facilitó la Municipalidad una balsa improvisada, mediante la cual cruzaron el río; cansados y abatidos, después de un mes de viaje, llegaron a Pehuajó Norte, el 27 de febrero de 1889; la actual ciudad de Urdinarrain fue fundada un año y medio después.

De esa manera fueron estableciéndose en la zona Este de Entre Ríos y en las cercanías de río Uruguay, comenzando la colonización intensiva en el Dpto. Gualeguaychú; cabe agregar que los nativos de la provincia sólo consumían en el campo la galleta porteña, siempre dura y la introducción del pan casero, tan abultado y esponjoso fue siempre la admiración de los criollos. Cuéntase que la Sra. de Kindsvatter de la aldea San Antonio fue la que amasó el primer pan "ruso" (Kalach) en un horno muy singular, construido en las barrancas del arroyo San Antonio, mediante la excavación de una profunda cavidad en la misma barranca a manera de horno; una vez a la semana se calentaba dicho agujero grande, para que toda la aldea utilizara ese horno común que proporcionaba el pan más exquisito de que hay memoria en la aldea.

Existen todavía otras pequeñas colonizaciones de alemanes del

Volga en la Provincia de Entre Ríos, cuyo detalle sería muy extenso para este libro; periódicamente las aldeas se incrementaban con nuevos llegados que siguieron apareciendo hasta 1914, año en el cual se inició la primera Guerra Mundial.

EXPANSION EN EL SUR

Volviendo a la fundación madre del Sur, o sea a la Colonia de Hinojo, dijimos que en setiembre de 1885 llegaron de la Bergseite —lado alto del Volga— otras 50 familias que sólo permanecieron 19 meses trabajando en la colonia cerca de Olavarría; no obtuvieron tierras suficientes para afincarse allí definitivamente, porque la Providencia les tenía reservado otro destino...! Aparte del conocimiento que tenemos de tales radicaciones en el Sur, dejaremos que el capellán militar, mayor Matías Seitz, y el vecino Alejandro Streitenberger nos relaten lo que sucedió con dicho grupo de Bergseiter.

Fue así que el Rdo. Padre Luis Servet, párroco de la Colonia Hinojo, en compañía de varios integrantes del grupo mencionado, se dirige 175 kilómetros más al Sur para entrevistar al señor Eduardo Casey, que tenía bajo su dominio 300.000 hectáreas de campo virgen en un paraje denominado "Sauce Corto" que provienen de la misma historia del país; fueron cedidos por servicios prestados en la Campaña del Desierto al coronel Angel Plaza Montero el 29 de octubre de 1878. Este militar vendió dicha concesión el 13 de agosto de 1881 al señor Eduardo Casey, quien solicita la extensión del Ferrocarril del Sud hasta lo que hoy conocemos como Coronel Suárez, Pcia. de Buenos Aires, quedando condicionada la venta-transferencia de la concesión a distintas cláusulas de colonización.

El señor Casey no pudo cumplir con las condiciones estipuladas por la crisis del año 90, vendiendo, en consecuencia, sus derechos a una Compañía inglesa, denominada "The Curumalan Land Company"; el paraje que se llamó Sauce Corto es hoy la conocida ciudad de Coronel Suárez, cuya estación fue construída en 1883.

La fundación de Coronel Suárez como cabeza de partido data del 27 de marzo de 1884, siendo gobernador de la provincia el doctor Dardo Rocha, quien había fundado dos años antes la ciudad de La Plata; en el lugar sólo existían cinco casas frente a la estación y varios ranchos cuando llegaron nuestros colonos procedentes de Hinojo. En el Volga había pertenecido a las aldeas de Kaminka, Volmar e Hild-

mann, todas en la Bergseite; aquí se puso en evidencia una vez más un vicio ancestral muy propio de nuestros antepasados, tanto en Europa como en América: el aislamiento.

Les fue ofrecido por los responsables de la colonización de "Sauce Corto", o sea, Coronel Suárez, aceptar las subdivisiones de urbanización ya trazadas para la gran ciudad, a la vera del ferrocarril del Sud (hoy Gral. Roca), en la misma planta urbana de la hoy floreciente ciudad; naturalmente, no se los separaría entre sí ni se haría diferencias de dialectos, costumbres y modos de vida. Todos eran colonos Alemanes del Volga y nada más. Por un lado, se les aconsejó aceptar los solares ya fraccionados legalmente, esperándolos listos y cerca de la civilización y el medio más eficaz para viajar: el ferrocarril; por el otro, vivir en una gran ciudad significaría la perdición de la juventud, porque el tren llevaría a la juventud al gran mundo, un mundo incrédulo y liberal como el que se perfilaba en el país, donde se pierde la fe y la tradición.

Así confundidos, optaron por escuchar a los consejeros que los querían solos y radicados en grupos aislados, como en el Volga; su inclinación habitual a mantenerse dentro de sus pequeños grupos originales, desconfiando de los demás, se impuso y prefirieron rechazar el ofrecimiento único y ventajoso de formar un solo gran pueblo en Coronel Suárez, para aislarse en pequeñas colonias granjeras del interior, sin trascendencia económica y cultural. Dice don Alejandro Streitenberger: "El propósito de nuestros fundadores fue rechazado rotundamente por la administración colonizadora, porque en la concesión otorgada por el Gobierno referente a la colonización no figuraba la fundación de otros pueblos fuera de Sauce Corto (Coronel Suárez), Arroyo Corto y Pigüé".

Se produjo una impase de 45 días para hacer gestiones oficiales ante las autoridades provinciales, mientras las 50 familias esperaban en carpas frente a la estación; mas, y por suerte, el Gobierno se mantuvo firme, permitiendo crear "Colonias Granjeras" —no pueblos—, sin cuadras urbanizadas. Cada uno de los tres grupos eligió un jefe, el cual debía lotear las zonas elegidas —por su cuenta y responsabilidad—, trazando una sola calle céntrica de 50 metros de ancho, ubicando los lotes de los colonos enfrentados, a lo largo de dicha única avenida, con 28 metros de frente por 110 de fondo; aún en el día de hoy se mantiene ese trazado original como testimonio de una actitud errónea y de perniciosas consecuencias: alargar el tiempo de integración al país y fomentar en el futuro la emigración masiva de la zona...

La mensura de las tres nuevas colonias "Granjeras" corría por cuenta de los colonos, ya que no aceptaron la urbanización destinada a ellos; si ello hubiera acaecido a la inversa, tendríamos hoy una hermosa ciudad de Alemanes del Volga, con todo el potencial con que nuestra raza suele producir, como el orgullo de los paisanos del Sur. Como en todas las otras fundaciones, parece que siempre alguien los consideraba y trataba como menores de edad, incapaces de tomar una decisión que se aviniera con su futuro y en consonancia con el progreso del país.

Nuevamente frente a un largo viaje, cargaron sus carros para alejarse de la "estación tentadora"; las 24 familias de Kamenka, utilizaron 13 carros para alejarse 15 kilómetros, de Coronel Suárez y fundar la Colonia 3, hoy pueblo "Santa María" el 11 de mayo de 1887. Los procedentes de Dehler y Volmar fundaron su colonia Nº 2, hoy "San José", a 10 kilómetros de Coronel Suárez un 13 de abril del mismo año y los de Hildmann, que constituían el grupo menos numeroso, se ubicaron a sólo cinco kilómetros de la ciudad en cierne y formaron lo que hoy se denomina colonia Nº 1, "Santa Trinidad". Su tesón y constancia los llevó a la prosperidad.

No sólo se dedicaron a la agricultura sino que también la ganadería constituyó su pasión; después de medio siglo de trabajo, los colonos de Coronel Suárez reunían 45.000 hectáreas de campo especial. A partir de 1940 vino la transformación y muchos se dedicaron a otros ramos o fueron a vivir en la pujante ciudad y la integración total se fue produciendo en forma acelerada; pero la expansión no terminó allí porque con los nuevos colonos que iban llegando del Volga o de otras partes del país, se fueron extendiendo hacia el Sur y al Oeste.

Fue así que aparecieron importantes radicaciones en localidades de la Provincia de Buenos Aires, como ser: Arroyo Corto, Cascada, Dufaux y sobre todo en San Miguel de Gascón —conocida hoy como San Miguel Arcángel—, de cuya fundación nos extenderemos en especial en este libro, que está en el Partido Adolfo Alsina; fueron los hermanos Wagner, oriundos de la Colonia Nº 2, de Coronel Suárez, quienes descubrieron las bondades de un campo de 10.000 hectáreas, propiedad de Antonio Leloir, que estaba en venta. No disponiendo del dinero necesario para tan magna adquisición, con espíritu solidario, interesaron a todos los paisanos de Coronel Suárez, quien al enviar sus emisarios, regresaron con buenas noticias; los vecinos Juan Kees y Jacobo Bahl emprendieron viaje a la Capital Federal para entrevis-

tar al señor Leloir, obteniendo el éxito deseado y convinieron la adquisición de toda la estancia en $16 la hectárea y al contado.

Las 10.000 hectáreas fueron subdivididas en 25 lotes de 400 has. cada uno, y el lote Nº 22 fue, asimismo, subdividido en 24 quintas de 14 has. y 34 solares de 50 m de frente y 2235 m de fondo, lo cual constituye la planta urbana de lo que hoy conocemos como "San Miguel Arcángel", en la Provincia de Buenos Aires; en su trazado se cometieron algunos errores que atentan contra el desarrollo normal de la población, pero las autoridades provinciales actuales están en la tarea de su corrección, lo que facilitará la disminución de la extensión de las líneas de corriente eléctrica y obras sanitarias en el futuro y, por ende, su costo y le dará un aspecto de ciudad.

Después que una "cuadrilla" de hombres cavó los pozos de agua y construyeron las reducidas casitas de adobe para instalarse con sus familias en esa inmensa soledad sureña, tuvieron que adquirir y trasladar desde Carhué los materiales de construcción, desde 50 km de distancia, por lugares sin caminos, contando apenas con sendas visibles, lentamente, los tirantes, chapas, postes, alambres, fueron acumulando y colocados o instalados en donde correspondía hasta que llegó el 29 de setiembre de 1903, festividad de San Miguel Arcángel en que pudo ser inaugurada.

Esta población de alemanes del Volga, aislada, solitaria y tradicional, tiene el inmenso orgullo de haber surgido de su seno cinco eminentes obispos, en las personas de los monseñores Dr. Enrique Rau, Dr. Jorge Mayer, Dr. Alejandro Schell, Dr. Jorge Gottau y el joven y brillante obispo de Quilmes, Dr. Jorge Novak; tampoco podemos dejar de citar al capellán de Marina, capitán de fragata José Brendel, autor del conocido y difundido libro "Hombres Rubios en el Surco". Asimismo viven en la localidad el vicepresidente 1º de la Asociación Argentina de los Alemanes del Volga, el señor José Feliciano Kamlofski y el que fuera diputado nacional don Gaspar Kees.

Mas la expansión debía continuar porque la frontera de La Pampa con la Provincia de Buenos Aires estaba muy cerca y la tentación de cruzarla fructificó en la fundación de nuevas colonias en "Winifreda", con las siete familias que llegaron del Volga en 1904 y que se afincaron primitivamente en el páramo bonaerense de "Tres Lomas", que fue abandonada para radicarse en La Pampa en 1909, en el lugar mencionado "Winifreda"; éste forma un lugar de gran progreso, cuyo aspecto difiere en mucho hoy en día de las tradicionales aldeas de nuestra gente.

Un año más tarde, el Rdo. Padre Teodor Kraemer interesó a diversos alemanes del Volga, establecidos en el partido Valentín Alsina, Puán y Tornquist, para reunirlos en una sola colonia, con la ventaja de una mejor atención espiritual, escolar, etc., para lo cual gestionó la compra de 10.000 has a un señor Martínez, en el paraje "La Noria", cercano a la ciudad de "Alpachiri", en la Provincia de La Pampa; su gestión tuvo éxito y se fundó lo que hoy conocemos como "Colonia Santa María" en La Pampa.

Más cerca del límite con la Pcia. de Buenos Aires, hallamos la Colonia "Santa Teresa", núcleo poblacional muy progresista de La Pampa, cuyos habitantes son todos descendientes de alemanes del Volga, incluso las autoridades del lugar; es notorio destacar que tanto "Santa María" como "Santa Teresa", son radicaciones totalmente católicas en donde se conserva la buena costumbre de practicar diariamente el canto en alemán. Todos saben cantar en alemán y lo hacen en lugares públicos y a toda hora, como homenaje a sus antepasados, no obstante conocer muy bien el folklore nativo; entre las radicaciones de antepasados nuestros que han desaparecido en Buenos Aires figuran la Colonia Santa Rosa y la aldea San Andrés.

Otros lugares que aún mantienen mayoría de descendientes de alemanes del Volga, podemos mencionar Villa Iris, Colonia Colorada Chica, Darregueira y 17 de Agosto, además de la colonización de Stroeder al Sur de Bahía Blanca; por parte de las confesiones evangélicas, se cuenta con densas radicaciones de Alemanes del Volga en Guatraché, San Martín y Alpachiri, de La Pampa.

La Provincia del Chaco también fue lugar elegido por este pueblo para establecerse para cumplir tareas rurales; los hallamos en "Presidencia Roque Sáenz Peña", Charata, General Pinedo y, sobre todo, en Juan José Castelli, donde iniciaron su tarea colonizadora en el año 1930, procedentes de La Pampa y Buenos Aires.

LOS ALEMANES DEL VOLGA EN LA ARGENTINA DE 1977

Hemos visto que dos fueron los focos iniciales de radicación de este pueblo: Colonia Hinojo y Colonia General Alvear; desde ambos puntos, se expandieron en todas direcciones. En la provincia de Entre Ríos se mantienen actualmente aún 15 aldeas pobladas por sus descendientes, de las cuales 12 son de credo católico y sólo tres evangé-

licas; mas la mayoría se encuentra establecida en pequeñas ciudades de 6.000 a 10.000 habitantes, como ser Ramírez, Crespo, Urdinarrain, Galarza, Maciá, en donde generalmente son mayoría. Existen además, ricas colonias agrícolas y/o avícolas pobladas por propietarios de nuestro común origen.

Puede decirse que no existe ciudad o población entrerriana en donde no se encuentren radicados los descendientes de los alemanes del Volga en 1977, no obstante el tremendo drenaje producido por la emigración a Buenos Aires; representan en nuestra Provincia el 25 % de la población, o sea, uno de cada cuatro habitantes.

Por otro lado, desde la Colonia Hinojo, la expansión —si bien algo distinta— se extendió más al occidente, invadiendo el sur bonaerense y La Pampa; desde allí llegaron al Chaco y también a Córdoba. Otros se afincaron aún más al Sur, en la zona del Valle del Río Negro y Neuquén, aparte de la colonización Stroeder; en La Pampa, la llegada de los Alemanes del Volga puede identificarse fácilmente como desprendimientos de ambos focos originales: los católicos del Sur de Buenos Aires y los evangélicos procedentes de Entre Ríos. Los primeros se establecieron en Santa María y Santa Teresa y los segundos en Guatraché, San Martín y Alpachiri.

Al Chaco fueron grupos, tanto de Entre Ríos como del Sur bonaerense, e incluso de La Pampa; pero el actual polo de atracción lo constituye, indudablemente, el Gran Buenos Aires y los cinturones industriales de Córdoba y Rosario. El elevado número de hijos y la dificultad de obtener campos —lo cual constituye una ironía en esta inmensa Argentina— fueron los factores primordiales que provocaron dicho éxodo, tanto varones como mujeres, muy jóvenes en su inmensa mayoría.

El Gran Buenos Aires cuenta con gran cantidad de descendientes de Alemanes del Volga, ocupados en las más diversas tareas; la gran mayoría ostentan visible bienestar y prosperidad, viven muy cómodos en sus propias casas y gozan de prestigio en la industria y en el comercio por su laboriosidad, honradez y sentido de responsabilidad.

De acuerdo a los más ajustados cálculos realizados, podemos afirmar que los 800.000 descendientes de los alemanes del Volga se distribuyen así en el país: 200.000 en Entre Ríos, 250.000 en el Sur de la Provincia de Buenos Aires y La Pampa, 200.000 en el Gran Buenos Aires y zonas vecinas, y 150.000 en el resto del país (Chaco, Misiones, etc.; desde un cuarto de siglo atrás ha comenzado la integración plena con las demás razas, lo cual alcanzó un máximo de aceptación en la colectividad.

TERCERA PARTE

ASPECTOS ANALITICOS DE LOS ALEMANES DEL VOLGA

a) *Sentimientos, cultura e ideales.* Su penosa trayectoria a través de Europa y de América, sus sacrificios y su largo aislamiento, produjeron un tipo germánico muy peculiar que se aferró al caudal de tradiciones que trajo de Alemania; se sentía solo en la inmensidad rusa, lo que lo hizo muy desconfiado. Sus sentimientos siempre se mezclaban con la religión y su ideal máximo era constituir una numerosa y próspera familia; el respeto por las tradiciones, sus mayores y la Iglesia constituyeron su mayor acervo cultural y anhelo.

b) *Familia, personas, tareas y economía.* Todo el sistema siempre se basó en el patriarcado y la familia era sagrada; los varones tenían privilegios sobre las mujeres y la voluntad del padre o del abuelo era inapelable. El jefe de la familia, "el patriarca", administraba el dinero, ordenaba las tareas a cumplir y dirigía –basado en su experiencia– toda la empresa familiar; el hijo mayor era el único que lo podía reemplazar.

c) *Religiosidad popular, valores trascendentes e iglesias.* Casi siempre como en el Volga, todas las radicaciones en la Argentina fueron cumplidas por grupos de una misma confesión religiosa, sin que el Gobierno así lo exigiera; el Padre Grüter sostuvo en la página 80 de su libro del Cincuentenario, que los protestantes representaban en esa fecha el 40 % del total de la población germánica de Entre Ríos (1927). Nosotros afirmamos que el 70 % en todo el país es católico y el 30 % evangélico, debido al hecho de que la inmensa mayoría de los asentados en la Pcia. de Buenos Aires es católico; la profunda fe de nuestro pueblo ha permitido la conservación de sus tradiciones y costumbres hasta nuestros días.

La práctica de la religión ha permanecido firme y el temor de Dios y la observancia de sus mandamientos constituyen el deber pri-

mordial: "obedece antes a Dios que a los hombres" fue siempre su norma.

Monseñor Jorge Novak, obispo de la diócesis de Quilmes, Provincia de Buenos Aires, estampa en medulosa síntesis, el ejemplar sentido cristiano de nuestro pueblo, colaboración que valoramos en su más profundo significado.

Antes de las palabras del prelado, queremos destacar que la Iglesia Católica Apostólica Romana, en reconocimiento de la profunda fe cristiana y el intenso fervor religioso de nuestras familias, designó a nueve de sus hijos, como obispos diocesanos, cuyos nombres van a continuación:

Monseñor Enrique Rau, arzobispo de Mar del Plata (fallecido)
Monseñor Alejandro Schell, obispo de Lomas de Zamora (fallecido)
Monseñor Luis Weimann, obispo de Santiago del Estero (fallecido)
Monseñor Jorge Kemerer, obispo de Posadas
Monseñor Jorge Mayer, arzobispo de Bahía Blanca
Monseñor Jorge Gottau, obispo de Santiago del Estero
Monseñor Pedro Boxler, obispo de Gualeguaychú
Monseñor Jorge Novak, obispo de Quilmes
Monseñor Adolfo Gerstner, obispo de Concordia

No podemos dejar de recordar la influyente y cordial figura de monseñor José Dobler, Deán del Cabildo Eclesiástico de Paraná, ya fallecido, primer sacerdote salido de nuestra comunidad en la Provincia de Entre Ríos, descollante figura de nuestro clero y uno de los pioneros del cooperativismo en la Provincia; sus numerosos amigos colocaron su busto sobre su tumba, en el cementerio de Valle María, lugar de su reposo elegido para descansar entre los suyos y recibir con frecuencia el recuerdo de sus plegarias.

SENTIDO CRISTIANO DE LA VIDA DE LOS ALEMANES DEL VOLGA

SER O NO SER DE UN PUEBLO

"¡Feliz el pueblo a quien así sucede, feliz el pueblo cuyo Dios es Yahveh!" (Salmo 144-45). Exclamación que cuadra ajustadamente como síntesis de la fe de nuestros antepasados; todo en ellos, desde la personal conciencia en la intimidad de su encuentro con Dios, has-

ta la familia y las múltiples conexiones en la sociedad, tuvo su raíz en la fe cristiana.

Nos demuestra la historia que una civilización es creativa y fecunda en la medida en que arraiga en valores trascendentes; eclipsándose, o peor aún, apagándose el sentido religioso en una sociedad, queda irremisiblemente condenada a desaparecer: cuando se pudre la raíz, el tronco se priva de la savia que rejuvenece y fecunda.

DESTINO PROVIDENCIAL DE TESTIMONIO

Porque Dios mismo así lo quiso, nuestros mayores no sólo mantuvieron inconmovible su fe cristiana, sino que, al tender sus comunidades en las estepas rusas o por las llanuras argentinas, irradiaron con vigoroso testimonio su fidelidad a los principios del Evangelio; testimonio humilde, sin alardes ni estrépitos, pero por lo mismo, auténtica predicación del sentido cristiano de la vida.

Espontáneamente viene a la memoria aquel texto escriturístico, que pareciera resumir este pensamiento: "Proclámenle, hijos de Israel, ante todos los pueblos, porque El los dispersó a ustedes entre ellos y aquí les ha demostrado su grandeza; exáltenle ante todos los vivientes, porque El es nuestro Dios y Señor, nuestro Padre por todos los siglos". (Tobías 13, 3-4)

HASTA DAR LA SANGRE POR CRISTO

Llegado el momento de rubricar el testimonio con la sangre de sus venas, cuando el marxismo se adueñó de Rusia, supieron los nuestros demostrar que nada les era tan caro como su adhesión incondicional a la Palabra de Dios que había engendrado en ellos la fe. Se cumplió literalmente lo que leemos en la Biblia: "unos fueron torturados, rehusando la liberación para conseguir una resurrección mejor; otros soportaron burlas y azotes y hasta cadenas y prisiones. (Hebreos 11, 35-36)

Frente a un sistema que hacía del ateísmo una verdadera actitud antirreligiosa, hubieron de replantearse las comunidades cristianas del Volga su propia fidelidad; son ilustrativos, a este respecto, los datos acopiados por Monseñor Kessler, en su libro "Historia de la diócesis de Tiraspol", páginas 253 y ss.

INTERPRETACION CRISTIANA DE LA VIDA

Repasando la colección de cantos de Georg Schünemann ("Das Lied der Deutschen Kolonisten in Russland", Munich 1923), nos encontramos con el Nº 62 "Stundenlied" (Canto de las horas), donde aparece manifiesta esa visión tan sencilla y profundamente religiosa de nuestra gente:

"el reloj dio la una... uno solo es Dios, que nos preserve de muerte repentina...
el reloj dio las dos... el hombre tiene ante sí dos caminos: Señor, guíame por el verdadero...
el reloj dio las tres... trino es Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo...
el reloj dio las cuatro... cuatro variantes tiene el agro: Hombre, ¿cómo va tu corazón?
el reloj dio las cinco... cinco fueron las vírgenes prudentes, cinco las necias...
el reloj dio las seis... en seis días hizo Dios el mundo: así todo quedó a punto...
el reloj dio las siete ... piensen en las siete palabras pronunciadas por el el Señor desde la cruz...
el reloj dio las ocho... solo ocho se salvaron por la misericordia de Dios en el diluvio
el reloj dio las nueve... nueve descuidaron la obligación de dar gracias; hombre no olvides el bien recibido...
el reloj dio las diez... los diez Mandamientos enseñan claramente cómo caminar en la presencia de Dios...
el reloj dio las once... once apóstoles quedaron fieles: Señor, ayúdanos a evitar la apostasía...
el reloj dio las doce... doce, plenitud del tiempo: hombre, no se te olvide la eternidad"

COMPUNCION Y CONVERSION

Experiencia elemental de todo hombre, es su condición de pecador. El cristiano halla alivio a esta terrible presión sicológica en el movimiento de conversión que, por Cristo, le traza el camino de su vuelta al Padre.

Este proceso queda reflejado de diversa manera, pero siempre con una profundidad conmovedora, en las canciones religiosas entona-

das a diario en el hogar y en el campo; así, por ejemplo, el hermoso coral "Ach Gott, erhör'mein Seufzen und "Wehklagen" (Schünemann Nº 32) "...Tú conoces mi dolor, penetras mi corazón, me lo impusiste, ayúdame a sobrellevarlo... soy tu hijo y merecido lo tengo..., que a lluvia y torbellino ponga término del sol el cálido brillo".

BAJO EL MANTO DE LA PROVIDENCIA

Mil veces, en las inclemencias del tiempo o en la inseguridad social, hicieron nuestros padres el aprendizaje de la Divina Providencia; este sentimiento se había encarnado hondamente en su vida y les resulta fácil elevar los ojos y las manos al Padre, quien sabe bien de qué cosas hemos menester día tras día (Mateo, 6,25). Vibra abismalmente este enfoque de la existencia en el canto "Strenguer Richter alless Sünder" (Schunemann, Nº 13), con su estribillo de tan pura raigambre evangélica: "Escucha bondadoso nuestra súplica, aparta de nuestros hogares la enfermedad, la guerra, el hambre; danos el pan nuestro de cada día".

Cómo nos sacude esta estrofa: "Cuando el granizo, en jornadas estivales de extremo calor, despedaza cuanto verdea en el campo y en la huerta, bien lo hemos merecido": confesión comunitaria de pecados; pero también esta otra, expresión de insuperable confianza: "Todo lo sabes atender perfectamente, sin necesitar de nadie; tú eres rico infinitamente, ¿quién se te puede comparar en sabiduría?"

SOMOS PEREGRINOS SOBRE LA TIERRA

¡Quién como nuestros antecesores podría hablar mejor de una comunidad cristiana peregrina! Evocando el paso de Israel por el desierto y su reiterada experiencia de desarraigo cuando la cautividad, superada por otra marcha triunfal de regreso, los alemanes del Volga han sabido y saben de caminos y de pruebas; una forma de desear más vivamente la Patria eterna de los redimidos. Una vocación comunitaria a favor de una humanidad necesitada de este mensaje de lo trascendente por entre las alternativas cambiantes de la historia.

"...vieron y saludaron (las promesas) desde lejos y proclamándose extraños y forasteros sobre la tierra; los que tal dicen claramente dan a entender que van en busca de una Patria..." (Hebreos, 11,

13 ss). Entrañablemente describe esta condición viandante el canto "Wir sind nur Pilger" (Schünemann, Nº 43), cuya última estrofa da la clave cristiana al duro trajinar humano:

"Pronto culmina el cansino andar,
por fin en el hogar, en el hogar.
Y Jesús nos seca sudores y lágrimas,
por fin en el hogar, en el hogar.
Ya no golpea al oído el quejido lastimero,
somos felices en la santa asamblea;
en caravana atravesamos jubilosos los pórticos del cielo,
por fin en el hogar, en el hogar".

ENTREGO SU VIDA POR NOSOTROS

El vivo recuerdo de la Pasión de Jesús confirió a todo este movimiento interior de conversión a Dios su impronta inconfundible, luminosamente evangélica, cristiana. No olvidemos que nuestros antepasados emigraron a Rusia en el siglo en que la piedad, tanto en el campo luterano como en el católico, todavía acusaba fuertes matices de contemplación íntima de la vida de Jesús, entre cuyas etapas figura, con rasgos prominentes la santa Pasión; en el siglo en el cual Haydn nos daría su reflexión musical sobre las siete Palabras de Cristo desde la cruz.

No sentimos, acaso, una emoción de la más radiante religiosidad cuando entramos en esa composición popular "Als Jesus von seiner Mutter ging" (Schünemann, Nº 27); en ese diálogo de madre a hijo puede todo cristiano –y así lo pretendería el autor y lo captarían las generaciones que sucesivamente entonaron sus estrofas– ver un espejo de sus propias actitudes ante la semana más santa del año.

Todo va evolucionando, como en un crescendo de fe y de esperanza, hacia estos versos:

"El domingo, madre queridísima,
resucitaré de entre los muertos,
portando la cruz con el estandarte en la mano,
entonces me contemplarán en estado de gloria".

IGLESIA Y COMUNIDAD FESTIVA

Eran las casas de oración, las iglesias, los templos y oratorios,

convergencias de hermanos, arribada de viajeros que durante la semana de trabajo hacían humildemente su deber de padres y madres de familia, de hijos; resulta estrecho el espacio para ejemplificar, por medio de los libros de celebraciones litúrgicas, de cantos religiosos, de oraciones, cómo se vivía ante Dios en el sentido pleno de familia.

Cómo se revivían los misterios de la vida de Jesús: la Navidad, la Pascua, Pentecostés. Igualmente la celebración sacramental de iniciación, como el bautismo, llenaba de eclesialidad el corazón de cada creyente y lo trasladaba a la familia y, desde ella, al mundo medio ambiente; nosotros mismos a través de generaciones, aún podemos captar las ondas espirituales que misteriosamente nos traen el eco de esas liturgias inundadas de luz, vibrantes de triunfales armonías, donde la comunidad se sabía un haz irrompible de corazones y de espíritus.

Resultaba estimulante salir de esos recintos de sonora luz y regresar al querido hogar retemplados en lo más medular del hombre que siente la alegría de su fe cristiana; cada cual tenía sus modalidades, el protestante y el católico, con sus peculiares contenidos al dirigirse a Cristo y a María: la invocación de ésta se refleja fuertemente en el cantoral católico. Más allá de estas peculiaridades, a todos hermanaba invisiblemente un mismo impulso de fidelidad a Cristo y la Palabra eterna de su Evangelio.

CATEQUESIS ESMERADA Y COMPROMETIDA

Era el hogar, como lo exige la lógica más elemental, escuela de fe donde los hijos recibían, con las palabras de la madre y el ejemplo del padre, las primeras nociones de catequesis que el sacerdote o el pastor ahondaban luego en el marco de la asamblea litúrgica.

En un rincón de la casa, se destacaba el signo del reino de Dios sobre toda la familia; desde este símbolo quedaba expresada claramente una realidad tan clara como indestructible. Dios inspiraba la convivencia familiar y, desde ella, imperaba en la sociedad misma; forma particularmente fuerte de este sentimiento era la oración, en la que los padres se anticipaban, con su actitud creyente y devota, grabando en la retina y en el corazón de los hijos, —con rasgos indelebles—, la necesidad de elevar la vida a Dios.

TESTIGOS DE FE EN LA ARGENTINA

Con tales aprestos del espíritu, nuestros antepasados trajeron a la Patria argentina, no sólo la dedicación ejemplar al cultivo del campo, sino, —y esto es mucho más de ponderar—, una interpretación, un sentir cristiano de la vida globalmente tomada; prueba inequívoca de ello lo constituye, por ejemplo, y en el caso de los católicos, el número llamativamente elevado de quienes se pusieron al servicio de la comunidad creyente como sacerdotes en el ministerio, como religiosos y religiosas en el área del testimonio de los valores trascendentes de nuestra religión.

Es muy difícil no encontrar en algún rincón del país por perdido que pareciera, algún miembro de nuestra Comunidad de los Alemanes del Volga, atendiendo una parroquia o actuando en escuelas y hospitales.

Aún más: desde hace más de cincuenta años, algunos de estos hombres y mujeres, respondiendo al llamado de Dios, se fueron al Oriente lejano a predicar el Evangelio a pueblos que todavía ignoraban a Cristo: el Japón, la India, las Islas Filipinas...

EXIGENCIA IMPOSTERGABLE DE LA HORA

Al cerrar esta breve y somera presentación del sentir cristiano de los nuestros en el pasado, necesariamente debemos hablar de un llamado a la fidelidad; ser fieles a Dios, al Evangelio de Jesús, a la Iglesia: no perder la identidad laboriosamente forjada en siglos de duro bregar en ambientes inhóspitos y en condiciones frecuentemente desfavorables. Fidelidad, también, desde esta profundidad religiosa, al hombre que nos rodea y reclama, a lo mejor inconscientemente, la valentía de un testimonio que le puede abrir perspectivas llenas de esperanza en un mundo que cada vez las ofrece en menor grado.

Ante la oleada de materialismo que amenaza cubrirnos, será la actitud cristiana, basada en la fe y expresada en la oración, transformada en festivo encuentro comunitario durante nuestras asambleas litúrgicas, la que nos definirá como pueblo de Dios, heredero no de glorias humanas en base a hechos de guerra y de sangre, sino, —y esto es lo que vale— herederos de generaciones que supieron vivir en amistad con Dios; y por eso, supieron hacer tanto por los hombres y su mundo.

La escalada de vicios y crímenes será frenada y superada por otra escalada, la de actos humildes de virtud anónima y silenciosa, verdadera fórmula para transformar la historia profana del pecado en luminosa historia de salvación.

Quilmes, octubre de 1977.

† Jorge Novak, obispo diocesano de Quilmes

Volviendo al hecho de que tanto en Rusia como en la Argentina, las aldeas y colonias siempre se componían de habitantes de idéntica confesión religiosa, fácil es de advertir que el Clérigo a cargo de la única Parroquia de la fundación, ejercía no sólo los poderes espirituales propios de su ministerio sobre su grey, sino que también y hasta hoy en día, influye poderosamente en lo "temporal"; es decir, que sus decisiones en relación a la administración, obras públicas, instrucción pública y vida social, era muy respetada por sus parroquianos, y todo lo importante en la vida de sus fieles, dependía en mayor o menor grado de la opinión del Cura Párroco o del Pastor de turno.

Este sistema ha interferido muchas veces en el progreso civil de la población o ha frenado cuando no impedido la libertad de acción de Comisiones o el surgimiento de conductores de extracción popular; el gran respeto hacia el Clérigo y su ascendiente sobre el pueblo, hacía que nadie se animara a enfrentarlo so pena de la vindicta pública. Por otro lado también reconocemos que el progreso y el desarrollo de una radicación fue debida al sacerdote o pastor dinámico y de mente lúcida; ahora esa modalidad está en retroceso y cada autoridad ejerce su competencia en forma adecuada.

NUESTRO PUEBLO Y LA IGLESIA EVANGELICA DEL RIO DE LA PLATA

Por el Pastor René Krüger

PILARES BASICOS

Los Alemanes del Volga como también de todas las otras regiones de Rusia, se caracterizan por dos rasgos esenciales que hacen a su idiosincrasia: el espíritu de trabajo y la fe cristiana; ambos constituyen los pilares básicos sobre los cuales se levanta la obra de pro-

greso, cultura e integración con la cual este grupo étnico colaboró en la dilatada Rusia zarista y en la formación de la Argentina actual.

Estos dos móviles básicos que cada inmigrante sentía latir en su corazón, encuentran una hermosa simbolización en la cruz y en el arado; las tierras del Plata esperaban a aquel colono de origen alemán venido de Rusia, y lo esperaban con estas dos imágenes. Ambos símbolos llegan a adquirir aquí un profundo sentido.

La cruz, en su representación de la fe cristiana, estaba arraigada en su interior ya que todo inmigrante traía consigo una enorme confianza en el amor de Dios, que tan sólo muy, muy pocos llegaron a abandonar la empresa de colonización al presentárseles las dificultades ni imaginadas de los comienzos; los demás constituyeron el numeroso ejército de agricultores abnegados que gracias a su fe supieron imponerse a aquellos obstáculos de las primeras décadas. Pero la cruz implicaba más que la evocación del amor de Dios, siempre presente, que encontró su máxima expresión en el signo donde Jesucristo dejó su vida por esta humanidad; ella también significaba la pesada cruz de un nuevo comienzo: pobreza, langostas, un nuevo idioma, un calor jamás conocido, largos peregrinajes empujados cada cuatro años a otro campito por el sistema de arrendamientos, enfermedades, plagas, y lucha interminable. . ., y esa cruz, con sus múltiples y siempre nuevas variantes, grabó sus profundas huellas en los rostros, manos, corazones y sentimientos de los pioneros del campo y de la selva.

El arado esperaba siempre listo, para abrir en el campo argentino profundos surcos de los cuales saldrían los anhelados frutos; pero las duras manos de nuestros hombres laboriosos, no sólo abrían la oscura tierra de la Mesopotamia y de las Pampas argentinas, sino también supieron preparar en sus corazones las convenientes huellas, a fin de que la buena semilla de la Palabra de Dios produjera alimento espiritual para ellos y para sus hijos. También los caminos a seguir en la formación y organización de sus Iglesias rioplatenses, implicaba sudor, sacrificio, abnegación y esfuerzo; la cruz, símbolo perenne de la fe cristiana y el arado, en su sentido y expresión espiritual de los nuevos rumbos a seguir en la constitución de comunidades cristianas, se cuajaron, en un considerable número de iglesias y entidades religiosas.

La Iglesia que tradicionalmente aglutina el mayor número de inmigrantes evangélicos de origen alemán, provenientes de Rusia, —y a sus descendientes—, es la que actualmente lleva el nombre de Iglesia Evangélica del Río de la Plata, (IERP), con sede legal en Esmeralda 12, Buenos Aires; hasta el año 1965, esta entidad se deno-

minaba "Sínodo Evangélico Alemán del Río de la Plata" (Deutsche Evangelische La Plata Synode, conocida abreviadamente como La Plata Synode). A ella se plegaron los primeros inmigrantes evangélicos que iniciaron la colonización, aunque después algunas congregaciones y partes de ellas salieron del Sínodo para formar comunidades adheridas a otros entes religiosos, la actual IERP sigue siendo la entidad evangélica que cuenta con la mayoría de afiliados, y por ello ostenta representatividad histórica, tradicional y numérica entre el grupo de Alemanes del Volga desde el primer momento de la colonización.

ANTECEDENTES

Al abrir Rusia sus puertas a la inmigración alemana durante los siglos XVIII y XIX, los responsables del gobierno zarista tuvieron que implementar alguna reglamentación a la incipiente comunidad eclesiástica y a la atención pastoral; ésta quedó paralizada con la aparición de la "Ley para la Iglesia Evangélica Luterana en Rusia", dictada por el zar Alejandro I el 28 de diciembre de 1832, englobando a la mayoría de las congregaciones evangélicas en territorio ruso, incluyendo cierto número de comunidades reformadas. Estas, utilizaban el catecismo de Heidelberg, —a diferencia de los Luteranos que empleaban el Catecismo Menor de Martín Lutero—, y no coincidían en ciertas modalidades referentes a la Santa Cena.

La idiosincrasia de las Congregaciones evangélicas obtenía sus matices específicos por la combinación de la labor de los pastores y maestros (maestros-sacristanes), y miembros laicos designados "hermanos"; en comparación con el elevado número de membresía y las enormes distancias, la cantidad de pastores era ínfima. Por ello, la escasez tuvo que suplirse de alguna manera por un "ejército de reserva", formado por maestros y sacristanes y laicos, cuyas funciones específicas ya fueron detalladas anteriormente; así las tareas mancomunadas de todos ellos, fijaban el camino, la forma, la piedad y las consecuencias prácticas de la fe, de aquellas congregaciones en Rusia. En cuanto al cuadro teológico, se componía de elementos de pietismo —originales de Suabia y otras regiones alemanas—, equilibrados por los aportes de la doctrina luterana.

LA IGLESIA EVANGELICA EN EL RIO DE LA PLATA

En la cuenca del Plata y concretamente en la Argentina, ya existían varias iglesias evangélicas al arribar los primeros inmigrantes; como primer contacto se cita el bautismo de un niño, nacido durante el viaje, en el templo de la Congregación Evangélica de Buenos Aires, —integrada luego al Sínodo (hoy IERP)—, en enero de 1878, iniciándose así una relación histórica que perdura a través de un siglo con la Congregación madre de Buenos Aires.

Al iniciarse la colonización ningún inmigrante tenía idea de como había de encararse y organizarse la vida eclesiástica y la atención pastoral; pero como en todas las nuevas etapas históricas el avance se nutre en la doble fuente de la tradición y la fantasía creadora también en la difícil etapa del arranque de la colonización de los Alemanes del Volga, esta urgencia fue solucionada en forma satisfactoria. En ausencia de los pastores durante los inicios, el binomio maestros-hermanos, —especialmente en Entre Ríos—, suplió la misma, ayudando a conservar lo existente en materia de fe e instrucción religiosa, amén de realizar todos los actos pastorales: bautismos, bendiciones nupciales y sepelios; así los vemos ofreciendo su servicio a sus hermanos en cultos leídos, visitas a enfermos y moribundos, reuniones de oración y meditación.

Pero pese a todos sus esfuerzos el grupo de los inmigrantes evangélicos era un rebaño sin pastor, y ello fue la razón por la cual se produjo la primera crisis en cuestión de vida eclesiástica; surgieron como por arte de magia, lo que se ha dado en llamar en la consideración de la historia de la iglesia en Latinoamérica los SEUDO-PASTORES. Eran personas que en su primer oficio u ocupación se desempeñaban como maestros, lectores sacristanes, semimédicos, charlatanes, curanderos, vagabundos...; hay figuras fracasadas, idealistas, alcohólicos, estafadores, engañadores profesionales, visionarios y bohemios. Venían ofreciendo a los inmigrantes sus servicios "pastorales", o a lo menos, "conocedores" de funciones y asuntos pastorales.

Tres factores llevaron finalmente en la última década del siglo pasado a los colonos a pensar seriamente en la instalación de un pastor propio para Entre Ríos; inicio de los trabajos de los adventistas, la actuación desconcertante y bochornosa de los seudo-pastores y el constante aumento del flujo inmigratorio con el crecimiento del número de evangélicos, los cuales obligaron a los colonos de la Aldea Pro-

testante, —por consejo del Pastor Wrege—, solicitar con fecha del diez de noviembre de 1895, un pastor propio y estable.

La Solicitud se dirigía al Consistorio Supremo de la Iglesia de la "Unión-Antiguo-Prusiana", con sede en Berlín, Alemania; por un lado los dos pastores que hasta 1895 habían visitado a los inmigrantes en Entre Ríos pertenecían a esta institución y por el otro, ésta tenía un carácter "unido" agrupando a luteranos y reformados, como el Sínodo del Volga. En conformidad con esta tradición, la oficina de Berlín se ofrecía a sí misma como la nueva "iglesia-madre" para los Alemanes del Volga, dado que el Sínodo de Saratov ya no podía proverlos de pastores y de atención eclesiástica.

El Consistorio de Berlín respondió inmediatamente a la solicitud y envió al primer pastor evangélico alemán estable en Entre Ríos: P. Bruno Heyne, el cual fue instalado en su cargo el 23 de abril de 1896 por el Pastor Wrege con la asistencia del P. Guillermo Bussmann, en representación de la Congregación de Buenos Aires; así se echaron desde un principio las bases de una relación no sólo con la iglesia luterana de Alemania, sino también con las de origen alemán en la nueva patria: Argentina.

En 1899 la Congregación recibió su personería jurídica luego de haberse constituido legalmente con sus estatutos; el 4 de marzo de 1900 se hizo miembro del reciente creado Sínodo Evangélico Alemán del Río de la Plata (hoy IERP), y el 30 de diciembre de 1901, toda la Congregación se incorporó a la Unión Antiguo-Prusiana de Alemania. Tales fueron los primeros pasos hasta la organización definitiva de un cuerpo eclesiástico definido entre los evangélicos provenientes de Rusia.

ACCION PASTORAL

La etapa de formación se va confundiendo cronológicamente con la incipiente extensión de la colonización en Entre Ríos, que llevaba implícita la ampliación de la labor pastoral y la constitución de nuevas congregaciones en suelo entrerriano; con llegada de nuevos contingentes inmigratorios y la formación de colonias de arrendatarios en los alrededores de Aldea Protestante, —madre de todas las colonias con Valle María e Hinojo—, se dilató el ámbito poblado por los inmigrantes formándose dos focos: centro-sur y norte de la Provincia. Debido a ello, el Pastor radicado en Aldea Protestante se convirtió paula-

tinamente en pastor itinerante, viéndose obligado a perder la mayor parte de su tiempo en viajes para visitar las incipientes congregaciones e instalar las nuevas en las fundaciones que surgían; de esta manera se vio la necesidad de instalar un segundo pastor en Entre Ríos, creándose la parroquia de Ramírez en 1909, constituyéndose en congregación independiente el 13 de marzo de 1910.

Poco a poco se fue avanzando para contar los centros de Protestantes, Ramírez, Crespo, Lucas González, San Antonio (Urdinarrain) y Viale (con Bovril), los cuales se fueron adhiriendo al Sínodo constituyendo dentro del mismo un cuerpo especial por su idiosincrasia ligándose, sin embargo en materia doctrinal, pastoral, eclesiástica y organizativa a las líneas proseguidas por la gran comunidad de Congregaciones en Argentina, Uruguay y Paraguay.

COLONOS PROCEDENTES DE OTRAS REGIONES DE RUSIA

Los primeros en llegar se establecieron en los alrededores de Coronel Suárez y el segundo grupo en La Pampa, siendo visitados por el Pastor itinerante: en Jacinto Arauz y Villa Iris y otras aldeas se instalaron inmigrantes de Besarabia y de la zona del Mar Negro que fueron atendidos por un pastor instalado en Villa Alba, La Pampa, correspondiendo su atención actualmente a Bahía Blanca.

A partir de 1920 llegaron a la República del Uruguay nuevos inmigrantes de Rusia y hasta de Siberia, procedentes, —tras una escalada—, del Brasil; en 1957 se creó la parroquia de Paysandú con varias filiales. Todo este segundo grupo quedó incorporado al IERP. Los inmigrates de Volinia, constituyen el tercer grupo que se radicaron en Misiones (Leandro Alem, 25 de Mayo, Montecarlo y filiales) y en menor escala en Paraguay (Capitán Meza y Jesús, filiales de Hohenau); también en Entre Ríos hay descendientes de los inmigrantes procedentes de Besarabia y de Volinia.

SUCESIONES

En el orden eclesiástico y comunitario las congregaciones entrerrianas tuvieron que afrontar en dos oportunidades, movimientos separatistas; el primero se produjo por la relación tirante existente en-

tre el Sínodo y Mathesius dirigiéndose éste al Sínodo de Misurí en los Estados Unidos, Cuerpo eclesiástico Luterano), el cual lo apoyó dando origen a una filial dependiente de aquel Sínodo en la Argentina y se denomina Iglesia Evangélica Luterana Argentina (IELA).

El otro movimiento fue iniciado por Georg Geier en filiales de los alrededores de Urdinarrain; por carencia de maestros, ocupó este cargo por varios años con el título de colegial ayudante de maestro y luego solicitó su ordenación como Pastor del Sínodo Congregacional de los Estados Unidos, recibiendo apoyo y fundándose a partir de 1924, varias filiales en Entre Ríos y otras provincias que constituyen la Iglesia Evangélica Congregacional.

FUTURO ECUMENICO

Las separaciones mencionados son hechos consumados; corresponde a la generación presente, tanto a los dirigentes como a la membresía, dar los pasos hacia un futuro de unión y de acercamiento entre las iglesias evangélicas, ya que predican el mismo mensaje y poseen filiales en los mismos pueblos y ciudades, hacen los mismos recorridos e invierten con gran sacrificio sus energías en su obra paralela; deponiendo viejas actitudes y asumiendo nuevas pautas verdaderamente cristianas, el futuro puede ser promisorio para el campo evangélico a pesar de sus resquebrajamientos y divisiones.

Dentro del ámbito de la IERP, las instituciones tuvieron que buscar nuevos caminos mancomunadamente, descubrir tareas comunes y responsabilizarse por ellas y marchar tomados de las manos con otras comunidades que no fueron Alemanes del Volga; se impusieron tareas nuevas como la formación de pastores nacionales, autosostén económico y extender las tareas hacia cauces desconocidos hasta el presente. Esta senda que muchas veces llevó por penosos trajines pudo y puede seguirse actualmente; por ello se impone una mejor colaboración y comprensión, el olvido de los viejos desentendimientos, la superación de los conflictos de los abuelos, el intercambio entre las Iglesias en palabras y con obras, una labor común frente a idénticos desafíos, como testimonio de unidad, fe y amor. Las instituciones, el pueblo, la Argentina, necesitan este ejemplo y después de 100 años de trabajo, progreso y colonización, también llegó la hora de la unidad, colaboración y amor para las Iglesias.

EL PRESENTE Y EL FUTURO

Las dos Guerras mundiales significaron un rudo golpe para las congregaciones del Sínodo: se cortaron las subvenciones y subsidios de Alemania, se dificultó la venida de nuevos pastores y muchas intituciones perdieron la personería jurídica; estas dificultades llevaron a mayores esfuerzos para llegar al autosostén de honorarios de pastores y viáticos La dimensión diacónica recibió un empuje jamás esperado al iniciarse colectas para los hermanos evangélicos de Alemania quienes sufrían las despiadadas consecuencias de la guerra, que castigó por igual a inocentes y culpables.

La supresión del idioma alemán en la enseñanza y su reemplazo por el castellano en las escuelas parroquiales obligó a la utilización de este idioma en la labor pastoral especialmente para la catequesis de los niños que ya no tenían oportunidad para el aprendizaje del alemán escrito u oral; la práctica del dialecto materno junto al castellano hace de nuestro pueblo la comunidad bilingüe más numerosa de la República. La tendencia actual llevará en poco tiempo al uso exclusivo del castellano por el aumento del número de pastores autóctonos, varios de ellos Alemanes del Volga.

LA MIGRACION HACIA LAS GRANDES CIUDADES

Este proceso se encuadra en la general migración interna de los países del Plata y de todo el mundo; así una gran parte de los hijos de aquellos campesinos reside hoy en Buenos Aires, San Nicolás, Rosario y otras ciudades. En Entre Ríos el núcleo de atracción urbana es Paraná, cuya congregación recientemente formada ya cuenta con Pastor propio, lo cual constituye un paso hacia adelante como señal de que nuestras instituciones mesopotámicas que la apoyan económicamente a través de una caja de auxilio común, comenzaron a comprender su llamado misionero y su responsabilidad consecuente y desinteresada en nuestra sociedad; la ciudad es un constante desafío para los hijos de inmigrantes por las posibilidades económicas de progreso, pero también en lo subjetivo como pista hacia el ''gran mundo'' y a la vez desafía a la iglesia como campo de misión de dimensiones desacostumbradas por la cantidad cada vez mayor.

El mismo problema se nota sobre el Uruguay en cuyas ciudades: Gualeguaychú, Concepción del Uruguay y Concordia, se instalaron

sendos pastores; estas corrientes no cesarán en los próximos años y seguramente incrementarán su número. Más aún, la mecanización del agro va reduciendo la absorción de mano de obra y el remanente ocioso no encuentra otra salida que la radicación en la ciudad; por ello, el desafío histórico no está solamente en conservar y mantener lo existente y tradicional, sino afrontar los problemas emergentes de la urbanización y lograr la integración en el país rioplatense, para formar el país del mañana.

La Iglesia Evangélica sabrá responder a este planteo, ayudando a sus miembros a ser cristianos de manera consciente y responsable, aún más allá de los moldes tradicionales a los cuales estaban acostumbrados; trabajo y fe es el reclamo presente de la patria a sus hijos; hermanos y jóvenes integrantes y factores de este proceso, la mejor manera de honrar en este Centenario a los antepasados es integrar su trabajo y su fe en esta patria definitiva, de nosotros y de las generaciones venideras.

Pastor René Krüger.

IGLESIA EVANGELICA LUTERANA ARGENTINA

Bajo este nombre figura en los registros oficiales. Hasta no hace mucho su denominación oficial era la de "Iglesia Evangélica Luterana del Sínodo de Misurí". Bajo su actual denominación se la reconoce en los círculos eclesiásticos del país y del exterior, particularmente en los países limítrofes de Uruguay, Paraguay y Chile, en los que se halla extendida, aunque todavía de manera muy incipiente.

El inicio de sus actividades en la República Argentina se remonta al año 1905. Por aquellos años el número de pastores, de habla alemana, residentes en el país, era muy escaso. Tanto fue así que, en la provincia de Entre Ríos, que había recibido el contingente más numeroso de Alemanes del Volga, de origen protestante, residía un solo pastor para atender las necesidades espirituales de ese considerable número de inmigrantes dispersos en distintas zonas de la provincia, cifra que ascendió luego a dos, uno en Gral. Alvear, Dep. Diamante, y el otro en la zona de Urdinarrain con sus colonias, entre las que se destacaban San Juan, San Antonio y Santa Celia.

Precisamente de la colonia San Juan partió la solicitud, por mediación del pastor allí residente de apellido von Matthesius, que había

resuelto regresar a su país de origen, dirigida al presidente de la iglesia del Sínodo de Misurí en el Brasil, el pastor Mahler, a fin de que se enviara un pastor para atender las necesidades espirituales de aquella parroquia. Después de un prolongado silencio de parte del presidente de la Iglesia del Brasil y de una reiteración de la solicitud anterior, el pastor Mahler se hizo presente personalmente en Aldea San Juan, comprobando que no existía ningún impedimento para que se diera curso a la solicitud. Así fue como la aldea San Juan, en la provincia de Entre Ríos, fue la primera parroquia, con pastor residente en el lugar, de la Iglesia Luterana del Sínodo de Misurí en la Argentina.

Los primeros pastores que prestaron sus servicios a esta parroquia y a otras que se iban formando, eran originarios de los Estados Unidos de Norteamérica, país en el que también cursaron sus estudios teológicos. En ese país precisamente se había formado la Iglesia Evangélica Luterana del Sínodo de Misurí, en el Estado que lleva ese nombre, cuando en el año 1839 un grupo numeroso de inmigrantes, entre los que había pastores y maestros, médicos, agricultores, jornaleros, etc., desembarcaron en sus playas, provenientes de Alemania, sajones en su mayoría, y se establecieron en el Estado Misurí. Estos pioneros eran luteranos de tendencia ortodoxa, que por razones de conciencia abandonaron su patria y buscaron un país libre en el que podrían profesar su fe sin dependencia ni ingerencia estatal. Tras duro batallar por la subsistencia y superados los difíciles comienzos, quedó organizada la Iglesia Luterana del Sínodo de Misurí, que rápidamente se extendió por otros Estados, y que hoy es una de las agrupaciones eclesiásticas más numerosa y más prestigiosa de los Estados Unidos, esto último debido principalmente a su ortodoxia, a su tendencia conservadora y tradicionalista.

Aquellos primeros pastores norteamericanos que llegaron a nuestras playas, venían imbuidos del mismo espíritu, un tanto cerrados en su ortodoxia, razón por la cual solían producirse ciertas desinteligencias con los pastores y feligreses de otras denominaciones. Pero, en el fondo, eran hombres sinceros en sus convicciones, infatigables en el trabajo y dispuestos al sacrificio. Algunos pocos regresaron a su país en sus años jóvenes. Y son varios los que se han quedado definitivamente aquí junto a sus hijos, que han seguido —algunos de ellos—, la profesión del padre. Actualmente la mayoría de los pastores de esta Iglesia son hijos o nietos de Alemanes del Volga o de otros inmigrantes

venidos de Europa, y obtuvieron su formación teológica en el Seminario de José León Suárez, provincia de Buenos Aires.

Un paso muy importante en aquellos primeros años de actividad de la Iglesia Luterana Argentina, fue la creación y puesta en marcha de un colegio particular de enseñanza secundaria, el "Colegio Concordia", que funcionaba en la entonces Villa Crespo, provincia de Entre Ríos. Esa institución promocionaba maestros parroquiales después de seis años de estudios, a la vez que servía de pre-seminario, debiendo, los que optaban por obtener el título de pastor, seguir estudios por tres años más en el seminario de Porto Alegre, en la hermana república del Brasil.

Esta Iglesia siempre se preocupó, como es norma de la Iglesia madre de EE.UU., de crear y poner en marcha escuelas parroquiales y religiosas, así como también escuelas dominicales, con el fin de impartir a sus fieles una instrucción religiosa elemental en la niñez. Actualmente la instrucción religiosa está más bien circunscripta a las escuelas dominicales, lo cual implica un retroceso en el aspecto educacional. En cambio funcionan en varias parroquias importantes del país, escuelas con jardín de infantes y el ciclo primario completo, desde luego que adscriptas al Estado, que gozan de prestigio en el medio en el que se desenvuelven y cuentan con una numerosa asistencia. Por su parte en el Seminario de José León Suárez funciona, también adscripto al Estado, un instituto de enseñanza secundaria que promociona bachilleres y al que concurren alumnos de ambos sexos.

En cuanto al crecimiento de esta Iglesia en nuestro país, las estadísticas demuestran que, en su fase inicial, durante los primeros 25 años, ha sido de rápida expansión sobre bases sólidas. Al celebrarse el cincuentenario en el año 1955 la obra se hallaba extendida en doce provincias del país, habiéndose registrado el mayor crecimiento en las provincias de Entre Ríos y de Misiones y en el Gran Buenos Aires. También en el aspecto edilicio se registró, en las postrimerías de ese período, un notable progreso, que desde entonces se ha ido consolidando sin mayores variantes.

Según las estadísticas más recientes hay actualmente alrededor de 25.000 almas agrupadas en 150 congregaciones, bajo la atención espiritual de unos 55 pastores. En las dos últimas décadas el crecimiento no se traduce en cifras muy elocuentes, pero de todos modos, con las dificultades y los altibajos propios de la época que nos toca vivir, la Iglesia Evangélica Luterana Argentina está en la tarea de la divulgación del Mensaje del Reino de Dios, de acuerdo a la misión

encomendada por Jesucristo a su Iglesia de predicar el Evangelio a toda creatura para salvación del mundo.

Pastor VICTOR DORSCH

IGLESIA EVANGELICA BAUTISTA ALEMANA

Después de la fundación de la Colonia Gral. Alvear, dentro de la cual se encontraba la "Aldea Protestante", allá por el año 1891 llegó un grupo de Alemanes del Volga dirigido por Don Juan Pedro Brunner, e integrado por Andrés Sinner, Conrado Krenz, Godofredo Engel y Juan Wagner, para reunirse con una familia "Bautista" ya radicada en la Aldea Protestante de apellido FEIOCK. Estos nuevos inmigrantes trabajaban como "peones" con los ya establecidos y después de dos años el grupo fue reforzado por Cristian Elseser, Juan Lauk, Jorge Schimpf, Alfredo Schick, Jorge Heffel y David Erwes, posteriormente, junto con algunas familias luteranas se establecieron en una llamada "Aldea Racedo" (hoy desaparecida), manteniendo su culto cristiano en locales privados. Con la llegada de nuevos colonos del Volga "Bautistas", éstos se dispersaron a la Aldea Jacobi en las inmediaciones de Crespo y luego en la zona de Ramírez, para fundar en setiembre de 1894 la que hoy conocemos como "Igesia Evangélica Bautista Alemana" de la ciudad de Gral. Ramírez, Entre Ríos.

Se trata de una filial de la conocida Iglesia Bautista tan arraigada en los Estados Unidos y que se diferencia de sus similares Protestantes por la forma de realizar el bautismo de sus miembros; o sea que cumplen con dicho rito cuando el candidato tenga capacidad de "creer" y decide por sí mismo recibir el bautismo, por inmersión total en agua, como forma de imitar el bautismo de Jesús en el Jordán. Dentro de la Convención Evangélica Bautista Argentina existe una "Asociación" de Iglesias de habla Alemana, se trata de un grupo evangélico de activas prácticas religiosas, que no siguen a ningún Reformador y tienen un importante Seminario Teológico en la Capital Federal Su doctrina cristiana es muy simple y sus iglesias son administrativamente independientes y autónomas; los Alemanes del Volga —como hombres de gran fe— han sido factor decisivo en su organización en la Argentina.

IGLESIA ADVENTISTA DEL SEPTIMO DIA

Su origen data de 1844 y su llegada al país se produjo en 1875, cuando llegó ya en 1875 de la "Bergseite" del Volga el colono Juan Jorge Riffel hasta Entre Ríos; posteriormente este inmigrante se trasladó a EE.UU., en donde se "convirtió" a los adventistas. En 1892 volvió Juan Jorge Riffel con otras cuatro familias "Adventistas" más (entre ellas Jacobo Frick), comenzando a difundir su nueva religión en la Aldea Protestante; allí ganaron —entre otros— a Reihardt Hetze.

Posteriormente, les fue enviado de EE.UU. el pastor Westphal y un alemán del Volga donó 10 cuadras de campo, para que en 1898 se fundara una Escuela; en 1903 el Dr. Habennicht funda contiguo al colegio un sanatorio, que fuera dirigido posteriormente por el doctor Carlos Westphal. Hoy ambas instituciones son conocidas por Colegio y Sanatorio Adventista del Plata y forman la Villa Libertador San Martín, en el Dpto. Diamante de Entre Ríos.

La Iglesia Adventista es cuantitativamente pequeña y su línea Teológica se diferencía totalmente de las demás Iglesias Cristianas; su principal diferencia consiste en que, al igual que los Israelitas, guardan estrictamente el día "sábado" en vez del domingo —pese a su confesión pública de "cristianos"—. Se destacan por sus numerosas instituciones educativas en el país; pero, sobre todo, es, sin duda, la Iglesia que más importancia le asigna a la curación de los enfermos físicos, sobre el lema que "Cristo, más que predicar, curó enfermos".

En consecuencia, entre sus fieles se ha despertado una enorme vocación por la medicina; tanto es así, que los adventistas tienen la mayor cantidad de médicos en su "Iglesia" —algunos de gran renombre— que dedican su vida a servir como misioneros sanadores, a su fe llamada Adventista.

d) ESCUELA. Instrucción y Educación. En razón de su aislamiento y la falta de centros de instrucción y especialmente, de escuelas secundarias y de nivel terciario, en las Colonias del Volga, las generaciones que sucedieron a los inmigrantes procedentes de Alemania y sus hijos, perdieron un tanto la visión del valor de la capacitación técnica, literaria o artística de un pueblo; llegaron finalmente al convencimiento subjetivo, que los largos estudios y la especialización no eran necesarios para ellos, y más aún, que ni siquiera eran aptos para emprenderlos, ya que sólo formaban un pueblo de labriegos. Cuando llegaron al país continuaron pensando que una estirpe

de colonos sólo debía aprender a leer y a escribir; fue un error de resultados muy negativos.

Tanto en el Volga como en los primeros tiempos en la Argentina, la instrucción primaria estaba a cargo de las iglesias y la instrucción, generalmente, no pasaba el cuarto grado; muchos talentos fueron así truncados en flor y les fueron cortadas las alas de un vuelo que hubiera sido, en muchos casos, espectacular en lo que a desarrollo intelectual se refiere. En muchos lugares se estableció, en primer término, la escuela privada, llegando la oficial mucho después.

En obsequio a la brevedad, reproducimos aquí un reportaje realizado en L.R.A. 14, Radio Nacional de Santa Fe, a la Sra. Emma Barón de Dening por el Sr. Presidente de la Asociación Nacional de los Alemanes del Volga V. P. Popp; que significan una síntesis de los valores que tradicionalmente persigue el Magisterio Nacional y cristiano, y especialmente las maestras procedentes de nuestra estirpe:

1º Señale algunas experiencias de su labor docente.

Mis alumnos proceden de los ambientes más diversos, tanto del centro de la ciudad, de la periferia y del campo (se desempeñaba en la Escuela Normal de Gualeguaychú y en la Nacional Nº 6 de los suburbios simultáneamente). Mi actividad se centró siempre —además de captar el cariño de mis educandos para facilitar su aprendizaje— en atraer y acercar especialmente a las madres a la escuela porque soy una convencida que sin la colaboración del hogar, los maestros por eficientes que seamos, sólo logramos un mediano rendimiento educativo.

2º ¿Cómo armoniza usted su labor de Maestra con las ocupaciones de ama de casa?

El contenido de esta pregunta es un verdadero dilema para toda maestra; pero usted, que conoce sutilmente nuestra idiosincrasia, sabe perfectamente que las mujeres —sea cual fuere nuestra profesión— armonizamos ambas obligaciones. Tributamos a nuestro hogar un verdadero culto, dándole la ubicación que en el consenso de la escala de valores realmente le corresponde; ser maestra, esposa y madre, son dos apostolados que corren paralelos y parafraseando la cita bíblica, ''sabemos dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios''.

Todo se subordina al sentido de saberse organizar para que ninguna de las dos funciones sufra mengua; pienso, por otra parte, que ambas tareas no son excluyentes y tienen sutiles puntos de contacto; la

alternancia entre el trabajo intelectual y el físico —escuela-hogar—, constituye un descanso y solaz para la mente.

En cuanto al primer aspecto, traté siempre de superarme mediante la realización de más de quince cursos de perfeccionamiento docente en todos los temas específicos de mi profesión de los cuales he sacado gran provecho en conocimientos que aplico regularmente en mi docencia; además, sigo estudiando el alemán con mi hija en el Instituto Göethe.

3º ¿Qué mensaje deja a las Maestras descendientes de Alemanes del Volga?

Mi mensaje —y aclaro que no va en orden de prioridades— es el siguiente: "No olvidar el idioma de nuestros antepasados para renegar de nuestra estirpe, aunque nos sintamos, como argentinas que somos, totalmente integradas a nuestra Patria; para ello practicar el alemán en el hogar y siempre cuando se presente ocasión.

Tratemos de lograr de nuestros alumnos, "más que amueblar su memoria con conocimientos, como dijera Piaget, tender a formar su voluntad; suscitar vivencias en el niño para influir en su espíritu —y como lo expresa el gran pedagogo italiano Renzo Titone, a quien tanto admiro—, a fin de injertar la semilla de verdad y de bondad que le preparamos y esperamos ver germinar. Pero no olvidemos que nadie puede dar lo que no tiene: hoy más que nunca la Patria reclama de nosotras actualización, capacidad, abnegación y respeto profundo hacia la persona del niño.

Recordemos que el educando de hoy será el hombre maduro del año 2.000; si sabemos, como maestras de primarias, en estas etapas de su segunda infancia y preadolescencia, infundirles amor a sus padres, a sus semejantes, a la Patria y a sus gloriosos símbolos... y sobre todo ello, el amor a Dios que corona la vida, para que sepa de dónde viene y hacia dónde va o debe llegar, encuadrando su conducta en una sana moral. Creo que así habremos cumplido, como maestras argentinas, descendientes de Alemanes del Volga, nuestra noble misión; capacidad y espíritu de sacificio no nos faltan".

La irrupción en el nivel medio de la enseñanza de la juventud argentina en general y de los descendientes de Alemanes del Volga en particular, ha sido espectacular en los últimos 30 años; es fácil comprobar que un porcentaje sumamente elevado —en las zonas de las ciudades y su hinterland— sigue enseñanza secundaria. Es notable el alto número de los hijos de nuestra gente que ha incursionado en la

enseñanza técnica, siendo de ordinario, los más perseverantes y de mejor rendimiento.

También la Universidad, en el mismo período, ha tenido una verdadera explosión en su crecimiento y la multiplicación de las facultades en el interior del país, las ha puesto al alcance de quien quiera aprovecharlas: nuestros profesionales ya son muy numerosos en todas las especialidades académicas y en todos los cargos públicos o privados de empresas, nuestra gente ocupa destacadas posiciones.

En cuanto al idioma que practican los Alemanes del Volga en la Argentina, resulta muy importante aclarar que la colonización del bajo Volga en Rusia fue la radicación más antigua y numerosa, —en su conjunto—, que de alemanes se produjo en dicho país; la gran mayoría de los habitantes que habitaban las doscientas aldeas en ambas riberas del Volga, en 1914, procedían de Hesse y del Palatinado y muy pocos de Baviera. En consecuencia, todos continuaban hablando el dialecto original de sus comarcas de la Renania alemana, que aún hoy (1977) se siguen empleando.

Toda esa herencia llevada de Alemania desde 1763 se mantiene también en nuestro país; los estudiosos e historiadores de América, generalmente no están de acuerdo, ni en condiciones de distinguir entre los dialectos que formaron el "Hochdeutsch", —alemán académico—, y los del norte alemán, conocidos como "Plattdeutsch". Cabe aclarar que el alemán alto que se utiliza oficialmente en las dos Alemanias, Austria y Suiza, proviene del conjunto de dialectos utilizados de las regiones occidentales y centrales de Alemania: ello incluye las regiones de nuestra procedencia.

En consecuencia, los dialectos que utilizan los Alemanes del Volga todavía en la Argentina, pertenecen al grupo de los dialectos llamados académicos, "Hochdeutsch Diallekte" con variantes regionales; pero nunca pertenecen al "Plattdeutsch" como erróneamente se pretende afirmar. Débese advertir que en la Alemania del presente, se utilizan más de una decena de dialectos muy diferentes entre sí, hasta el extremo que los del norte no llegan a entenderse con los del sur con los mismos.

Con muy pocas excepciones, todos los alemanes de hoy, utilizan en sus casas y también en la calle, los dialectos propios de las regiones de su nacimiento; he realizado, (V. P. Popp) experiencias, en mi viaje de estudios de junio pasado que me convencieron de la verdad de estas afirmaciones; utilicé mi propio dialeceto de la Bergseite que empleamos en la Argentina, durante muchas importantes entrevistas en

Alemania en forma fluida y corriente, sin hallar tropiezo con mis interlocutores. Advierto que se trata de un dialecto de Hesse, exportado en 1763 hacia el Volga y en 1878 traído a la Argentina; y ahora en 1977 vuelve a Alemania en mi persona, su lugar de origen, —después de 214 años—, para ser nuevamente instrumento de perfecto entendimiento entre ex-vecinos que no se ven hace más de dos siglos. Fue un reencuentro para la historia.

e) POLITICA: Economía agraria, comunidad regional y su defensa, inserción en el Estado Moderno. El Convenio primitivo suscripto por los Alemanes del Volga y el Gobierno Argentino, establecía el régimen de ayuda y provisión de tierras a todos los futuros grupos de inmigrantes que llegarán al país con fines de colonización; nada de ello se cumplió so pretexto de haberse impuesto quienes no eran partidarios de la inmigración protegida. Ello fue negativo y obligó a los colonos extranjeros, sin recursos propios, a entrar en los arreglos que les proponían los terratenientes y latifundistas a principios de este siglo; en el Volga fueron libres e independientes y aquí cayeron en el tan difundido ''vicio del aprovechamiento de los rusos ingenuos'' para hacerlos trabajar en beneficio del patrón.

Tímidos, sin conocer las leyes ni el idioma, fueron fácil presa de muchos ''estancieros explotadores'' del ''hombre por el hombre'' (homo hóminis lupus, decía Cicerón, el hombre es lobo para el hombre), en muestra Argentina; muchos gobiernos dictaron leyes desfavorables al arrendatario y así tenían que deambular de un campo al otro, sin poder reunir un capital. Era una cadena de propietarios-comerciantes-prestamistas, que se valían de la buena fe de nuestra gente, su candidez y su responsabilidad, adelantándoles la semilla, la mercadería y subsistencia necesaria para el año; todo a cuenta de la próxima cosecha.

Cuando a fin de año, esos ''pulpos'' con cara de ángeles les presentaban la ''liquidación'' de la cosecha, se encontraban con que sólo sobraban ''centavos''; pero los amigos ''comerciantes'' no terminaban allí, sino que fingiendo compasión por el poco rendimiento o la mala ''suerte'', en un acto de desprendimiento fingido, le regalaban un par de platos, un corte barato de género o un prendedor para la patrona y agregaban algunos caramelos para los chicos. Así los preparaban para un nuevo ciclo para el año siguiente, siendo que ganaban fortunas a costa de ellos; pero la tenacidad y constancia de los colonos, —desprovistos de toda protección social—, después de recorrer ese viacrucis durante el primer medio siglo de una estancia a otra, como

aparceros, arrendatarios o medieros, lograron aprovechar una legislación agraria más favorable que les permitió adquirir sus propios campos.

Asimismo, al promediar este siglo, (1940) se produjo en el litoral un hecho económico que incidió poderosamente en la vida de los descendientes de los alemanes del Volga: la AVICULTURA; como consecuencia del gran parcelamiento de los campos (minifundio) en los Departamentos de Diamante, Paraná y Nogoyá de la Pcia. de Entre Ríos, —por el derecho de herencia—, se produjo la insuficiencia económica a causa de los numerosos herederos, en nuestro pueblo, de las explotaciones agrícolas y ganaderas por su reducida superficie disponible.

Los campos de 100 hectáreas que cubrían las necesidades de una familia de 7 a 8 miembros resultaban muy pequeños para luego sustentar a los herederos que sólo obtenían 20 has, en el reparto; esto provocó el éxodo de la juventud hacia Buenos Aires y otros grandes centros urbanos.

En esa fecha, un alemán radicado en Crespo, Entre Ríos, vio la posibilidad de salir en auxilio de dichos entrerrianos que sólo disponían de poco campo; su nombre: Luis Kaheler, padre de la avicultura entrerriana. Fue así que Kaheler demostró que con la incubación artificial se podía establecer un criadero de aves racionalizado para la producción de huevos. Para ello no hacía falta mucho campo, con apenas pocas hectáreas todo Alemán del Volga estaba en condiciones de instalar un criadero de gallinas ponedoras, como profesional, que le proporcionaría el medio de vida para subsistir fácilmente; de allí nuestro pueblo, a raíz del minifundio, optó por la avicultura en gran escala y con mucho éxito y una vez más se comprobó que la unidad económica no depende de su extensión, sino de la intensidad de la explotación.

De aquí en más se vio la necesidad de un alimento especial, balanceado, para dichas aves en las diversas etapas de su crecimiento; de inmediato surgió un hijo de alemanes del Volga en la aldea Protestante, Don Alejandro Streich, que en 1941 produjo ese primer alimento balanceado, empleando una fórmula experimentada por Santiago Becker. Streich continuó durante cinco años con la producción de dicho alimento y luego se hizo cargo, en gran escala, de su producción, la firma Sagemuller de la ciudad de Crespo; de esa manera, merced a una iniciativa feliz, se fue transformando la economía de nuestra gente en la Provincia, merced a la avicultura.

Otro aspecto de la defensa de los intereses económicos lo constituyó la creación de numerosas Cooperativas Agrícolas y de Consumo; hoy los Alemanes del Volga integran los directorios de las mejores Cooperativas Rurales del país.

Finalmente aprendieron la lección de que la "la unión hace la fuerza", volviendo a las prácticas de sus antepasados en el Volga, quienes 150 años atrás mantenían sus colonias y aldeas con el sistema cooperativo.

Los Alemanes del Volga dejaron ya los primitivos métodos de producción rural, para adoptar decididamente la tecnificación de su labor; e inclusive muchas de sus alejadas "chacras" está conectadas al sistema de electrificación rural.

Las Colonias del sur se dedican más a la agricultura y ganadería que las del litoral y sus campos tienen mayor extensión que los entrerrianos; y en general, son económicamente más poderosos.

En lo relativo a la participación de este pueblo en las lides políticas partidistas, son más consecuentes que los de origen latino, ya que demasiado saben que las promesas políticas son olvidadas por los candidatos, apenas escalan los puestos anhelados; nunca esperaron mucho de los políticos y menos de las promesas de los partidos. Participan silenciosamente de los actos electorales y cumplen con la obligación del voto disciplinadamente; siempre prefieren los partidos de derecha por su apego a la propiedad y son decididamente anticomunistas. Detestan el dirigismo estatal y el sindicalismo politizado; son básicamente hombres libres con capacidad suficiente para vivir integrados a una economía liberal y competitiva. Anhelan y buscan con todas sus fuerzas la paz social y la vigencia del derecho.

f) COSTUMBRISMO: Tradiciones, indumentaria, canto y poesía, vivienda, comidas y fiestas.

Los Alemanes del Volga y sus descendientes son un pueblo que vive "en familia" como "cuna de la humanidad"; cada familia se transformaba en un "patriarcado" y en esas grandes y largas "casas" el patriarca, sea abuelo o bisabuelo, se ubicaba en la punta de la mesa, considerado el puesto de honor. Todos se dirigían a él con respeto y lo trataban de "usted". Si los alemanes, con el correr del tiempo, ya han perdido la costumbre del siglo dieciocho, nuestra estirpe se mantuvo aferrada a dichas antiguas prácticas hasta hace pocos años atrás; cada familia se constituía en una especie de "tribu", donde los hijos casados se mantenían junto a su padre, aunque fueran ya abuelos.

Un gran respeto por los padres y con las personas mayores, define a los Alemanes del Volga; jamás se los nombraba con el "vos" o "tú", siempre de usted. Ningún hijo o nieto osaba fumar delante del padre ni ser sorprendido por él en semejante irreverencia. Todos sabían quiénes eran los fumadores y nadie se lo prohibía, pero nunca lo hacían a la vista del padre; siguiendo antiguas costumbres y al ordenamiento del "sistema MIR" de la redistribución del campo entre los varones, aquí también en la Argentina fueron los varones quienes recibieron el campo como propiedad hereditaria.

Las hijas mujeres, a semejanza del Antiguo Testamento, sólo estaban destinadas a las labores domésticas, el mantenimiento de la casa y el patio, la cría de las aves para el hogar (gallinas, gansos, patos, pavos) el cultivo de la huerta, de la atención del tambo para la casa; si los varones eran pocos, las mujeres debían colaborar en las tareas del campo, como ser: juntar o deschalar el maíz, recoger trigo o lino, coser bolsas en las trilladoras y cocinar para los peones de la trilla o cosecha. Entre nuestro pueblo no hay lugar para haraganes, siempre hay tareas a cumplir, conforme a sus fuerzas y sexo; aún los niños desde temprana edad comenzaban ayudando a los mayores, iniciándose así en el feliz hábito del trabajo permanente.

El culto al trabajo físico era tan intenso que muchas veces descuidaban el estudio; el historiador L. Grütter dice en su libro: "Tages Arbeit-Abends Gäste-Saure Vochen-Frohe Feste". Que equivale a: de día trabajo, de noche visitas, semanas agrias, alegres fiestas", lo cual define a nuestra gente acertadamente; esto nos da idea de un método de vida muy especial. Estando el trabajo incorporado como principal obligación diaria a la existencia de los Alemanes del Volga, tiene no obstante su contraste en la costumbre de salir por la noche, a visitar a los vecinos semanalmente y esperar de ellos que devuelvan la visita, llamado "Spilleh" o "Maihe", de acuerdo a que son Bergseiter o Wiesenseiter.

Esa obligación moral de visitarse mutuamente entre vecinos, suplía al Club Social de la población; si bien las semanas de duro trabajo resultaban "agrias", la fiestas, sean religiosas o casamientos, siempre se realizaban en un ambiente de gran alegría.

En cuanto a la indumentaria, no se ha mantenido una línea clásica proveniente de Alemania; las condiciones climáticas fueron distintas y por ende tenían otras exigencias. En general, las damas de nuestro pueblo gustan vestir en forma sobria y con recato, pero también con calidad. La vestimenta femenina depende un tanto de las

exigencias de la Iglesia; jamás se adoptaron las líneas eslavas en el vestir. Puede decirse que es un pueblo que no quiere llamar la atención con su indumentaria y prefiere ser moderado y adaptarse al medio; así algunos hombres comenzaron muy pronto con algunas de las vestimentas de los gauchos y hoy ya no se los distingue de los nativos en este particular, salvo en una cosa; el sombrero. Son muy afectos al uso de sombreros serios. En cambio, nunca se viste a las niñas como las nativas de "china", conservan el estilo europeo.

La indumentaria de los alemanes del Volga debe ser calificada como de campo y de ciudad siendo la primera, un mejoramiento de la vestimenta de nuestro "gaucho", conservando las mujeres los vestidos sobrios, largos y de colores oscuros; también son muy usuales los delantales y los pañuelos de cabeza. En general, las mujeres son las más conservadoras y los hombres de campo o de las aldeas, optan por lo práctico en el vestir; en las ciudades, las damas y las niñas ponen sumo cuidado en la elegancia de la vestimenta, sin llegar a ser espectacular.

Los hombres de las ciudades, no se diferencian de los demás ciudadanos dentro de lo sobrio; cabe acotar, como curiosidad, que los colonos a principios de siglo, cuando aún no se habían integrado totalmente a la vida de las regiones subtropicales, usaban muchas prendas de las regiones frías.

La mayor parte de la ropa se confeccionaba en casa; una esposa, además de saber cocinar y hacer pan, debía estar capacitada para confeccionar la ropa de toda la familia y ese conocimiento se trasladaba luego, a las hijas.
La filosofía de los colonos fue siempre de autoabastecerse a sí mismos en todo lo posible.

Pasando a otro aspecto muy tradicional de este pueblo germano, como una compensación de las penurias y sacrificios ofrecidos en dos siglos de colonización en tierras vírgenes, nuestro pueblo se abastece emotivamente con el canto y la música; el hermoso canto litúrgico de las Iglesias católica y protestante, es de por sí un capítulo de gloria y emoción en las aldeas y colonias de nuestra gente. Luego viene el canto popular; los nuestros lo llaman "Casselieder" (cantos de la calle), o simplemente "Volkslieder" (cantos del pueblo). Es muy difícil encontrar a algún integrante de este grupo étnico que no sepa cantar o no tenga pasión por dicho folklore alemán.

Hemos podido comprobar, en nuestras repetidas recorridas por todas las fundaciones de Alemanes del Volga en la Argentina, que

en todas ellas aún prevalece el amor al canto popular y a su poesía; se destacan especialmente, las colonias de La Pampa, Santa Rosa y Santa María. Con decir que en ambas colonias, es habitual que se reúnan jóvenes y ancianos en una casa privada o en algún boliche para pasar la noche cantando en alemán, sin música y de memoria; ¿qué cantan?... pues aparte de las viejas canciones guerreras de 1870 ó 1914, las poéticas canciones germanas dedicadas a la Primavera, al amor, a la lealtad, amor a la Patria... También cantan nuestro folklore.

Ello significa las composiciones inéditas, nacidas entre los mismos Alemanes del Volga, tanto en Rusia como en América, como real folklore popular; las canciones son motivadas por hechos comunes de la vida, como ser: El gallo cantor, la juventud, la novia lejana, filosofía de la vida y tantas otras sátiras de acontecimientos propios de la vida de una aldea o colonia; el canto popular está consubstanciado con el ser mismo de este pueblo, que siempre lo practicó.

Las viviendas de los Alemanes del Volga, siempre han concitado su mayor atención; casas amplias funcionales, cómodas y limpias; durante las fundaciones a fines del siglo pasado (19), aún se construía al estilo europeo. Posteriormente se pasó al estilo utilizado en el país. Este pueblo, en un principio, no prestaba ninguna atención a las mansiones suntuosas y costosas, con fines de ostentación o de jactancia; como ser: los living, o salas de recibir, donde se exhibe lo mejor de la familia para impresionar a las visitas o autoridades. Todas estas funciones las debía cumplir la "cocina"; éstas eran amplias, con el horno que se atendía desde adentro, tenía una mesa grande y fuerte, con un banco largo contra la pared, representaba el centro vital de la familia patriarcal.

Como complemento de dicha cocina grande, que era a la vez, sala de recibir y oficina de administración de la "chacra", se anexaba un sótano o una piecita como despensa, destinándose ambos anexos a depósito de alimentos; se mantenía siempre un stock de papas, cebollas, ajos, de harina, fruta seca, azúcar, sal, grasa y aceites... como así también se guardaba leche, crema, manteca, queso... siempre de producción propia. Los sótanos ofrecían la ventaja de la temperatura uniforme, donde se podía conservar mejor el sauerkraut, los pepinos encurtidos, etc.; era un pueblo previsor que nunca compraba de "hoy para mañana" y menos de a medio kilo.

Allí estriba su concepto de la economía doméstica, por cuanto con las compras "al por mayor" se logran mejores precios; hoy en día nuestras cocinas aún son amplias y se utilizan como comedor. El sótano es

reemplazado por heladeras grandes y en la mayoría de los casos, aún se utiliza la despensa para conservar los chorizos y demás productos lácteos de producción propia; este sistema de la multicocina funcional, es tan ventajoso que no puede ser desechado, ni aún por anticuado. De los dormitorios, uno era para los padres y de los otros dos, uno para cada sexo, generalmente muy amplios; eran lugares reservados a los que sólo acceden los muy íntimos y quienes los utilizan.

Otra de las cosas muy comunes eran los corredores o galerías; se les otorgaba importancia por servir de lugar de refugio en las largas horas de calor durante el verano. Allí se toma mate, se consumen los almuerzos y cenas, se recibe a las visitas y cuando el tiempo lo permite, suplanta a la función de la cocina; también suelen instalarse bajo su alero o en otro sitio alejado y aireado "la cocina de verano", que fue simple y rudimentaria, para no calentar el ámbito de la cocina grande en el verano, manteniéndola con una temperatura agradable por las múltiples funciones que cumple.

El Alemán del Volga es afecto en aplicar madera en sus viviendas, lograr protección contra las temperaturas altas o bajas; los pisos y cielorrasos de madera son muy comunes. También presta mucha atención a las dependencias rurales y de trabajo; en el campo todos tienen un recinto de herrería, o sea, un taller de primeros auxilios para la atención de sus herramientas. Muchas veces, dichos talleres llegan a tanta capacidad y perfección que bien podrían representar un comercio de la ciudad.

Los vehículos y herramientas de campo deben tener sus correspondientes galpones o tinglados; por lo general, las dependencias para uso rural abundan en las construcciones de campo de un Alemán del Volga. Por otra parte, aquellos que residen en zonas urbanas, se destacan por sus hermosas construcciones y prolijidad en las viviendas; aún así, se conserva el ideal de la cocina amplia por sus ventajas que dos siglos no lograron reemplazar con algo superior.

El horno y el sótano, son dos cosas que los Alemanes del Volga siempre anhelaron; en cambio, se diferencian de las otras razas, por no ser afectos a los balcones, terrazas, piletas de natación, etc. Su concepto de la comunidad tiene reminiscencias de la "nieve" y de la madre patria: Alemania; tendrá que pasar un siglo más para que todo sea uniforme en una Argentina generosa.

Otro aspecto básico en la modalidad de vida de este pueblo es su alimentación; en el Volga tuvieron que adaptarse a una alimentación muy pobre, en base a harina de granos y algunas verduras y

frutas. Allí consumían pan integral a base de centeno, papas, repollo, sandías, manzanas y muy pocas veces, carne; aquí continuaron, en parte, con dicho régimen, pero le agregaron profusamente el alimento nacional: la carne. Hoy, son más carnívoros que los nativos; pero, con la ventaja, que al faltar la carne, recurren a las comidas de la abuela, tan exquisitas y con tanta historia.

Las familias de nuestro pueblo son hoy en día internacionales en cuanto a sus comidas y tanto conocen la comida criolla como la italiana; pero cuando quieren algo especial, recurren a los "Kraut und Dicke" (repollo con albóndigas en base a pan); "Kartoffel und Klöss" (papas con ñoquis de harina, servidas con crema y tostaditas en manteca; "Kraut und Brei" (chucrut con puré, acompañados chorizo, salchicha o tocino) plato muy apetecido en invierno; "Bräten in Offen" (carne y papas asadas al horno, aderezadas en forma muy sabrosa.

Además, las sopas: de gallina con fideos caseros, de crema agria, de albondiguitas de harina, huevo y manteca, de repollo, etc. son también una especialidad, como también los "Kees warenik" (canelones caseros rellenos de crema, ricota, pasas de uva), hechos al horno; los "Maultaschen" (pasteles rellenos de ricota), bien aderezada y con profusión de pasas de uva y hervidos. ¡Una delicia!; otra especialidad son los "Pirok" (pasteles rellenos con chucrut sólo o mezclado con carne picada.

En las comidas festivas nunca faltaba el clásico "lechón al horno"; era el plato imprescindible en los casamientos. Hechos en horno casero tenían un gusto muy particular. En cuestión repostería los "Riebel-kuchen" y los "Tinnen-kuchen", los "Strudel" (rellenos de higos secos, ricota, duraznos, zapallo, etc.), son aún hoy el máximo exponente del gusto tradicional; también nuestras abuelas son especialistas en "Kreppel", "Schnitzensup" y "Siessfielsell", "Brenik" (masitas) "Löpkuchen", etc.

Se prefiere el horno para muchas comidas, la combinación de harina con repollo es muy frecuente, como también con carnes varias. El uso del chucrut y más los pepinos encurtidos en general y en los sótanos o despensas de nuestras casas, había piezas de jamón, fiambres diversos y el infaltable "Kwass", hecho en un tonel especial de madera, y se consumía en abundancia en verano como refresco; también había frascos con distintas mermeladas caseras, cajones de fruta desecada (orejones, pasas), quesos caseros, etc.

Nuestra gente sabía abastecerse y comer bien; es muy difícil encontrar una casa de alemanes del Volga, que no cuente con su jardín

o su huerta en donde abundaban los árboles frutales de todas las especies conocidas en la zona, con los cuales, —además de su consumo corriente—, se fabricaban vino o licores caseros.

El menú de este grupo étnico es tradicionalmente "muy fuerte" con muchas calorías y adecuado más a climas fríos; aprendieron del criollo a tomar mate. Prefieren el pan casero y el integral, cuyas virtudes saludables conocen; toda comida era acompañada con pan.

Finalmente nos queda el aspecto festivo; hasta hace poco no celebraban sus cumpleaños, ni el día del Padre ni de la Madre; pero "tiran la casa por la ventana" en bodas matrimoniales de algún miembro de la familia, teniendo el casamiento el máximo rango en manifestaciones de alegría y abundancia en comidas, bebidas, música y baile (especialmente los evangélicos). En las aldeas católicas tienen gran significación las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Pascua; en Navidad, para los católicos se rememoraba el nacimiento del Niño Jesús con el Pesebre, el árbol de Navidad y el Pelznikell. En el Año Nuevo, todos los niños iban a casa de los familiares con el "Wünsche", comenzando con los padres o abuelos; la fórmula era en verso de autor desconocido y probablemente varias veces centenario y que todo el mundo sabía de memoria:

"Vater und Mutter ich wünsche euch, ein Glückseeliges Neues-Jhar. Langes Leben und Gesundheit; Frieden und Einigkeit und nach euren Tod die ewige Klückseeligkeit". "Das Wünsche mir dir auch", era la respuesta.

Lo que en traducción libre significaba: "Papá y mamá, yo les deseo un Feliz Año Nuevo. Larga vida y salud, paz y unión y después de vuestra muerte la feliz eternidad" "Esto también te deseamos a ti".

Otra de las fiestas tradicionales en las aldeas católicas era la "Patronal" (Kerb), celebradas con unción religiosa y festiva; todos los vecinos se preparaban generosamente para recibir visitas imprevistas y ningún amigo y hasta forastero que llegaba quedaba sin compartir una abundante y bien servida mesa.

Los protestantes compensaban la ausencia de estas fiestas en su calendario con sus casamientos gigantes con numerosos invitados y abundante consumo de alimentos y bebidas, acompañadas de alegres músicas y bailes, que a veces duraban tres días consecutivos.

Si bien nuestro pueblo hasta mediados del siglo fue cerrado y exclusivista en sus celebraciones, hoy ya abrió sus puertas a todas las razas, pero siempre con la precaución necesaria.

CUARTA PARTE

LA REPUBLICA AUTONOMA DE LOS ALEMANES DEL VOLGA

Después de la Revolución de octubre de 1917, se designó en Rusia a la zona de nuestros antepasados como "Comuna de Trabajadores Alemana del Volga" con lo cual inició su próxima autonomía; posteriormente, el 6 de enero de 1924 se dispuso oficialmente la transformación de dicha zona en una "República Autónoma Socialista de los Alemanes del Volga", con una superficie de 28.212 kilómetros cuadrados (casi como la Pcia. de Tucumán), de los cuales 20.640 km2, era campo laborable y fértil. Su capital era Engels, con 60.000 habitantes de los cuales sólo el 12 % era de origen alemán; en esta original República el 66,4 % eran descendientes de alemanes y su territorio estaba dividido en cantones (distritos).

Inicialmente eran 11, llegando más tarde a 24 cantones, ordenados por la composición étnica de sus habitantes; dicha república tenía su propia constitución. Pero en la práctica, todas las directivas venían de Moscú; sus colegios e instituciones técnicas utilizaban el alemán e incluso se empleaba dicho idioma en la administración de la República. Contaba con 17 Escuelas Técnicas, 1 Facultad de Agronomía, 3 Institutos Pedagógicos y en la Universidad de Saratov tenía las facultades de Humanidades, Medicina, Veterinaria y Ingeniería, todas en idioma alemán.

Incluso la República de los Alemanes del Volga contaba con un teatro oficial y varios hospitales gratuitos.

Pasaron 17 años y estalló la Segunda Guerra Mundial, llevando las fuerzas armadas del Tercer Reich un arrollador ataque a la Unión Soviética, llegando sus avances hasta Stalingrado (Volgogrado), sobre el Volga, situado algunos centenares de kilómetros al Sur de las ex colonias de nuestros antepasados, después de 177 años de permanencia colonias del Volga; ello significó la oportunidad para los germanófobos y sobre todo a Stalin, de liquidar, mediante la deportación, a todas las

colonias de nuestros antepasados, después de 177 años de permanencia en dichos lugares.

Felizmente, nuestros padres habían optado por la libertad americana 64 años antes.

El decreto del Soviet Supremo del 28 de agosto de 1941, anuló la República Autónoma Socialista de los Alemanes del Volga, excluyó a sus habitantes de los derechos civiles y políticos, les quitó la ciudadanía rusa y ordenó su traslado masivo al Este, a fin de que no lograran tomar contacto con las tropas alemanas en su avance.

Así nuestros hermanos, despojados de sus derechos, muchos condenados a trabajos forzados, radicados en zonas inhóspitas de Rusia algunos, en zonas asiáticas otros, se vieron separados violentamente del lugar de su nacimiento y despojados de sus casas y enseres.

Recién el 11 de febrero de 1957, por un pedido previo del Papa Juan XXIII, efectuado en la entrevista que tuvo con Kruchev, a lo cual se adhirió Adenauer, primer ministro de Alemania Federal, este pueblo fue rehabilitado en sus derechos, pero sin devolución de sus bienes; en 1965 una delegación de Alemanes del Volga gestionó ante Mikoyan el restablecimiento de la República Autónoma Socialista de los Alemanes del Volga, pero sin éxito hasta el presente. Es la triste historia de nuestro pueblo, muy poco conocida hasta ahora.

LA ASOCIACION ARGENTINA DE LOS ALEMANES DEL VOLGA

El 15 de abril de 1975 se hizo realidad un viejo sueño de los 800.000 descendientes de Alemanes del Volga, radicados en la República Argentina desde 1878; ello fue la creación de una sociedad laica y ecuménica, libre y generosa, en cuyo seno tienen cabida todos los argentinos que descienden de este pueblo de trabajadores y creyentes. El trabajo fue comenzado desde la ciudad de Crespo, Entre Ríos, con la ayuda de la Cooperativa ''La Agrícola Regional'' Ltda., cuya fundación y conducción corresponde en su mayoría, a los alemanes del Volga.

Hoy cuenta la Asociación con más de 30 filiales, distribuídas en la Pcia. de Entre Ríos, Buenos Aires, Capital Federal, La Pampa y el Chaco; sus objetivos son los de mantener la unidad espiritual, sin distinción de credos o de posición social, como ente representativo de los Alemanes del Volga en la Argentina. La Asociación edita un periódico

nacional llamado "El Centenario", con las noticias e historia que hace a nuestra colectividad, con amplia difusión.

El actual Consejo Directivo Nacional de la Asociación está compuesto en la forma siguiente:

PRESIDENTE: Víctor Pedro Popp. Vicepresidente 1º: José Feliciano Kamlofski. Vicepresidente 2º: Alejandro Meissinger. Secretario general: Roberto Mario Lambrecht. Secretario de Organización: Eloy Elseser. Secretario de Finanzas: Fernando Huck. Secretario de Bienestar Social: Evaristo Kees. Secretario de Actividades Culturales y Deportivas: Prof. Nicolás Dening. Secretario de Museo Oscar Heinrich. Secretario de Prensa y Difusión: Dra. Hilda Beatriz Schimpf. Secretaria de Investigaciones Históricas: Luisa Margarita Riffel. Secretaria de Actas: Escribana Catalina Esther Graf. Vocal 1º: Oscar Leopoldo Gelroth. Vocal 2º: Marcos Teodoro Pasgal. Fiscal Titular: Srta. Otilia Graf. Fiscal Suplente: Antonio Néstor Franz.

LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

Nuestro pueblo no había sido considerado nunca como integrante de la Colectividad Germana en su más pura estirpe hasta que se produjo la Segunda Guerra Mundial; desde 1878 hasta 1945 éramos subestimados por parte de los alemanes directos residentes en el país y se nos miraba con cierto desdén y menosprecio. Todo ha cambiado felizmente en la actualidad.

Desde el nacimiento de la Asociación, tanto la Representación Diplomática de la República Federal de Alemania, como otras personalidades e instituciones alemanas en el país, asumieron una actitud fraternal frente a nuestro pueblo; ahora se nos reconoce nuestro claro origen y se nos presta toda la colaboración como "hermanos de sangre" que salieron anteriormente de la madre patria alemana. En tal espíritu de comprensión y respeto se vienen desenvolviendo las acciones en la Argentina; en prueba de ello, el Gobierno de la República Federal Alemana en Bonn ha invitado, por medio de su Departamento de Información y Prensa, al presidente de la Asociación, don Víctor Pedro Popp, a visitar su territorio entre el 19 de junio y el 5 de julio de 1977, para tomar contacto con funcionarios del Gobierno, Instituciones y personalidades de Bonn, Berlín (ambas zonas), Frankfurt, Stuttgart, Maguncia y Munich.

Este viaje de estudio e información fue el comienzo de una nueva

era entre las relaciones fraternales de nuestro pueblo con la Alemania de hoy.

PERSPECTIVA DE FUTURO DE LOS ALEMANES DEL VOLGA EN LA ARGENTINA

Este pueblo de labriegos y peregrinos encontró en América su tan ansiada paz y libertad, sus descendientes formaron hogares religiosos y de alta moral y aceptaron su destino de colonizadores con gran dignidad y perseverancia. No saben de privilegios ni de ayudas oficiales; son cautos y se formaron en silencio. Sólo confían en su familia y en Dios; no son ventajeros ni irresponsables y muchas veces pasaron desapercibidos en el ámbito regional y nacional.

Pero hoy, en épocas difíciles y conflictuadas, constituyen una gran reserva moral; sus hijos y nietos tienen dignidad y son temerosos de Dios. Por ello, son llamados a contribuir decididamente a la consolidación de las bases de una Argentina con honor y fe; las palabras de Avellaneda: "Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos", son nuestro espejo y serán nuestra meta en el mundo de hoy.

LOS ALEMANES DEL VOLGA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Hacia 1873 y ya conocidas por el lector las motivaciones que impulsaron a nuestros antepasados a abandonar el Volga, por un acuerdo tomado en una reunión en Balzer (Bergseite) fueron comisionados cinco exploradores emisarios (Kundschafter) para investigar las nuevas posibilidades de colonizar en los Estados Unidos y examinar todos los aspectos para facilitar la emigración; éstos recorrieron Nebraska, Iowa, Kansas y posiblemente Arkansas, contando con la ayuda y el estímulo del pastor Herr Staerkel.

Regresaron al Volga con favorables noticias y recomendaciones, llevando un poco de tierra, un poco de pasto, menos dólares y una brazada de literatura para convencer a sus comitentes; rápidamente se organizaron los grupos, en ambos lados del Volga, para iniciar la nueva aventura, concretándose los nuevos asentamientos de Alemanes del Volga en 1874, en los Estados de Nebraska y Kansas. Un segundo

grupo salido de Doenhof, también de la Bergseite, se estableció en Arkansas y otros contingentes que les siguieron, se instalaron en Iowa.

También en 1874 un grupo de 3.000 católicos de la Wiesenseite, procedentes de Herzog y Katarinenstad se radicaron en Kansas; a ello siguieron grupos masivos desde 1876 de la Wiesenseite, que cruzaban en general el Volga entre Kosakenstad y Saratov, casi todos católicos, y un número considerable de Menonitas que procedían del Sur de Rusia para dirigirse también a Kansas, aunque estableciéndose en fundaciones distintas.

Las empresas ferroviarias que construían las redes interoceánicas hicieron profusa propaganda para atraer hacia el Oeste medio y al Pacífico, especialmente a los colonos del Mar Negro y de Ucrania, ofreciéndoles tentadoras sumas de dólares para ocupar los 130 millones de acres (más de 50 millones de hectáreas), de buenas tierras de cultivo que el gobierno norteamericano había puesto a su disposición.

Así, en pocos años, decenas de miles de nuestros antepasados fueron convergiendo sobre esa nueva tierra de promisión, para establecerse en las praderas del Oeste del Misisipi-Misurí, en los Estados de Kansas y Nebraska, especialmente, los católicos se radicaron en la región central de Kansas, en las cercanías de Mario, Russell, Ellis, Rush y Mc Pherson. La primera población que fundaron en 1876/77 fue Liebental, un poco al Sur de Hays y de inmediato surgieron cinco más: Pfeifer, Munjou, Herzog (Victoria), Schonchen y Catharine; hacia 1878, la llegada de inmigrantes católicos fue amainando, llegando sólo grupos esporádicos que se fueron agregando a los anteriores.

Observamos aquí que a partir de ese año se produce el cambio de rumbo de los católicos ya que el Brasil y la Argentina se los disputaban.

Nebraska, en cambio fue centro de atracción para los protestantes siendo Sutton su lugar de arribada, como había sido Topeka para los católicos; otras poblaciones preferidas fueron Scottsbluff, Hastings, Bayard, York, Mc Cook, Henderson, Culbertson, Harvard, Butte, Grand Island, Stocham y Kumball.

Cuando el Gobierno abrió los territorios indios a la ocupación blanca en 1891, se asentaron en Oklahoma, preferentemente en Washita, Blaine, Major, Garfield, Custer, Texas y Kiowa.

En Kansas y Nebraska se dedicaron al cultivo de la remolacha, estableciendo sus refinerías y llegando actualmente a producir un alto porcentaje del azúcar en la Unión; sin embargo, fue el Estado de Colorado, al cual fueron llegando a partir de 1900, el gran boom del

azúcar de remolacha, llegando ya en 1906 a 153.000 toneladas. En ese mismo año llegaron a los EE.UU. 13.480 alemanes desde Rusia, record que sólo fue superado en 1912 con 17.857.

El cultivo de la remolacha se fue extendiendo por Wyoming, Idaho, Montana, Minnesota y Michigan. En 1887, se habían instalado los primeros en Fresno, haciendo su debut en la producción frutícola y vitivinícola; este grupo procedía de Bangert, Stahl, Jost, Laube y otras poblaciones del Volga.

Como casi todos los volguenses, a su llegada carecían de dinero, empleándose en la construcción de vías férreas o se dedicaban a cualquier otro trabajo que les permitiera sustentarse; apenas ahorrados sus primeros centavos, adquirían unos cuantos acres (el acre equivale a 40 áreas con 47 centiáreas), que se iban acrecentando con nuevas compras, a medida que el rendimiento del campo lo permitía.

Actualmente, en todos los Estados de la Unión hay radicaciones de Alemanes del Volga, del Mar Negro, de Ucrania, de Latvia y de Transcaucasia; de acuerdo a estimaciones fidedignas, el número de sus descendientes supera el millón y medio; para tener una idea del rápido incremento operado, tanto de inmigrantes o de sus descendientes, digamos que de acuerdo al Censo de 1920, existían 116.535 procedentes de Rusia y 186.997 nacidos yanquis y sobre el total de 303.532, eran Volga Deutschen 118.493, del Mar Negro 116.540, Ucranianos Menonitas 31.013 y de Volinia 37.486. También se hallaban otros procedentes de Lituania y otras regiones de Rusia, pero en número menor.

De acuerdo a los mapas elaborados por el Dr. Stumpp, la mayor parte de las aldeas que se hallaban en Rusia, se encuentran repetidas en sus nombres en los Estados Unidos, Canadá y Brasil —entre ellos Mariental— y otro tanto podemos afirmar en cuanto a religión, siendo aproximadamente evangélicos el 70 % y casi el 30 % católicos.

Pero, sobre todo, nos llama la atención la ejemplar integración que han logrado con el resto de la población del país, aunque allí fue mucho más fácil porque los anglos y los sajones también fueron primitivamente germanos; lo cual no obsta para constituir una de las colectividades más notables por su unión, alto nivel cultural, destacada participación en el producto bruto interno, etc., pero supieron también conservar su idioma y dialectos, como segundo idioma al lado del inglés.

Apenas llegados ya fueron abriéndose hacia el país, sin que ninguna valla secreta o legal los haya constreñido a vivir en comunida-

des cerradas, lo cual favoreció su rápido acceso a la cultura, facilitándose su integración al ser nacional y a todas las oportunidades que fueron tan pródigas en los EE.UU. y sobre todo, muy bien aprovechadas por la población.

El grupo étnico de origen alemán proveniente de Rusia, fue poderoso factor de desarrollo en los EE.UU. y su nivel económico y cultural es comparable a cualquiera de los más elevados; se destacan por el numeroso grupo de intelectuales, que al lado de los descendientes de los primitivos yanquis, regentean las cátedras universitarias, los centros científicos y están en toda actividad lícita, mancomunados en un idéntico ideal de progreso, de bienestar en el presente y para el futuro.

SU PRESENCIA EN CANADA

A partir de 1872 se produjo un inusitado movimiento de inmigración hacia ese gran país de gentes que procedían del Volga; por un decreto gubernamental, cualquier inmigrante podía adquirir hasta 160 acres, pagando diez dólares de seña, quedando en propiedad de los mismos después de tres años de radicación. Esta ley fue el despertar de las provincias del Oeste, cuyas fértiles praderas fueron rápidamente pobladas.

Entre 1874 y 1879 afluyeron los menonitas desde Ucrania para radicarse en Manitoba, cultivando las feraces tierras al Sur, pero bien cerca de Winnipeg; en 1897 se inicia la llegada de los procedentes del Mar Negro. Católicos y Protestantes se establecieron en Saskatchewan, incrementándose a partir de 1893 la afluencia de volguenses, quienes preferentemente eligieron la Provincia de Alberta, en los alrededores de Calgary.

Canadá recibió un fuerte impulso en su desarrollo agrícola, de los Alemanes del Volga, especialmente católicos que pasaban la frontera desde Dakorta Norte hacia 1890, atraídos por la inteligente legislación agraria y el bajo costo de las tierras.

Los menonitas se fueron extendiendo desde Manitoba, por Saskatchewan, Alberta y la Columbia Británica, hasta Vancouver; muchos se establecieron al Sur de Ontario, en los alrededores de Leamington y Kingsville.

Una nueva ola fue fluyendo sobre el Canadá de inmigrantes entre los años 1923 y 1932, continuando hasta después de 1947 y que llegaba

del Mar Negro; en 1926/27, de Besarabia, entonces rumana, estableciéndose los evangélicos en Alberta, los Menonitas en Manitoba y los católicos en Saskatchewan. Los alemanes de Volinia se radicaban en zonas extensamente forestadas como estaban acostumbrados en Ucrania, eligiendo preferentemente el Sur de Winnipeg, cerca de Edmonton; no obstante la región granífera que los polarizaba en América, indudablemente fue Michigan, que debe ser la región del mundo en donde existe la mayor concentración de naturales y descendientes que provienen de Volinia. En 1975 se contaban allí sesenta mil de origen alemán procedentes de Rusia, de los cuales el 80 % era de la extracción mencionada.

En general, todos los establecidos en U.S.A. y Canadá fueron asimilados rápidamente a su cultura y costumbres, constituyendo sólo excepción los menonitas y los grupos pietistas que se conservaron más aislados y aferrados a sus prácticas y costumbres tradicionales.

La segunda, tercera y cuarta generación, acusa su presencia en todos los campos y ciudades de todas las provincias y ya son íntegramente canadienses; ya dejaron de ser una minoría étnica, marchando codo a codo con todos los demás ciudadanos para construir la nación. Ellos no tienen ni jamás pidieron privilegios especiales que no fuesen comunes a todos los habitantes, ni precedencias sobre otras sociedades nacionales, cuando fueron al principio denigrados social y económicamente; su apego al trabajo y el provecho que significaron para el país, produjo insensiblemente el cambio en la opinión de los otros, tanto autoridades como pueblo, no obstante su número reducido.

AMERICA DEL SUR: BRASIL

América del Sur ha polarizado fuertemente a los alemanes del Volga, quienes hicieron asentamiento fuera de la Argentina, en Brasil, Paraguay, Bolivia y Banda Oriental.

Se sabe que en 1872 y 1873 ya se movieron individualmente algunos aventureros en el Volga para recorrer la Argentina y el Brasil y aunque sus nombres cayeron en el olvido, fueron los pioneros cuyos informes por carta, sembraron lentamente la idea de abandonar los estrechos márgenes en los cuales se desenvolvían las actividades en Rusia, para buscar ámbitos nuevos, en donde vivir en libertad, progreso y bienestar.

Estos arriesgados señalaron el camino a los sucesores, cinco o seis

años antes, sembrando entre los pobladores del bajo Volga, la idea de la inconveniencia o ineptitud de las tierras brasileñas para la siembra de cereales.

Los primeros grupos organizados de emigrantes se pusieron en movimiento en el bajo Volga hacia fines de 1877 y los años siguientes fueron muy pródigos en volcar colonos volguenses sobre el Estado do Paraná y Las Pampas argentinas.

En un capítulo anterior historiamos el proceso inicial, que culminó en Balzer (Bergseite); sabemos que el emperador del Brasil, don Pedro II, era hijo de una princesa austríaca, y desde su infancia se familiarizó con el alemán y hasta con sus dialectos. En 1870 realizó una visita a Europa y a Alemania, donde tuvo noticias del descontento reinante en las Colonias del Volga por los desacertados pasos del gobierno zarista; desde entonces se propuso atraerlos a su país, mediante una intensa propaganda que pronto produciría notables efectos.

Ya en 1859 un millar de alemanes se habían establecido en el Brasil y el movimiento de emigración fue frenado cuando Prusia y otros Estados alemanes, alegando posible cruzamiento de razas, prohibieron la emigración de sus nacionales; si bien Prusia levantó esa interdicción para el Sur del Brasil: Estados de Río Grande, Santa Catalina y Paraná, Don Pedro —ante la prohibición— acrecentó su interés por los colonos del Volga.

Tanto Rusia como la Argentina y Brasil facilitaron en toda forma dichos movimientos y los dos últimos países los financiaron generosamente; el Gobierno Federal estadounidense no intervino en absoluto para atraer a los inmigrantes. En cambio, muchos estados del Oeste pagaron pingües emolumentos a los promotores en su respectiva jurisdicción.

Conocemos ya las alternativas de la famosa carta que cayó en manos del Pifferhannes y sus inmediatas consecuencias; desde entonces se abrió una nutrida correspondencia entre los representantes de Don Pedro, establecidos en Dresde (Alemania) y algunos volguenses, haciendo especial hincapié los primeros sobre la feracidad del suelo brasileño y que era un "país sin invierno", invitando a constituir una Delegación que viajarían como huéspedes oficiales del Emperador.

Su regreso al bajo Volga despertó con sus informes interés y entusiasmo en enero de 1877, recorriendo varias colonias, ya casi como emisarios oficiales; hasta el folklore de la época se hizo eco en la región, en numerosas canciones que llegaron hasta nuestros días y que hasta se cantan en los EE.UU., Canadá y México. Los primeros grupos

no pasaban de las 300 ó 400 personas, la mayor parte de ellos católicos de la Wiesenseite, entre los cuales estaba el contingente de más de mil personas que llegó a Bs. As. a principios de enero de 1878, aunque —por suerte— engañados, porque en vez de ir a la zona de los porotos negros (café) llegaron a las tierras de "pan llevar".

Muchos de los pioneros que se establecieron en el Brasil, entre los años 1876/77, desconformes por las condiciones climáticas, la selva impenetrable, el insufrible calor, los reptiles e insectos, decidieron dirigirse a la Argentina, Uruguay y Paraguay; no conocemos exactamente el número, aunque algún historiador afirmó que pasó el millar.

Los "campos" brasileños, altos, selváticos y calurosos del Estado do Paraná —no obstante su gran fertilidad— eran totalmente distintos a los abandonados en la estepa rusa; damos aquí la palabra a Epaminondas Holzmann, quien en su libro "Cinco Historias Convergentes" narra en fácil, esmerada y armoniosa prosa —como periodista poeta y en la bella lengua de Camoens— el relato oral que le había transmitido su padre Jorge Holzmann. Después de una brillante y poética descripción de los preparativos para salir de Rusia, la despedida, la navegación oceánica, llega al desembarco en Río de Janeiro.

..."Después de tres días de permanencia en Río de Janeiro, en un barco mucho menor aunque mucho más cabeceador, rumbearon hasta Antonina y desde allí en pesadas carretas partieron hasta la Sierra Do Mar, por las sinuosidades de "Graciosa" y pasando por Curitiba, llegaron a la meseta de Campos Gerais, después de ocho jornadas agotadoras; una vez en Ponta Grossa, de acuerdo a las disposiciones del ministro de Agricultura Jesuino Marcondes, formaron varios núcleos de población y se distribuyeron las tierras, divididas en "chacras"-praderas, fundando las colonias de Río Verde, D. Luisa, D. Gertrudis, Trinidad, Tavares Bastos, Mocona, Tacuarí y Chapada. Para las tierras destinadas a siembra, cada uno recibió semilla: trigo, centeno y avena; varios animales para tracción y domésticos.

Había que aclimatar esas semillas a la tierra de la zona y confiar en Dios, ya que se trataba de tierras vírgenes que nunca habían sido sembradas; sin asistencia técnica para corregir la acidez del suelo y no obstante la dedicación, la cosecha fracasó totalmente. Para el año siguiente las cosas empeoraron, pues las primitivas herramientas ya no servían, no se consiguió simiente y los animales, por falta de pasto adecuado, estaban exhaustos y pedían a gritos su reemplazo; pero las puertas oficiales permanecían cerradas para los colonos descorazonados que imploraban ayuda.

Muchos se dirigieron a las ciudades para trabajar en cualquier cosa a fin de sustentar a su familia y vestirla; en el campo hacían leña para vender y las mujeres y jóvenes cortaban pinos para trocearlos y hacer carbón. Los niños recogían en baldes y tachos arena que vendían en las residencias para esparcirla en finas camadas sobre los pisos de los cuartos para conservarlos limpios por más tiempo; el acopio de leña y arena eran las únicas ocupaciones factibles en la zona.

Pero pronto ese incipiente comercio entró en crisis por la competencia y la falta de demanda; plantaron hortalizas y los nativos los imitaron, no logrando tampoco prosperar con esa actividad. Fabricaron salchichas y chorizos caseros, –tipo alemán–, mas, los naturales preferían los de su fabricación; ante tantos infortunios, la situación se hizo angustiosa y desesperante.

Entonces Jorge Holzmann, con siete denodados compañeros, resolvieron explorar los municipios vecinos a fin de hallar tierras más apropiadas para las tareas agrícolas; rumbearon por el río Tibagi, guiados por un baqueano, y sus aledaños y regresaron cinco meses después con la noticia de haber hallado una verdadera tierra de promisión, con exuberante vegetación ubicada hacia el norte del Estado do Paraná, en las faldas de la sierra San Jerónimo, por Monte Alegre y Ventania.

Como prueba de sus aseveraciones, trajeron como nuestra, tierra y más de treinta variedades de madera y lanzaron la idea de que allí era fácil instalar aserraderos como habían hecho en la Bergseite; fueron recibidos jubilosamente por sus paisanos y resolvieron presentarse al Jefe político local Augusto Ribas, para interiorizarlo de su proyecto de radicarse más al norte. El hábil político, dándose cuenta del perjuicio que significaría para la región su abandono por parte de los alemanes, prometió solucionar el problema; mas, ante su inercia, resolvieron en una mesa redonda acudir personalmente al Emperador, siendo comisionados el mismo Holzmann, Dechant y Hartmann.

Llegaron a Río después de tres meses de viaje y en la entrevista con Pedro II, éste los recibió con mucha cordialidad y tomó nota con sumo interés, –sin necesidad de intérprete ya que hablaba el alemán corrientemente–, prometió dar solución a sus dificultades en su visita próxima a la región que ya tenía en su agenda; la visita imperial se realizó en abril de 1880, constatando la decadencia de las colonias de las cercanías de Ponta Grossa.

El nuevo ministro de Agricultura, Buarque de Macedo, tan decepcionado como el Emperador, se negó a tirar el salvavidas a los alemanes, con el agravante de rechazar sus pedidos con términos y

amenazas que es mejor no citar; poco a poco se fueron dedicando a los oficios y, los más jóvenes, al comercio.

Otros, frente a las buenas noticias que recibían de los EE. UU. y de la Argentina, —los dos grandes países agrícolas de América—, y después de muchas cavilaciones y sinsabores, hicieron correr el slogan "Alles rausz ta Brazil" (Todos fuera del Brasil); un nuevo consejo de ancianos, determinó la emigración para quienes tuvieran los recursos necesarios hacia Nevada de U.S.A. o a la Pcia. de Buenos Aires, permaneciendo los más pobres en las tierras paranaenses del Brasil.

Estos, para subsistir, se transformaron en transportistas de yerba mate canchada, a través de rutas abiertas por ellos mismos en la selva y en carretones tirados hasta por ocho caballos todos del mismo pelo, ligando Curitiba y Ponta Grossa con el oeste del Estado do Paraná, llevando comestibles y géneros hacia el interior y trayendo yerba; empleaban en el periplo, un mes entero de viaje entre Antonina y Guarapuava. Con el tiempo llegaron a ser los grandes transportistas del Brasil y merced a su honradez, los hombres de confianza de los grandes industriales, comerciantes y banqueros.

Las rutas modernas, el ferrocarril y las carreteras, aniquilaron a ese primitivo transporte; pero los habilitó para el comercio mayorista, naciendo poderosas firmas comerciales que se establecieron en Guarapuava, Prudentópolis, Imbituva, Ipiranga, Conchas y Ponta Grossa y se destacaron Alejandro Berger, Joao Bach, Joao Hoffmann, Joao Dietzel y muchos otros.

En cuanto a los evangélicos, desempeñaron un papel preponderante en el comercio y en la industria del Estado do Paraná; y al revés de lo acontecido en Rusia y en la Argentina, ya en la primera generación se produjeron muchos enlaces, —no sólo entre protestantes y católicos—, sino y sobre todo con los nativos brasileños.

En los Estados do Paraná, Santa Catalina y Río Grande, desde la frontera con la Argentina hasta el Atlántico, se hallan esparcidos gran cantidad de descendientes de alemanes, sin que se diferencien los Volga deutschen de los otros; todos se consideran brasileños. Esta región está muy industrializada y los apellidos alemanes, —desde el Presidente para abajo—, abundan en el centro y en el sur del Brasil, destacándose en profesiones liberales como en la industria y el comercio.

RADICACION EN OTROS PAISES AMERICANOS

En Méjico se radicaron, a partir de 1922, el primer grupo de 5.300 menonitas; y en 1827 un segundo de 6.000, en el estado de Chihuahua, fundando luego numerosas villas que se esparcieron por el estado de Durango, llegando algunos hasta la Capital.

PARAGUAY Y URUGUAY

También en el Chaco occidental se hallan establecidas florecientes colonias de Menonitas, teniendo como centro la ciudad de Menno y se dedican a gran variedad de cultivos tropicales.

En la Banda Oriental del Uruguay los encontramos a lo largo del río Uruguay, desde la frontera con el Brasil hasta el sur, desde Artigas hasta Montevideo, dedicados a cultivos generales y a la remolacha entre Salto y Paysandú; la mayoría procede del Brasil.
Gob. SAMARA (Wiesenseite)

ALDEAS DE COLONOS ALEMANES
EN EL VOLGA

1	Aehrenfeld (Kraike)	1885	2.514	P
2	Alexanderhö	1860	1.930	P
3	Alt-Weimer	1861	1.356	P
4	Bangert	1767	2.246	P
5	Beauregard	1766	2.484	P/C
6	Beckerdorf	1767	1.869	C
7	Bergtal	1864	127	P
8	Bettinger	1767	4.452	C
9	Biberstein	———	3.036	P
10	Blumenfed	1767	2.893	P
11	Bohn (Hockerberg)	1860	1.792	P
12	Boisroux	1767	6.063	C
13	Brabander	1767	3.885	C
14	Brunnental	1855	4.944	P
15	Baneu (Kana)	1767	2.494	C
16	Cäsarsfeld	1767	———	C
17	Chasselois (Chaiseol)	1766	———	C

18 Dehler	1767	3.586	C
19 Dinkel	1767	3.062	P
20 Eckardt (Zürich)	1767	5.254	P
21 Eckheim	1855	2.227	P
22 Enders	1765	2.376	P
23 Fischer	1765	2.987	P
24 Fresenheim	1861	130	P
25 Fresental	1849	1.312	P
26 Friedenberg	1860	2.298	P
27 Fridenfeld	1855	2.915	P
28 Frankreich	1861	1.000	P
29 Fürstenstein	1864	176	P
30 Gattung (Zug)	1767	3.606	C
31 Gnadendorf	1859	2.265	P
32 Gnadenfeld (Moor)	1855	1.968	P
33 Gnadenflur	1850	1.091	P
34 Gnadentau	1860	1.860	P
35 Graf	1766	2007	C
36 Gross-konstantinow	———	217	P
37 Gross-Romanow	1864	158	P
38 Hahnsau	———	250	P
39 Herzog (Sufly)	1766	2.377	C
40 Hölzel	1767	2.902	C
41 Hoffental (Samara)	———	601	P
42 Hoffental	———	1.511	P
43 Hohendorf	———	125	P
44 Hummel (Brockhausen)	1767	1.650	P
45 Hussenbach	1860	3.962	P
46 Jost (Popowkina)	1767	2.526	P
47 Kaiserknade	———	376	P
48 Kaneau (Kana)	1860	1.456	P
49 Katharinenstad	1768	1.1962	P
50 Katharinental	1860	1.784	P
51 Keller	1767	———	C
52 Kind	1767	2.890	P
53 Klein-Konstantinow	1863	197	P
54 Klein-Romanow	1864	116	P
55 Konstantinowka	1859	1.796	P
56 Köppental	———	265	P
57 Krasnojar (Krasnijar)	1767	7.923 (x)	P

58 Kratz (Basel)	1767	4.795	P
59 Kukus	1767	3.796	P
60 Langenfeld	1860	1.274	P
61 Laub Tarlik	1767	3.821	P
62 Laube	1767	2.680	P
63 Leitsinger	1767	–––	C
64 Liebental	1859	1.092	C
65 Lilienfeld	1848	1.496	P
66 Lindenau	–––	266	M
67 Lipperstal	–––	263	P
68 Louis	1766	5.339	C
69 Lysanderhöh	–––	145	M
70 Mannheim	1860	1.787	P
71 Marienberg	1855	3310	C
72 Marienburg	1860	2.375	C
73 Marienfeld	1852	2247	C
74 Medemtal	1874	240	M
75 Meinhard (Unterwald)	1767	3.598	P
76 Morgentau	1860	2.486	P
77 Näb (Resanowka)	1767	2748	P
78 Neu-Bauer	1859	2.344	P
79 Neu-Beideck	1858	972	P
80 Neu-Boisroux	1848	1.016	P
81 Neu-Galka	1860	2.377	P
82 Neu-Jagodnaja	1855	2.291	P
83 Neu-kolonie	1776	3.462	C
84 Neu-Mariental	1864	1303	C
85 Neu-Ober-Monjou	1859	1.053	C
86 Neu-Warenburg	1902	972	P
87 Neu-Schilling	1855	1.084	P
88 Neu-Tarlyk	1860	2.187	P
89 Neu-Urbach	1860	856	P
90 Neu-Weimar	1861	2.298	P
91 Nieder-Monjou	1767	4.201	P
92 Nikolaijew	1864	153	P
93 Obersdorf	1852	2.294	P
94 Ober-monjou	1767	2.882	C
95 Orloff (Orlow)	1871	187	M
96 Orlowskaja	1767	6.517	P
97 Ostenfeld	1873	132	M

98 Paulskoje	1767	3.602	P
99 Pertershof	----	186	P
100 Pfannenstiel (Mariental)	1766	7.576	C
101 Philipsfeld	1767	1.929	P
102 Preuss	1767	5.735	C
103 Reinhardt	1766	2.182	P
104 Reinsfeld	----	144	P
105 Reinwald	1767	5.174	P
106 Remmler	1767	3.860	C
107 Rohleder	1766	2.359	C
108 Rosendamm	1849	2.208	P
109 Rosenfeld (a.Nachoi)	1859	6.187	P
110 Rosenfeld (a.Jeruslan)	1859	1.143	P
111 Rosental (a.Jeruslan)	1855	2.823	P
112 Rosental (Samara)	1864	191	P
113 Rosenheim	1765	4.107	P
114 Schaffhausen	1767	4.561	P
115 Schäfer	1766	1.770	P
116 Schönchen	1767	3132	C
117 Schöndorf	1855	1.955	P
118 Schönfeld	1858	1.912	P
119 Schöntal	1857	3.164	P
120 Schulz	----	----	—
121 Schwed	1765	3.755	P
122 Seelmann	1767	8.089	C
123 Sichelberg	1849	1.350	P
124 Stahl (a.Karaman)	1767	3.940	P
125 Stahl (a.Tarlyk)	1767	4.095	P
126 Strassburg (a.Torgun)	1860	2.518	P
127 Strassburg (Samara)	1865	446	P
128 Strassendorf	1855	795	P
129 Straub	1767	3.735	P
130 Streckerau	1863	2.392	C
131 Urbach	1767	2.827	P
132 Urbach (Station)	1909	1633	C
133 Waujewka	----	78	P
134 Wrenburg	1767	8.312	P
135 Weizenfeld	1849	1.506	P
136 Wiesenmuller	1860	4999	P
137 Winkelmann	1767	1.915	C

138 Wittmann		1767	4.025	C
Gob. de SARATOV (Bergseite)				
139 Alexandertal		1853	1.010	P
140 Anton		1764	3.095	P
141 Awilowa		1846	264	P
142 Balzer		1765	11.110	P
143 Bauer		1766	4.596	P
144 Beideck		1764	7.054	P
145 Brening		1767	4.260	P
146 Degott		1766	658	C
147 Dietel		1767	6.569	C
148 Dönnhof		1766	8.330	P
149 Dobrinka (x)		1764	5.400	P
150 Dreispitz		1767	3.747	P
151 Erlenbach		1852	2.470	P
152 Franzosen		1765	3.055	P
153 Franck		1767	11.577	P
154 Galka		1764	3.548	P
155 Göbel		1767	2.936	C
156 Grimm		1767	11.758	P
157 Hildmann		1767	2.587	C
158 Holstein		1765	2.549	P
159 Huck		1767	9.600	P
160 Husaren		1765	2.231	C
161 Hussenbach		1767	8.080	P
162 Jagotnaja Poläna		1767	845	P
163 Josefstal		1852	1.283	C
164 Kaminka		1765	3.342	C
165 Kauz		1767	2.800	P
166 Kolb	1767	1767	3.800	P
167 Köhler		1767	5.970	C
168 Kraft		1767	6.572	P
169 Kratzke		1767	2.497	P
170 Leichtling		1767	2.535	C
171 Merkel		1766	2.158	P
172 Messer		1766	5.295	P
173 Moor		1766	5.310	P
174 Müller		1767	2.488	P
175 Neuwalzer		1863	948	P

176	Norka	1767	14.236	P
177	Neudennhof	1863	2.570	P
178	Neu-messer	1863	2.473	P
179	Neunorka	1852	1.995	P
180	Neu-Strub	1802	2.960	P
181	Pfeifer	1767	4.870	C
182	Pobotshnaja	1772	3.411	P
183	Rosenberg	1852	3.000	P
184	Rothammel	1767	———	C
185	Sarepta	1765	1.755	C
186	Schiling	1764	3.564	P
187	Schtscherbokwka	1775	4.448	C
188	Schuck	1766	2.469	C
189	Schwab	1767	2.295	P
190	Semenowka	1767	6.407	C
191	Sewald	1767	———	C
192	Stephan	1767	2.910	P
193	Unterdorf	1852	1.574	P
194	Volmar	1766	1.715	C
195	Waler	1767	6.660	C

Radicaciones hasta 1914
Religión: C. Católica. P. Protestante. M. Menonita.

EPILOGO

Llevamos a término esta tarea, tras una intensa labor; no fue fácil tener siempre a mano el documento fidedigno que aventara todas las dudas y nuestros lectores observarán por la Bibliografía que consultamos obras en cuatro lenguas distintas, sin necesidad alguna de intérprete: alemán, castellano, inglés y portugués.

Son más de doscientas páginas, escritas en un castellano fluido y llano que visualizan un panorama de más de doscientos años de la vida de nuestro pueblo, a través de los cuales se deslizaron más de diez generaciones sucesivas; en un período largo en el cual se revela una acción intensa en lo físico, pero muy pocas variantes en el costumbrismo, el cual se trastrueca a fondo, recién en la segunda mitad de nuestro siglo, siguiendo la tremenda Revolución emergente de la Segunda Guerra Mundial.

Sobre el tiempo anterior es fácil escribir; mas la situación se complica en el período actual porque no podemos discernir claramente cuáles hechos tendrán valor trascendente y que puedan ser encuadrados en el dicho de Cicerón: La Historia es la Maestra de la Vida. Historiamos sucesos, que indudablemente constituyen enseñanza porque tuvieron vigencia durante dos siglos en nuestro pueblo.

Dejamos abierto un camino, hemos sembrado una inquietud para que posteriores investigadores lleguen a mejores resultados; pero siempre deberán tener en cuenta, quienes pretendan hacerlo, la idiosincrasia de nuestro pueblo y su concepción de la vida. No somos espectaculares, huimos de la ostentación y del exhibicionismo fatuo; nos contentamos de ir acumulando con trabajo duro y sin desmayos una obra positiva en bien del país. Por experiencia sabemos que la Patria somos nosotros mismos, todos los argentinos... y que sólo se realiza cuando todos ponemos el hombro día a día.

También sabemos que el pasado es historia cuando nos ha legado un valor que sirve en el presente; en caso contrario podrá ser un grato recuerdo familiar, pero que nunca cobra ese valor universal como el hecho histórico.

Creemos que nuestros lectores sabrán valorar nuestros esfuerzos y que el relato que presentamos sea una real contribución para un mejor conocimiento de nuestro pueblo.

Paraná 20 de noviembre de 1977.

Nicolás Dening.

BIBLIOGRAFIA Y AUTORES CONSULTADOS

Karl Stumpp "Die Russland-deutchen Zweihundert Jahre unterwegs"
"Die Auswanderung aus Deutschland nach Russland".
Gottlieb Beratz "Die Deutschen Kolonien an den Unteren Wolga".
Theodor Hummel "100 Jahre Erhofrecht der Deutschen Kolonisten in Russland".
George J. Eisenach "Das religiöse Leben unter den Russland-Deutschen"
Friedrich W. Brepohl "Die Wolga-Deutschen im Brasilianischen Staate Paraná".
Ludger Grüter "Zum Goldenen Jubiläum der Wolga-Deutschen Kolonien Alvear und Hinojo"
Jakob Riffel "Die Russlanddeutschen-Festchrift zum 50-järingen Jubiläum ihrer Einwanderung".
Johannes Schluning "Die Stummen reden".
Matías Seitz "Los Alemanes del Volga y sus descendientes"
José Brendel "Hombres Rubios en el Surco".
Georg Löbsack "Einsam kämpft das Wolgaland".
Josef Ponten "Die Väter zogen aus".
Floriano Klein "Memoria de la Agrícola Regional-Crespo"
Landsmannschalt der Deutschen aus Russland "Heimatbücher".
Unión Germánica en la Argentina "Jahrbücher".
Jorge Mario Medina "Colonización en el Departamente Diamante - Tesis.
Matías Hagin "Sus Conferencias Históricas".
Rudolf Gerhardt 'Sus Conferencias Históricas".
Fred C. Koch "The Volga Germans" in Rusia and the Américas, from 1763 to the present.
Epaminondas Holzmann "Cinco Historias Convergentes".

MENCION DE COLABORADORES (Historia)

Luis Schneider, Alejandro Stoessel, Alejandro Schwindt, Miguel Schwindt Bahl, José Feliciano Kamlotsky, Eva Gatarina Becker, Enrique Bisterfeld, Andrés Schell, Alejandro Streich, Eusebio Weimann, Rafael Koller, Gaspar Kees, Miguel Guinder, Rodolfo Werner, Adán Schell, José Storck, Alejandro Graf, Federico Graff, Juan Teodoro Popp.

Melchor Dubs, Monseñor Jorge Novak, Monseñor Juan Schroeder, Padre Agustín Sperle, Padre Gregorio Kippes, Padre Luis Weimann, Padre Pedro Sewald, Padre Pedro Kranewitter, Dr. René Dalinger, Comodoro Teodoro Goette, Consejero Dr. Gottfried Arens, Dr. Ricco Arendt, Dr. Fred C. Kosch (USA), Lic. Juan Tarcicio Heit (Alemania) Prof. Luis Rome (Alemania), Pastor Federico Elsesser, Pastor René Krüger, Pastor José Riffel, Otilia Graf, Pastor Víctor Dorsch.

Además, un agradecimiento especial a:

— Institut für Auslandsbeziehungen (Instituto de Relaciones Exteriores)

— Schwaben International

— Doctora Iris Bárbara Graefe

— Santiago Weinbinder

— Cooperativa "La Agrícola Regional" Ltda.

INDICE

Se terminó de imprimir el día 26 de enero de 1977,
en los talleres de GRAFICA SANTO DOMINGO,
Santo Domingo 2739, Buenos Aires.
Tirada 13.000 ejemplares.
Tapa impresa sobre cartulina Multicote,
de Cote SAICIFA, Charcas 5268, Buenos Aires.

Obra publicada en ocasión del

CENTENARIO

1878 ~ 1978

de su llegada al país

Los pueblos que olvidan sus tradiciones
pierden la conciencia de sus destinos.

N. Avellaneda